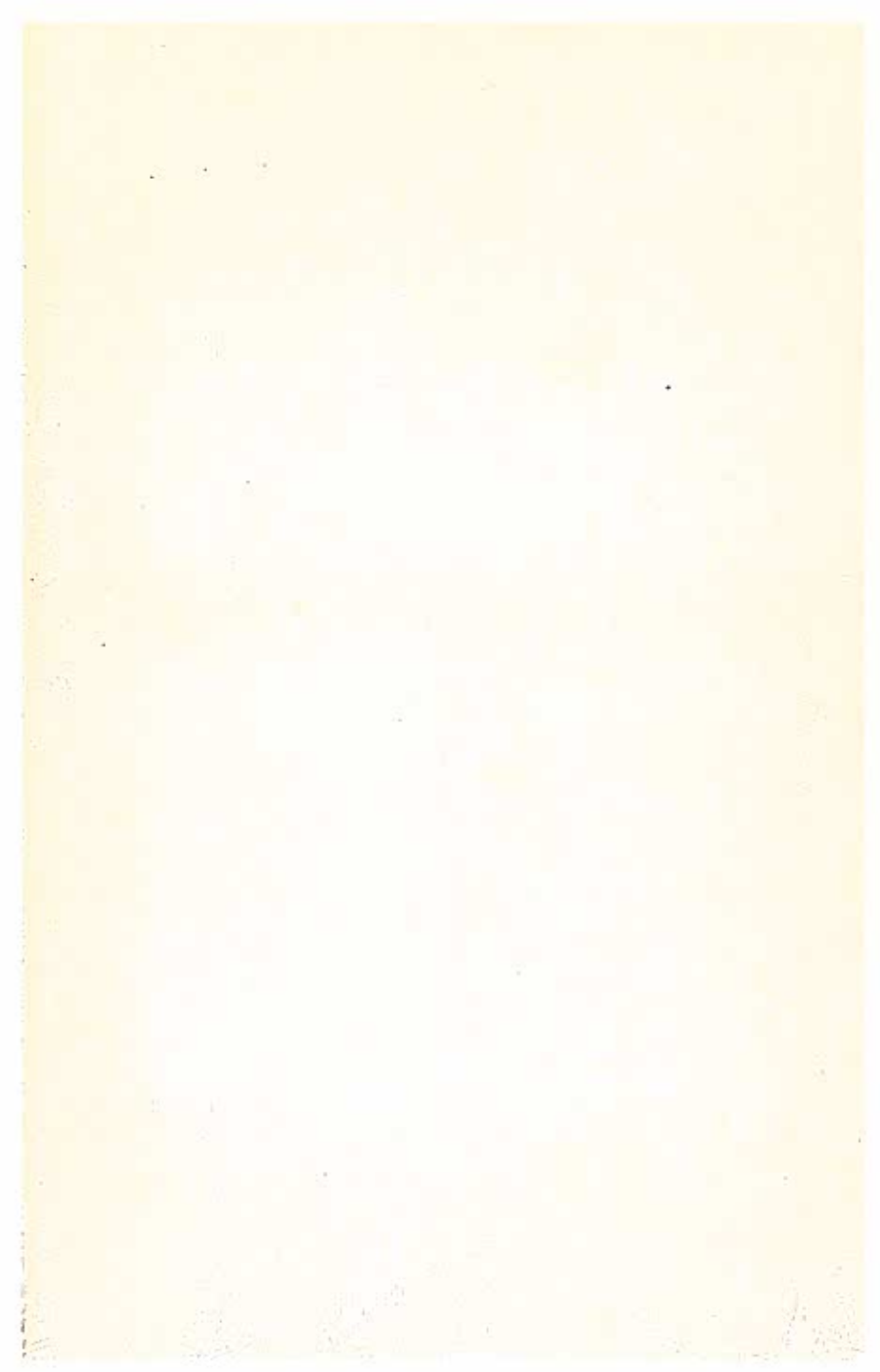


== P. Raymond ==

Guía de Nerviosos y de Escrupulosos





GUÍA
DE NERVIOSOS Y DE ESCRUPULOSOS

NIHIL OBSTAT

El Censor,
JAIMÉ PONS, S. J.

Barcelona, 10 de Septiembre de 1912

IMPRÍMASE

El VICARIO GENERAL,
JOSÉ PALMAROLA

Por mandado de su Sria.,
LIC. SALVADOR CARRERAS, PBRO.
Scrio. Canc.

ES PROPIEDAD

GUÍA
DE
NERVIOSOS
Y DE
ESCRUPULOSOS

(Vademecum de los que padecen o ven padecer)

por el

R. P. Fr. V. Raymond, O. P.

Capellán del Kneippianum en Würishofen

Con un prólogo del Dr. Masquin

y

Cartas de los Dres. Bonnamé y Dubois

Traducción española hecha sobre la 15.^a edición

por el

Dr. EMILIO SANZ

(CON LICENCIA)



BARCELONA

GUSTAVO GILI, EDITOR

CALLE UNIVERSIDAD, 45

EUGENIO SUBIRANA

PUERTAFERRISA, 14

1913

*A la memoria de mi querida hermana,
hermana de la caridad de S. Vicente
de Paúl, fallecida en la China, donde
vivió consagrada al servicio de los
huérfanos.*

Prólogo del Dr. Masquin

GUÍA DE NERVIOSOS Y DE ESCRUPULOSOS.—El título justifica el éxito de esta obra, que es de gran actualidad y sobre todo una buena obra, y añadiré también que es una obra vivida, lo cual constituye quizá su mejor cualidad. Cuando vi por primera vez al P. Raymond en Alemania, hallábase en total neurosismo y, por tanto, en estado de hacerse cargo de los tormentos físicos y morales que desesperan a los infelices aquejados de esta dolencia. No bien hubo convalecido, su gran caridad le impuso como un deber el alargar una mano compasiva a este linaje de enfermos, apellidados por él «sus caros amigos», mostrándoles la mejor manera de combatir el mal en su raíz. El Padre Raymond puso manos a la obra, tanto mejor pertrechado para ella, cuanto más le facilitaba la labor su conocimiento de varias lenguas. Esta circunstancia le ha permitido atender directamente, desde hace unos quince años, a las consultas de millares de neuróticos que de todas las partes del mundo acuden a Wörishofen, lugar célebre por el nombre y los beneficios de Kneipp. De día en día, su ya rica colección iba en aumento con nuevos casos de condición muy distinta, pues no hay neurosis,

sino neuróticos. Por esto no es maravilla que su libro, compuesto en estilo sobrio, claro y preciso, ilustrado con multitud de citas tomadas de autores antiguos y modernos, de textos sagrados, de doctores de la Iglesia, etc., contenga descripciones tan puntuales y vivas. El autor parte del dolor inevitable, y quien sepa leer entre líneas, verá que conoce perfectamente la principal causa moral de las neurosis, que no es otra que la ignorancia de las leyes que presiden los destinos del hombre. Los primeros culpables son los padres, con su desmedido afán de excusar al niño las más livianas molestias, ahogando con su melindrosa educación los nativos y espontáneos impulsos. Más adelante, en la escuela sin Dios, recibe instrucción acerca de sus *derechos*, sin aprender palabra sobre sus *deberes*; se le enseña a buscar la felicidad por todos los medios y a medir la bondad de las acciones por la dicha que proporcionan. Diránle los filósofos materialistas que el hombre puede bastarse a sí propio sin más necesidad de guía que su razón. Con estas enseñanzas llega a los veinte años, a manera de pellejo henchido de orgullo, incapaz de resistir el menor alfilerazo; pero, con todo, no tarda en sentir pinchazos en forma de desengaños y contratiempos de todo jaez. El hombre que no tiene su voluntad apoyada en los sólidos y firmes estribos de la fe, se hundirá en la neurosis tanto más fácilmente cuanto esté ya más quebrantado por la herencia y el *surmenage*.

En tal estado nos presenta el P. Raymond al pobre neurópata, ora *deprimido*, ora *excitado*, expuesto a los angustiosos terrores de la *abulia* y del *miedo*, y descorazonado por extremo cuando ve que los suyos le

tienen por enfermo imaginario. Atinada es esta descripción, algo escasa tal vez en lo respectivo a las obsesiones; pero muy suficiente para mostrar a los enfermos cuán acertadamente se comprenden y juzgan sus achaques. ¿No es esto, por ventura, mitigarlos?

El capítulo dedicado al histerismo está muy documentado, y por cierto que hay que agradecer al autor semejante esfuerzo por estar dicha cuestión muy embrollada en la actualidad. ¡Sesenta son, nada menos, las definiciones del histérico dadas hasta el día y no se han agotado aún! Por experiencia conoce a los histéricos el P. Raymond. Delicadamente describe su índole con hechos demostrativos; inconstancia, egoísmo y mentira han de ceder la primacía a la sugestibilidad, que el autor someramente menciona, cosa muy disculpable en quien no pretendió escribir obra didáctica. Todos los que tratan a los enfermos de cerca o de lejos, deberían seguir sus consejos al pie de la letra. A él podría aplicársele con toda verdad las palabras del poeta:

Homo sum, humani nihil a me alienum puto.

La caridad y la experiencia del sacerdote, hermanadas con el talento del psicólogo, campean en el estudio de los escrúpulos y de los escrupulosos. Este linaje de dolientes, rara vez comprendidos por los médicos, no siempre reciben los *consejos ilustrados* que habrían menester. A los directores de conciencia toca estudiar la materia de los escrúpulos, porque, careciendo del suficiente conocimiento, expónense a cometer errores, el menor de los cuales será enorme, si quieren cumplir con su obligación principal, que es la de pacificar conciencias. Porque la conciencia de los escrupulosos pa-

dece alteración y trastorno por la *duda* y el *miedo*: miedo que se acrecienta con el temor del sacrilegio y del terrible castigo con que se les amenaza, acaso con demasiada frecuencia. El P. Raymond conoce muy bien este mal y le proporciona el verdadero remedio: la *confianza*, que es, realmente, el bálsamo salutar que cicatrizará las llagas, porque la confianza del enfermo en la divina Providencia, la confianza en el médico y en el director espiritual, y luego la confianza en sí mismo, realizándole a sus propios ojos, le inducirá a la *obediencia*, único medio eficaz de curación. Siempre acudo yo a estos procedimientos psicoterápicos que, en muchas ocasiones, ayudan a lograr excelentes efectos, como me acaeció poco ha con dos protestantes, aquejada la una de locura mística y extremadamente escrupulosa la otra. Mas, con todo eso, no se cifra toda la psicoterapia en la confianza ni en la persuasión. Dificultosos son esta ciencia y este arte, pues requieren mucho tacto, no poca paciencia y grande experiencia de los achacosos.

Los capítulos que siguen a estos son de tan palpitante interés como los precedentes, pues conciernen al gran problema del fin del hombre; y revelan en el autor, juntamente con un profundo conocimiento del corazón humano, ardiente celo del bien de los prójimos. El *GUÍA DE NERVIOSOS Y DE ESCRUPULOSOS* será de provechosa lectura a enfermos y a sanos o que se tienen por tales. Asimismo será de grande utilidad a los directores de conciencia y aun a los médicos, por encerrar consejos de evidente excelencia, que no están reñidos con la amplitud de ideas ni con una cabal tolerancia, por cuyas razones hubo de decir un vetera-

no catedrático de teología de Colonia: «La lectura de este libro es de importancia internacional y manifiesta en el autor mucha experiencia, prudencia y caridad.» Decíame un protestante: «Cada vez que me encuentro con este religioso le saludo, porque razón es tener respeto a quien tal libro escribió.» Sea cual fuere la religión que profese, sacará el lector como fruto de este libro, el sosiego y la esperanza. Levantará la vista hacia el otro mundo y cobrará ánimo, tendrá el alma serena y la voluntad robustecida.

No daré fin a este sucinto bosquejo, sin desear al autor que se agote esta nueva edición tan presto como la antecedente, en beneficio de sus lectores.

DR. A. MASQUÍN

Instituto neuroterápico de Saint-Dizier (Vaucluse), a 10 de Mayo de 1909.

CARTA DEL DOCTOR BONNAYMÉ

Reverendo Padre:

Nadie más contento que yo por el buen éxito de su libro intitulado GUÍA DE NERVIOSOS Y DE ESCRUPULOSOS. Harto sabe V. cuántas veces le alenté a escribirle. En esta ocasión obligame la amistad a juntar mis plácemes con los de los eminentes críticos cuyas favorables censuras quedan justificadas por el mérito de fondo y forma y por la expresión de sinceridad y amor de V. Díceme que fui profeta cuando preví esa tan halagüeña acogida que, a su parecer, no era de esperar. Pero con tanta experiencia y tantos documentos como V. poseía, ni por un momento pude yo vacilar acerca del buen efecto que había V. de conseguir. Todo, hasta el talento de poliglota, le ha servido a V. para estudiar el neurosismo en todos los pueblos de la tierra, donde la civilización lo va propagando de día en día.

¡Cuántas veces se nos fué la conversación hacia estas materias, ponderando esos achaques que tan por extremo afligen a nuestra época! ¿Se acuerda V., Padre mío, de nuestras pláticas filosóficas por aquellos hermosos bosques de abetos y por aquellas amenas praderas que solíamos recorrer juntos en Wörishofen? Al divisarse su blanco hábito de dominico en las revueltas

del camino, no faltaba nunca un infeliz, un achacoso, que se dirigiese a V. como a quien sabía comprender sus sufrimientos y consolarle. Muchos nerviosos, a quienes conocía yo muy bien, he visto salir de su celda del viejo monasterio felices y dichosos. Cual le conocí a V., tal le descubro en estas páginas, siempre benigno y lleno de compasión. Ellas no sólo son obra de un director de conciencia, seguro y experto, mas también obra científica que deja atónitos a los médicos. No hacía V. cuenta, por cierto, que su libro, realmente original, lograrse la honra de granjear la atención de los hombres de ciencia, cuando sólo aspiraba V. a prestar servicio a los enfermos. Es que dice V. cosas verdaderamente nuevas en dicha materia, y esto no es nada trivial. Cuando afirma V. que el aspecto psicológico en este asunto es de grandísima importancia (para mí casi esencial) interpreta V. el pensamiento de muchos médicos y de todos los que observan cuidadosamente este género de dolientes.

El desdén con que se han mirado estas nociones, explica el sinnúmero de golpes en vacío de que justamente se han lamentado los enfermos nerviosos, que no mejoran por los bromuros ni por otro medicamento. La superioridad de este libro consiste en que devuelve sus derechos al mundo interior que gobierna al exterior y á las fuerzas poderosas de nuestros pensamientos, sensaciones y quereres. La doctrina que V. expone, el ingenio con que trata de la psicoterapia y la exactitud con que describe sus funciones lejos de todo espíritu sistemático, constituyen su mérito inestimable.

Contra el neurosismo, fruto de una civilización demasiado avanzada, propone V. a los contemporáneos

escépticos un remedio nuevo, que no es otro sino aquella sencillez de espíritu de que habla el Evangelio, y la fe, palanca de incomparable potencia. Hoy ya no se discuten las curaciones alcanzadas por estos medios. Al neurótico le muestra V. la bondad divina que quiere salvar a todos los hombres y que acrecienta los socorros a la medida del peligro. Porque en horas de tristeza, inevitables en este mundo, tiene el mortal que afianzarse en la esperanza de la vida mejor que el sufrimiento puede depararnos. Pues así como el bien centuplica el poder de nuestras facultades, el mal las menoscaba y perturba, trastornando todo nuestro ser psíquico y embotando principalmente las energías de la voluntad.

Esto no obstante, V. sólo ve en estos dolientes, extraviados dignos de compasión, lo cual es particularmente verdad respecto de los escrupulosos que entienden mal la religión. Los capítulos consagrados a tratar este punto, son sutiles results de observación y análisis. ¡Con qué paciencia y tino desvanece V. yerros a que hasta los sacerdotes están expuestos!

No deja V. sin estudio forma alguna de neurosismo. El libro contiene precioso caudal de ejemplos personales, autoridades de sabios y escritores que mejor conocieron el corazón humano. También hace V. hincapié en los medios de curar estas dolencias, declarando que al lado del sacerdote ha de sentarse el médico. Ciertamente, un agregado de medidas dietéticas e hidroterápicas, en especial si se aplican según los nuevos métodos explicados en mis obras, calma seguramente los nervios. Ya sabe V. que en este apacible y ameno rincón llamado la *Granja de las rosas*, en Lyon, he ins-

tituido un tratamiento fundado en estos principios y he asistido a miles de este linaje de enfermos, cuyas observaciones tengo puestas por escrito. Así que, atribuyo en gran parte mis éxitos a las prescripciones psíquicas con que encabezó las recetas. Para esto me han sido muy útiles los estudios filosóficos.

La psicoterapia es una especialidad muy justificada. Si tenemos presentes las cualidades necesarias para dirigir a los neurópatas, no parece que abunden mucho los capaces para ello. Requiere todas las condiciones del pensador y del médico: atinado juicio, método, ingenio y erudición no vulgar, tiento, benignidad, grande energía en muchas ocasiones y, en todas, abnegación, apacibilidad extremada, paciencia y aquel instinto especial que cala y atrae a los enfermos. El padecimiento sentido por uno propio es aquí el mejor guía. Sólo él engendra aquella expresión de sinceridad, solicitud y casi estoy por decir de cariño para con los nerviosos. Tal es puntualmente, Padre mío, la superioridad de V.

El análisis psicológico atento descubre la parte flaca del neurasténico o histérico. Una vez adquiridos estos indicios, el tratamiento psíquico varía sin término, porque no hay afecciones tan personales como éstas. No se han de malograr las ocasiones y las mil circunstancias de la vida, para ayudar al enfermo a poner orden y concierto en las potencias, no destruidas ni falseadas, sino mal empleadas.

Si me fuese dado aventurar una hipótesis sobre la condición de las neurosis, diría que, tal vez, esa fuerza magnética o psíquica, que estudié en mi última obra, hace en ellas importante papel. Sea lo que fuere, en estas cuestiones la moral es, sin disputa, el hilo conduc-

tor, la sola cosa verdaderamente esencial. La noción del bien que resplandece en la cima del mundo psíquico, explica e influye en todos sus fenómenos. Porque cosa cierta es que la voluntad que se aúna con el bien no puede torcer. Combatir el egoísmo oculto a veces bajo cualidades ostentosas y defendido con sutiles argucias, hacerse más virtuoso el sujeto, enseñar a orar como cumple, es, a mi juicio, llevar a cabo verdadera psicoterapia.

Sírvase V., Reverendo Padre, aceptar las demostraciones de afecto y profunda veneración con que soy de V. S. S.

DOCTOR BONNAYMÉ

*Especialista de las enfermedades
del sistema nervioso.*

Arboleda de Félix Faure, 190, Lyon.

Lyon a 24 de Mayo de 1909.

CARTA DEL DOCTOR DUBOIS

Catedrático de Neuropatología de la Universidad de Berna.

Muy Sr. mío: Me ha gustado sobremanera la lectura de su interesante libro. Bien sabe que V., a título de religioso, y yo, de librepensador educado en el protestantismo, miramos de muy diferente manera las cosas. Pero, no obstante esta divergencia fundamental, me suelo hallar más en comunidad de aspiraciones con los creyentes, que con los no-pensadores que sin razón se llaman a sí mismos libre-pensadores.

Procuraré dar a conocer el libro a mis enfermos escrupulosos, por poca fe religiosa que tengan, porque, al fin y al cabo, me ayuda V. en mi tarea.

Espero dará en breve a la stampa la edición francesa, pues franceses suelen ser mis clientes, por cuya razón, sírvase avisarme así que salga a la luz pública.

Recibid, señor, con mi gratitud, la seguridad de mis sinceros sentimientos.

Profesor DUBOIS.

Berna á 28 de Julio de 1907. (1)

(1) Esta carta nos fué dirigida al recibir el ejemplar que habíamos enviado al Dr. Dubois en prenda de agradecimiento por la autorización que nos había concedido de citarle en nuestro libro.

AVISO AL LECTOR

*Si estoy acostado, digo: ¿Cuándo SERÁ
DE DÍA y me levantaré? y luego me
LEVANTADO, desco que llegue la tarde;
y quedo en un mar de dolores hasta
comenzar otra noche.*

(JOB, VII, 4.)

*Bienaventurados los que lloran, por-
que ellos serán consolados.*

(MATTII, V, 5.)

Teólogos, sermonarios, y autores ascéticos han escrito sobre los padecimientos. Acerca de este tema inagotable, son sinnúmero y estimables las obras publicadas (1). Por lo cual, nunca se nos hubiera ocurrido

(1) Además de la Escritura, desgraciadamente poco leída, aconsejamos las siguientes obras: *San Francisco de Sales. Pensées consolantes*, por el P. Huguet, S. M. París, Castermann.—B E. Susón, dominico, *Obras místicas*, 2 t.—*Ceux qui pleurent*, por Bolo, Pbro.—*La sainteté dans la souffrance*, por el Presbítero Seytre.—P. de Caussade, S. J., *Abandon à la Providence divine*, 2 t., París, Lecoffre.—Monseñor Bougaud, *De la douleur*, París, Poussielgue.—Perreyve, Pbro., *La journée des malades*.—*El libro de los afligidos (Consuelos para el dolor)*, por el autor de los Avisos espirituales, Barcelona, Gustavo Gili.—Blanc de Saint Bonnet, *La douleur*.—*Dans la chambre du malade*, por el canónigo Decorne, 1 vol.—*Dans l'âme du malade*, 1 vol. París,

escribir sobre esta materia, a no haber sido por un caso especial como el nuestro, del que, a nuestro parecer, no se ha hablado desde el punto de vista práctico que nos ocupa y a tantos pobres enfermos interesa.

Con todo, no tenemos la pretensión de ofrecerles una obra circunstanciada en materia tan complicada, sino una simple Guía práctica, sencilla, amoldada a la capacidad de todos.

Si hablamos de los padecimientos en general y de los medios de hacerlos meritorios santificándose, es únicamente obligados a ello por la índole del asunto.

Poco importa que se designe la enfermedad de que tratamos con distintos nombres y que haya sido objeto de sabias clasificaciones que, a no tardar, serán substituidas por otras nuevas. Poco importa también que sea tan antigua como el mundo, que hablaran ya de ella Hipócrates, Platón ó Galeno, o que sea de fecha

Maison de la Bonne Presse.—*Les saintes voies de la Croix*, por Boudon, París, Périsse.—P. Chardon, dominico, *La Croix de Jésus*, 2 vol.—P. Charmoy, dominico, *L'abandon à la volonté de Dieu*, según el R. P. Piny. París, Lethielleux.—Guillermin, Presbítero, *Les voies consolatrices*, París, Bloud et Barral.—Mgr. de Ségur, *A ceux qui souffrent*, París, Tolra.—P. Bouhours, S. J. *Paroles tirées de l'Ecriture Sainte pour servir de consolation aux personnes qui souffrent*.—Vedrenne, Pbro. *Heureux ceux qui pleurent*. París, Beauchesne.—Chaffanjon, *El crucifijo*, Barcelona, Gustavo Gili.—Buathier, Pbro. *El sacrificio en el dogma católico y en la vida cristiana*, Barcelona, Gustavo Gili.—Mgr. Turinaz, *La troisième béatitude*.—P. Vaudon, S. C., *La douleur et la Mort*, París, Retaux.—P. Eifinger, O. S. B., *Die Leidensstunden*, Einsiedeln, Benziger.—Dr. von Kepler, *Das problem des Leidens*.—Dr. Hense, *Die Versuchungen*, Friburgo, Herder.—P. Hattler, S. J. *Das blutige Vergissmeinnicht*, Innsbruck, Rauch.—Emmy Giehl, *Kreuzesblüten*, Paderborn, Schöningh.

reciente (1); lo que intentamos es prestar auxilio a todos esos enfermos tanto más dignos de compasión cuanto que, necesitándola más que los otros, la hallan menos, por no ofrecer la mayor parte de ellos ningún indicio aparente que los distinga de los sanos de cuerpo y alma.

Para lograr este fin, hemos creído necesario insistir en esta enfermedad y sus consecuencias para que los enfermos, al ver cuán bien conocemos su estado, tengan confianza en nuestros consejos respecto de sus deberes y se fíen de la eficacia de los remedios que les proponemos. Estos remedios son, por otra parte, los únicos idóneos para aliviarles, enseñándoles a luchar con el mal, a santificar sus acciones y convertirles así en meritorios sus horribles padecimientos. Y aún hay más. Los sanos mismos verán, si nos leen, que estos enfermos lo están de un mal extraño y doloroso, por lo cual tienen especial derecho a la piedad, a la caridad y a la abnegación de todos los que tienen suficiente inteligencia, corazón y generosidad para conocer las obligaciones impuestas en semejantes circunstancias por la más elemental caridad cristiana.

Si este humilde trabajo, escrito sin pretensiones literarias ni científicas, en los ratos libres que nos han dejado los padecimientos y las obligaciones, presta algunos servicios y alivia alguna miseria, hay que atribuirlo a las personas de toda edad, condición y país que, hon-

(1) Además de estas autoridades, tenemos el testimonio de autores ascéticos muy antiguos. En los escritos que nos dejaron sobre escrúpulos, inquietudes, angustias del alma, hallamos descripciones parciales, es verdad, pero puntualísimas de tales enfermedades, muy poco extendidas en aquellas épocas. Además ignoraban generalmente que sus manifestaciones eran efectos de un mal físico.

rándonos con su confianza, nos movieron a publicarlo. En realidad, no hacemos sino resumir las conversaciones, ingenuas y sencillas muchas veces, que hemos tenido con ellas en los muchos años que vivimos en este ambiente cosmopolita (1).

Además de la larga experiencia personal adquirida padeciendo y viendo padecer, nuestra obra está fundamentada en la teología y en la doctrina de los santos y maestros de la vida espiritual, así como en las mejores obras de medicina, pues hemos hecho un detenido estudio de los trabajos científicos más recientes e importantes dedicados a este asunto.

Hemos creído conveniente tomar algo de santos y sabios, por ser más capaces que nosotros para guiar a los enfermos por la vía dolorosa y compleja en que Dios los ha puesto y quiere santificarlos.

¡Ojalá acepten nuestros lectores esta prueba del sincero y ardiente anhelo que tenemos de favorecerles, con la misma indulgencia y caridad que nuestros queridísimos amigos los enfermos!

Con esta esperanza ponemos humildemente estas páginas a los pies de la Criatura que más ha padecido y entendido el misterio de la Cruz, que es la más capaz de entendernos y de correr en nuestro socorro y a quien la Iglesia invoca «en este valle de lágrimas» con

(1) Nos complacemos en rendir aquí nuestro tributo de admiración al fundador de esta estación, que tuvo en el mundo cristiano y en otras partes su época de celebridad. ¿Quién no conoce al bienhechor del humano linaje, a Kneipp, aquel sacerdote animado del espíritu de su divino Maestro, que «sin acepción de personas se hacía todo para todos» sin pensar más que en las almas a las que se había consagrado? Merecía ser «querido de Dios y de los hombres, y su memoria bendita» por los que le conocieron y le amaron, ya que conocerle era amarle.

los nombres de «Madre de los dolores» y «Reina de los Mártires». Por esto, con gran confianza rogamos á la «Consoladora de los afligidos» y «Salud de los enfermos» que se apiade de nosotros, que ruegue por nosotros y especialmente nos ayude á llevar la Cruz y hacer meritorios nuestros dolores. Movida por nuestras plegarias, alcáncenos ella la dicha de solemnizar con los amigos de la Cruz, con las almas de buena voluntad y por toda la Eternidad, las victorias logradas mediante la Cruz y las «misericordias infinitas del Señor» y «cantar aquel cántico» que jamás cantarán los coros angélicos porque nunca «supieron de padeceres».

Sirvenos esta nueva edición para contestar á ciertos reparos que se han hecho sobre esta obra.

1.º *El omitir el asunto de la responsabilidad es, dicen, un vicio notable que menoscaba su valor científico.* De propósito hemos dejado de tocar tal asunto, de controversia tan difícil que, á veces, llega á poner en grave aprieto aun á los hombres más entendidos y mejor equilibrados. Pero aquí habémonoslas con escrupulosos, con nerviosos, con gente muy sensible, de imaginación desenfrenada, atormentada por el miedo, y, por consiguiente, propensa á sólo ver y á retener en todo evento, lo que más turba y trastorna. En cualquier teoría de la responsabilidad, sólo acertarían á ver la responsabilidad misma con sus graves consecuencias, y no advertirían los casos de irresponsabilidad ó las dejarían indiferentes.

Hartales el mismo efecto que una Misión ó unos Ejercicios espirituales, cuyos sermones é instrucciones sobre los novísimos hieren tan vivamente su ima-

ginación que solamente consiguen agravar su mal sin sacar otro provecho. Si no les hablasen de la muerte, ni del juicio, ni del infierno, ni principalmente de confesiones o comuniones sacrílegas, etc., los ejercicios les acarrearían a ellos, como a los sanos, felicitísimos frutos. Por estas razones, les prohibimos las obras de teología moral y de medicina, esforzándonos en hablarles en lenguaje clarísimo y sencillísimo, porque una palabra mal entendida suele bastar para causarles daños enormes, irreparables á veces.

2.º *Hemos hecho demasiadas citas.* No se olvide que hablamos con enfermos cuya curación es muy difícil por falta de fe y de confianza en los médicos y directores de conciencia, de cuyos consejos fían poco. Para vencer esta desconfianza, casi invencible, no está demás el peso de indiscutibles autoridades, fundadas en el crédito acompañado del don de persuadir. Claro es que gustamos de sacar a plaza lo que la propia experiencia nos ha enseñado; pero estimamos indispensable confirmar estas lecciones con las enseñanzas de sabios y santos, cuyo alto valor está fuera de duda.

3.º *Se acumulan consideraciones, tal vez extensas, que nada tienen que ver con el tema tratado.* Pareció-nos necesario exponer nociones precisas, con harta frecuencia ignoradas, a fin de ilustrar a los dolientes, a sus allegados y a las personas encargadas de instruir a los demás que por su ministerio tienen obligación de saberlas. ¿Cómo hablar de la resistencia a las tentaciones a gente que ignoran la diferencia entre tentación y pecado, o de los defectos de la oración a quien no conoce su índole y condiciones? ¿Cómo levantar el ánimo de los enfermos, si no saben el valor de las tribulaciones, ni

tienen, como ocurre con lastimosa frecuencia, exacta noción de la vida, ni de la nada de los bienes terrenos, ni del por qué ni para qué viven en este mundo? Sirva también esta observación para las copiosas y largas notas esparcidas por todo el libro.

FR. V. RAYMOND

Wœrlishofen (Baviera) a 1 de Mayo de 1909

PRIMERA PARTE

El mal y sus remedios

CAPÍTULO PRIMERO

De los padecimientos

Ya en el siglo II de nuestra era, enseñaba Galeno que, solamente el ojo, puede adolecer de ciento doce enfermedades diferentes. A trescientas remonta Plinio el número de las que acosan al hombre sin tregua ni piedad, procurando entorpecer sus funciones y alterar o arruinar las fuerzas y potencias con que le enriqueció su Criador.

Pretender enumerar o clasificar todas las dolencias, todos los padecimientos físicos y morales, todas las pruebas que, en nuestro viaje a la eternidad, nos visitan y acompañan desde la cuna al sepulcro, sería tarea que médicos, moralistas y autores ascéticos a una, no cumplirían jamás. «El hombre nacido de mujer, dice la Sagrada Escritura, vive corto tiempo y está lleno de miserias» (1).

(1) Job, XIV, 1.

A pesar del incesante progreso de las ciencias médicas, complicanse las enfermedades al paso que el hombre, alejándose de la vida normal, se forja a sí mismo necesidades nuevas, e intenta suplantar la moral del Evangelio por una, mal llamada, moral natural, que lenta, pero fatalmente, nos arrastra al paganismo con todas sus ignominias.

Para juzgar de sus frutos ¿no basta, por ventura, contemplar la multitud de hospitales, manicomios y cárceles en progresión constante y proporcional a la de las logias masónicas y sinagogas, u hojear la lista de los trabajos de medicina que, uno tras otro, sin interrupción ven la luz pública? Con sólo los tratados acerca de una enfermedad, como ésta, recentísima en su desconsolador crecimiento (lo cual le ha valido el dictado de «moderna») objeto de nuestro estudio, se llenaría una biblioteca.

Nadie ignora que los padecimientos no son de ayer; siempre los hubo y siempre los habrá. Los necios e impíos están suficientemente faltos de sentido para empeñarse en eximirse de ellos, o achacarlos a Dios, a los allegados o a la sociedad que exige excesivo trabajo. Tal proceder quizás se les antoje más ventajoso o menos humillante, pero no prueba por eso en modo alguno que sea lógico y digno del hombre no enteramente pervertido o ayuno de atinado juicio.

«Mostradme, exclama Blanc de Saint Bonnet, en este bajo suelo, imperio fundado sobre cimientos tan sólidos como el del dolor. ¿Qué pudo contra él el hombre, este mismo hombre que destruyó tantas cosas, arrasó poderosos reinos y abolió leyes formidables? Desde hace seis mil años todo lo ha intentado para

sacudir el yugo de su señorío: ha atravesado los tiempos, ha abandonado países, ha levantado numerosas civilizaciones: tiempos y civilizaciones han sido regados con sus lágrimas, y sus lágrimas son todavía el tributo más seguro que puede ofrecer al porvenir» (1).

Tal es la herencia que recibe todo hombre al venir al mundo. Pero, aunque carezca de libertad para escoger entre salud y dolencia, entre goce y dolor, libre es para elegir entre bien y mal, y libre para oír la voz de Dios, que le convida a seguirle llevando su Cruz (2), ó la de Satanás que, mostrándole los bienes terrenos, le dice: «Todas estas cosas te daré, si pos-trándote delante de mí me adorares» (3). Porque Dios, según los designios que tiene sobre cada uno de nosotros y los medios de que se vale para que alcancemos nuestro fin, dota a unos de constitución fuerte, salud cabal, apta para el desempeño de los más penosos trabajos y para hacer frente a toda clase de fatigas, haciéndoles sentir contadas veces el peso de la Cruz; a otros, por el contrario, niégales estos dones, sin

(1) *La Douleur*, chap. XXVIII, París, Maison de la Bonne Presse.

«Seis mil años ha, dice el P. Lacordaire, que como el cielo derrama cada año cierta cantidad de lluvia, así el corazón humano vierte cierta cantidad de lágrimas. Todo lo ha intentado el hombre para eludir esta ley, pero en el transcurso de estados muy diversos, desde la extrema barbarie hasta la civilización extrema, o sujeto a cetros de varia forma y diferente peso, en todo tiempo y en todas partes siempre lloró, de modo que por más atentamente que leamos su historia, el dolor es la primera y la última palabra.» (*Obras del P. Lacordaire*, t. III, p. 336. París, Ve. Ch. Poussielgue.)

(2) Matth., XVI, 24.

(3) Ibid., IV, 19.

dejarles otra herencia que el padecer. Estrecha obligación tienen los primeros de poner al servicio de Dios todo su vigor, consagrándolo a la vida activa, a obras y a trabajos que, por lo penosos, no los podrían ejecutar sin la envidiable salud de que disfrutaban. Acepten los segundos una vida más dura, más sencilla, más humilde, más escondida a los ojos del mundo, pero preciosa, con todo, á los de Dios, ya que él la escogió para sí mismo y regala con ella a sus mejores amigos, los Santos. Lo esencial, en este caso, consiste en llevar á cabo pacientemente las obras compatibles con el género de vida a que Dios Nuestro Señor les llamó. ¿Por dicha, no dice el Apóstol Santiago que «la paciencia produce obra perfecta»? (1)

Por otra parte, y aun los más esforzados lo saben muy bien, nadie, en verdad, puede gloriarse de ser ajeno al padecer; ya que, si bien por modo desigual, a todos acomete. Fuerza es, pues, renunciar a la felicidad para la que habíamos sido criados y sufrir las consecuencias del pecado de nuestro primer padre. «La felicidad de este mundo, dice Bossuet, se compone de tantas piezas, que siempre falta alguna.» Y además, sea la que fuere nuestra suerte, «nuestros días serán siempre cortos y trabajosos» (2), y así la vida más larga como la más breve será simple prueba. «¿Qué otra cosa es vivir muchos años, exclama San Agustín, sino padecer un prolongado tormento?»

«¡Y qué de cambios no padece el hombre en alma y cuerpo! Razón tenía Job al terminar la enumeración de sus miserias con aquélla: «Que nunca permanece en un

(1) Jac., I, 4.

(2) Gen., XLVII, 9.

mismo estado» (1). Por no mencionar más que los cambios producidos por la edad, considerad hoy las facciones de un hombre; a los quince años trabajo os costará reconocerlo. Inútil es recordar las enfermedades, amarguras, aflicciones, cuidados y diversos sentimientos que acibaran esta vida, en la que hallamos la tristeza mezclada con regocijo, la desdicha en pos de la dicha y el fin de una desgracia enlazado con el comienzo de otra» (2).

¿A quién, pues, nos llegaremos que nos dé la explicación de esta vida de trabajos y nos ayude a llevar nuestras cruces, haciéndolas meritorias? ¿A la filosofía, a la ciencia, a la moral natural o a los consuelos humanos? Pero ¿qué eficacia tendrán dichos consuelos para curar los males que nos aquejan? Cuando mucho, serían paliativo ilusorio, cuyo término, según lo atestigua la experiencia, será el engaño, y, a menudo, la desesperación y el suicidio. «Entretanto crece sin cesar el número de los suicidios; resuenan por doquier los gritos de desesperación, y nunca fué tan intenso como hasta ahora, entre los hombres que piensan, el hastío de vivir» (3).

El remedio está, pues, en otra parte: en el Evangelio, que, a la vez que nos enseña la verdad, suministra el consuelo y las fuerzas necesarias para toda alma que padece.

«La sola fe puede darnos la clave del misterio del padecimiento, escribe el Pbro. Seytre; ella sola posee

(1) Job., XIV, 2.

(2) Luis de Granada. 2.º Sermón del domingo en la Octava de la Epifanía.

(3) *Frutos del dolor*, cap. IX, Barcelona, Gustavo Gili.

el secreto de tomarlo con resignación y con amor, de endulzar sus amarguras, porque lo justifica a nuestros ojos en su origen cuando nos muestra su profunda relación con nuestras verdaderas necesidades, haciéndonos vislumbrar la felicidad que nos puede merecer algún día» (1). ¿No nos presenta el Evangelio el padecer como el camino ordinario y seguro para ir al cielo? «La vida de Nuestro Señor Jesucristo tan bien descrita en él, dice el Cardenal Goossens, fué Cruz y martirio. Padeció todo linaje de dolores, y hartó, por decirlo así, sus ansias de padecer. ¿Qué más queremos para bendecir los trabajos, recibirlos alegremente o siquiera sufrirlos con resignación, pues que por ellos se nos imprime el carácter mismo del Salvador y acompañándole acá en sus humillaciones, tenemos derecho a esperar la futura participación de su gloria?» (2)

Sí; de Dios dependemos así en salud como en enfermedad. Todas sus obras, en sentir de muchos santos doctores, son, teniendo en cuenta las circunstancias, tan acabadas, que no pueden serlo más, y tan buenas que no pueden ser mejores. Por lo cual, como aconseja San Basilio, hemos de empaparnos bien de este pensamiento: que somos obra de un buen obrero, que nos distribuye con sapientísima Providencia todas las cosas, felicidades y desgracias, de tal suerte, que no sólo no nos acaece nada contra su voluntad, ni nada que sea malo, pero ni siquiera nada que podamos imaginar mejor. «Grandes son las obras del Señor: exqui-

(1) *La Sainteté dans la Souffrance*. Préliminaires, chap. I, Paris, Lecoffre.

(2) *Lettre pastorale sur la douleur*.

sitas para todos sus fines» (1). Y en esta justa proporción entre los medios y el fin que El quiere conseguir, resplandece señaladamente su sabiduría. «Ella abarca fuertemente de un cabo a otro todas las cosas, y las ordena todas con suavidad» (2).

Los trabajos no son, pues, sino preparación a otro estado, a un estado superior, porque nos dan a conocer la caducidad de lo terreno, aparejándonos a recibir gracias que nos perfeccionan y santifican. Nos los envía Dios para gloria suya y santificación nuestra, disponiendo con ellos el alma a lograr luces particulares, con tal que sepamos someternos y aceptar la visita de la Cruz como los santos y las almas de buena voluntad saben hacerlo.

Demos crédito a un gran siervo de Dios cuando dice: «A la manera que para grabar un sello en la cera, es menester primero reblandecerla con los dedos o con el fuego, de ese modo, para que el alma pueda ser claramente marcada con el sello de Dios, colmada de sus gracias y perfeccionada en la virtud, preciso es que esté preparada por las enfermedades y muchas aflicciones, mediante las cuales se ablande y adquiera la disposición debida para recibir las divinas impresiones. Porque así como Dios, en la primitiva Iglesia, efectuó en los cristianos esta obra admirable, valiéndose de las persecuciones y crueles suplicios, con que los tiranos les afligían, así ahora logra el mismo efecto en las almas de sus escogidos con tribulaciones y enfermedades que, haciendo las veces de aquellas persecucio-

(1) Ps., CX, 2.

(2) Sap., VIII, 1.—P. de Lehen, S. J., *La voie de la paix intérieure*, chap. I, París, Haton.

nes, esculpen en su corazón la semejanza y los caracteres de la bondad divina. Por esta razón hemos de esforzarnos en recibir gustosos y abrazar con profundo reconocimiento las dolencias y penas de espíritu, dándole gracias por ello, pues de este modo serán, para nosotros, como un segundo martirio» (1).

«El dolor, según Blanc de Saint Bonnet, engendra familias señaladas y venerandas personas que llegan a ser el tesoro de los que los rodean. Parece que el dolor es fuente manantial de toda profundidad de carácter y de ingenio. El dolor eleva los sentimientos a una realidad a que el amor, en este mundo, no llegaría nunca. No hay cosa que le iguale para disipar la liviandad, sacudir la indiferencia y dar el justo valor a la cordura y a todo lo que procede del corazón. Confíad pocas cosas a quienes no pasaron por la tribulación» (2).

El valor de los padecimientos no les pasó por alto a los antiguos. «No hay menos grandeza en sufrir trabajos grandes, opina Tito Livio, que en hacer cosas grandes.» «Muy desgraciado es quien no ha sentido ninguna pena», escribe Cicerón. Esquilo no titubea en afirmar que «la ciencia reside en el padecer»; ni Séneca en decir que «el lecho de un enfermo es tan digno de ejercitar el valor como un campo de batalla».

Sí; el cristiano, el verdadero cristiano digno de tal nombre, no ha de abandonarse jamás al desaliento, aun cuando anduviese cargado con una Cruz más temible aún que aquella de que vamos a tra-

(1) S. Diódoco, cap. XCIV.

(2) *Op. cit.*, cap. IV.

tar (1). En la escuela de esta Cruz, preste atento oído a la voz y enseñanzas de Aquel que se la envía y espere con paciencia y confianza la hora de la suspirada libertad y el inmortal galardón que vendrá en pos de ella.

Por muy pagados nos daríamos, si en las siguientes páginas pudiésemos infundir esta confianza en los atribulados, y estimular a los exentos de trabajos a alargar una mano caritativa y amiga a los pacientes. Tanto los unos como los otros se enseñarán a conocer y curar, en lo posible, esta novísima forma de enfermedad. ¡Ojalá que de nuestros consejos y exhortaciones se aprovechen cristianamente los infelices de

(1) Cerrada ya la era de las sangrientas persecuciones, otra no menos formidable se nos abrió. La prensa desvergonzada y sin empacho, asalariada por los enemigos de la Iglesia, no cesa en su infame tarea de difundir por doquier con hipocresía y actividad satánicas, mentiras, calumnias, impiedades y blasfemias; siendo tanto más profundos y graves los males que causa, cuanto menos resistencia halla en los que tienen medios y deber de combatirla.

Como es natural, el blanco de su rabia y objeto de sus furiosas acometidas es la vida del alma, que intenta aniquilar. Sin duda, en castigo de parte de estos crímenes, escoge Dios nuevas víctimas, que son las tan cruelmente heridas de este nuevo mal que aquí explanamos, que las convierte, en cierto modo, en mártires.

¡Qué de veces, en algunas catástrofes de nuestros tiempos, eligió Nuestro Señor víctimas muy puras para expiar los pecados y crímenes públicos o privados de esta corrompida sociedad! ¿Por qué, las severísimas Ordenes de Cartujos, Trapenses y Carmelitas oran, sufren y practican asombrosas mortificaciones (que tal vez muevan a risa a mundanos o incrédulos) sino para lavar y reparar tantos escándalos? Cf. *El Peligro religioso*, por el P. Weiss, dominico, Barcelona, Herederos de Juan Gili. *Les malfaiteurs littéraires*, por el Pbro. Cornut, París, V. Retaux; *Un Fléau plus redoutable que la Guerre, la Peste, la Famine*, por el canónigo A. Lemann, Lyon, E. Vitte, 1908.

ella tocados, sacando por consecuencia que el padecer da exacta noción de la vida más atribulada, pues la santifica comunicándola la suficiente fortaleza para contemplar con serenidad, ya que no con gozo, la vecindad de la muerte.

CAPÍTULO II

De la neurosis

«Una aflicción grande es innata a todos los hombres, y un pesado yugo abruma a los hijos de Adán, desde el día que salen del vientre materno, hasta el día de su entierro en el seno de la común madre» (1). Estas palabras, verdaderas para todos los hombres y para todos tiempos, parecen escritas para singularizar las enfermedades nerviosas, infinitamente variables según su naturaleza y el individuo a que afligen, y cuya intensidad sobrepuja a los padecimientos físicos, como el alma sobrepuja al cuerpo (2).

Las dolencias nerviosas han preocupado a los médicos desde la más remota antigüedad; pero la palabra *neurosis* no comenzó a emplearse hasta el siglo XVIII por Cullen, médico escocés, que la substituyó a los términos de *vapores* y *enfermedades vaporosas*. Por mucho tiempo las consideraron como «enfermedades extraordinarias». Sandras, en su *Tratado de las neurosis*, publicado en 1851, las define introduciendo un nuevo concepto: la carencia de lesiones orgáni-

(1) Eccli. XL, 1.

(2). «Los mayores padecimientos son los padecimientos morales», dice el Dr. Dubois.—Cf. S. Tomás, I, 2, q. 31, a. 5; q. 35, a. 6; q. 37, a. 1 ad 3; 2, 2, q. 180, a. 7; 3.^a p., q. 46, a. 6.

cas. Huchard y Axenfeld dieron una buena descripción de la neurastenia en 1883, pero no consiguen esclarecer la controversia. Intervienen luego los psicólogos y descubren que los trastornos neuropáticos están en relación con los fenómenos mentales, porque les parecen más sencillos y dotados de unidad cuando los contemplan desde el punto de vista mental, más bien que desde el físico. Bernheim y sus discípulos confirman esta noción, a saber: las neurosis se particularizan por trastornos psíquicos y especialmente por «trastornos sugestivos», opinión a todas luces exagerada. P. Janet las designa, en 1889, con el nombre de «enfermedades psicológicas» (1). Los psiquiatras alemanes, Krafft-Ebing, Schule, y, en particular, Dubois, de Berna, las apellidan *psiconeurosis* e incluyen en este grupo multitud de otras afecciones (hipocondría, melancolía y algunos estados de degeneración incluidos entre las vesanias por los neurólogos franceses) por lo cual esta denominación da lugar a confusiones. No todo es psíquico en las neurosis, y muchos autores se niegan a considerarlas como enfermedades del alma. La teoría del Dr. Deschamps, según la cual son estas dolencias trastornos de la energía, parece concordar mejor con los hechos. La energía vital «está constituida por un movimiento perpetuo de asimilación y desasimilación: operaciones físico-químicas muy copiosas; funcionamiento incesante de todos los órganos; operaciones que libertan las energías alimenticias y producen fuerzas interiores» (2).

Otros autores admiten que la neurastenia es efecto

(1) *L'automatisme psychologique*, París, Alcan, 5.^a edición.

(2) *Les maladies de l'Energie*, c. 1, París, Alcan, 1908.

de intoxicación proveniente de atonía del aparato digestivo.

Puede verse por estas teorías, —y por muchas otras que nos es de todo punto imposible exponer por falta de espacio,— las causas y diversas variedades de neurastenias y cuánta atención y cuidado requiere su tratamiento; cuanto más que siendo el sistema nervioso un transformador y canal de energía, quedaría insuficiente la voz neurastenia, si se aplicase tan sólo a una categoría de hechos. Ya el neurólogo Raymond había insistido en que la neurastenia no es una especie morbosa, sino un síndrome, esto es, un conjunto de síntomas comunes a varias enfermedades, desmembrando de ella, con P. Janet, la psicastenia (debilidad mental) de la que dependen, a su parecer, muchas dolencias o síntomas, mejor dicho, como las obsesiones, fobias, etc.

La neurastenia, descrita por el americano Beard, tuvo y aun conserva mucha boga. Identificaba él multitud de dolencias, muy bien descritas, pero que eran una misma y única enfermedad: irritación espinal (Frank), neuralgia proteiforme (Cerise), neurosismo (Bouchut), neuropatía cerebro-cardíaca (Kirshaber), y ahorrando con frecuencia a los médicos el hacer un diagnóstico preciso, inventaba una especie de moda entre los enfermos. Con ser denominación insuficiente, aún se emplea hoy día.

Vista ya la naturaleza del mal, será bien remontarnos a su origen, único modo y el mejor de combatirlo victoriosamente.

Causas de la neurosis son, según Grasset (1), la

(1) J. Grasset, *Thérapeutique des maladies du système nerveux*, París, Doin, 1907.—«Si Duclaux dijo ser la herencia en

herencia, el medio y el individuo. La herencia puede ser o no ser nerviosa; en este último caso obra por el alcoholismo, la tuberculosis, el estado moral o el artritismo de los ascendientes.

El medio interviene por contagio. «Los nerviosos ocasionan nerviosos a su alrededor» dice Grasset. Es de capital importancia en la génesis del histerismo.

Las causas procedentes del individuo, dependen principalmente del temperamento y del genio, de los excesos de toda clase, de la educación y de la fatiga excesiva, del género de vida, de las conmociones y pasiones, de las enfermedades anteriores, infecciones, intoxicaciones, etc. El oficio de la educación es considerable, lo cual deben tener muy presente los padres, para vigilarla cuidadosamente. No ha de ser en exceso condescendiente ni severa en demasía, sino relacionada con la índole del niño, cuya energía moral hay que fortalecer, sobre todo, desarrollando sus buenas inclinaciones. Así entrará más adelante en la vida con un sistema nervioso dotado de la resistencia necesaria y aparejado a la lucha (1). La educación ha de ser, ante todo, religiosa, porque «la fe es poderoso

general «el gran poder que gobierna al mundo», si desde el tiempo de Jeremías se repite que «los padres comieron uva agria y los hijos tuvieron dentera», es más cierto el caso en punto a herencia nerviosa.» *Ibid.*, c. II.

(1) ¿Qué concepto forman algunos de la educación? Con harta frecuencia, para desprenderse de los niños, así que pueden caminar solos, los confían a maestros extraños, que por hábiles y abnegados que sean, no pueden reemplazar a la familia porque su oficio es sólo completarla. Enorme diferencia hay entre los cuarteles de niños que llaman internados y la vida de familia. El ministerio a que Dios destinó a los padres no se cifra en sólo tener hijos, para desembarazarse luego de su educación y on-

aguijón. La fe templea los temperamentos, cosa por nadie puesta en duda; pero su ministerio no se limita a esto solo. Despertando los sentimientos del niño, estimula juntamente su inteligencia, de modo que en el cerebro así preparado por las vibraciones sensitivas, permite la impresión ulterior de las ideas. No solamente es la fe inspiradora de vigor moral e intelectual, mas también admirable productora de energía física» (1).

Pareciéonos conveniente insistir en las causas, a fin de ser útiles a dolientes y predispuestos, los cuales, conociendo el peligro, pueden así fácilmente evitar sus consecuencias.

Son los neurasténicos *fatigables*, incapaces de esfuerzo alguno; el menor ejercicio agota sus escasísimas provisiones de energía, reduciéndolos a cabal impotencia. Los más de ellos, nacen «insuficientes», según la expresión de Deschamps. Estos no son curables por la persuasión; lo que han menester es «provisión de ener-

cargarla a uno cualquiera, pues nadie puede suplir a la madre, cuyo puesto está en su casa, no en el teatro, ni en las tertulias, ni en la Universidad. Además de esto, ¡cuántos son los maestros descuidados e imperitos en cuestiones pedagógicas! ¡Cuántos desempeñan su empleo, sin orden, a ciegas, sin más norma que su veleidoso genio, valiéndose de artificios ininteligibles, dando la educación casi al revés, deformando el ingenio y el genio en vez de formarlos!

Como quiera que sea, no desenvolverá la voluntad de los jóvenes el que les dé cursos de moral cívica y les lea o comente el código penal, pues no es éste el modo de hacerlos capaces de servir útilmente a Dios y a la patria.—Cf. Monseñor Delamare, *Les dangers de l'école sans Dieu*, París, 1907; *Los niños mal educados*, por Nicolay, G. Gili, Barcelona.

(1) Dr. Ch. Fiessinger, *Science et spiritualisme*, cap. III, París, Perrin.

gia, de tenacidad voluntaria, de paciencia, de conformidad y de atención (1).» Otros quedan momentáneamente agotados por un cansancio excesivo, físico o moral, o por una intoxicación que estorba la acción de su energía. En unos como en otros será poderosísimo auxiliar el tratamiento del alma, porque ayudará a sostener la energía desfalleciente, al mismo tiempo que la cura física removerá los obstáculos.

No son menos importantes los trastornos de la sensibilidad, que en algunos llegan hasta el punto de que el roce de los vestidos les ocasiona verdaderos dolores. Estos enfermos temen el frío y el calor, y sólo soportan climas templados. La sensibilidad especial queda también afectada: constantes y de distintas formas son los dolores de cabeza; unas veces, y es lo más común, consisten en sensación de casco y de ahí viene el nombre de «galcatos» que les asignaba Charcot; tan pronto experimentan sensaciones de calor, de quemadura, como, al contrario, de frío intenso. El dolor suele propagarse a lo largo de la columna vertebral, especialmente en la espalda y en los lomos, lo cual basta para que se imaginen estar enfermos de la médula espinal. Hay también hiperestesia sensorial (sensibilidad exagerada de los sentidos): una luz poco viva les impresiona dolorosamente los ojos; un ligero ruido les sobresalta. Finalmente, el más leve olor les molesta; cobran horror a los perfumes.

El insomnio constituye asimismo un síntoma tan frecuente como penoso, ya sea consiguiente al exceso de fatiga, ya a los padecimientos físicos o morales.

No nos detenemos en las demás manifestaciones de

(1) Dr. Albert Deschamps, *Op. cit.*, cap. III.

orden físico, que, si bien en gran número, no son tan constantes como las precedentes, para llegar más pronto a tratar del estado mental, el más importante para nuestro intento. Son sus caracteres: la inestabilidad, las inquietudes enfermizas, la debilitación de las facultades psíquicas (memoria, atención, voluntad), la *emotividad*, la impresionabilidad, la ansiedad y el miedo.

Los hay que viven en *perpetua agitación*, cual si todo su cuerpo estuviese cargado de electricidad, y creen que sólo podrían conseguir la tranquilidad en otro medio o situación, esto es, en cualquier parte menos donde están. Son la inconstancia misma, el *movimiento continuo* (*perpetuum mobile*). Prontos siempre a emprenderlo todo o a dejarlo todo, según la impresión del momento, parecen sólo tener energía y atención extremada para contemplar su enfermedad; sólo dejan de hablar de ella cuando carecen de fuerzas ó les abandona el auditorio. Por más que se les repita que conocemos muy bien su estado, que los comprendemos perfectamente, que son fastidiosas tantas explicaciones redundantes sobre el mismo tema, que procediendo así no lograrán nada aunque tuviesen a su disposición todos los doctores en teología y en medicina, y que, al fin y al cabo, su estado particular de ánimo es consecuencia de su enfermedad: por más que todo eso se les repita, es tarea verdaderamente inútil. Nunca se conseguirá convencerles y contadas veces sosegarlos.

Recibimos en cierta ocasión la visita de una persona que, por las facciones y el tono de voz, mostraba a las claras su dolencia. Con la esperanza de calmarla y de evitarle el trabajo de volver otra vez a tan penosa

materia, la dejamos hablar hasta que sonó para los enfermos la hora de comer. La conversación había durado más de dos horas. Desde aquel día las cartas se sucedieron sin interrupción, con ser ellas extraordinariamente largas. Bastará decir que las había de cuarenta y dos páginas de gran tamaño. Visitas y cartas que, desde luego, por más que de nada servían, no cesaron o por mejor decir, no disminuyeron, hasta el día en que la tal persona se persuadió de que era absolutamente preciso proceder de otro modo. ¡Cuántas veces la habíamos repetido que en tales condiciones serían menester muchos teólogos y médicos! Basta con este ejemplo tomado a la ventura, para formar concepto del estado mental de los pobres neuróticos.

Tales enfermos, llamados por Charcot *quejumbrosos*, de igual manera se portarían con el médico que con el director de conciencia, según las disposiciones de cada enfermo, si las visitas de uno y otro costasen al mismo precio.

El verano pasado entró uno precipitadamente en la capilla del establecimiento a las cuatro y media de la mañana, suplicando con reiteradas instancias a la Superiora nos encargara que le administrásemos inmediatamente los últimos Sacramentos, porque estaba a punto de expirar. Corrimos a verle. No tardó en serenarse y convencerse de que no era tan grave el peligro como él se había figurado. A mediodía comió con excelente apetito, dió un largo pasco y volvió a su género ordinario de vida, siguiendo el tratamiento prescrito. Pero duróle poco la calma. Pronto se recrudecieron las mismas inquietudes; pero entonces se ausentó de repente, para volver a las pocas semanas. Al vernos de nuevo,

nos contó que, viendo que le habíamos negado los Santos Sacramentos, se fué a su casa para hacérselos administrar, porque no quería morir sin recibirlos. Añadió cómo estuvo en otro establecimiento, pues habiéndonos dejado furtivamente, no se atrevió a volver a éste. Habiéndole preguntado por su salud, nos contestó que iba de mal en peor y que ya no tenía remedio, por estar enferma toda su persona, cosa realmente poco nueva para nosotros.

Otros, heridos de *abulia* o incapacidad de querer, se ven reducidos a tal estado de depresión, que el resto de fuerza física o moral, esto es, de vitalidad, le sienten ellos como aniquilado. Hay varios grados en esta disminución de la voluntad: comienza por la indecisión en las formas leves, para acabar con la desaparición completa de esta facultad en las formas graves, que dependen entonces de la Psicastenia. Por ser incapaces, a menudo, de todo linaje de trabajo y ocupación continuada, les es imposible coordinar ideas, escribir pocas líneas en materia que al dedillo conocen; aun, a veces, en la conversación no dan con una palabra ni con una expresión, ni, en especial, con un nombre propio, a pesar de haberse distinguido antes muchos de ellos por su soltura y elegancia en el hablar.

Les flaquea la memoria, facultad muy a menudo seriamente enferma en ellos. Hasta el recuerdo de lo que otras veces constituía su dicha, les deja indiferentes o sirve solamente para acrecentar su mal. Creen ser una carga para los suyos, o imaginan estar desamparados, menospreciados o traicionados por la familia o los amigos más fieles y abnegados. Sólo ven en ellos indiferentes, egoístas ó enemigos que andan en tratos con tal o cual, para poner asechanzas a su seguridad.

Otros juzgan estar amenazados o, por ventura, ya acometidos de enajenación mental. Además no pueden oír hablar de una desgracia sin tenerse por amagados por ella, ni de una enfermedad sin parecerles que ya la tienen, ni de una culpa sin juzgarse culpados (1), de suerte que la aprensión de los males que nunca les han de sobrevenir les causa mayores tormentos que si en realidad hiciesen en ellos presa; padecen continuamente las angustias de aquel que, puesto al borde de un precipicio, hubiese de caer en él al menor movimiento.

Lo que para otros pasaría de todo punto inadvertido, penetra y se imprime en ellos como las imágenes en una placa fotográfica, los sonidos en un fonógrafo, o como el agua es absorbida por una esponja, causándoles profundos trastornos. Impresiones que de tal modo se fijan en su ánimo, que han de hacer esfuerzos de memoria para caer en la cuenta de su edad, porque están dominados de la impresión de tener ahora la que tenían en los comienzos de la dolencia.

Cuando los pensamientos, representaciones, deseos más o menos malos, perversos, aun criminales, tentaciones de todo jaez, en suma, no son sino efecto de un estado morbozo; cuando en todo esto no hay la más leve culpa, se les antojan culpas graves, a veces hasta verdaderos crímenes, creyendo así perder la gracia de Dios, e incurrir en su maldición, todo porque el mal no les deja distinguir entre *tentación* y *consentimiento*, ni, por tanto, medir exactamente su cargo de conciencia.

(1) Por esto han de guardarse por entero de leer obras de teología moral o de medicina, a pesar de la afición que tienen por ellas.

En este género de casos que, a primera vista, parecen graves, se notan, una que otra vez, escrúpulos ordinarios, sencillos, livianos, procedentes de falta de instrucción o de defectuosa higiene moral, que se desvanecerán fácilmente de la conciencia al influjo de una dirección ilustrada. Pero los hay más graves, más tenaces, que son los verdaderos escrúpulos: *fobias*, que dependen de un estado morboso descrito más abajo en capítulo especial.

Enfermos hemos conocido que, en pocas horas, con venir a hablarnos varias veces, se volvían sin hacerlo, porque en llegando a la puerta no se atrevían a llamar. Otros, puestos ya en nuestra presencia, no se sentían con valor para declararnos el verdadero motivo de la visita, y si lográbamos hacerles hablar o tomar una decisión, no sabían cómo manifestarnos su agradecimiento a lo que ellos llamaban admirable servicio. No pocos aplazan la lectura de su correspondencia por miedo de tropezar en ella con malas noticias, o por otros motivos. Uno, al irse de aquí, se llevó una carta que no leyó hasta semanas después de llegar a su casa. Este sentimiento de inseguridad proviene, en gran parte, de la *emotividad* y de la impresionabilidad.

«Los neuróticos, dice el doctor Dubois, muestran en sumo grado una *emotividad* exagerada que los hace ineptos para sobrellevar lo que la vida trae consigo. Los menores acontecimientos son para ellos grandes catástrofes; la menor desgracia les descorazona. No se contentan con abultar los obstáculos que tienen delante ni con retroceder a su sola vista, sino que fantasean conmociones, muy reales desgraciadamente en sí mismas, pero provocadas por la imaginación. Sobresáltales

un telegrama aun antes de leerlo, interpretan torcidamente las cartas y atribuyen los acontecimientos, sean cuales fueren, a las más inverosímiles y pavorosas causas.» (1)

Muchos de ellos son meticulosos, apocados, no se atreven a decir ni emprender cosa alguna, teniéndose por incapaces. Otros propenden a la melancolía y buscan la soledad, al revés de otros que no pueden soportarla. Casi siempre inquietos, tristes, abatidos, incapaces de esfuerzo o decisión, malgastan el tiempo pensando en lo que hicieron para deplorarlo, o en los medios de evitar lo que tienen que hacer, temiendo no sólo no proceder como deberían, sino también tener que arrepentirse de ello. Dan muestras de mirarlo todo con ojos tan fríos, aun su mismo estado de salud, que cuando les preguntáis por ella, se contentan con responder titubeando o con lentitud, que padecen en todo el cuerpo, que nada pueden hacer o que no tienen remedio.

Un individuo aquejado de principio de ceguera refería con la mayor naturalidad la consulta que acababa de hacer a un famoso oculista. Como se maravillaran de su tranquilidad no obstante el diagnóstico poco halagüeño del doctor, dió por respuesta: «Este mal nada monta comparado con el *otro*.» Este *otro mal* que le afligía y apuraba tanto era la *neurastenia*.

Ora los neuróticos estén más o menos dominados por su sensibilidad enfermiza, ora en igual grado sean más o menos responsables de ciertas acciones, ello es, confesémoslo llanamente, que por su brusquedad de genio dan mucho que hacer a los suyos. A las veces,

(1) *Les Psychonévroses et leur traitement moral*, Leçon XIII, París, Masson, 1905.

bastará cualquier cosa imprevista, una advertencia, un contratiempo, una sencilla palabra, para sacarlos de quicio con impaciencias y enojos.

En los ratos de tristeza, de mal humor, particularmente en los cambios de temperatura, pónense algunos de ellos de tal modo irascibles que por bagatelas, por naderías, dan en quejarse, en censurar, en gruñir, en encolerizarse; arrebatos que extrañan ellos más que nadie cuando vuelven en sí o cuando les pasa el mal humor. No acaban de entender su impotencia en dominar sus impresiones, tanto más cuanto no les faltan buenos propósitos ni convicción de vencer semejantes flaquezas.

Con todo eso, fuerza es declarar que los que les rodean pecan por exceso de severidad, mayormente si no son piadosos o no se hacen cargo de esta dolencia, como acaece por desgracia muy a menudo; porque sólo reparan en la acción exterior, no atendiendo o no queriendo atender a que es ella, por lo común, un primer movimiento irreflexivo (*motus primo primus*).

Por lo cual, no son de maravillar las siguientes palabras de una joven húngara enferma de neurosis: «¡Ah! exclamó al ver este libro (1), pobrecillos nerviosos, ¡qué molestos son!; por eso nadie los quiere, ¡qué pocos amigos tienen! ¡siquiera hallaron ahora uno en ti!»

Lo que también acrecienta en gran manera sus padecimientos, por lo menos en alguno de ellos, es la imposibilidad de hacer que los entiendan sus allegados, sea cual fuere el grado de caridad, inteligencia o buena voluntad de aquel á quien se dirigen, si éste no padeció

(1) La edición alemana lleva por título «*El amigo de los nerviosos*» (Der Freund der Nervösen).

ni padece la misma dolencia. Fuera menester para esto un diccionario nuevo, que no tenemos ni tendremos jamás si no es para los que pasaron por parecidas tribulaciones. Así se explica su prolongada estancia en ciertos parajes que sólo tienen de placentero o de agradable la compañía de los aquejados del mismo mal. Si mutuamente se entienden, no es que se valgan de un lenguaje técnico, pues no poseen más que el vocabulario vulgar, sino que bastan pocas palabras, el nombre solo a veces de la enfermedad, para evocar a la memoria y representarse con la rapidez de un relámpago, casos indescriptibles de dolor, de que la pluma no daría la más somera noción, tal como el sabio no puede parar el rayo que rasga las nubes.

Empeñarse en conocer a fondo esta enfermedad, cotejándola con otras, como porfían algunos, es querer conocer el alcohol y sus efectos por tener concepto del agua, que es también líquida y de igual color. Decíanos un día un obispo de Baviera, aquejado por largo tiempo de este mal: «Para comprender bien este padecimiento, menester es haberle uno experimentado en sí mismo.»

A tantas miserias, y omitimos no pocas, hay que agregar una, y no liviana, porque desgraciadamente suele influir en todas las acciones de tales dolientes: el *miedo*. Víctimas constantes de su imaginación enfermiza, les aflige el *miedo* en tal grado que de ellos podemos afirmar lo que de ciertos escrupulosos decía San Francisco de Sales: «Tienen miedo de tener miedo.»

«Poned al filósofo más sabio sobre una tabla más ancha de lo que es menester: si debajo de ella hay un

precipicio yo os aseguro que por más que la razón le convenza de no haber riesgo, prevalecerá la imaginación y temblará (1). De sólo imaginarlo, muchos palidecerían y se pondrían á sudar.»

Lo que para el filósofo es simple reflexión o idea especulativa, es para estos enfermos evidente realidad. Porque parece que limitan su esfera de acción a un terreno resbaladizo erizado de dificultades y peligros de todas clases. En tanto que las personas sanas andan o ejecutan sus operaciones en terreno firme, el neurótico ha de andar u obrar por una estrecha tablita colocada a mucha altura y sin pasamano; por lo cual, no es mucho que, arrebatado de vértigo, se despeñe en el vacío, y que se quebrante algún miembro o se encuentre con la muerte. No hay razonamiento que le convenza de la vanidad de sus *temores*, de su *miedo*, porque obra agitado por la enfermedad: poder engañoso que se le enrosca cual monstruosa sierpe para ahogarlo. Si más afortunado que Laocoonte se libra de la muerte causada por tan terrible aprieto, no escapará de cierta parálisis moral y física, parcial o completa, que le invadirá, robándole todas las fuerzas, haciéndole así, con harta frecuencia, inepto para cualquier acción. Triste estado mental, causado por una turba de conmociones imaginarias, consecuencia de la debilidad general.

La nota predominante del neurosismo es, según el Doctor Zbinden, la *ansiedad*, procedente del siguiente hecho: los enfermos experimentan la sensación de hallarse en un laberinto del cual ya no pueden salir;

(1) Pascal, *Pensées*, 1.^a parte. Decía Montaigne: Póngase una viga de una torre a otra..., no hay sabiduría filosófica que baste a haceros pasar por ella. *Essais* l. II, ch. XII.

parécenos que se les ha transformado el pensamiento; que ya no son lo que antes eran, por lo cual se preguntan por qué están allí enredados y cómo saldrán del enredo. Pero, hoy día, podemos responderles con toda sinceridad; y la explicación de sus males muchas veces basta para hacerles desaparecer la ansiedad. (1)

Estas tres últimas notas *abulia*, *ansiedad* y *miedo*, pueden existir aisladamente y ocupar el campo de la conciencia, constituyendo estados mentales. Si el miedo se singulariza circunscribiéndose a un pensamiento, cosa, hecho o categoría de cosas, de hechos y aun de seres vivos, se llama *fobia*. La mayor parte del tiempo señorea al ánimo convirtiéndose en *obsesión* (2). Con

(1) «La vista de lo incierto y desconocido, acrecienta, engendra la inclinación a ser ansioso. Viendo la ansiedad de estos enfermos suelo recordar lo que me pasó en cierta ocasión con mi pequeña Margarita, que contaba a la sazón tres años. Le habían regalado por Navidad un asnillo de cartón que meneaba la cabeza así que le sacudían. Mucho le gustaba a Margarita la bestezuela mientras estaba inmóvil, pero cuando al cogerlo comenzaba a menearse aquella cabeza, rompía a llorar y se escapaba. Procuré explicarle lo infundado de su miedo porque no podía dañarle el burro, siendo de cartón. Ni por esas dió su brazo a torcer. Entonces, desenganché la cabeza del asno para enseñarle el mecanismo. Aquí cesóle a la criatura el miedo.

•Asimismo en la moderna psicoterapia hemos de esforzarnos en mostrar a los enfermos el mecanismo de su estado para desvanecer su congoja, como quiera que el estado nervioso, por molesto que sea, no encierra gravedad. Tampoco en los enfermos hay motivo para estar ansiosos como no lo había en mi niña para amedrentarse al ver menear la cabeza del asno.

•Esta tal ansiedad, haciéndoles ver negras todas las cosas, les menoscaba en gran manera la confianza en sí mismos. • *Conseils aux nerveux et à leurs familles*, por el Dr. H. Zbinden, privat-docent de neuropatología en la Universidad de Ginebra, París, Lemoigne, 1906.

(2) Advertimos que la *obsesión* puede hallarse independientemente de la *fobia*.

esto nos hallamos de lleno en los dominios de la *psicastenia*, de la cual algo dijimos ya al principio de este capítulo. Esta enfermedad tiene hartos vínculos comunes con la neurastenia constitucional de Charcot (cerebrastenia de los autores antiguos). La herencia, particularmente la nerviosa, hace gran papel en la *psicastenia*, que se distingue sobre todo por fenómenos psíquicos.

Uno de los principales, y de los que más apuran a los enfermos, es la *obsesión*, de la que diremos algunas palabras.

A juicio de Raymond «son las *obsesiones*, ideas que avasallan la conciencia de los enfermos, a despecho de su voluntad, de una manera más o menos irresistible, acompañadas de cierta congoja y a veces de *impulsiones*» (1). De intento hacemos hincapié en estas voces, para demostrar al lector que tales ideas son *automáticas e involuntarias*.

Aunque haya entre ellas gran variedad, pueden reducirse a dos géneros: el uno abarca las *obsesiones* de sacrilegios, de crímenes, de la vergüenza de sí mismo, de la vergüenza del cuerpo (2), correspondientes en gran parte a los escrúpulos; el otro género encierra las *obsesiones* de la duda. El campo de la conciencia de estos míseros enfermos se ve invadido por la interrogación perpetua ¿por qué andan los hombres? ¿por qué son verdes los árboles? Parecidas preguntas se hacen en el orden de los fenómenos físicos, fisiológicos, psíquicos, etc.,

(1) *Névroses et Psychonévroses*, pág. 62, París, Delarue, 1907.

(2) P. Janet, *Les obsessions et la Psychasthénie*, 2 volúmenes, tom. 1, en colaboración con el Dr. F. Raymond, París, Alcan.

y, a veces, respecto de los dogmas de la Religión, siendo entonces manantial de indecibles padecimientos.

«Al cabo de algún tiempo llega a ser la *obsesión* una como necesidad psicológica, tal, que los enfermos no pueden pasarse sin ella, aunque de ella se quejen amargamente y por ella padezcan» (1).

Con las *obsesiones* jùntanse a veces las manías. Enfermos hay que sienten necesidad irresistible de repetir una palabra, frase, o abreviaciones de frases, que tienen para ellos determinado sentido, con la mira de sosegar su espíritu, sin poder alcanzarlo jamás. Otros repetirán una acción, como abrir o cerrar diez veces una misma puerta para cerciorarse de que está bien cerrada, etc. (2).

Notemos, finalmente, una particularidad importante de la *obsesión*, grave en sus consecuencias, mirada desde el punto de vista social y religioso, esto es, la «propensión al acto», que puede llegar a ser una impulsión. Añadamos que rara vez es irresistible.

Los enfermos conocen tanto más fácilmente el estado de inferioridad a que se ven reducidos cuanto, en opinión de los médicos más entendidos en estas dolencias, son, en general, inteligentes. Tales enfermos forman una categoría aparte, un cuerpo distinto, un Estado dentro del Estado. Son como negros entre blancos, viven a orillas de la especie humana, cuyas leyes y costumbres no pueden seguir. Poseídos ellos del hastio de la vida, a punto de desesperarse a cada instante, desearían no existir, y al influjo de estos

(1) F. Raymond, *op., cit.*, pág. 65.

(2) P. Janet denomina a esas manías, *tics*, etc., *agitaciones forzadas*, y equivalen a los *Zwangs-Processus* de los alemanes.

tormentos que «penetran hasta los tuétanos», no pocos son los que llaman la muerte a gritos, con ánimo de dar fin a vida tan miserable. Y si, por desgracia, carecen desde el principio de fortaleza para combatir enérgicamente estos horribles pensamientos, que, de otra manera, cobrarían nuevos bríos, no tardarán en considerar el suicidio como cosa natural y lícita, de suerte que, a no intervenir un amigo, un alma caritativa, a no concurrir una vigilancia constante, o un auxilio especial de Dios, pondrán en ejecución su siniestro designio, convencidos de que el Supremo Juez no les ha de pedir cuenta de él.

«Delicadísima es la situación del médico, dice el Dr. Dubois, a vista de los variadísimos casos de melancolía. En un caso al parecer benigno, puede ocurrir el suicidio de repente. Por esta causa no eche en olvido el médico aquella palabra de Gudden, el cual pereció con el Rey de Baviera por haber quebrantado la regla dada por él mismo: «No os fiéis nunca de un melancólico» (1).

¡Cuántas personas hemos conocido, acosadas, avasalladas por el pensamiento del suicidio, o que habían intentado, tantas veces, darse la muerte! Una de ellas, que había seguido un régimen con feliz suceso, y que escapando a la vigilancia de su familia se había arrojado al río Inn, nos refirió varias veces las impresiones que experimentó al sentirse arrastrada por la corriente, preguntándonos si, a haber muerto, se habría condenado, conforme le habían dicho.

Otra engulló una cantidad insuficiente de veneno. Entraron a tiempo en su habitación, advirtieron el

(1) *Op. cit.*, lección XV.

criminal propósito y le quitaron el veneno que le quedaba. Tras algunos meses de padecimientos, se curó por estar dotada de constitución fuerte. Pero acosada de continuo por este pensamiento, guardaba siempre veneno en su casa para acabar con su vida cuando no pudiera con sus terribles tormentos, especialmente con su horrible desesperación. Hicímosle prometer que lo arrojaría de sí y que renunciaría a tan criminales designios. ¿Lo ha cumplido? Tal vez pueda decirnoslo si lee estas líneas.

Lo repetimos, no hay lengua para narrar semejantes torturas, ni hay cosa en este mundo que pueda dar más acabado concepto de la desesperación de los precitos. Es un infierno anticipado. Tan extraño es este padecimiento, que el doliente mismo, si mejora o si el mal le deja un momento de reposo, es inhábil para concebir ni siquiera aproximadamente sus males; tanto que piensa haberlos exagerado, hasta el instante en que vuelven otra vez a restituirle a la realidad de las cosas.

Estos enfermos son los que podrían exclamar: «¡Oh vosotros cuantos pasáis por este camino, atended y considerad si hay dolor como el dolor mío!... Faltáronme las fuerzas... Son mis ojos fuentes de agua... ¡Pueblos todos, oíd os ruego, y considerad mi dolor... Recurrí a los amigos míos, y me engañaron... Han oído mis gemidos; y no hay nadie que me consuele!» (1)

El *Eclesiástico* dice (XXX, 14, 18.):

Más vale el pobre sano y de robustas fuerzas,
Que el rico débil y acosado de males.

(1) Jerem. *Thren.*, I, 12-22.

La salud del alma, que consiste en la santidad de la justicia,
vale más que todo el oro y la plata:
Y un cuerpo robusto más que inmensas riquezas.
No hay tesoro que valga más que la salud del cuerpo,
Ni hay placer mayor que el gozo del corazón.
Preferible es la muerte a una vida amarga,
Y el eterno reposo *de los que mueren* a una continua dolencia.

Libros enteros podrían escribirse acerca de tales enfermedades que varían como las facciones del rostro. Lo que acabamos de decir, harto especificado para una obrita como la nuestra, bastará (a lo menos así lo esperamos) para alcanzar el fin que pretendemos, principalmente para decidir a los enfermos a seguir los consejos que les damos. ¡Son niños que hay que llevar de la mano!

A muchos, como arriba dijimos, el cumplimiento de sus deberes religiosos y aun el solo pensar en ellos, basta para turbarlos o conmoverlos. Los hay que no pueden dormir en la víspera de una confesión o comunión. Hemos conocido a un meritísimo sacerdote, doctor en teología, que cada vez que había de dar la sagrada comunión a los fieles durante la misa, no podía pegar los ojos la noche antes.

Por temor de engañarse, hay sacerdotes instruidísimos e inteligentes que se abstienen de celebrar la santa misa.

Por experiencia lo saben los enfermos. Pero también saben o deben saber que, con todo eso, en los actos religiosos, y SOLAMENTE EN ELLOS, hallarán el sosiego necesario a la salud del cuerpo como del alma, y también los medios de hacer agradables a Dios y,

por consiguiente, meritorios sus padecimientos (1).

«En el misterio del confesonario, escribe Fiessinger, las palabras de consuelo y de fe bábenlas con avidez las almas inquietas, que van allí a arrodillarse ansiosas y a contar el desorden de su espíritu, que, en hablando el Sacerdote, se trueca en extraña

(1) Nunca les encareceremos bastante la comunión frecuente y cotidiana. Siempre la hemos aconsejado con frutos maravillosos. ¿Hay cosa más natural? ¿No es la Eucaristía el manantial de todos los bienes? «Con Jesucristo, dice Bossuet hablando de la comunión, vienen todas las gracias, todas las luces, todos los consuelos, todas las riquezas del cielo y de la tierra. Todo se nos da con Jesucristo y quien a sí mismo se da, nada podrá negarnos.»

Por otra parte, al proceder así, no hacemos sino seguir la doctrina de la Iglesia y, en particular, las últimas *Instrucciones* de nuestro Santísimo padre el Papa Pío X, el cual, en la audiencia del 17 de Diciembre de 1905 ratificó, confirmó, y mandó publicar el Decreto cuya parte principal es la siguiente:

1.º Dése amplia libertad a todos los fieles cristianos, de cualquier clase y condición que sean, para comulgar frecuente y diariamente, en cuanto que así lo desea ardientemente Cristo Nuestro Señor y la Iglesia Católica: de tal manera que a nadie se le niegue que esté en estado de gracia y tenga recta y piadosa intención.

2.º La rectitud de intención consiste en que aquel que comulga no lo haga por rutina, vanidad o fines terrenos, sino por agradar a Dios, unirse más y más con El por el amor y aplicar esta medicina divina a sus debilidades y defectos.

3.º Aunque convenga en gran manera que los que comulgan frecuente o diariamente estén libres de pecados veniales, a lo menos de los completamente voluntarios, y de su afecto, basta, sin embargo, que estén limpios de pecados mortales, y tengan propósito de nunca más pecar; y con este sincero propósito no puede menos de suceder que los que comulgan diariamente se vean poco a poco libres hasta de los pecados veniales y de la afición a ellos.

4.º Como los Sacramentos de la Ley Nueva produzcan su efecto por sí mismos, lo causan, sin embargo, más abundante

serenidad; porque vuelven a entrar en la vida ordinaria con el corazón aligerado de gran peso, armadas de recto pensar y resueltas a los sacrificios necesarios. Mirada la confesión por el lado médico ha de estimarse agente maravilloso de equilibrio mental.»

«La confesión regular, dicen Raymond y P. Janet (1), debió de ser inventada por un alienista de inge-

cuanto mejores son las disposiciones de los que los reciben, por eso se ha de precurar que proceda a la Sagrada Comunión una preparación cuidadosa y le siga la conveniente acción de gracias, conforme a las fuerzas, condición y deberes de cada uno.

5.º Para que la Comunión frecuente y diaria se haga con más prudencia y tenga más mérito, conviene que sea con consejo del confesor. Tengan, sin embargo, los confesores mucho cuidado de no alejar de la Comunión frecuente o diaria a los que estén en estado de gracia y se acerquen con rectitud de intención.

6.º Como es claro que de la frecuente o diaria Comunión se estrecha la unión con Cristo, resulta una vida espiritual más exuberante, se enriquece el alma con más efusión de virtudes y se le da una prenda muchísimo más segura de felicidad, exhorten por esto al pueblo cristiano a esta tan piadosa y saludable costumbre, con repetidas instancias y gran celo los Párrocos, los Confesores y predicadores, conforme a la sana doctrina del Catecismo Romano. (Part. II, cap. LXIII.)

7.º Promuévase la Comunión frecuente y diaria principalmente en los Institutos Religiosos, de cualquier clase que sean, para los cuales, sin embargo, queda en vigor el Decreto *Quemadmodum* del 17 de Noviembre de 1890, dado por la S. C. de obispos y regulares. Promuévase también, cuanto sea posible, en los Seminarios cuyos alumnos anhelan el ministerio del altar, y lo mismo en cualquier otra clase de Colegios cristianos. Cf. á Fabre, Pbro., *Le ciel ouvert par la confession sincère et la Communion fréquente*, París, Lecoffre; y á Mgr. de Ségur, *La très sainte Communion*, París, Tolra.

(1) *Les Obsessions et les Neurasthénies*, vol. I, pág. 707, París, Alcan.

nio que quería tratar a los obsediados.» Y ¿por qué solamente a los obsediados? ¿Quién es el hombre o la mujer que no tengan sus ratos de depresión y amargura? Entre la *obsesión* morbosa y la ansiedad engendrada por circunstancias que la justifican, caben muchos intermedios. La confesión obra sobre todos los estados depresivos a la manera de salutar bálamo que sosiega las angustias y reanima las muertas esperanzas. El suprimir la confesión trae consigo fácilmente estados de inquietud ansiosa (1).

No hemos de pedir a los enfermos cosa superior a sus fuerzas. Bien sabemos que sucede con el alma casi o mismo que con el cuerpo, por lo menos en este caso, que no se consigue mejorar su estado solamente con repetir a menudo la curación de sus llagas, sino que es menester darlas tiempo para que se cicatricen. Eso acontece con los ejercicios de devoción. Pretender obrar de otro modo, sería exponerse a hacerles a estas almas mal tercio. Los consejos que les daremos sólo van enderezados a tranquilizarlas y guiarlas en el cumplimiento de sus deberes religiosos, cuyas condiciones y ventajas vamos a enseñarles. De modo que si no gozan aún de esta dicha ejercitense en la confianza en Dios y en la sumisión a su beneplácito con afectos de *fe* y *resignación*, lo cual les servirá de muy excelente preparación para recibir los sacramentos, que es el remedio mejor para males que, como éstos, quitan la paz al alma privándola de energía y valor: cosas todas ellas necesarias a cualquiera que mire la vida como una prueba, como una larga peregrinación a cuyo tér-

(1) *Op. cit.* cap. IV.

mino quien habrá luchado legítimamente recibirá el galardón proporcionado a su trabajo (1).

(1) OBRAS CONSULTADAS: Stilling, *Untersuchungen über die Spinalirritation*, Leipzig, 1840.—Valleix, *De la Névralgie générale*, en *Union médicale et Bulletin de thérapeutique*, 1848.—Axenfeld, *Névroses*, en *Éléments de pathologie médicale de Requin*, vol. IV, Paris, 1867.—Kirshaber, *De la Névropathie cérébro-cardiaque*, Paris, 1875.—Bouchut, *Du Nervosisme aigu et chronique et des maladies nerveuses*, Paris, 1883.—Axenfeld y Huchard, *Traité des Névroses*, Paris, 1883.—A. Baumgarten, *La Neurastenia*, Barcelona, Herederos de Juan Gili.—A. Rémond, *Précis des maladies mentales*, Paris, de Rudeval, 1906.—P. Janet, *Névroses et Idées fixes*, 2 vol., Paris, Alcan, 1908.

CAPÍTULO III

Del histerismo

Por largo que parezca el precedente capítulo, creemos prestar algún servicio a nuestros lectores diciéndoles aún breves palabras acerca de un linaje de neurosis de que se habla mucho, sin saber exactamente lo que es en realidad.

El histerismo, como todas las dolencias nerviosas, se remonta a la más lejana antigüedad. En sentir de Briquet, reina en el mundo desde que hay civilización.

De creer es que gran parte de las pitonisas adolecieran de esta enfermedad. En la Edad media algunas desventuradas histéricas alcanzaron fama de brujas, y fueron condenadas por crímenes de que eran inocentes, o de los cuales no tenían entera responsabilidad.

Hay que renunciar al sentido etimológico de esta palabra *histerismo* por no ser enfermedad peculiar de la mujer y porque tampoco significa en manera alguna la deshonestidad, como se creyó hasta hace poco. Ya en el siglo XVIII Lepois y luego Sydenham, radicaban el histerismo en el cerebro. Son dignos de men-

ción, a mediados del siglo XIX, los trabajos de Briquet, Legrand du Saulle en Francia, y de Brodie en Inglaterra. Poco ha, Charcot demostró cómo es posible reproducir por sugestión el mayor número de manifestaciones histéricas y, como consecuencia, el oficio preponderante de la idea fija. Un discípulo suyo, P. Janet, en su *Memoria del Doctorado*, consagrada a los accidentes mentales de las histéricas (1), atribuye tales fenómenos a una «desagregación de la personalidad». La personalidad es «una especie de percepción de conjunto resultante de las ideas organizadas y acumuladas».

Otra teoría, la del doctor Fiessinger, es, en verdad, seductora. «Al profundizar el estudio del histerismo, dice, se echa de ver, en verdad, que lo que parece distintivo de esta neurosis es, ante todas cosas, exceso de energía nerviosa. Las histéricas sienten con viveza y experimentan reacciones tumultuosas, desordenadas, explosivas. Su instrumento mental, siempre en prensa, no ve la hora de descargarse en parlerías, gesticulaciones, a las veces en verdaderos accesos convulsivos procedentes de la vehemencia que las ahoga (2).» En opinión de Fiessinger la reducción de la personalidad es, por tanto, efecto y no causa. «Si el campo de la conciencia está reducido en el histérico, dice, es porque su influjo nervioso superabundante y mal dirigido se disemina por territorios donde nada tiene que hacer» (3). Frisa este concepto con el del doctor Deschamps, mencionado brevemente en el capítulo anterior. Los sínto-

(1) P. Janet, *Contribution à l'Etude des accidents mentaux chez les histériques*. Thèse de Paris, Rueff, 1893.

(2) *Erreurs sociales et maladies morales*, 4.^a parte, cap. 3.^o

(3) *Op. cit.*, ibidem.

mas de la enfermedad, que, en resumidas cuentas, son trastornos de la energía, por exceso o por defecto, parecen darle la razón, como veremos más adelante. Inquiramos desde luego el origen del histerismo, para tratar a continuación de sus caracteres físicos y morales.

Con ser la mujer la que más adolece de él, no por eso está indemne el hombre, como lo demostró Briquet. Es frecuente en la infancia, en las niñas, y hasta en los niños. En la pubertad es cuando más se observa en las mujeres, disminuyendo al paso que se alejan de la pubertad, pero puede aparecer en la menopausia. En el varón está el máximo entre los 25 y 40 años.

El histerismo es hereditario por sí mismo, aunque también se engendra de la herencia neuropática general. En sentir de Déjerine es la neurosis que más se hereda (1). Grasset, en esta derivación, introduce la herencia diatésica. El padre transmite con frecuencia la diátesis y la madre la herencia neuropática.

Sin hablar del alcoholismo, provocador de tantos desórdenes en padres e hijos, ni de la educación torcida que hemos señalado antes, ciertas influencias morales y personales engendran este terrible mal.

Innegable es que la vida moderna, febril, donde todo anda al paso del vapor y de la electricidad, hace en esto importantísimo papel. Todos quieren *llegar* y lo más presto posible, sin que nadie esté contento con su suerte.

«Hay que prohibir, dice Grasset, a los predispuestos el fatigarse en la febril agitación que a todos lleva

(1) Déjerine, *Thèse d'agrégation*, París, 1886.

tras si en este vertiginoso y diario torbellino. Advertimos que la vida puede ser en exceso activa, no sólo para el mal (juegos, placeres), mas también para el bien: en la industria, en el comercio, hasta en la ciencia, cuando alguno quiere llegar antes que los demás y más arriba que ellos, o hacerse con un gran capital o dar que hablar de sí a los periódicos y adornarse con muchas condecoraciones antes de los cuarenta años. En no logrando sus propósitos antes de esta edad, truécase el ambicioso en un perseguido: es la semilocura, si no es algo peor» (1).

«Las influencias morales, escribe Legrand du Saulle, hacen, en verdad, oficio preponderante en la producción del histerismo. Las conmociones, pesares, desengaños, todas las causas susceptibles de excitar fuertemente, y, sobre todo, de continuo, el sistema nervioso, pueden por sí solas determinar en ciertas circunstancias, el trastorno del equilibrio orgánico, que constituye la enfermedad de que tratamos. Con mejor razón obrarán tales causas sobre un organismo que esté ya predisuesto a la explosión del mal, por la edad o las particularidades de sus precedentes hereditarios.» (2)

Al número de las conmociones morales, hay que añadir el hipnotismo, y, en especial, el espiritismo (3). Ya demostraron Charcot y Gilles de la Tourette cuán-

(1) *Demifous et demiresponsables*, cap. V, París, Alcan, 1907.

(2) *Les hystériques, état physique et mental*, París, 1883.—Babinski atribuye a la *sugestión* la principal causa origen del histerismo.

(3) Cf. P. Coconnier, O. P., *L'Hypnotisme franc*, París, Lecoffre.—P. Franco, S. J., *L'Hypnotisme*, un vol; *Le Spiritisme*, un vol. Bruselas.—Dr. Lapponi, *Spiritisme et Hypnotisme*, París, Perrin.

to influyen las prácticas espiritistas en el desenvolvimiento del histerismo.

Tócales en particular a los padres cuidar que las nodrizas, niñas o ayas no cuenten a los pequeños cuentos terroríficos, de duendes, aparecidos y demás tontearías de este jaez, cuyas consecuencias serían fatales para cabezas sensibles y tal vez ya predispuestas.

Las llagas y heridas que provocan el histerismo actúan también por trastorno emocional. Brodie es de parecer que el traumatismo puede no sólo despertar un estado latente, mas también determinar la forma y localización de las manifestaciones neuróticas. Y añade que dichos síntomas dependen más de la constitución que de la lesión. Así, un traumatismo, a las veces muy leve, obrará como si fuese grave con tal que la conmoción moral sea intensa.

Indubitable es el efecto de la imitación y del contagio, cuyo mecanismo es meramente el de la sugestión. Refiere Bailly que un día de primera comunión, en la iglesia de San Roque, una muchacha fué súbitamente acometida por convulsiones histéricas durante la misa; en cosa de media hora se vieron asaltadas de convulsiones parecidas, cincuenta o sesenta mujeres (1). No ha mucho, observó el Dr. Dubois en Basilea y en Berna, contagios de corea histérica en colegios de niñas. En Berna, treinta educandas sintieron dolores articulares y movimientos rítmicos en los brazos. Preciso fué separar a las enfermas para acabar con estos accesos producidos por imitación.

«Estos casos, dice, me sugieren este pensamiento.

(1) Citado por J. Grasset.

Solemos decir, no sin motivo, que para engendrar el histérico es menester predisposición neuropática y agentes provocadores. Ahora, es poco probable que aquellas treinta chiquillas, nacidas de distintos padres, tuviesen todas ellas predisposición especial, que fuesen todas histéricas en ciernes. Al revés, estoy persuadido de que la mayor parte no tendrán accidentes ulteriores. Lo mismo debió de ocurrirles a las mujeres que tuvieron parte, durante la Edad Media, en las epidemias saltatorias.

»Aquellas chicas se hallaron en condiciones de vecindad e intimidad que engendraron un estado psicológico favorable al contagio, a cuya violencia sucumbieron por la flaqueza de su juicio, naturalísima a esa edad, porque la sugestibilidad carece de límites en niños sanos, por el hecho mismo del insuficiente des envolvimiento de la razón.

»Pero los adultos que conservan esta sugestibilidad increíble y se vuelven histéricos, muestran así su flaqueza mental. La mujer histérica tiene el pensar infantil, padece infantilismo psíquico. El hombre histérico, que en esta enfermedad no suele mostrar tanta habilidad como la mujer en las concepciones de la imaginación, tiene, por lo menos, una mentalidad del todo femenina» (1).

Lo que precede, patentiza cuán peligroso es que habite una enferma en el aposento de una histérica, como acontece, por desdicha, en algunos establecimientos que se precian de conocer y tratar estas enfermedades; puesto que la más vulgar prudencia requiere otras

(1) *Op. cit.*, lección XIV.

condiciones de tratamiento si no queremos ver verificada la justísima sentencia de Wendel Holmes: «Donde habite una joven histérica se hallarán probablemente tarde o temprano dos mujeres enfermas de igual achaque» (1). Si tal acaece con personas sanas ¿qué le pasará a otra ya enferma?

El histerismo puede desenvolverse lentamente con un período prodrómico en que se notan palpitaciones, ahogos y llantos, etc., pero las más veces empieza de súbito con accesos convulsivos. No paremos mucho en la descripción de síntomas físicos que sólo indirectamente entran en nuestro plan (2). Limitémonos a dar los avisos que nos parezcan útiles en cada circunstancia.

No es indispensable, para afirmar el hecho del histerismo, el acceso convulsivo, que no suele presentarse en las mujeres de la alta sociedad. Los motivos del acceso son físicos o psíquicos: conmoción, cólera, contratiempos; y de ahí se forjó la teoría según la cual hay que evitar todo disgusto a las histéricas; teoría nefasta, en verdad, por sus consecuencias, porque la familia llega a sufrir los menores caprichos de la enferma que no por eso cura, sino muy al contrario. Lo que, ante todo, conviene hacer con las histéricas, es combatir valerosamente las *causas del mal*, ora sean físicas, ora (y esto es lo más común) psíquicas.

En el acceso suelen conservar el conocimiento, razón por la cual conviene callar lo que la enferma es

(1) *Op. cit.*

(2) Remitimos al lector á las obras anteriormente citadas, sobre todo al notabilísimo trabajo de J. Grasset y G. Razzier, *Traité pratique des maladies du système nerveux*, dos volúmenes Cf. t. II, a. 1, c. 1, Paris, Masson, 1894.

menester que ignore. Los gemidos y lamentos de la familia sólo sirven para prolongar el acceso, además de que suelen ser causa de sugestiones siempre dañosas. Lo que ayuda a sosegar a los enfermos son las palabras cariñosas y singularmente la mansedumbre persuasiva.

Las convulsiones pueden ser parciales; denominanse, en este caso, espasmos, e interesan los diversos aparatos. Sobrevienen accesos de risa, de bostezos, de vómitos, etc.

Las contracturas que vienen comúnmente después de la parálisis, tienen gran analogía con los espasmos, siendo las más importantes, las periarticulares, porque suelen simular graves dolencias de las articulaciones, cuando, en realidad, no son sino contracciones musculares dolorosas.

Espasmos y contracturas son trastornos de la energía por exceso, así como las parálisis lo son por defecto. Estas se notan en más de una cuarta parte de las histéricas. Manifiéstanse, a menudo, tras de una conmoción moral súbita, o de un cansancio excesivo. Por ser variables en grado y en forma, pertenecen las más veces al tipo hemipléxico, paralizando en este caso un lado del cuerpo, o al tipo parapléxico circunscrito a las extremidades inferiores (1). Estos fenómenos, así como los que vamos a mencionar, son enteramente curables, por lo cual no han de causar desesperación en los enfermos.

En cuanto a la sensibilidad, también hay trastornos

(1) Opina P. Janet que la parálisis entera o parcial de los miembros del lado derecho va frecuentemente acompañada de mutismo en las histéricas. Cf. *Les Névroses*, París, Flammarion, 1909.

por exceso y por defecto. En el primer caso tenemos hiperestesia (exageración de la sensibilidad), que puede llegar hasta el dolor, y que, si se generaliza, atormenta horriblemente a la enferma; el simple contacto de cualquier objeto le causa intolerables dolores, tanto que «no puede asir nada con las manos, ni andar, ni poner los pies en tierra, ni quedarse en cama, ni conciliar el sueño; a las veces hay, simultáneamente, hiperestesia sensorial que origina un estado de impresionabilidad horrible (1).»

Esta hiperestesia suele herir un lado del cuerpo mientras el otro, que suele ser el izquierdo, queda insensible. También puede localizarse en ciertos órganos; en tal caso da lugar a falsas interpretaciones que a su vez producen nuevos síntomas. Recordamos una enferma aquejada de gastralgia histérica. Sometida a severísimo régimen, llegó poco a poco a reducir su alimentación a una ración del todo insuficiente. Así que un día la demostramos que podía digerir, sin dificultad alguna, una comida abundante y que el dolor experimentado nada tenía que ver con la función digestiva, quedó por entero curada.

Algunos síntomas relacionados con la anestesia se atribuyeron, en ciertas épocas, a la hechicería. «Al individuo sospechoso, dice Grasset, le vendaban los ojos y le pinchaban la piel con alfileres. La carencia de dolor y de hemorragia le condenaban algunas veces a la hoguera (2).»

Todas las manifestaciones de la sensibilidad pueden

(1) J. Grasset y G. Rauzier, *op. cit.*, p. 761.

(2) *Traité pratique des maladies du système nerveux*, *op. cit.*, vol. II, pág. 767.

estar afectadas, incluso la sensorial. Algunos adolecen de ceguera, trastorno puramente psíquico que, como todos los demás, se desvanece por un tratamiento adecuado; otros ven las cosas de distinto color que en realidad tienen, o manchados (de sangre, por ejemplo). Otros sienten olores desapacibles que en ellos provocan accesos nerviosos; otros padecen tales perversiones del gusto, que se les antojan exquisitos ciertos sabores intolerables para los sanos.

Pueden comprobarse verdaderas *alucinaciones*. «Imaginan ver animales, ratones sobre todo, gatos, bestias fantásticas que corren sobre el pavimento o por la pared, etc. Otras veces, aunque con menos frecuencia, la causa de su espanto, es que ven imaginarios rostros, que les hacen muecas horribles» (1).

Finalmente, algunos trastornos descritos extensamente por los autores: gangrena, vómitos de sangre, etcétera, son casi todos imputables a la simulación. Dieulafoy, en una lección clínica del Hôtel-Dieu refiere notabilísimos ejemplos (2).

Vengamos ahora a las condiciones psíquicas del histerismo.

Las jóvenes histéricas «propenden sobremanera a la taciturnidad y melancolía, sintiendo en lo que atañe a su salud congojas desusadas en la adolescencia. Semejante inclinación a los pensamientos fúnebres, en la niñez frecuentemente, es síntoma precursor del histerismo que se dejará ver en la edad madura (3).»

(1) J. Grasset, *Traité pratique des maladies du système nerveux*, op. cit. II, p. 772.

(2) Cf. *Journal des Praticiens*, 1908, n. 24.

(3) Huchard.

«La histérica, según Legrand du Saulle, es, ante todo y sobre todo, una extravagante, para la cual hácese estrecho en demasía el mundo de la realidad ordinaria. Es extremosa en todo, lo exagera todo sin motivo, apetece las paradojas, se recrea con malsanas doctrinas y con teorías peligrosas. Por más que perciba con rapidez, ni carezca de imaginación, y se exprese con soltura, sin faltarle, á las veces, disposiciones literarias, poéticas o artísticas, casi siempre suele quejarse de ser desconocida en su medio social, de que la tengan por estrambótica, de no ser apreciada cual merece. Pero sus exterioridades más o menos aparatosas no tienen valor alguno: su actividad es mal coordinada, su atención difícilmente para en un asunto serio, su trabajo es irregular y discontinuo, sus conocimientos son meramente superficiales, y nunca puede dar remate a sus empresas, tan pronto modificadas como nacidas» (1).

Opina el Dr. Dubois que las histéricas no son, en general, verdaderamente inteligentes. «Bien sé, dice, que se han levantado contra mi aserción, refiriendo casos de histerismo en personas de no vulgar inteligencia, cosa que no niego; pero si digo que son inteligencias parciales, que carecen del sólido juicio que hallamos entero en personas incultas cuya ignorancia erradamente se nos antoja necesidad.

»Por mí comprobé contadas excepciones a la regla. Observé el histerismo de forma grave, convulsiva o delirante, en individuos inteligentes y de cultura moral superior. Mas con todo eso, tenían menguas mentales:

(1) *Op. cit.*

a saber, imaginación vagabunda, propensión a dejarse dominar por *la loca de la casa*. Un poco de ponderación habría bastado para hacer de ellas poetisas. Sólo después de desaparecidos los accidentes descubri su aptitud para la cultura, y a su discursiva razón pueden agradecer el haberse curado.

» *Un verdadero sabio, un intelectual podrá ser neurasténico, pero nunca será completo histérico*; cabalmente apelando a su juicio, a sus facultades lógicas se consigue librarle de su neurastenia.

» La mengua mental es, sin disputa, más marcada en el histérico; la flaqueza intelectual y moral mayor que en el neurasténico» (1).

Las histéricas son, en suma, *sensitivas*, generalmente noveleras, intrigantes y singularmente mentirosas, por cuya razón escribe el Dr. Briquet «que el histerismo es la locura de la sensibilidad», y otros doctores, que tales enfermas «sobresalen por su espíritu de doblez, de mentira y de simulación». «Una particularidad común las distingue, dice Tardieu: la simulación instintiva, la necesidad inveterada, incesante de mentir sin interés, sin motivo, sólo por mentir.» Añadamos que mienten, sobre todo, por necesidad de lucir, de señalarse, por vanidad (2).

También padecen notable mengua en la sensibilidad afectiva. A menudo, permanecen indiferentes a todo lo que no tiene relación exclusiva con su egoísmo.

Las histéricas viven en la frontera de la razón y la locura, y con una rapidez incomprensible (a lo menos

(1) *Op. cit.*, lección XIV.

(2) Y también por *autosugestión*, fenómeno mental frequentísimo en las histéricas.

por motivos explicables), *pasan de un extremo a otro*, del amor al odio, de la mansedumbre a la violencia, de la delicadeza a la grosería, de la oración a la blasfemia, de la castidad a la inmoralidad, de la más honda melancolía al júbilo más desenfrenado, y viceversa. Adoran hoy a personas a quienes perseguirán mañana con odio implacable, hasta el punto de hacerse temibles. Son capaces de todos los crímenes, con tal de saciar su odio, y a veces cuando menos podría imaginarse; de calumniar, de escribir anónimos, de levantar falsos testimonios, de inferirse profundas heridas en las partes del cuerpo insensibles por la enfermedad, para argüir de culpa a las personas a quienes cobraron aversión; no hay tropelía que las detenga. Sus delaciones se refieren sobre todo a atentados contra el pudor, y como sacerdotes y médicos están particularmente expuestos a ello por su ministerio, nunca serán demasiado prudentes con ellas.

Pueden las histéricas ser ángeles de paz y de consolación por de fuera, y por dentro verdaderos demonios de discordia y malignidad.

Al tenor de las fluctuaciones de la dolencia, esto es, según los vaivenes de excitación o de calma, la histérica llegará a ser tan blanda y afable como molesta y arrebatada fué. Con apacibilidad y delicadeza encantadoras reirá con los que rien, llorará con los que lloran «haciéndose toda para todos» (1), sin que la arredren sacrificios, y en obras de abnegación y caridad se impondrá toda suerte de privaciones hasta exponer su vida para hacer bien y aliviar a los desgraciados. Pero como no

(1) I Cor., IX, 22.

es «bienhechora a sangre fría», esta abnegación viene a ser en ella como el impulso a hablar, zaherir, injuriar, romper cosas, a mentir, hasta incendiar, o herir de muerte. Lo cual es para ella un afán más o menos recio, una especie de necesidad. Obra, pues, por impulsión enfermiza, y el bien y el mal que hace dependen de la fuerza y duración de dicho impulso. Más todavía: en tales actos parece querer lucir, hacer comedia, despertar la atención, exhibir su personilla: en una palabra, dar que hablar de sí. Porque, muy a menudo, abandonará del todo las obligaciones de su estado para darse a obras de caridad o ejercicios de devoción exagerados o ridículos.

«La mujer histérica, dice Legrand du Saulle, es a manera de espada de dos filos que puede servir y moverse al bien y al mal; pero siempre, cueste lo que costare, tiene que salirse del camino trillado y de la línea recta y monótona que cada cual procura seguir mientras vive.» Como ciertas histéricas creen tener naturaleza superior, a las veces tan superior a otras, que nadie, a su parecer, es capaz ni aun de apreciar sus cualidades, y como son, con harta frecuencia, extremadamente vidriosas, de todo se quejan, quieren tener siempre la razón y dominar sin limitación ni cortapisas. Para las tales parecen escritas aquellas famosas palabras de Juvenal: «Así lo quiero, así lo mando; valga por razón mi voluntad» (1).

Sobresalen en tramar toda suerte de intrigas y tramoyas, en urdir conjuras, que son verdaderas trai-

(1) *Sic volo, sic jubeo; sit pro ratione voluntas*. SÁT. VI, 223.

ciones, y en *engañar a aquellos con quienes viven, y hasta a sus mismos confidentes.*

No hay quien halle gracia delante de ellas. *Más aún: parece que guardan sus más singulares jugarretas para los mejores amigos, a quienes engañan en proporción del interés que las tienen o de los servicios que las prestan.*

De vuelta a Bélgica, su patria, la Srta. X., después de haber sido tratada aquí, bajo la dirección particular de Kneipp, rogó un día a su médico tuviese a bien visitar la sala de baños que acababa de arreglar. No bien había entrado el doctor, cuando recibió en pleno rostro una ducha que estaba lejos de esperar. Salir era imposible, pues la puerta estaba bien cerrada y sin llave, quitada sin que él lo advirtiese. Abalanzóse sobre aquella improvisada bañera para desviar el chorro, pero ya era tarde, la treta ya estaba jugada; no le quedaba al buen médico otro consuelo que volverse a su casa para cambiar de ropa, partido que tomó después de despedirse de su graciosa cliente, que se desternillaba de risa por lo bien que le había salido la treta.

Estas personas son un verdadero azote para su familia, para aquellos con quienes viven, o para los establecimientos donde moran, pues siembran por doquier la discordia haciendo a los demás insoportable la vida. Pero son tanto más peligrosas cuanto en los periodos de calma no parecen enfermas, siendo no pocas veces, conforme la educación recibida, tan corteses, finas, afables, cariñosas, y sobre todo tan *candorosas*, que a veces, aun a los más listos y duchos pueden inducir a error. Médicos hay tan a menudo engañados por enfermas de este jaez, que renunciaron a tratar a tales mu-

jeros. «Verdad es, dice Trélat, que no dan muerte; pero matan poco a poco a los que con ellas viven.»

A una de ellas conocimos, que andaba por Europa, acompañando a una damisela polaca, enferma tiempo hacía. Todo iba a pedir de boca. Faltan palabras para encarecer los diligentes y delicados servicios de la dama acompañante. Desgraciadamente duró muy poco el alborozo, porque pronto se vió que aquella extraordinaria abnegación no era tan desinteresada como pareció a primera vista. Con todo, avasallada por el miedo que tenía a la habilísima y vidriosa dama que la acompañaba, apenas y contadas veces osaba la enferma aventurar reflexiones sobre aquella situación, de día en día más enojosa. Cuando al cabo de unos dos años las volvimos á ver, hallámoslas con los papeles trocados. Si la enferma no había llegado aún á ser humilde criada de la dama compañera, parecía sólo para ella vivir y tener un pensamiento, que era dar gusto a esta cara y bondadosa señora, bailándole, como decimos, el agua delante, esto es, cumpliéndole todos sus enfermizos antojos, que excusado es decir cuántos y cuán variados eran. So capa de que el estado de la enferma requería miramientos y cuidados especiales (cuando, en realidad, era para satisfacer sus propios caprichos), esta incomparable compañera, por sus impertinencias siempre crecientes, llegó a ser la pesadilla del personal y de los demás enfermos del establecimiento. Con nuevas quejas respondía a los caritativos consejos que le daban, sin mudar de conducta, hasta el día en que se la dió a escoger entre reducirse a razón o salir del establecimiento.

Estas enfermas engañan a los demás, pero, a menu-

do, son ellas propias las engañadas. *Se sugestionan a sí mismas* y acaban tomando sus ilusiones por realidades.

Bátales una sonrisa, un saludo, una delicadeza, una muestra de atención para ellas, para creer a pies juntillas ser el blanco de singularísima admiración. Otro tanto acontece con las impresiones contrarias, porque son tan suspicaces como vidriosas. Son, con harta frecuencia, niñas mayores que ríen y lloran al mismo tiempo, en quienes «lo más constante es la inconstancia», pues «su cerebro es esclavo de la impresión actual». A juicio de algunos doctores, esta inconstancia en los sentimientos y la falta de premeditación, dan razón del número respectivamente corto de suicidios en tales enfermas.

«Las melancólicas que quieren morir, dice Pitres, eligen con mucha antelación el momento y medios favorables para salir con su intento; pero en la histérica no cabe reflexión. Por cualquier fútil contratiempo, por un pesar, que cualquiera mejor equilibrado sobrellevaría animosamente, ella toma la resolución de matarse, y al punto traga el veneno que halla a mano, o se echa al agua. Al día siguiente, está embelesada de haber escapado de la muerte, burlándose de su necedad, pero pronta a volver a las andadas a la ocasión primera, con igual sinceridad e imprevisión en la elección de los medios» (1).

Si algunas de estas enfermas no son de *ningún modo responsables* de sus acciones buenas o malas, otras, al contrario, lo son *nuds o menos*, según la *naturaleza* y *grado* de la enfermedad, conviene a saber, conforme

(1) Cf. *Leçons cliniques sur l'hystérie*, 1891.

al *impulso* que las arrastra al mal, con más o menos *impetu* y *duración*. Su responsabilidad, es, por tanto, o *nula* o *muy atenuada*, cosa que no acaban de entender aquellos que dan, a estas enfermas ignorantes de su mal, inmerecida reputación.

Estas niñas terribles y caprichosas, son tan tercas y tozudas, que corren en pos de un *pensamiento fijo* con inaudita tenacidad, sin distinguir los fenómenos desenvueltos automáticamente fuera de la voluntad de la percepción personal (1), como tampoco de la *obsesión* que de ello resulta, y de que son ellas involuntario juguete.

Así que la *idea fija* dará lugar en ésta a parálisis, en aquélla a contracturas; cuál se negará a andar, cuál a comer, etc., alegando motivos, las más veces, de poca substancia.

Lo que en tales casos conviene es despistar la *idea fija*, lo cual compete sobre todo al médico. Los que viven con ellas, por su parte, con delicadas insinuaciones y procedimientos variables, según los sujetos y las circunstancias, han de *sugerirles* que procedan de otra manera, demostrándoles los inconvenientes de su proceder, atribuyéndoles la iniciativa de esta variación de su conducta. Este medio no es del todo seguro, pero nos parece el más práctico. Si nos contentamos simplemente con insistir, nada conseguiremos: «el exceso de insistencia acarrea el exceso de resistencia», y sería exponerse a provocar escenas o accesos tan lamentables como inútiles. Preferible es, en caso de frustrarse el efecto, aislar a la enferma de su am-

(1) J. Grasset, *Traité pratique*, etc., *op. cit.*, vol. II, pág. 800.

biente habitual y confiarla a un médico competente, quien, las más veces, dará pronto cuenta de estas manifestaciones psíquicas.

Un día que una enferma de éstas se lamentaba por no haber recibido cierta carta que le había de llegar tiempo hacía, según afirmaba, recibimos la visita de un bañista. Invitamos repetidas veces a la histérica a retirarse y volver al día siguiente, guardándonos, con todo, de insistir, porque hubiera sido inútil. Como el visitante sabía varios idiomas, hablamos en uno no entendido de la enferma, que se obstinó en permanecer de pie gimo-teando, inmóvil como una estatua, mientras duró la conversación que había motivado la visita. Al acompañar al extranjero rogamos a una hermana de la casa se llevase a aquella desgraciada que de ningún modo quería salir. Después de la comida vino a disculparse.

Ciertos síntomas histéricos abultados llegan a ser verdaderos delirios. Uno de los más sencillos es, al parecer, la mentira. Ahí va un ejemplo típico.

Preguntamos un día a una de estas enfermas cómo había osado decirnos tamañas mentiras, a lo cual respondió tranquilamente: «¿Por ventura no peca todo el mundo?» Y oyéndola decir, poco después, otra mentira, la dijimos: «en fin, uno de los dos miente, o usted o yo». «Sea como fuere, no soy yo», contestó. Por ser pobre, habíamos recogido cierta cantidad que le íbamos entregando al paso que sentía necesidad. Pero cuando fue forzoso noticiarle que ya no quedaba más dinero, repetía a quien quería oírlo, que habíamos nosotros recogido mucho más.

Para convencerla de lo contrario, le entregamos las cuentas con la fecha de las cantidades recibidas. Por

toda respuesta nos dijo, encogiéndose de hombros: «Usted puede escribir ahí lo que le dé la gana». Todos los alegatos y pruebas en contrario no lograron nada; probablemente esperaría con esto conseguir que le diésemos la suma que quería. Una vez, al pedirle que firmase un recibo de la cantidad que confesaba tener recibida, partió de repente, fingiendo con arte perfecto una crisis nerviosa.

Continuó, sin embargo, visitándonos, y un día, en su presencia, hicimos leer a uno de los médicos del Establecimiento las cartas que habíamos recibido relativas a sus embustes. No se inmutó en lo más mínimo y se contentó con repetir al doctor lo que a nosotros nos había dicho ya. El, que la conocía de antemano, no intentó siquiera convencerla de sus falsedades, contentándose con decirle que era absolutamente indispensable prohibirle la entrada en el Establecimiento. Ella continuó impertérrita, hasta el día en que la autoridad local, cansada de sus intrigas, de sus mentiras y de sus calumnias, la obligó a marcharse.

Independientemente de estas formas simples, se pueden igualmente comprobar verdaderos *delirios* de marcha crónica, delirios de odio, de celos, de persecución, que constituyen las formas graves. Estos casos son, desde luego, más frecuentes de lo que se cree. Por esto, muchos inocentes son víctimas de horribles intrigas, sobre todo si viven en un medio completamente desconocedor de este género de enfermedades.

Para el vulgo, la voz *histerismo* se ha hecho sinónima de locura o deshonestidad, o de ambas cosas a la vez, y así no es maravilla que con tal prejuicio no sea posible decir a una mujer que es histérica. Hay que

contentarse con denominarla *nerviosa*, si no queremos exponernos a que se dé por injuriada. Aun para algunas, ni siquiera es tolerable este epíteto, según hemos tenido ocasión de comprobarlo. Dígase sencillamente que padecen achaque de nervios, o anemia.

A consecuencia de ciertas gesticulaciones que en los accesos de estas enfermas se notan, o por su natural señaladamente novelesco o, especialmente, por errores cometidos cuando se comenzó a estudiar este linaje de dolencias, se ha forjado y continúa forjándose una leyenda tan falsa cuanto innecesaria, según la cual estas enfermas son mujeres desvergonzadas y lascivas: imputación del todo falsa. «Sepan todos, exclama Legrand du Saulle, que se ha calumniado a las histéricas, porque de ningún modo las lleva cautivas la sensualidad. Las mujeres más castas y honestísimas pueden ser histéricas. El histerismo es enfermedad nerviosa que nada tiene de común con ciertos apetitos sensuales.» En tales enfermas el desorden es psíquico, mental, no físico, dice Gilles de la Tourette. Con todo eso, si, a decir verdad, algunas son de todo punto inofensivas, otras, en cambio, pueden ser peligrosas, peligrosísimas para sí y para el prójimo, porque se atreverían a cometer cualquier fechoría.

Nos acordamos de una que al llegar al establecimiento nos suplicó fuésemos a verla, por convenirla guardar cama algunos días. Cuantas veces insistía en mostrársenos como un *enigma*, la respondíamos sernos perfectamente conocida esta clase de enfermedades, estar de sobra tales explicaciones y que no nos traían noticia de cosa nueva. Por fin, el día de la partida, al repetirle cuán a fondo conocíamos su estado

mental, se limitó a contestar que estábamos muy lejos de conocerla. Sobrada razón tendría contra nosotros, la que, días después de su salida, supimos que había dejado caer pérfidas insinuaciones contra un sacerdote. Tan infames eran, que nunca hubiésemos creído que pudiesen brotar de su cerebro, a no asegurárnoslo testigos fidedignos.

De presumir es, indudablemente, que aquel sacerdote no habría condescendido con sus pretensiones, ni mostrándole la afabilidad a que ella pensaba tener derecho. Aquel día hubimos de reconocer que, a pesar de todo lo que nos habían enseñado los libros, las observaciones de los médicos y la propia experiencia, todavía nos faltaba algo que aprender en materia de diagnóstico; y que, en lugar de maravillarnos, haríamos mejor en hacer como aquel doctor que, pocos meses antes, habiendo sido villanamente engañado por una cliente, se consolaba exclamando: «Ni es ésta la primera vez que me han engañado ni será la última». En una palabra, de semejantes personas podemos afirmar que son de temer siempre extrañas sorpresas. Y no vaya a creerse que la enferma de que hablamos fuese una mujer cualquiera; antes había recibido instrucción superior, sabía latín y varias lenguas vivas.

En el esforzarnos poniendo las cosas en su punto, por rehabilitar cuanto es de nuestra parte a tales enfermas, principalmente a esas cabezas de turco con harta frecuencia calumniadas, llevamos intento de instruir en esta parte a los lectores, si por ventura tuviesen que tratar con ellas, a fin de evitarles con esto muchos sinsabores y el tener que escarmentar en cabeza propia, sin hacer experiencias tristísimas que a

otros han salido muy caras. Particularmente aquí, «hombre prevenido vale por dos». Puestos los ojos en estas consideraciones prácticas, resolvimos insistir en esta materia que no entra directamente en nuestro plan; sólo podemos desflorarla, según es de compleja.

No obstante todos los embustes y enojos que nos pueden ocasionar las histéricas, nunca nos será lícito condenarlas en conjunto, ni maltratarlas, pues no faltan enfermas mucho más interesantes; ni de ahí se infiere que hayamos de tratarlas sin compasión o desampararlas. Son verdaderas enfermas muy dignas de piedad, tanto más cuanto la necesitan más que otras y la hallan menos, y muchas de ellas son capaces de hacer el bien. Hay que decirlo: llevan a cuestras una cruz, a menudo muy pesada, y por doquiera que nos encontremos con la Cruz debemos hacerle reverencia. Por otra parte, si estamos sobre aviso, vigilándolas con particular atención, sin aceptar sus declaraciones más que a beneficio de inventario y usamos de toda la prudencia de que somos capaces, no hay necesidad de poner trabas a nuestra caridad. No olvidemos tampoco que la caridad bien entendida no excluye la prudencia, antes la supone, como obligatoria. Nuestro Señor dice: «Sed prudentes como la serpiente, y sencillos como la paloma» (1). Y a estas enfermas conviene aplicar el «*suaviter et fortiter*» de las Sagradas Letras (2).

En suma, si bien es cierto que hemos de usar con ellas de *mansedumbre, apacibilidad y caridad inago-*

(1) Math., X, 16.

(2) Sap., VIII, 1.

table, también lo es que no podemos olvidar el *tesón* inflexible, pero siempre suave y benévolo. Mucho tiempo se requiere para producir el deseado efecto.

En general, nunca pecaremos por exceso de prudencia en el admitirlas en comunidades religiosas. Cuando han alcanzado cierta edad y tienen accesos de histerismo mayor, hay que repudiarlas. No menos remirados hemos de andar en vista de un estado mental histérico, aunque no haya manifestaciones físicas (1).

Si el negocio de entrar en religión suele ser complejo y de ardua resolución, el del matrimonio todavía lo es más, por carecer de *noviciado*.

De las investigaciones hechas sobre la influencia del matrimonio en este género de dolientes, competentes médicos deducen que en los casos observados, con ser en muy crecido número, ha probado mal el matrimonio a las más de las histéricas, por cuya razón no les dan licencia hasta haberse curado. Estos estudios muestran la falsedad del antiguo aforismo: «Nubet puella et morbus effugiet». (Casa a la joven y se desvanecerá la dolencia) (2).

«Deber es de los médicos, dice J. Grasset, combatir la máxima errónea que goza de crédito en las tertulias profanas, y aun entre algunos médicos: que conviene aconsejar el matrimonio a los histéricos para alcanzar su curación. No es tan seguro el efecto, que hagamos la vista gorda ante la inmoralidad del procedimiento.

(1) Consúltese para esto la obra de Touroude, Pbro., muy práctica aunque algo anticuada: «*L' hystérie*». La Chapelle, Montligeon. Contiene excelentes consejos.

(2) «Ego impero juvenes his morbis affectas, cito cum viro jungi», decía Hipócrates.—N. DEL T.

Lo que hay que discutir es si el histerismo es o no una contraindicación para el matrimonio.

»Si el histerismo es reciente, poco grave, no hereditario, y más si la histérica anhela vivamente el casamiento para el cual nos consultan, podemos los médicos permitirlo, advirtiéndole que para la vida... de la joven y para la educación de los niños serán menester especiales cuidados y asidua vigilancia médica.

»Si, al contrario, el histerismo es grave, antiguo, muy anterior a los actuales proyectos de matrimonio, y con profundas raíces hereditarias, deberán los médicos, ya que no vedarlo, diferirlo «sine die», por lo menos, hasta la curación de la histérica.

»En los casos intermedios y dudosos, hay que tener cuenta con el temperamento y la salud del cónyuge; caso de ser él también nervioso, usaremos de más severidad que siendo de natural opuesto (1).»

Estos consejos tan juiciosos, enderezados a los médicos, interesan igualmente a los profanos, por tocar una cuestión de conciencia y de moral de muchísima gravedad.

Demos fin al capítulo ofreciendo a la meditación de los lectores el autorizado parecer del Dr. Fiessinger:

«El medio más eficaz de curación, es el retorno a las creencias religiosas, que comunican al que las posee serenidad de ánimo y una fuerza interior que le dispone para resistir a los choques conmovedores. Ello constituye la inestimable ventaja de la fe sobrenatural que imprime en el cerebro cierto número de nociones incommovibles, y asienta en él los prin-

(1) *Thérapeutique des maladies du système nerveux*, c. II.

cipales cimientos. Si el fondo de la *mentalidad* está edificado sobre roca, ¿cómo podrán derribarla las tempestades de la vida?» (1)

(1) *Erreurs sociales et maladies modernes, op. cit.* 4.^a parte, cap. II.—Cf. Briquet, *Traité clinique de l'Hystérie*, París, 1839.—Brodie, *Leçons sur les affections nerveuses locales*, en *Progrès médical*, 1879-1880.—Guinon, *Les agents provocateurs de l'Hystérie*. Thèse de París, 1889.

CAPÍTULO IV

De los escrúpulos

I. Naturaleza y origen de los escrúpulos

El escrúpulo es un recelo y turbación del ánimo, que confunde lo permitido con lo prohibido, lo leve con lo grave.

En sentir del Dr. Surbled es el escrúpulo (1) «una *fobia*, temor enfermizo de pecar y, por tanto, miedo de condenarse y de ir al infierno. Es temor instintivo, erróneo, contra razón, pero que persiste y se impone; es, realmente, una verdadera obsesión que depende de trastornos nervioso-encefálicos, del neurosismo, y que no puede considerarse cual simple perturbación de la conciencia o del alma.»

Hay almas timoratas, conciencias delicadas que de ningún modo han de llamarse escrupulosas. Así como en éstas, pasajera y tranquilamente, renace la paz con recibir los Sacramentos o los consejos de un prudente director, así al contrario los verdaderos escrúpulos, en los enfermos dotados con frecuencia de viva imaginación o de sensibilidad excesiva, se engendran y

(1) *La pensée contemporaine*, 25 de Marzo de 1906. Nos admira gratamente ver que, no ya sólo teólogos, mas también hábiles médicos y sabios independientes tratan con acierto la grave cuestión de los escrúpulos.

desenvuelven por sus pasos contados, causando estragos espantosos que desconciertan a los más hábiles directores si no experimentaron en sí mismos tan crueles padecimientos o no estudiaron atentamente este estado psicológico.

«El escrupuloso, dice de Cazalès, es un fenómeno de los más tristes que ofrece el estudio del corazón humano, al par que uno de los más interesantes para el psicólogo, pero siempre viene a ser el potro del director espiritual, del médico o de aquel que él escogió, con cualquier título, por confidente y consejero» (1).

El P. Quadrupani dice del escrúpulo que nubla y enflaquece el espíritu, perturba la paz, engendra desconfianza, aleja de los Sacramentos y altera la salud del cuerpo. «¡Cuántos, exclama, comenzaron por el escrúpulo y acabaron en dementes o en libertinos!» (2)

Quien disfruta de cabal salud y tiene alma bien equilibrada, razón firme, imaginación y sensibilidad verdaderamente reguladas, está libre de los escrúpulos que afligen especialmente a los enfermos de que tratamos. Para éstos, constituyen una enfermedad real y no imaginaria, por más que la facultad sensible de la imaginación tiene mucho influjo en la perturbación de los juicios intelectuales. Pero hay muchos grados y diferentes efectos en esta dolencia, como puede haber muchas causas físicas distintas de estos estados.

Si el origen de los escrúpulos parece ser un desequilibrio del sistema nervioso, también pueden tener su origen en el desarreglo de ciertos órganos, por trastor-

(1) Citado por el P. de Lehen, *op. cit.*, IV parte, cap. VII.

(2) Cf. *Direction pour rassurer dans leurs doutes les âmes timorées*, cap. XV, París, Téqui.

nos funcionales, por falta de proporción entre los elementos constitutivos del temperamento o, finalmente, por otras causas que la ciencia aún no ha podido conocer (1).

Tendremos, pues, que averiguar la causa de esta enfermedad apellidada escrúpulo, que, a veces, no es sino monomanía o verdadera enajenación mental muy bien caracterizada. El médico del cuerpo ha de esforzarse en hallar los medios de eliminar, o modificar en buen sentido, la causa de este estado morboso, como el médico del alma tampoco ha de ignorarlo para ayudar a la curación psíquica.

Las reglas de conducta que los teólogos han dictado a los confesores para la dirección de los escrupulosos, van encaminadas a la consecución de este fin, y han de ponerse en ejecución, además de las prescripciones puramente médicas que se enderezan a combatir la causa física del mal.

Los escrúpulos proceden, pues, de enfermedad física y varían según la naturaleza y grado de ella. No admitirla es tomar el efecto por la causa y oponerse a hechos que caen bajo el dominio de lo experimental, porque los escrúpulos siguen el curso ascendente o descendente de la dolencia. Porque ésta se hurte a la vista o al análisis no se deduce que sea meramente imaginaria (2). Lo es en el mismo grado que las enfermedades

(1) Semillero de escrúpulos son también, en sentir del doctor Pruner, «las angustias de conciencia que se experimentan después de una vida criminal, o las tentaciones de desconfianza y de desesperación». *Théologie morale*, t. I., cap. III, París, Palmé.

(2) La imaginación depende íntimamente del organismo. En sentido estricto, decir que un estado depende de la imaginación no es afirmar que es independiente del organismo

nerviosas, por derivar del mismo principio, de un principio mórbido físico. Negar que tenga ese principio, es negar la influencia del cuerpo sobre el alma y del alma sobre el cuerpo, es rechazar el paralelismo psicofísico o la concomitancia de las operaciones del alma y del trabajo cerebral (1).

Los escrupulosos parecen pensar las cosas en bloque. Tienen tanto que decir y cosas tan importantes y a menudo tan urgentes, que nunca se resignan a exponerlas una tras otra. Quieren decirlo todo, por entero, todo, cual si de tanta menudencia dependiese su remedio. Lo examinaron todo, lo notaron todo, lo registraron todo con tanto cuidado cuanto su estado les consintió (2).

(1) Cf. S. Tomás, *De Veritate*, q. 26, a. 10; A. Eymieu, *El gobierno de sí mismo*, G. Gili, Barcelona; E. de Feuchtersleben, *Higiene del alma*, Herederos de Juan Gili, Barcelona; Th. Ribot, *Essai sur les passions*, París, Alcan; Richard J. Ebbard, *How to acquire and strengthen*, WILL-POWER, Londres, Fowler; Francis Thompson, *Health and Holiness*, a study of the relations between Brother Ass, the Body, and his Rider, the Soul, Londres, Burns Oates.

(2) Nos recomendarón, poco ha, con singular empeño, una persona que, fuera de su trabajo, sólo cuidaba de las inquietudes de su conciencia y pasaba gran parte de la noche en ponerlas por escrito, pues, por ser pobre, trabajaba todo el día.

Vino, y después de escuchar las cuitas de esta enferma, la suplicamos nos enviara lo que en esta materia había escrito. Cinco cartapacios envió. Dijémosla que la atenderíamos de buena gana y que haríamos de nuestra parte por instruir la y devolver la paz a su alma, con tal que, fuera de las visitas que nos hiciera, no se enredase en escrúpulos, por ningún caso. Así lo prometió. Aun no habían transcurrido tres semanas, volvió triste, abatida, entregándonos otros siete cuadernos, confesando que labor tan larga y penosa la había agotado física y moralmente, sin otro efecto que acrecentar sus inquietudes. He aquí, pues, doce cuadernos, febrilmente escritos en pocas sema-

Piensen y trabajan en ello sin parar, sin conseguir jamás darse por satisfechos de su modo de expresar lo que sienten. Todo lo embrollan. Su lenguaje es torrente, avenida, alud, diluvio de impresiones, de pensamientos que entre sí chocan y se atropellan y precipitan, en un desorden indescriptible e incomprensible.

Según el grado de su enfermedad, tal es el de la necesidad que sienten de dejarse llevar de sus escrúpulos y congojas. Los hay que parecen disfrutar de respectiva calma y hasta de verdadero placer en referirlos de viva voz o por escrito. Razón por la cual para estas pobres almas es gran dicha dar con una persona complaciente, capaz de entenderlos, darles consejos y consolarlos.

Mas para muchos ¿cómo dar a entender todo esto no sólo a otros, pero ni siquiera a sus amigos o allegados? En esto parece consistir su única preocupación, pues no ven otro medio de procurarse alivio. Muy a menudo les es imposible conseguirlo por su estado de depresión física, intelectual y moral y de la confusión más o menos completa que reina en su mente.

Algunos, no bien han comenzado la narración de sus penas, como se les haga una advertencia o pregunta, dan

nas para llegar ¡ay! al efecto previsto. Otro día, nos declaró que en tres o cuatro años, esto es, desde que enfermó, llevaba escritos cerca de un centenar de cuadernos sobre el mismo tema.

Unas semanas después de su partida, nos escribió noticiándonos que iba mucho mejor.

•Proeuro cumplir cuanto usted me ordenó, decía al terminar la carta. Obedezco más fácilmente que antes, y espero sanar, por fin, de mis terribles escrúpulos, si sigo obedeciendo.

No caía en la cuenta que le pasaba con los escrúpulos y con la obediencia lo que con la enfermedad; seguían el mismo curso ascendente o descendente. Esta coincidencia se le había pasado por alto.

media vuelta y cambian por entero de asunto. Lo dejan con la misma precipitación con que lo comenzaron, para dejarse llevar tras la imaginación que se les ocurre en aquel instante. Otras veces, este cambio repentino, procede de ellos mismos, a consecuencia de una impresión personal, de un pensamiento que súbitamente les asalta.

Si nos prestáramos a sus deseos, la plática se prolongaría horas y días enteros, y aun meses y años. Desde luego, la materia, los pensamientos, el tema, siempre son los mismos, variando solamente las expresiones y la construcción de la frase; y todo para decir que padecen física y sobre todo moralmente.

Muy a fondo mostraba Fenelón conocer este mal, cuando afirmó que no es el escrúpulo una perfección del cristiano, sino más bien defecto y flaqueza, de que se debe humillar ante Dios en vez de ufanarse de ellos; por ser contra la razón el dejarse llevar de inciertas conjeturas, el sospechar, sin fundamento, pecado donde no le hay, el pararse cuando nada hay que temer, como aquellos de que habla el Profeta, que tiemblan cuando no hay motivo; defectos con razón colocados entre los mayores peligros a que puede el alma estar expuesta. También el docto Gersón conocía ya este lamentable estado al decir que la conciencia escrupulosa y más estrecha de lo justo, causa mayores males que la relajada, por cuanto nos empuja por un callejón sin salida que fatiga sin conducir al término suspirado, que es la salvación eterna, y que antes bien lleva rápidamente al desaliento y, no pocas veces, hasta la desesperación.

II.—Resultas de esta influencia

Ocurre, pues, con mucha frecuencia, que padeciendo, sin sospecharlo siquiera, esta terrible influencia de los órganos—que repercute en los actos religiosos y exaspera los sentimientos y creencias mal fundadas,—los enfermos se forman de Dios, de sus propios pensamientos, de sus palabras y acciones y de los que les rodean, un juicio enteramente falso. En lugar de ver en Dios a un Padre, a un Redentor muerto en la Cruz para la salvación de todos sus hijos sin excepción, a un Dios que se da a sí mismo el nombre de «Padre de las misericordias» (1), sólo ven a un Juez inexorable, pronto siempre a fulminar sentencias de muerte, a un Dios, en suma, despiadado, que se complace en atormentar a sus criaturas, esperando el instante de precipitarlas en el infierno, como si Dios para este fin nos hubiese criado. Las palabras de bondad, amor, perdón y misericordia de que el Evangelio rebosa, no les parecen dichas para ellos. No recuerdan, o afectan no recordar de la Escritura otras palabras que aquellas: «¡Id, malditos, al fuego eterno!» (2). El vocablo *misericordia* que «expresa la principal relación entre Dios y el hombre pecador», se repite con tanta frecuencia en las Sagradas Letras, que bastaría para infundir grandísima confianza en el pecho del pecador más grande. Así, dice con mucha razón San Bernardo, que «el Padre de las mise-

(1) II Cor., I, 3.

(2) Matth., XXV, 41.

ricordias es necesariamente el Padre de los miserables». Sepa, pues, el pecador, si no lo sabe ya, que Dios es «un Dios propicio, clemente y misericordioso, de larga espera y de mucha benignidad» (1).

«Aun cuando los montes sean conmovidos, y se estremezcan los collados, mi misericordia no se apartará de ti... dice el Señor compadecido de ti» (2). «Oh Señor, llega hasta el cielo tu misericordia» (3). «Cuanto dista el Oriente del Occidente, tan lejos el Señor ha echado de nosotros nuestras maldades» (4). «Toda la tierra está llena de la misericordia del Señor» (5). «Dios no ha desamparado a los que han puesto en El su confianza. Ha dado una muestra de aquella misericordia que prometió a la casa de Israel» (6). «Benigno es el Señor y misericordioso... y sus misericordias se extienden sobre todas sus obras» (7).

«Ningún motivo tendréis para dudar de que Dios os mira con amor, escribe San Francisco de Sales, si consideraréis que ve amorosamente a los pecadores más abominables por poco sincero que sea el ánimo de convertirse» (8). «Ni cuando está más airado, puede contener los impulsos de su misericordia» (9). «Suelo decir que el trono de la misericordia de Dios, es nuestra miseria» (10).

(1) II Esdras, IX, 17.

(2) Is., LIV, 10.

(3) Ps., XXXV, 6.

(4) Ps., CII, 12.

(5) Ps., XXXII, 5.

(6) Judith, XIII, 17, 18.

(7) Ps., CXLIV, 8, 9.

(8) Carta 360.

(9) *Espíritu de San Francisco de Sales*, VII, 13.

(10) San Francisco de Sales, *Conferencia* II.

«¡Oh Dios mío, exclama San Agustín, pusisteis la misericordia a la puerta de vuestro palacio con el encargo de acoger a todos los que se presentan y de reprender y convidar a todos los que tardan en venir» (1).

«¡Oh Dios de mi alma, dice Santa Teresa, qué pronto estamos a ofenderos, y cómo lo estáis Vos de antemano a perdonarnos!» (2)

«La Bondad infinita, dice Dante, tiene tan largos los brazos que alcanzan siempre a los que a ella se vuelven» (3).

Decía, en cierta ocasión, el venerable P. Juan, abad de Fontfroide (4) a un director de almas: «Hemos de acoger a los pecadores con los brazos abiertos, y acordarnos de que suelen ser muy flacos para largas penitencias. Y, con todo eso, las deudas se han de pagar. Al sacerdote toca hacer por sí lo que el penitente no puede o no quiere hacer».

Tildábale los moralistas de laxo y, a las veces, condescendiente en exceso: «Yo no entiendo, díjole uno, cómo se las compondrá usted con Dios, cuando le dé cuenta de las almas que dirige.»

—Dios, contestó el P. Juan, no estudió teología en nuestros manuales. Usted hace de El un teólogo, pero El se llama la Misericordia.

Hablando con un profesor de Seminario mayor, le dijo: «Buen teólogo es usted, pero el buen Maestro no entiende palabra de esa teología, porque posee tan al

(1) Citado por M. Hamon, *Meditaciones*, t. II.

(2) Santa Teresa, *El Castillo interior*, Cap. X.

(3) *Purgatorio*, III, 41.

(4) 1815 1816.

dedillo los principios, que siempre consigue conciliar su misericordia con su justicia. Y esto es precisamente lo que a usted le apura.»

Mas no se contentaba con purificar las conciencias de los pecadores, lavando sus manchas.

—Ahora que lleváis el vestido nupcial, concurrid al festín.

El festín era la vida cristiana (1).

Como ya llevamos dicho, estos enfermos por doquiera ven faltas y sobre todo faltas mortales; sin distinguir tentación de consentimiento, imperfección de pecado, pecado venial de mortal, preceptos de consejos; cometen enormidades o descuidan los deberes fundamentales de la religión y aun las obligaciones del propio estado, para enredarse en menudencias y ahogarse en pueriles detalles. Trabajan cuando es hora de descansar, rezan en vez de trabajar, ayunan cuando han menester un régimen fortificante. En una misma persona suelen juntarse el escrúpulo para ciertas cosas y la falta total de conciencia para otras. Confunden lo esencial con lo accidental. Es, en fin, un completo desorden el suyo y tanto más ocasionados están a caer en semejantes desvaríos, cuanto con más frecuencia hallan almas sencillas que las animan a perseverar en este camino.

Y no son éstas vanas consideraciones; tal enferma, a quien hemos conocido, se juzgará adornada de profunda piedad porque, después de haber oído varias misas, consagra el resto del día a visitar enfermos, leer libros espirituales y rezar, en vez de se-

(1) E. Capelle, *Le Père Jean*, cap. XVI y XIX. París, V. Retaux.

guir el tratamiento que los médicos la han aconsejado (1). Otra, a quien también conocimos, vivía alejada de los sacramentos sin acercarse a la Iglesia, teniéndose por indigna de entrar en lugar tan sagrado, temiendo abusar de las prácticas religiosas y hasta de cometer sacrilegios; otras, para dar tregua a sus penas interiores, se convierten en una especialidad de la crónica

(1) Si reprehensible es el exceso de confianza en los médicos (II Par., XVI, 12), no lo es menos el exceso contrario, ya que ni siquiera ha de esperarse la enfermedad para aplicar la medicina (Eccli., XVIII, 20): es decir, hay que recurrir a los medios de prevenirla, conformando la vida con los mandamientos de Dios y de la higiene. Estos mandamientos, que son el fundamento de la medicina preventiva, esto es, de la verdadera medicina, pueden resumirse en pocas palabras: el temor del Señor (Prov., X, 27), la tranquilidad del corazón (Ibid. XIV, 30), la sobriedad (Eccli., XXXVII, 32-34) y el trabajo (Ibid., XXXI, 22).

Estamos, pues, obligados en conciencia a emplear todos los medios ordinarios para conservar o recobrar la salud. «El Altísimo es quien crió de la tierra los medicamentos, y el hombre prudente no los desdeñará», dice la Escritura (Eccli., XXXVIII, 4). Con todo, enfermos y médicos no olviden que es Dios quien da la eficacia a los remedios (IV Reg., 5-7) y la salud al cuerpo (Job., XXXII, 24, 25) y que sin El nada puede la ciencia de los médicos (Gen., XX, 17; Sap., XVI, 8-13; Ez., XXX, 21).

Hagan, pues, recurso éstos y aquéllos al médico soberano que es Dios; porque El es quien quita la vida y hace vivir, y quien hiere y cura (Deut., XXXII, 39).

El observador inteligente e imparcial no puede negar el saludable influjo de la religión en los enfermos, particularmente en los neuróticos. «El enfermo lo que necesita, dice Burlureaux, es un sostén moral, es fe, y sobre todo esperanza. ¿Y dónde va a encontrar todo esto, fuera de la doctrina de Aquel que ha dicho: «Venid a mí los que sufrís, que yo os aliviaré?» (*La lucha por la salud*, 2.^a parte, cap. IV, Barcelona, G. Gili, 1908).

Hasta los librepensadores que tienen suficiente sinceridad y tesón para estar exentos de la inquina de los sectarios, están convencidos de esta influencia y la favorecen. «El Dr. Dubois, por ejemplo, cuyas teorías religiosas y filosóficas tanto dis-

escandalosa de la parroquia, no siendo raro que entre función y función, en la tertulia, destrocen, sin escrúpulo en esta materia, a sus conocidos y a los habitantes del país. Frecuentemente por la maledicencia, y mucho más por la calumnia (y en esto por mucho que insistamos siempre será poco), estas almas llamadas escrupulosas, al mismo tiempo que se dañan a sí mismas cometiendo pecados, arrebatan al prójimo uno de los bienes más preciosos: la reputación. Tras de haberlo desfigurado todo, acaban por destruirlo todo. «El golpe del azote, dice la Escritura, deja un cardenal: mas el golpe de la lengua desmenuza los huesos. Muchos han perecido al filo de la espada, pero no tantos como por culpa de la lengua. Bienaventurado el que estuvo a cubierto de la mala lengua: ni experimentó su furor, ni probó su yugo, ni fué atado con sus cadenas; porque su yugo es yugo de hierro y sus cadenas son cadenas de bronce. La especie de muerte que de ella proviene es la

tan de la ortodoxia católica, se expresa del siguiente modo: «La fe religiosa podría ser el mejor preservativo contra las enfermedades del alma y el medio más poderoso para curarlas, si fuese bastante viva para crear en sus adeptos un verdadero estoicismo cristiano. En este estado de ánimo, tan raro entre la gente que sabe pensar (*), el hombre resulta invulnerable; sintiéndose sostenido por su Dios no teme la enfermedad ni la muerte. Podrá sucumbir bajo los ataques de una enfermedad física, pero, moralmente, sigue erguido en medio de sus sufrimientos, es inaccesible a las emociones pusilánimes de los neuróticos.» *Op. cit.*, lección XVII.

(*) La virtud ha sido siempre patrimonio de pocos; aparte de esto, no es extraño que el materialista Dubois ignore que, entre los buenos católicos, por ilustrados que sean, constituye un *ejercicio común* el de hacerse indiferentes a todas las cosas criadas, y que no son ciertamente raros entre ellos los que lo consiguen.—N. del Dr. Blanc.

(Esta cita con la nota están tomadas de la mencionada obra del Dr. Burlureaux.—N. DEL T.)

peor: más tolerable que ella es el sepulcro» (1).

Verdaderos ladrones y ladrones de la peor especie, son estos desgraciados, pues, en primer término, roban al prójimo un bien preciosísimo, y, en segundo, porque casi nunca, por no decir nunca, pueden reparar el daño que causaron, en tanto que si el ladrón restituye, todo queda reparado. Podemos afirmar, en cierta manera, que no es la calumnia tan grave como la maledicencia, porque siempre tenemos el derecho de decir que el calumniador mintió, y no podemos hacer lo mismo con respecto a la maledicencia. Nos sobra la razón, pues, al pregonar que el maldiciente y el calumniador son realmente ladrones y ladrones de la peor calaña.

Por lo cual no es maravilla que Dios castigue terriblemente semejante pecado. Deber estricto es, pues, de todo cristiano que de tal se precie, guardarse de «lenguas viperinas» (2) que destilan veneno, si desean librarse de tan terrible contagio. «Haz de espinas un cerco a tus orejas, dice la Sagrada Escritura, y no des oídos a la mala lengua, y pon puerta y candado a tu boca» (3).

Otros enfermos, so color de convenientes distracciones y de que no hablan mal de nadie, malgastan miserablemente el tiempo en frívolas conversaciones, en vez de emplearlo en lecturas serias o en trabajos manuales.

Estos nuevos Picos de la Mirándola, prontos siempre a hablar, con piedad tan ilustrada como su ciencia, «de todas las cosas sabidas y por saber y de algunas

(1) Eccli., XXVIII, 17-21.

(2) Job, XX, 16

(3) Eccli., XXVIII, 28.

más», harían mucho mejor en tener presente «que la ociosidad es maestra de muchos vicios» (1), «que en las muchas palabras se hallará necesidad» (2), «que en el mucho hablar no faltan pecados» (3) y que «de toda palabra ociosa que hablaren los hombres, darán cuenta en el día del juicio» (4).

«Quien puede leer, escribe el P. Lacordaire, a David, San Pablo, San Agustín, Santa Teresa, Bossuet, Pascal y otros parecidos, muy culpable será de perder el tiempo en vanidades de salón» (5).

En los establecimientos de mujeres, singularmente, impera este abuso, a poco que el administrador carezca de las condiciones necesarias para ponerle coto. Los corredores, donde tendría que reinar el silencio del claustro, se convierten en locutorios en que cada cual cree tener derecho a correr, charlar y gritar a porfía. Para formar cabal concepto de ello hay que haberlo visto de cerca.

Deber estricto es, pues, de la administración, atar corto a esos egoistas o atolondrados, en beneficio de los demás enfermos, especialmente de los pobres neuróticos.

Excusado es decir, que no nos referimos a las *distracciones* y pláticas amistosas, que tan excelente influjo ejercen en la salud de tales enfermos, de suyo inclinados a la melancolía, con tal de que no caigan en los defectos apuntados.

(1) Eccli., XXXIII, 29.

(2) Eccle., V, 2.

(3) Prov., X, 19.

(4) Matth., XII, 36.

(5) *Cartas a la condesa de Prailly.*

Lo que de veras pasma es el modo con que tales personas forman su conciencia. Las veréis inquietas y desasosegadas por distraccioncillas en la misa o en sus devociones, pero en cuanto a pecados de lengua, quédanse tan tranquilas. Y presto se convence que predica en desierto quien tiene la candidez de esforzarse en probarles lo falso y ridículo de su devoción. Triste cosa, ciertamente, pero ello es así. No es de maravillar, con todo, pues en frase de la Escritura «el corazón del sabio busca doctrina; y la boca de los necios se alimenta de sandeces» (1).

Todo lo examinan, todo lo discuten, todo lo pasan por tamiz, sin tener en cuenta aquellas palabras de Nuestro Señor: «No juzguéis y no seréis juzgados» (2). «Como los médicos, dice San Francisco de Sales, vienen en conocimiento del estado de salud o enfermedad de una persona, mirándole la lengua; así también de las palabras se colige el estado de nuestras almas.» «Por tus palabras, dice el Salvador, serás justificado y por tus palabras serás condenado» (3).

Tales son los vituperables extravíos en que incurren los que sueñan en distraerse así de sus escrúpulos.

«Hay otros, dice San Juan de la Cruz, que cuando se ven imperfectos, con impaciencia, no humildes, se airan contra sí mismos: acerca de lo cual tienen tanta impaciencia, que querrían ser santos en un día. De

(1) Prov. XV, 14. «Aun cuando majares al necio en un mortero como se maja la cebada con el mazo, no desprenderías de él su necedad» (Ibid. XXVII, 22).

(2) Matth., VII, 1.

(3) Matth., XII, 37.

éstos hay muchos que proponen mucho y hacen grandes propósitos, y como no son humildes y confían de sí, cuantos más propósitos hacen tanto más caen y tanto más se enojan, no teniendo paciencia para esperar a que se lo dé Dios, cuando fuere servido... aunque algunos tienen tanta paciencia y se van tan despacio en esto de querer aprovechar, que no querría Dios ver en ellos tanta» (1).

«Os lamentáis, escribe San Francisco de Sales, de las muchas imperfecciones y defectos que andan mezclados en vuestra vida, contra el ardiente anhelo que sentís de perfección y pureza del amor de nuestro Dios. Responderé que no es posible dejarnos a nosotros mismos del todo mientras estemos en este mundo; no nos queda otro remedio que llevarnos a nosotros mismos, hasta que Dios nos lleve al cielo; y mientras nos llevemos, no llevaremos cosa de valor. Tengamos, pues, paciencia y no soñemos en podernos curar en un día de tantos malos hábitos contraídos por el poco cuidado que hemos tenido de nuestra salud espiritual.

«Cierto que Dios ha sanado a algunos repentinamente, sin dejarles rastro de sus pasadas dolencias, como hizo con la Magdalena que, de albañal de corrupción, fué trocada en clara fuente de agua de perfecciones, sin que desde aquel instante se enturbiase jamás. Pero también dejó Dios en algunos discípulos muchas señales de sus malas inclinaciones, algún tiempo después de su conversión, y todo para su mayor provecho: ejemplo, el bienaventurado San Pedro que, después de

(1) *La noche oscura del alma*, l. I, cap. V.

su primera vocación, dió varias veces en imperfecciones y se hundió del todo y tan miserablemente por la negación.

»Enseña Salomón ser animal muy insolente la camarera que pasa de súbito a señora (1). Muy expuesta se vería el alma que sirvió largo tiempo a sus pasiones, a caer en vanidad y orgullo, si en un abrir y cerrar de ojos, llegase a ser total señora de ellas. Menester es adquirir poquito a poco y paso a paso este dominio, cuya conquista costó a santos y santas, hartas decenas de años. Hay que tener paciencia, queramos que no, con todo el mundo, mas, primero, con nosotros mismos» (2).

«Para acostumbrar un potro al paso, a estar sujeto y obediente a silla y brida, escribe también, se requieren años enteros.

»Sois excesivamente riguroso con esa pobre persona; conviene no regañarla tanto pues es joven de buenos deseos; decidla que no se maraville ni enoje contra sí, por faltas que cometa, antes bien levante los ojos a Nuestro Señor que desde el cielo la mira cual padre que contempla a su hijo tiernecito que no atina a andar con paso firme y seguro y le dice: Despacito, hijo; y si cae, le anima diciéndole: Salto fue; no llores pobrecito, y corriendo a él le da la mano. Si esta persona es como un niño en humildad y está persuadido de ser niño, no le extrañará haber caído, porque así no caerá de tan alto» (3).

(1) Prov. XXX, 23

(2) Carta 669.

(3) Carta 453.

III. Materias varias de escrúpulos

Si hemos insistido tanto sobre las faltas contra la caridad, ha sido con la mira de mostrar cuán graves y aborrecibles sean, y cuán expuestos están los enfermos a cometerlas por no poder o no saber, muy a menudo, ocupar el entendimiento o darse a cualquier trabajo, y por sentirse, además, con sed vehemente de charlar sin tregua ni descanso. Adquieren malos hábitos, pero singularmente éste, con tanta más facilidad cuanto mayor es la ligereza, por no decir el afán, con que los arrastran a él multitud de oyentes, tan enfermos, tan ociosos, incapaces de trabajar, y tan mal instruidos en sus deberes religiosos como ellos. Ignoran, olvidan o no alcanzan a entender la gravedad de estas palabras de Santiago: «Si alguno no tropieza en palabras, este tal *se puede decir que es varón perfecto*» (1). «Quien guarda su boca guarda su alma; pero el considerado en hablar, sentirá perjuicios» (2).

Es indispensable que estos enfermos tengan una ocupación regular, ya que, aparte lo beneficioso que les resulta para la salud, al carecer su inteligencia de trabajo continuo, sólo piensan en su enfermedad o en sus escrúpulos. La dificultad estriba en acertar con una ocupación a su gusto y proporcionada a sus fuerzas, puesto que un trabajo contra su gusto los excita, enerva y produce enojosos efectos. Hay que ingeniarse también en variarles las ocupaciones, incapaces como son de hacer

(1) Jac., III, 2.

(2) Prov., XIII, 3.

por mucho tiempo la misma cosa. Porque son niños grandes a quienes hay que mimar y dar alientos.

A todos estos males, se agregan otros. Algunos enfermos están atormentados por los más bajos, vergonzosos e infames pensamientos contra la religión y sus ministros, contra los santos y contra todo linaje de ejercicios devotos, como hemos dicho ya.

Otros se ven acosados de quejas, rebeldías interiores, menosprecios, injurias, odios, imprecaciones, blasfemias contra Dios, el Santísimo Sacramento, la sagrada Comunión, la Virgen Santísima y los santos. Son, a veces, tan horribles estas cosas, que de ningún modo podemos mencionarlás aquí. Bástenos decir que, a ciertos neuróticos, todo lo que el hombre sano puede imaginar de abominable, impio y sacrilego, los persigue por doquier y particularmente en la oración, en los ejercicios de devoción y en la recepción de Sacramentos (1). Estas horribles tentaciones embargan todo su

(1) Como es natural, los que ignoran la eficacia de la gracia se esfuerzan en apartarlos de todo género de ejercicios religiosos, sin pararse en reflexionar que al mismo tiempo despojan, si es lícito hablar así, a estos enfermos de los únicos medios no sólo de recobrar la paz, mas también de conseguir la curación. Esto acontece con mayor frecuencia de lo que parece. Basta el consejo de un médico imprudente. «Fuera de sí por la enfermedad escrupulosa y por el deterioro físico de una persona querida, dice el P. Dubois, S. J., su parentela ni siquiera piensa en tomar el único recurso indicado por el buen sentido, poniendo por obra el tratamiento según los consejos combinados del médico del alma y del cuerpo. En lugar de esto, sin consultar siquiera al que de los dos tiene el dominio de lo más íntimo y fundamental de la enfermedad, se entregan imprudentemente en manos del otro, incapaz de tratar otra cosa que no sean las salpicaduras, lo más superficial. ¡Qué terrible cargo de conciencial etc. ¡Padres ciegos! ¡Cómo! Por el consejo temerario de un médico impio o condescendiente que traspasa los términos de su competen-

ser, trastornan su entendimiento, acometen su voluntad, oprimen su corazón y se precipitan, a veces, sobre sus labios con fuerza tal, con tal ímpetu, que algunos no son dueños de contener estas palabras blasfemas. Y de estas palabras blasfemas que se les escapan, *consentidas o no*, se juzgan totalmente responsables (1).

A otros les parece ver en todo esto una prueba de desamparo de Dios y, más, una señal o comienzo de re-

cia, os atrevéis a sacrificar al cuerpo el alma de una persona tan querida? Y rehusando como peligrosos los cuidados de un cuerdo confesor, ¿acordáis con sin igual osadía, que de aquí en adelante, ni por Pascua florida, ni siquiera en la hora de la muerte, ya no recibirá más los Sacramentos? Pero ¿sabéis a dónde llega este olvido del alma? A la pérdida de esa misma salud en que sólo lleváis puestos los ojos. Sí; la perderá. Porque el escrúpulo, verdadero fautor de la ruina, se ríe de las duchas y de las estaciones de baños; y ¿qué medicina, fuera de la espiritual, podrá jamás extinguirlo? (*L'Auge conducteur des âmes scrupuleuses ou craintives*, capítulo 6, París, Desclée.)

(1) «La tentación de blasfemia, escribe Gersón, como todas las que consisten en pensamientos, se vence con mucha más facilidad despreciándola sin pararse a reflexionar en ella y desviando el entendimiento aplicándolo a otras cosas, que combatiéndola, resistiéndola esforzadamente y disputando con ella.»

Muy bien dicho, ciertamente; pero añadamos que algunos enfermos nada pueden contra estas tentaciones de blasfemia, ni contra otras turbaciones y *angustias* del alma. Esto nos respondió en cierta ocasión una excelente persona, muy entendida y docta, al preguntarle nosotros por qué estaba tan agitada y venía tantas veces a hablarnos de las mismas cosas, habiéndole ya dicho y repetido infinidad de veces cuanto puede decirse sobre este asunto. «¿Qué quiere usted? dijo; esto me coge como un acceso de fiebre. No puedo remediarlo... y relatando sus pesares, no podía contener las lágrimas ni atajar los sollozos que le ahogaban, manifestando que temía perder el juicio. Nada barruntaban de semejante estado cuantos le conocían, porque a nadie daba parte de él, sabiendo bien, por experiencia, que no le entenderían.

probación. Algunos hemos conocido que andaban preguntando a cuantos sacerdotes y religiosos hallaban, si estarían ya condenados.

Al señalar estas miserias, tenemos el propósito de sosegar a los pacientes, haciéndoles ver que no son ellos solos en padecer estos achaques, efectos de su estado morbozo. Porque cada cual de ellos imagina acaecerle a él solo semejantes desdichas, por la sencilla razón de no haber oído nunca hablar de ello a nadie. Fácilmente se concibe que estos infelices no estén dispuestos a publicar sus cuitas, ni siquiera entre sus más íntimos amigos. Inútil es recomendarles el silencio sobre este punto. A ser igualmente discretos en otros asuntos, evitarían muchos males y presto serían perfectos. Y claro está que, al encerrarse en total mutismo en orden a sus amarguras, piensa cada cual ser el único que gime en tales suplicios, y de ahí nace y se desenvuelve a menudo el verdadero escrúpulo, el verdadero tormento y la verdadera desesperación.

Bastará un ejemplo, entre mil, para significar el arte con que se procuran inquietudes a si mismos.

Vino una, conocida de antiguo, a hablarnos, turbadísima. «Hace muchas semanas, nos dijo, ando muy inquieta; me pregunto si, estando usted mismo enfermo, será usted capaz de dirigirme.» Como ella había leído el *Gula de nerviosos y de escrupulosos* (en alemán), la rogamos se sirviese indicarnos en qué difería nuestra dirección de nuestro libro, añadiéndola que éste había sido examinado y aprobado por varios religiosos, profesores de teología, y por médicos que disfrutaban todos ellos de envidiable salud. No acertando ella a contestar, pareció entrar en sí y sosegar. El caso es

que ya no tocó más esta cuestión, ni aun después de partir, en su abultada correspondencia.

Sean cuales fueren estas torturas, son de poca monta comparadas con otras. Nos referimos a las dudas contra la fe.

En todo linaje de tribulaciones quédale siempre al atribulado la certeza de que Dios las conoce, que puede aligerarlas o desterrarlas y que, en definitiva, las premiará. Mas, en nuestro caso, ¿a qué soñar en galardones, ni siquiera en consuelos, cuando, según ellos, no hay tal «Autor de consolaciones»?

¿Dónde, pues, hallar consuelo? ¿En los placeres de este mundo que es todo mentira y falsedad (1), de este mundo maldito por Cristo? (2) Pero aparte de que, a

(1) Santa Teresa, *Moradas sextas*, cap. X.

(2) Matth., XVIII, 7; Joan., XVIII, 9; Id., I Epist. V., 19.

«Suplicoos que ponderéis, dice Bossuet, de qué modo el mundo os persuade.

«Este peligroso maestro no se porta como los demás maestros; enseña sin dogmatizar; posee un método especial de no demostrar sus máximas, sino de imprimirlas en el corazón sin advertirlo nosotros; cuantos hombres nos hablan, son otros tantos órganos que nos las inspiran. Por lo cual no basta oponerle razones y máximas contrarias, porque la doctrina del mundo se insinúa más por insensible contagio que por instrucción expresa y formal. Sí, verdaderamente; todo cuanto se dice en los corrillos y aun el aire que respiramos, sólo imprime placer y vanidad. Preguntad al gran Tertuliano qué cosa es la más temible del mundo y os contestará: «Todo, hasta el aire, que está infestado de tanta palabrería detestable y de tantas máximas anticristianas» (*De spect.*, 27).

«La gran calamidad de la vida humana consiste en que ninguna persona se contente con ser ella sola la insensata, sino que se empeña en comunicar su locura a los demás; de tal manera que lo que nos sería indiferente, tanta es nuestra flaqueza, suele excitar nuestra imprudente curiosidad, por el alboroto que se mueve a nuestro alrededor. En esta extraña porfía de comunicarnos

menudo, el enfermo no se halla en disposición de entregarse a ellos, sabe muy bien, demasiado tal vez, que sólo dejan en el alma cansancio, pesares, tormentos y desesperación. ¿Por ventura no lo ha probado hasta la saciedad, la experiencia de los siglos continuamente renovada?

¿Acaso entre los amigos? Por desgracia, por elocuentes, abnegados y fieles que sean, no pueden dar los consuelos convenientes en tal circunstancia.

¿Por ventura hallará este consuelo en el estudio de la filosofía, de las ciencias, de la historia, de la literatura, como hemos dicho ya? Pero ¿qué relaciones hay entre todas estas cosas, por elevadas, bellas y atractivas que sean, y las aspiraciones, las necesidades de un alma criada para lo sobrenatural, para el cielo, para Dios? Son impotentes para conferir la gracia: esto es, el único remedio capaz de aliviar o curar semejantes trabajos.

¿Qué le queda, pues, al enfermo afligido por la duda? ¡Ni un punto de apoyo, nada, nada fuera de su terrible Cruz!

Sosíéguese, con todo, y sepa que ésta no es más que una de tantas aflicciones como todas las enumeradas, que terminará cuando Dios lo juzgue oportuno para el mutuamente nuestros errores y locuras, el espíritu se corrompe del todo.» (*Sermon pour le 3^e dimanche de l'Avent, sobre la verdadera conversión.*)

Por lo cual dijo con razón un sabio pagano: «Cuántas veces estuve entre los hombres volví menos hombre». (Séneca, Epist. VII.)

«¡Cuán extravagante es el mundo en sus caprichos, escribe San Francisco de Sales, y a qué precio tan caro se le sirve! Si el Creador mandara cosas tan arduas como las que él impone ¡cuán pocos servidores hallaría!» (Carta 188.)

bien de su alma. Aquí es, en verdad, donde hay que «esperar contra toda esperanza» y recordar que «a grandes males grandes remedios»: frecuencia de Sacramentos, entrega total de sí mismo a la voluntad de Dios, renovada a cada tentación, y obediencia ciega al confesor (1).

(1) «Me pedís, escribe San Francisco de Sales, remedio contra el trabajo que os dan las tentaciones que el maligno os levanta contra la fe de la Iglesia.

•Hay que guardar en esta tentación la misma actitud que en las de la carne; no disputar poco ni mucho, ni responder a ella, ni hacer semblante de oír lo que dice el enemigo. Clamoree cuanto quiera llamando a la puerta, no os dignéis siquiera preguntar: ¿quién anda ahí?

•Cierto, diréis; pero tanto importuna y tanto alboroto mueve, que los de dentro de casa no se oyen entre sí. Lo mismo da; paciencia, postraos ante Dios y permaneced a sus pies. Él entenderá por vuestra postura que sois suyo y que imploráis su auxilio, siquiera no podáis hablar. Pero, sobre todo, permaneced dentro bien encerrada, sin abrir a nadie la puerta para ver quién es ni para echar a ese importuno; ya se hartará de chillar y os dejará en paz.

•Animo, pues, pronto acabará esto; con tal que no entre, no importa. Es, no obstante, bonísima señal que el enemigo alborote y aporree la puerta, porque es indicio de que no alcanza lo que pretendió. Si lo alcanzase no vocearía más, entraría y cesaría el estruendo. Tened cuenta con esto para no caer en escrúpulo.

•Las tentaciones contra la fe se enderezan al entendimiento para atraerlo a disputar, a soñar, a fantasear. ¿Sabéis qué hay que hacer mientras el enemigo se divierte asaltando la razón? Salid por la puerta de la voluntad y disparadle valiente descarga. Es decir, como la tentación contra la fe se presenta diciendo: ¿Pero cómo puede ser esto? ¿Pero si esto? ¿Pero si lo otro? ¿Pero si lo de más allá? en vez de discutir con el enemigo con razonamientos, arrojadle a viva fuerza vuestra parte afectiva, y juntando la voz exterior a la interior gritadle: ¡Ah traidor desventurado, dejaste tú la iglesia de los ángeles y quieres ahora que yo deje la de los santos! ¡Desleal, infiel, condenado, tú presentaste a la primera mujer la manzana de perdición y porffas que yo la muerda! *Vete, Satands, porque escrito está: No tentads*

Sepa que grandes siervos de Dios y santos, se vieron atormentados por escrúpulos, entre ellos, San Alfonso María de Ligorio, doctor de la Iglesia, como puede leerse en su vida, escrita por el P. Berthe. «En noche más lóbrega que la del sepulcro, quedó sumido el pobre solitario. Veíase desamparado de todos, abandonado de Dios y al borde del infierno. Volviendo la vista a la vida pasada, sólo percibía pecados. Todos sus trabajos, todas sus buenas obras, eran frutos podridos que a Dios le causaban horror. A la conciencia, atormentada desde la mañana hasta la noche, juguete de todas las ilusiones, se le antojaban pecados graves las acciones más sencillas y aun las más santas. Él, el gran moralista, que había dado parecer, con cabal discernimiento, en todos los casos de con-

al Señor tu Dios (Matth., IX, 10 y 7). No, yo no disputaré, ni te diré palabra. Eva, por disputar, se perdió; Eva, por tantas palabras fué seducida. ¡Viva Jesús en quien yo creo! ¡Viva la Iglesia a la cual yo me adhiero! y otras palabras igualmente inflamadas.

•Fuerza es desquitarse con afectos y no con razones; con pasiones y no con discursos. Verdad es que, en tiempo de tentación, la pobre voluntad se halla harto seca; tanto mejor; así serán sus golpes mucho más terribles al enemigo, quien al ver que, en vez de echar atrás vuestro paso; os da motivo de ejercitaros en mil virtuosos afectos y mayormente en protestas de fe, por fin os dejará.

•Al fin y al cabo estas tentaciones no son sino trabajos como los demás; hay que contentarse, sosegar con lo que dice la Sagrada Escritura: *Bienaventurado el varón que sufre tentación porque después que fuere probado, recibirá la corona de vida* (Jac., I, 12). Sabed que he visto pocas personas adelantadas (en perfección) sin tentaciones de este jaez; paciencia es menester. Nuestro Señor tras la tempestad, enviará la bonanza (Carta 737). En esta carta San Francisco de Sales recomienda la lectura del hermoso libro del P. Rivadeneira: *Tratado de la tribulación*.

ciencia, y tranquilizado á tantos pecadores hablándoles de las infinitas misericordias del Señor; director de millares de cristianos en el camino de la perfección y consolador de las almas agobiadas por la inquietud, con todo, andaba ahora a tientas, temblando como un ciego que camina por el borde de un abismo, incapaz de dar un paso sin una mano extraña que le guiase.

»En tal estado de turbación y desconsuelo, no se atrevía a comulgar. Atráíale al altar el amor a Jesucristo; pero el temor le cerraba la boca para recibir la sagrada hostia. Una mañana en que el P. Garzilli iba a darle la comunión, recitadas las palabras litúrgicas: *Ecce agnus Dei*, y comenzada la fórmula: *Corpus Domini nostri Jesu Christi*, vió al pobre anciano a punto de retirarse. «Señor, díjole; no obliguéis a hacer antesala a Jesucristo.» Varias veces fué menester la intervención de Villani para inclinarle a vencer sus terrores. Un día de extremada agitación, permaneció irresoluto hasta el mediodía, hora en que, de repente, disipada la nube que obscurecía su espíritu, exclamó llorando: «Dadme á Jesucristo.» Otro día, juzgándose cubierto de pecados, no acababa de resolverse a comulgar. Villani consiguió tranquilizarle, y, súbitamente, encendióse en su pecho tan vivo anhelo de recibir a Nuestro Señor, que hubieron de llevarle al punto la sagrada comunión. Los instantes se le hacían siglos. «¿Cuándo vendréis, repetía, cuándo vendréis, Jesús mío?»

»Acostumbrado a desahogar su corazón en el Corazón de Jesús, es natural que en lo más recio de sus congojas acudiese al consuelo que encierra la oración; pero, a su parecer, entre Dios y él se levantaba in-

franqueable muro. «Diríjome a Dios, decía un día, mas a cada palabra que pronuncio, una voz interior me responde que Dios me rechaza. Exclamo yo: ¡Jesús mío yo os amo! y la voz reponde: ¡no es eso verdad!» Aumentándose entonces la obscuridad, experimentaba la impresión de que el corazón de Dios le estaba cerrado y el paraíso perdido para él. En trances de tan horrible angustia, mirando el crucifijo con los ojos arrasados de lágrimas, decía: «¡Oh Jesús mío, conque no tendré la dicha de amaros eternamente!» Y luego, dirigiéndose a la Santísima Virgen: «Dulce Madre mía, ¿por qué no he de amaros en la eternidad?» Y respondiéndose a sí mismo, añadía: «He pisoteado todas mis obligaciones; ya no celebro, ya no rezo el oficio, ya no hago ni una sola buena obra; mis sentidos se rebelan, y mi comer es cual de lobo. Yo no sé cómo Dios puede soportarme.» Entonces, oprimido por violentísima ansiedad, pedía misericordia: «No, Jesús mío, no permitáis que me condene. No me echéis, Señor, en el infierno, porque en el infierno no podré amaros. Castigadme cual merezco; pero no me apartéis de vuestra presencia.»

»Su único amparo era la obediencia. Cual si fuese inhábil para juzgar por sí, aceptaba ciegamente las órdenes de su director o de cualquier sacerdote, no obstante la dificultad que experimentaba, y las razones contrarias sugeridas por el espíritu tentador para despeñarle en la desesperación. «Mi cabeza, decía, no quiere obedecer.» Con frecuencia le oían exclamar: «Señor, haced que aprenda a vencerme y someterme; yo no quiero contradecir ni dirigirme a mí mismo.» Con esto la obediencia triunfaba de todas las tentaciones.

»A estos escrúpulos que le hacían insoportable la vida, juntáronse luego, para abrumarlo, las tentaciones más espantosas contra todas las virtudes. Con el intento de demostrar al ángel caído que su inteligencia y trazas nada pueden contra la voluntad fortalecida por la gracia de lo alto, Dios permitió al demonio medir sus fuerzas con el santo anciano. Desde entonces, el maligno espíritu no cesó de asediarlo, confiando todavía vencer la resistencia y arrastrarlo al abismo. «Horror me causaban las tentaciones que tuvo que padecer, cuenta el P. Mazzini, y asombro su valentía en superarlas.» Los testigos del proceso de beatificación que vivían por aquel tiempo en Pagani, no hallan expresiones bastante enérgicas que pinten esta lucha suprema. «Como el oro puesto en el crisol, dice el P. Caprioli, tuvo el siervo de Dios que padecer horribles tentaciones. Vile, muchas veces, llorar como niño, y le oí lanzar gritos desgarradores e implorar, con voz lastimera, socorro contra el enemigo. A veces, añade el P. Cajone, tal era la violencia de las tentaciones y desconsuelos interiores, que no sólo le hacían derramar amargas lágrimas, mas también caer en síncope. Y con todo, nunca perdió la confianza en el poder y bondad del Señor. Un día, refiere el P. Nigra, sentíase tan agitado por la borrasca de tentaciones y desolaciones, que se le puso a temblar todo el cuerpo. «Señor, Señor, clamaba, venid en mi socorro.» En lo más recio de este trance, el hermano Romito le dijo para sosegarle: «Serenaos, señor, por Dios, que vais a perder la cabeza.» Sin inmutarse en lo más mínimo por semejante aviso, clavando su vista en el hermano, le replicó con gran mansedumbre: «Hermano mío, si Dios quiere que yo

muera loco ¿qué le vamos a hacer?» ¿No estaría entonces el alma en el paroxismo de la prueba y al mismo tiempo en el grado supremo de la resignación?

»A juzgar por la naturaleza y pormenores de sus tentaciones, tal como las relatan en el proceso los PP. Villani, Tannoia, Corrado, Mazzini, el alma se ve sobrecogida de espanto hasta el extremo de traernos a la memoria las luchas de los Antonios, Hilarios y otros muchos que pelearon denodadamente contra los espíritus infernales.

»Siempre tuvo Alfonso fe muy viva en los misterios de la religión. No parece sino que, como los ángeles, veía a Jesús oculto debajo de los velos eucarísticos. Las comunicaciones íntimas con Dios y los frecuentes éxtasis, le habían introducido muy adentro en el mundo sobrenatural. En sus escritos campea aquella su inquebrantable convicción con que defendió contra los herejes a la Santa Iglesia de Dios y su infalible magisterio. Pues bien, durante aquel período de tinieblas, no hay misterio de nuestra fe contra el que no fuese tentado.

»Levantábanse en su entendimiento dudas contra todas las verdades del *Credo*, y no distinguiendo su obscurecida conciencia el sentir del consentir, parecía que la fe se extinguía en su alma. Entonces asíase, por decirlo así, a la verdad, multiplicaba los actos de fe y exclamaba con ardor: «Creo, Señor, sí, creo y quiero vivir y morir hijo de la Iglesia.»

»Mas el demonio que le tenía cercado, no queriendo levantar el cerco, se le aparecía en forma de extra-

nos fantasmas para hacer más recia la tentación» (1).

¿Acaso no decía Santa Chantal, derramando copiosas lágrimas, que estaba enteramente desprovista de fe, esperanza y caridad? «Martirio me es, exclamaba, ver cómo todos saborean el bien de la fe, menos yo.»

Con este motivo, le escribía un día San Francisco de Sales: «Han vuelto vuestras tentaciones contra la fe y con no replicarles palabra siguen apretándoos. No les replicáis; bien está, hija mía; pero pensáis harto en ellas, las teméis asaz, os causan excesivo miedo; sin eso no os podrían hacer daño alguno; sois muy sensible á las tentaciones. Estimáis la fe y no querriais que ni un pensamiento os viniese contra ella, y en viniéndoos os turbáis y entristecéis luego. Sois en exceso celosa de esta pureza de fe, pareceos que todo la menoscaba. No, no, hija; dejad correr el viento y no toméis el murmullo de las hojas por el chocar de las armas.

«Estando yo hace poco en un colmenar de abejas, algunas se pararon en mi rostro. Al querer apartarlas con la mano: no, díjome un rústico, no hay miedo, no le picarán; pero si V. las toca, le clavarán el aguijón. Seguí su consejo; ni una sola me picó. Creedme, no tengáis miedo a tales tentaciones, no las toquéis, y no os molestarán; pasad de largo sin gastar tiempo en ellas» (2).

San Francisco de Sales mismo, ¿no se vió acosado de una tentación contra el Santísimo Sacramento, tan peligrosa que nunca quiso darla á conocer? Limitóse a

(1) R. P. Berthe, *San Alphonso de Liguori*, t. II, cap. XIV, París, Librería de la Sagrada Familia.

(2) *Carta* 75.

declarar que, sin especial socorro de la gracia, habría sucumbido.

El mejor remedio se cifra en seguir el consejo de este gran santo: «escapar por la puerta de la voluntad, dejando la de la razón», y orar; hacer actos de fe, de humildad (1) y rezar el *Credo*, por dificultad, desgana y aversión que se experimente. Sobre todo, no olviden los enfermos que, en esta peligrósima lucha, tienen que habérselas con el enemigo de Dios y de su alma, con aquel «que se alegra cuando hace mal y salta de contento en cosas malísimas» (2), con aquel que ha fomentado y dirigido todas las revoluciones religiosas, amontonando innumerables ruinas. Lo que el demonio ha conseguido de tantas almas flacas, de tantísimos ignorantes, pecadores, herejes y cismáticos, trata de conseguirlo también de estos enfermos probados con tales tentaciones. Y lo conseguirá seguramente si les falta, como a aquellos desgraciados, prudencia, humildad y confianza. Desconfíen sobre todo de sus propias luces «teniendo, de todo corazón, confianza en el Señor, y no se apoyen en su propia prudencia; en todos sus caminos pongan su pensamiento en El, y El mismo enderezará sus pasos» (3).

«El demonio, dice Boudon, no se cuida de tentar a los suyos: sólo odia ferozmente a los que son de Dios, imitando al mastín que ladra a los extraños, pero no a los de casa. Si una ciudad es cercada y combatida

(1) La profunda humildad de San Alfonso de Liguorio, desesperaba sobre todo al demonio en los asaltos con que le acometía; por lo cual no dejaba de hostigarle con tentaciones de orgullo.

(2) Prov., II, 14.

(3) Ibid., III, 5 y 6.

por el enemigo, señal es de que no le pertenece, y cuanto más fuerte es, tantos más soldados y cañones son menester para batirla; si hubiese caído en poder del enemigo, estarían de más los asaltos y escaladas. Animo, pues, alma tentada; el alboroto que el enemigo mueve afuera, prueba cierta es de que no pudo entrar dentro.»

Otros escrupulosos, libres de estas tentaciones, dan en fantasear vida sublime: sacrificios, éxtasis, martirio y qué me sé yo, olvidando que para llegar a la vida unitiva hay que pasar por la vida llamada purgativa, por la vida de luchas y combates, porque «milicia es la vida del hombre sobre la tierra» (1). Antes de ser santo, antes de obrar milagros, necesario es ser hombre de bien y caritativo, *buen cristiano*, aceptar la *tarea de cada día*, cumplir fielmente las *obligaciones del propio estado* y cargar con la Cruz que el Señor tenga a bien enviarnos, teniendo cuenta con que «el que es fiel en lo menor, también lo es en lo mayor» (2).

Los escrupulosos no ven de las verdades religiosas más que un aspecto, según la clase y grado de sus padecimientos, y con harta frecuencia el aspecto que les gusta o hincha su amor propio. Aférranse a su parecer estrecho o paradójico con tenacidad peculiar a su estado, absorbiéndose de tal modo en ello como si careciesen de ojos para ver y de oídos para oír otra cosa. Todo lo demás no tiene importancia para ellos: como si no existiese. Su incoherente conducta trae a la memoria la de aquel emperador romano que, en una reunión del senado, de cuyas deliberaciones pendía la

(1) Job., VII, 1.

(2) Luc., XVI, 10.

guerra o la paz del universo, exclamó en un arranque súbito: «Hoy tendremos pescadillas para comer.»

En tal estado, el alma cuya actividad anda de este modo extraviada, se revuelve en vano, porque es agitarse en el vacío, obcecada como está en hallar algo donde no hay nada; pero cuanto más se fatiga e inquieta, menos cae en la cuenta de su estado, porque el pensamiento que ocupa todas sus potencias es fulgor engañoso, a cuyo resplandor todo cuanto el alma hace viene a ser tan estéril y peligroso como la labor de un molino que muele sin grano. Sepan esos enfermos que «el Señor no está en la agitación» (1), y que, «en el silencio y el sosiego es donde se aprovecha el alma devota» (2).

IV. Conclusión

Dejados aparte estos extravíos, bajo cuyo imperio gimen las almas escrupulosas, y volviendo al principio, demos fin a estas consideraciones morales dictadas por la experiencia de la vida cristiana.

Sean cuales fueren la naturaleza, intensidad o duración de estas agitaciones o turbaciones del alma, jamás podrán causar el menor daño a los pacientes, mientras no se detengan *voluntariamente* o se deleiten en ellos. Acontece con semejantes trastornos del alma lo que con toda suerte de tentaciones cuyas consecuencias pueden ser graves; que son otras tantas fuentes abundantes

(1) III Reg., XIX, 11.

(2) *Imitación*, XX, 6.

en méritos para el tiempo y para la eternidad. Si tanto miedo nos infunden es porque ignoramos su inanidad y les prestamos atento oído. De muy diverso modo se portaron siempre las almas penetradas de espíritu sobrenatural, que en vez de quejarse de tales pruebas, no se hartaban de dar gracias a Dios por ellas. «Las tentaciones de desesperación, de blasfemia y de impureza interior, dice el bienaventurado Enrique Susón, elevan, en cierto modo, a los que valerosamente las resisten, a la categoría de mártires; ya que los siervos de Dios preferirían dar de una vez la cabeza, la sangre y la vida por Jesucristo, antes que verse agobiados por tan penosas tentaciones durante meses y años. Deduzcamos, pues, que los más favorecidos por el amor divino y más seguros de ir al cielo son los probados por los escrúpulos, porque sobrellevando con paciencia y humildad sus penas y muriendo así continuamente, viven en perpetuo purgatorio y dejan la tierra para volar a la eterna gloria, purificados y limpios de faltas que expiar (1).

»Esto, puntualmente, sucedió a un alma santa que había sido probada sin descanso por las tentaciones de que vamos hablando. Dios la glorificó en el artículo de

(1) Parece, en efecto, ser menos temible el último suplicio de los mártires que el angustioso padecer de ciertos enfermos, si advertimos que aquél, generalmente, es de corta duración, al revés de éste que puede prolongarse durante meses y aun años. Por esto, Santa Coleta que, en las fiestas de los mártires, experimentaba todos los tormentos que ellos habían sufrido, decía *sourriendo* á su confesor: «Dios hizo grandísima gracia y muy barata a los gloriosos mártires que están en el Paraíso, porque en un punto se vieron devorados o quemados o cortada de un tajo la cabeza». Cf. el abate Douillet, *Sainte Colette*, cap. XVI, París, Téqui.

la muerte, llevándosela al cielo sin hacerla pasar por las llamas del purgatorio; de cuya salvación puedo yo ser testigo, a honra y alabanza de Jesucristo, que sea bendito por todos los siglos» (1).

Es menester asimismo esforzarse valientemente en ahuyentar la tristeza que invade al alma turbada por los escrúpulos, o comunicar una santa alegría a las personas así afligidas, repitiendo con San Felipe Neri: «Yo no quiero en mi casa ni escrúpulo ni melancolía» (2).

(1) No hay contradicción entre el pensamiento de Fenelón, citado más arriba, estas palabras. No dice el Beato E. Susón que sea perfección el escrúpulo, sino ocasión de perfección para los que a él resisten. Es una prueba de la que salen mejorados los que la sufren victoriosamente.

(2) «La tristeza, según Santo Tomás, es más nociva al cuerpo que las demás pasiones, porque entorpece el movimiento vital del corazón... Tiene sobre ellas la desventaja de oprimir el alma por el mal presente, cuya impresión es más profunda que la del mal futuro; hace, a veces, enloquecer, como se ve en tantos que el dolor precipita en la melancolía o en la locura.» (1, 2, q. 37, a. 4.)

San Francisco de Sales dice que la tristeza engendra inquietud, que «la inquietud produce acrecentamiento de tristeza sumamente peligroso»; por lo cual, añade que «a excepción del pecado, no hay peor mal para el alma que la inquietud» (*Introd. a la vida devota*, IVª parte, cap. XI). «No os entreguéis de ningún modo a la tristeza, escribe a una religiosa. ¿Qué puede entristecer a una doncella sierva de Aquél que ha de ser nuestra alegría para siempre? Solamente el pecado nos ha de causar disgusto y enojo; pero aun es menester que este disgusto del pecado vaya seguido de alegría y santa consolación» (*Carta* 631).

Casiano pone la tristeza en el número de los ocho vicios principales que asuelan al género humano. (*Conférences*, t. I, 5.ª Conf. con el abad Serapión, Solesmes, 1898.)

«La tristeza, dice el P. Lacordaire, es un hambre que necesita pasto; tanto más se daña a sí misma, cuanto más en sí misma se concentra sin otro alimento» (3.ª carta a la Sra. de la Tour de Pin). «Esforzaos en ser bueno, afable, sencillo con todos, y no vayáis a creer que el Cristianismo se cifra en una vida taciturna

«Como la melancolía lleva naturalmente a los escrúpulos, el que anhela evitarlos o librarse de ellos, tendrá que esforzarse en vencer el espíritu de tristeza, tan

y melancólica. San Pablo repite sin cesar a los fieles: Regocijaos» (*Le P. Lacordaire*, par M. Foisset, t. II).

«Estoy muy libre de esta pasión, escribe Montaigne; yo no la aprecio ni estimo, al revés del mundo que, no contento con tomar muy a pechos el rendirle un culto especial, viste con tan feo y ruin ropaje la discreción, la virtud y la conciencia» (*Essais*, l. I, cap. II).

«La tristeza de espíritu deseca los huesos» (Prov., XVII, 22). «De la tristeza viene luego la muerte; y la melancolía del corazón deprime el vigor» (Eccli., XXXVIII, 18). «No dejes que la tristeza se apodere de tu alma, ni te aflijas a ti mismo con tus ideas melancólicas» (Ibid., XXX, 21). «Apídate de tu alma, procurando agradar a Dios... y fija tu corazón en la santidad del Señor, y arroja lejos de ti la tristeza» (Ibid. 23).

«Hijo, mientras vivieres, dice la *Imitación*, estarás sujeto a mudanzas, aunque no quieras; de manera, que ahora te hallarás alegre, luego triste... Mas, el sabio y bien instruido en lo espiritual, es superior a esas mudanzas, no mirando lo que siente en sí, ni de qué parte sopla el viento de la inestabilidad; sino que toda la intención de su espíritu se encamine al debido y deseado fin. Porque así podrá permanecer siempre el mismo, e inmóvil en todas las vicisitudes de la vida, dirigiendo a Mí sin cesar la mira de su sensible intención» (L. III, cap. XXXIII, 1).

«No será melancólico» dice el profeta, hablando del divino Salvador (Is., XLII, 4).

«El ánimo alegre mantiene la edad florida» (Prov, XVII, 22).

«El contentamiento del corazón, ése es la vida del hombre y un tesoro inexhausto de santidad: la alegría alarga la vida del hombre» (Eccli., XXX, 22).

«El Dios de la esperanza, os colme de toda suerte de gozo y de paz en vuestra creencia» (Rom, XV, 13).

«Los frutos del Espíritu son caridad, gozo, paz, paciencia...» (Gal., V, 22).

«Vivid siempre alegres en el Señor; vivid alegres repito» (Philip., IV, 4).

«Gocémonos y saltemos de júbilo» (Apoc., XIX, 7).

Cf. Santo Tomás, 2, 2, q. 28, *de Gaudio*.

común en personas de temperamento melancólico y cuyo carácter distintivo consiste en sumir al alma en un estado de languidez, de tedio y de pusilanimidad de que se vale el demonio para descorazonarla y alejarla de la virtud. Ha de empezar, pues, el alma escrupulosa por resistir a la tentación que la trae a ensimismarse y revolver sus cosas de un modo inquieto e inmoderado, y a reflexionar incesantemente en lo que le salió mal, en los chascos que teme, en las causas de sus pérdidas reales o imaginarias, en los medios de repararlas: en suma, en sus penas pasadas, presentes o por venir que son pasto habitual de su imaginación.

«*Salga de sí misma*, combata enérgicamente la tristeza con porfía, por más que tanta violencia la abruma; pero en vez de ceder a la inclinación que la induce a buscar la soledad con el intento de entregarse a sus negros pensamientos, tercie en las conversaciones ordinarias aun cuando le sean fastidiosas. El trato con personas piadosas, espirituales y sin escrúpulos, tiene singular atractivo y eficacia para devolver la alegría a las almas dominadas por la pusilanimidad y la tristeza (1). Por esta razón deseaba Santa Teresa que sus monjas se mostrasen siempre contentas, para comunicar así a las demás el fervor y la piedad en que rebosaban: «Procurad, queridas hermanas, les decía, ser tan afables cuanto os sea posible, con tal que no

(1) A condición, sin embargo, de que estas personas, después de estudiar el estado mental de tales enfermos, sepan amoldarse a su capacidad, interesándose por ellas y usando de todo el cariño, condescendencia y bondad que les sea posible. Así vendrán a ser unos como enfermeros y guías en quienes se apoyen los dolientes para ir al asalto contra la tristeza que se apoderó de su alma y paraliza sus facultades.

haya ofensa de Dios, y haced de modo que las con quienes tratáis se aficionen a vuestra conversación y manera de vivir para que no las desaliente y espante la virtud. Cuanto más santas sean las monjas, tanto más cariñosas y de conversación más agradable han de ser, de tal modo que por grande que sea el fastidio que sintáis cuando la conversación de vuestras hermanas no os guste, no os apartéis de ellas. Hemos de esforzarnos de todas veras en ser afables y en dar contento a las personas con quienes hablamos, en particular á nuestras monjas. Así que, hijas, procurad entender de Dios en verdad, y que no mira tantas menudencias como vosotras pensáis.»

«Además, la diligencia en pelear contra la tristeza que tanto daño causa a las almas, es gran mérito a los ojos de Dios, lo cual ha de ser poderoso estímulo para alentar a los escrupulosos en este combate. Uno de los medios para conseguir la victoria, según recomiendan Gersón y San Francisco de Sales, es la práctica moderada de alguna mortificación corporal, que tiene maravillosa eficacia para ayudar al alma en todas sus empresas espirituales, siempre que se emplee con discreción y por consejo de un director prudente e ilustrado» (1).

No se nos diga que esta lucha suele estar por cima de las fuerzas físicas y morales del enfermo. Harto lo sabemos. Pero también sabemos que pasa con los dolientes lo que con los sanos: que son en número escaso los que rinden la suma de esfuerzos y, por consiguiente, de trabajo de que son capaces. Con el amor

(1) Autor anónimo, citado por el P. de Lehen, S. J. *op. cit.* 4.^a parte, cap. IV, art. VIII.

de Dios y la ayuda de almas caritativas por una parte, y, por otra, con buena voluntad y firme resolución de *querer*, llegarían seguramente a despertar y aumentar en ellos energía suficiente para vencer, ya que no la tristeza, por lo menos el mal humor, terrible melancolía con que se cargan a sí mismos y hacen sufrir a los demás. No echen en olvido aquel adagio: «Ayúdate y Dios te ayudará», y trabajen conforme a esto.

«En suma, dice San Francisco de Sales, en todas las melancolías que pueden sobrevenir, empleemos el poderío de la voluntad superior, para hacer todo lo posible en pro del divino amor. Acciones hay, verdaderamente, que de tal modo dependen de la disposición y complexión corporal, que no está en nuestra mano hacerlas de gana, porque un melancólico no podrá tener ojos, palabras, ni rostro con la misma gracia y suavidad que tendría si se viese descargado de aquel mal humor; pero bien puede, aunque sin gracia, decir palabras graciosas, honestas y corteses, y a pesar de su inclinación, hacer por razón lo conveniente, en palabras y obras de caridad, mansedumbre y condescendencia. Disculpable es no estar siempre alegre, porque nadie es dueño de la alegría para tenerla cuando se le autoje; pero no hay disculpa para no ser siempre bueno, fácil y condescendiente, porque esto siempre está en nuestra mano hacerlo y no es menester más que resolverse a vencer el humor e inclinación contraria» (1).

(1) *Práctica del amor de Dios*, lib. XI, c. 21. — Cf. *La Direction*, Manuel à l'usage des confesseurs et des fidèles, par le P. Dubois, S. J., Paris, Desclée. — Abbé de Tourville, *Piété confiante* (lettres) Paris, Lecoffre. Obra muy práctica para los escrupulosos.

CAPÍTULO V

De la confesión de los escrupulosos

I. Lo que debe ser

Expongamos, para sosiego de escrupulosos, la doctrina de los santos y escritores autorizados acerca de este delicadísimo asunto, que tantos trabajos causa a las almas inquietas, en orden al examen y confesión de sus culpas, y que tan necesario es para el perdón.

«La confesión, dice Collet, no fué instituída para tormento, sino para consuelo de las conciencias; por esto, precisamente, en lo relativo a la bondad de las confesiones, a la suficiencia del examen y de la acusación de las faltas, el alma escrupulosa ha de menospreciar las inquietudes y los falsos remordimientos que le quedan y ejercitar la obediencia ciega al Director, que es el remedio más eficaz para sus males.

»Otro manantial de inquietudes para los escrupulosos, es la creencia de que, al acusarse de sus culpas, es necesario descender a menudas circunstancias y poner por decirlo así, a los ojos del confesor, el cuadro con todos sus pormenores, siendo así que bastaría indicar el pecado por su nombre» (1).

(1) Citado por el P. Lehen, S. J., *op. cit.*

«Aun cuando, escribe Reginald, no confesando ciertos pecados que ellos dudan si son o no mortales, si están o no confesados, se expusiesen a dejar sin confesar algún pecado mortal y a menoscabar, en consecuencia, la integridad material de la confesión, no por esto pecarían. La razón de esto es que los escrupulosos no están obligados a esa integridad, por el riesgo evidente de permanecer siempre en este estado de escrúpulos que les atormenta cruelmente y les causa daño e incomodidad mucho más considerables que los que podrían causarles otros inconvenientes, suficientes, con todo, a juicio de todos los doctores, para eximir de esa integridad» (1).

«Ninguna necesidad hay, añade San Francisco de Sales, de decir en confesión, los pensamientillos que pasan y vuelven como moscas, por vuestros ojos, ni el desabrimiento y fastidio que sentís en vuestras preces y devociones, porque todo eso no son pecados, sino desazones, incomodidades... Después de la confesión no es tiempo de examinar si dijimos bien todo lo que hicimos, sino tiempo de estar con atención y sosiego junto a Nuestro Señor, con quien nos hemos reconciliado, y darle gracias por sus beneficios. No es, pues, necesario ir buscando lo que se nos podría haber olvidado, sino, decir, sencillamente, todo lo que recordamos, y luego ya no hay que pensar más en ellos... No os turbe el no advertir todas las caídas leves para confesarlas. No, porque a menudo caéis sin advertirlo; por lo cual no se dice que el justo *ve* o siente que cae siete veces al día, sino *que cae siete veces y se levanta* (2)

(1) *De prudentia confessoris*, l. II, § 131.

(2) Prov., XXIV, 15.

sin atender a sus recaídas. No os acongojéis por eso, sino andad humildes y confiados a decir lo que notasteis; y lo que no, remitidlo á la amorosa clemencia de Aquél que *pone la mano debajo de los que caen* sin malicia, para que no se lastimen (1), y tan pronta y suavemente levanta, que ni caen en la cuenta de haber caído, porque la mano de Dios los enderezó; ni de haber sido levantados porque la misma mano los recogió tan de repente que ni advertencia de ello tuvieron» (2).

«No hay que martirizarse, escribe también San Francisco de Sales, cuando uno no recuerda sus culpas para confesarlas; ya que no es creíble que el alma acostumbrada al examen, no lo haga bastante bien para recordar las culpas graves. Tampoco ha de ser uno tan melindroso que se empeñe en confesarse de tantas imperfecciones y faltas levisimas. Basta un suspiro, un acto de humildad interior para borrarlas. Tampoco ha de ser uno tan delicado que quiera decirlo todo, ni recurrir a los superiores llevando su atención a la menor dificultad que tenga, la cual tal vez se habrá desvanecido en un cuarto de hora.

»Conviene aprender a sufrir generosamente éstas cosillas que no nos es dado remediar, por ser, ordinariamente, fruto de nuestra imperfecta naturaleza, como todas las inconstancias de genio, de voluntad, de deseos, que tan pronto engendran melancolía, como ganas de hablar, o, súbitamente, lo contrario, y otras cosas parecidas, a las que estamos y estaremos sujetos mientras vivamos en esta vida, perecedera y transitoria.

(1) Ps. XXXVI, 24.

(2) Carta 788.

«Me preguntáis, termina el amable Santo, cómo haréis el acto de contrición en poco tiempo. Respondo que casi no es menester tiempo para hacerlo bien, pues basta hincarse delante de Dios, en espíritu de humildad y arrepentimiento de haberle ofendido (1). Gran don de Dios es el poder querer, y *el solo deseo de tener la contrición, es señal que la tenéis*. Concedo que no la sintáis; pero tampoco se ve el fuego que está debajo de la ceniza y, no obstante, allí está» (2).

II. Abuso de la confesión

Nuestros enfermos no siempre siguen, por desgracia, los consejos que les damos, pues alegan falta de preparación y de claridad, carencia de contrición, o algún olvido para repetir indefinidamente sus confesiones, o hacerlas generales, cuando, en realidad, deberían persuadirse de que ya hacen demasiadas repeticiones, y que cuantas más hicieren más turbados quedarán.

También deberían saber que andan expuestos a peligros reales y serios cuando se empeñan en sondear sin tregua ni descanso su conciencia; ya que es remover cieno y levantar emanaciones malsanas; es arriesgarse a encender de nuevo el fuego mal apagado; es aventurarse a cometer pecados, y pecados mucho más graves que los que los perturban. Es lo mismo que echar aceite en un incendio para apagarlo.

Por más que se les repita que su manera de ver las

(1) Conferencias XIV y XVIII.

(2) *Práctica del amor de Dios*, IX, 3.

cosas es contraria en un todo a la simplicidad cristiana, nada se consigue, porque están dotados de singular ingenio para complicar lo más sencillo, obscurecer lo más claro y embrollarlo todo. Y si les damos consejos que desbaraten sus planes, paréceles que no los hemos entendido o que nuestros consejos no rezan con ellos.

Si persisten por camino tan peligroso, acabarán imitando a aquel buen hombre que había comenzado un repaso de toda su vida hacia seis meses, confesándose todos los días con el mismo sacerdote. Muerto éste, fuese a otro suplicándole por favor, le concediese dos horas cada mañana durante un mes, que él por su parte emplearía el resto del día averiguando y escribiendo sus pecados, y luego se tomaría otro mes para prepararse a la absolución: con estas condiciones esperaba acabar con sus escrúpulos.

Este relato nos trae a la memoria el estado de alma de un religioso, antiguo profesor de teología, a quien conocimos, el cual tantos errores creía haber enseñado y tantas faltas cometido, que nadie podía absolverle, a excepción tal vez de un su amigo, excelente obispo, que siempre le decía al verle: *«¡tan sabio y tan necio!»* Como se había ensayado todo inútilmente y persistía en su manera de ver, que había llegado a ser en él una idea fija, este amigo le prometió conseguir de Roma todos los poderes necesarios para levantar las censuras en que hubiese incurrido. Así que llegaron las licencias, examinadas y admitidas por auténticas, señalóse un día para la confesión, la cual acabada, el enfermo rogó al religioso que le había acompañado se sirviera prestar puntualísima atención al Obispo por ver si pronunciaba con toda exactitud la fórmula

de la absolución. Por fin manifestó el enfermo que por esta vez todo se había cumplido por entero, y que, al cabo, se sentía realmente feliz. Pero, apenas se había despedido del Obispo, paróse, de repente, y le dijo á su compañero: «bien está todo eso, pero ¿y si su Ilustrísima no tuvo la intención de absolverse? ¿Quién podrá asegurármelo?» Esto bastó. Cuanto le dijeron y le afirmaron fué inútil. Sus escrúpulos comenzaron de nuevo y siguieron el curso ordinario. Cosa verdaderamente extraña: este religioso, incapaz de guiarse a sí mismo, era, para los demás, confesor y director de lucidez, prudencia y habilidad admirables. Multitud de sacerdotes, religiosos y seglares, a él iban para consultarle sus dudas.

Abundan los ejemplos de esta clase y es cosa de ver hasta dónde puede llevar esta enfermedad. ¿Qué mucho pues, que simples fieles que nunca abrieron un libro de teología padezcan las terribles consecuencias de este mal, cuando hombres de tanta valía no están libres de él?

Semejantes a esos bañistas que en los balnearios pasan el tiempo cambiando de médico y de fonda y hablando de su dieta (1), en vez de seguir el trata-

(1) Guárdense, con todo, los enfermos, de creer que no han menester informes acerca de los establecimientos u hoteles a donde se encaminan. Por el contrario, tienen de ello obligación si quieren hacer una cura seria, porque está fuera de duda que no es posible curar, ni siquiera aliviar su neurosis, sin régimen especial. Obrar de otro modo sería exponerse al triste chasco de aquel bañista, que al terminar el tratamiento despidióse exclamando: «Aquí me han echado completamente a perder el estómago con esta horrible cocina; con ese tocino, coles, sardinas, sopas y legumbres tan pesados como mal guisados.» Si este proceder simplifica el trabajo de la administración y favorece sus

miento prescrito, muchos enfermos andan siempre a caza de un confesor o de un director; director ideal que será aquel que los remedie en un tris o gaste tiempo oyéndolos sin atreverse a la menor reflexión, ni hacer más que oírles; que sea—a lo menos así lo esperan—siempre de su parecer, y, en resumidas cuentas, se deje dirigir por ellos. Desgraciadamente, son muchos más de lo que parece los que se imaginan que no servirán bien a Dios si no le sirven a su manera.

Como este Director ideal no se halla sino en su imaginación enfermiza, acaban persuadiéndose de que nadie, a excepción de sí mismos, los entiende; y de esto a la práctica del libre examen no hay más que un paso. La pendiente es resbaladiza y tanto más peligrosa, cuanto llegan a ella insensiblemente. Una vez sentado este principio, hay que estar a las consecuencias.

Desposeídos de las gracias que Dios concede a los *humildes* (1) y a las almas dóciles que se hacen seme-

ganancias, será siempre en detrimento de los enfermos. Es, pues, deber estricto y deber de conciencia para todos los establecimientos, cumplir rigurosamente las prescripciones de los médicos y convencerse de que los establecimientos son para los enfermos y no los enfermos para los establecimientos.—Consúltese para este asunto la excelente obra: *L'hygiène alimentaire dans l'état de santé et dans l'état de maladie*, por J. Favrichon, químico farmacéutico de Saint-Symphorien-de-Lay (Loire).

(1) «Quien sabe que es tierra y ceniza, dice San Jerónimo, y que pronto tornará a ser polvo, no se ensorberce. Y quien después de haber meditado la Eternidad de Dios, reflexione sobre este breve espacio, este como punto de espacio, que es la vida humana, tendrá siempre la muerte ante sus ojos y será humilde y modesto. Porque este cuerpo corruptible entorpece el alma y ella, envuelta en muchedumbre de cosas, está oprimida por esta habitación terrestre. Por esto hemos de decir con toda humildad:

•Oh Señor, no se ha engreído mi corazón, ni mis ojos se han

jantes a los niños (1); entregadas de este modo a sus propias luces, imitarán a aquellos hombres indisciplinados, a aquellos tristemente célebres rebeldes que creyeron más sencillo y cómodo reformar la Iglesia que reformarse a sí mismos. Incapaces como ellos de sufrir el yugo con que el Señor los ha cargado en la escuela de la Cruz, lo sacudirán, corriendo a su perdición como navío abandonado, que boga al antojo de los vientos hasta estrellarse en los escollos y hundirse para siempre. Tal vez eviten tan desastrado fin, por lo breve de su vida, por circunstancias, o mejor dicho, por gracias particulares o por la intervención de un alma caritativa; pero sea como fuere, por lo menos habrán arrastrado una vida inútil y desventurada, haciendo padecer a los suyos y escandalizando a todos; se habrán hecho insoportables a sí mismos y a los demás, perdiendo así miserablemente los preciosos méritos de sus padecimientos (2). Tales son los frutos de la ter-

mostrado altivos. No he aspirado a cosas grandes, ni a cosas elevadas sobre mi capacidad.» (Ps. CXXX, 1). En lo demás, la humildad no ha de residir tanto en las palabras como en el espíritu; nos hemos de tener por nada en el juicio íntimo de la conciencia; de modo que nunca pensemos saber, entender o ser algo.»

(1) Luc., XVIII, 16.

(2) El mérito es el valor de una acción que la hace digna de recompensa.

El mérito depende esencialmente de la caridad (S. Tomás, 1, 2, q. 114, a. 4) y ésta tiene por principio la gracia. El mérito depende accidentalmente del valor de la acción. Este es absoluto o relativo. El valor absoluto es el que la acción tiene por sí misma; el relativo es el que resulta del esfuerzo hecho para obrar. Y así la dificultad puede acrecentar el mérito al requerir mayor caridad para llevar a cabo la acción (1 p., q. 95, a. 4 (corp.) y ad 2; 2, 2, q. 27, a. 8, ad 3; q. 182, a. 2, ad 1).

Como se ve, lo más difícil no siempre es lo más meritorio, porque no siempre es lo mejor.

quedad, *del non serviam* (1). «Nadie se basta a sí mismo» dice San Basilio (2). Con mucha razón, pues, escribe San Bernardo que «el que se hace guía de sí mismo, se hace discípulo de un necio» (3). ¿Acaso no nos da el mismo consejo la Sagrada Escritura al recomendarlos que no nos apoyemos en nuestra prudencia (4) y pidamos siempre consejo al hombre cuerdo? (5)

III. De los remedios necesarios

¿Qué remedios aplicar a ese mal, si aun se llega a tiempo, ya que, por desdicha, en muchos casos sólo le queda al sacerdote la compasión, la oración y la penitencia para poner en razón a estos pobres extraviados? Uno solo hay: la OBEDIENCIA; medio sencillísimo y general porque sirve para todas las almas verdaderamente solícitas y amantes de su progreso espiritual. «Los que quieran adelantar en el camino de la perfección y de la salvación, dice San Felipe Neri, no tienen más que hacer que obedecer al confesor, que está en lugar de Dios; portándose así, están seguros de no tener que dar cuenta á Dios de sus acciones.»

Los escrupulosos, semejantes a ciegos que no pueden andar solos, o a jóvenes incapaces de administrar sus bienes, han de renunciar a su independencia y atenerse

(1) «No quiero servir *al Señor*.» (Jerem., II, 20.)

(2) *Orat. de Felic.*

(3) Epist. 87.

(4) Prov., III, 5.

(5) Tob., IV, 19.

a su director de conciencia, que recibe de Dios luces particulares para dirigirlos. Esta *Obediencia* ha de ser completa, indiscutida. El que *obedece* a un padre espiritual, a Dios obedece, por venir la autoridad del sacerdote directamente de Nuestro Señor, que dijo: «el que a vosotros oye, me oye a Mí» (1). La doctrina de los teólogos, de los maestros de la vida espiritual y de los Santos es unánime en este punto.

Aunque insistamos de este modo en la importancia de la *Obediencia*, no olvidemos que hay dolientes incapaces de *querer*, de determinarse, de tomar resolución y mucho menos de ejecutarla (2); bien que, frecuentemente, la ejecutan, si tienen ocasión, en el mismo punto en que se deciden. Otro tanto puede decirse del señorío que estos enfermos deben ejercer sobre sí. Decir que pueden *siempre* dominarse, es tan falso como afirmar que es posible siempre dominar la calentura, o que para gozar de salud basta *quererlo*.

Al médico y al confesor incumbe avivar, estimular

(1) Luc., X, 16.

(2) A pesar de la desobediencia, que echan muy bien de ver y de la pretendida o cierta responsabilidad que deploran y condenan a la vez, desobedecen al director de conciencia o al médico por dejarse llevar de su enfermizo impulso.

Una enferma de mucha conciencia e inteligente, nos escribía poco ha desde un sanatorio, donde estaba en tratamiento: «Me esforzaré en obedecer respecto de... Esto es lo que me pone más enferma, y si alguna vez me creyese yo sin obligación de hablar de tal cosa, mi curación habría dado un gran paso. ¡Cuánto deseo poder deciros muy pronto: He obedecido! Hay que esperar que esta desobediencia es, en cierto modo, propia de la enfermedad, que sin esto sería aterradora.»

Bueno será decir que esta enferma, como tantas otras, había llegado a tal caso de impresionabilidad que, a menudo, le era imposible distinguir el pecado de la tentación.

y desenvolver lo que en ellos queda de fuerza de voluntad, para inducirlos poco a poco a cumplir lo que se les prescribe. Los que les rodean o los amigos, si tienen ascendiente sobre ellos, pueden también hacer mucho, ya que no todo lo necesario. En general, la *influencia* que ejerzan, estará en razón directa del grado de *confianza* que los enfermos en ellos tuvieren. Requiere para esto mucha dulzura y cariño y, sobre todo, paciencia y perseverancia á toda prueba. Aquí hay que recordar la frase del doctor Dubois, a pesar de no ser teólogo: «nunca se peca por perseverancia».

Si *obedecen*, señal es que la enfermedad no les ha herido tan hondamente como a otros, o que están en vía, si no de curación, siquiera de mejoría. Algunos gravemente enfermos *obedecen* por la sola influencia de una persona que tiene sobre ellos ascendiente del todo extraordinario, pero, a menudo, sólo en algunas cosas y no con regularidad, y aun esto por excepción. Además, por poderoso que sea tal ascendiente, puede desaparecer de súbito, frecuentísimamente por fútiles motivos y hasta sin motivo aparente. ¡Tan instables son en todo estos enfermos! Lo mismo acaece con la confianza que tienen en sus amigos, y es que son cosas inseparables, por ser la una consecuencia de la otra.

Cierto que Dios puede mover el alma directamente, pero, en general, no lo hace, porque basta la vía ordinaria. ¿Por ventura no ha puesto al sacerdote para servir de medianero entre El y las almas? Como los enfermos han de ver en su Cruz la mano de Dios, así también deben ver en el Sacerdote a su legado, revestido con todos sus poderes, que les enseñará a llevar esa Cruz, en vez de tenerle por incapaz, indiferente,

interesado y hasta enemigo, como lo dicen a veces. Ténganle, al contrario, por guía seguro, amigo fiel y compasivo, encargado de instruirlos, dirigirlos y sostenerlos en este doloroso Calvario donde Dios los puso para santificarlos. Sepan, pues, que sólo en la *Obediencia* a ese mensajero divino y no en el amor propio, en el juicio propio, ni en la terquedad, hallarán la paz tan suspirada y prometida por el Apóstol: «Sobre todos cuantos siguieren esta norma ó *doctrina*, venga paz y misericordia (1).»

«Considerad, dice San Francisco de Sales, que el apego a nuestro propio sentir y la estima en que lo tenemos, es la causa de que haya pocas almas perfectas. Hállanse muchas personas que renuncian a su propia voluntad, unas por un motivo, otras por otro; no digamos sólo en religión, mas también entre seglares y hasta en las cortes de los príncipes. Si un príncipe manda a un cortesano, éste no tratará de desobedecer, pero rara vez juzgará acertada la orden. Haré cuanto me mandéis y de la manera que me digáis, dirá, pero... siempre permanecen sobre su pero, que equivale a decir que estaría mejor de otro modo. Es indudable ser eso muy contrario a la perfección, por producir ordinariamente inquietudes de espíritu, extravagancias, murmuraciones y fomentar, finalmente, el amor de la propia estimación; de modo que la propia opinión ni el propio juicio merecen amor ni estimación alguna.

«Ponderad, además, que el amor del propio juicio es la última cosa que dejamos, siendo así que es una de las cosas que tenemos más necesidad de dar de mano y

(1) Ad. Gal., VI, 16.

renunciar para conseguir la propia perfección, pues de otra manera no adquiriremos la santa humildad que nos impide y veda tener estima de nosotros, ni de cuanto nos atañe; y por tanto, si no tenemos en gran aprecio la práctica de esta virtud, siempre creceremos ser mucho mejores de lo que somos y que los demás nos deben estimar más de lo justo (1).

»Muchos dicen: ya haría esto tal como me decís, pero veo claramente que será mejor de otro modo. ¡Ay! ¿qué hacéis? Si así cebáis el propio juicio sin duda os embriagará, porque no hay diferencia entre un ebrio y el que está repleto de su propio juicio... El ejercicio apropiado para matar el propio juicio consiste en impedirle siempre el razonar en las ocasiones en que pretende arrogarse el oficio de amo, demostrándole ser simple criado. Porque sólo por actos reiterados adquirimos las virtudes, aunque haya habido almas a quienes Dios las concedió todas en un momento (2).

»Si no arrancas del corazón y no arrojas lejos de ti el amor propio, dice Taulero, donde quiera que te vuelvas y a donde quiera que huyas, hallarás siempre agitación y obstáculos. Cuanto más huye el que no se deja a sí mismo, menos halla lo que busca, parecido en esto al que se aparta del verdadero camino» (3).

¿Qué hacer, pues, para evitar semejante desgracia? Salir de sí mismo y *renunciarse*. «Si alguno quiere venir en pos de Mí, renúnciese a sí mismo» dice

(1) *Conferencia XIV.*

(2) *Conferencia X.*

(3) *Institutions*, cap. XIV.

Nuestro Señor (1). Nada aborrece Dios tanto, como la voluntad propia. «Cese la propia voluntad, escribe San Bernardo, y no habrá infierno» (2).

A despecho de la autoridad de que el sacerdote está investido y aunque tenga el deber y el derecho de mandar, no se deduce de ahí que los enfermos deban renunciar a su razón, es a saber, a la libertad de exponerle sus dificultades, aun en lo relativo a la *Obediencia*; muy al contrario, es hasta deber de conciencia obrar así. «Donde está el espíritu del Señor allí hay libertad» (3). Pero una vez expuestas estas dificultades, es menester someterse, aceptar la dirección prescrita, y *obedecer*, sin buscar excusas ni substraerse a la autoridad, «porque el desobedecer al Señor es como un pecado de magia: y como crimen de idolatría el no querer sujetársele» (4), dice la Escritura; ya que de otra manera no tendrían más norma de proceder que andar a la buena de Dios, fundados en conjeturas. ¿Qué certeza además tendrían respecto del bien y del mal? De esta suerte, no harían cuenta para nada de la experiencia y del saber de teólogos y autores ascéticos. Pondrían al discípulo encima del maestro, invertirían el orden establecido por Dios en la sociedad y, en tal caso, ¿cómo se atreverían a esperar de Él lo que han menester, especialmente en tal circunstancia? Esto sería llevar las cosas muy allá y querer tentar verdaderamente a la Providencia. «Dios quiere obedecer a un hombre, exclama el Padre Ridolfi, y tú,

(1) Luc., IX, 29.

(2) *Serm. III Resurrectionis*.

(3) II ad Corinth., III, 17.

(4) I Reg., XV, 23.

miserable criatura, no quieres obedecer a Dios, que te habla por boca de un hombre» (1).

Si bien es cierto que Dios ha revestido al Sacerdote de un carácter particular, si le concede gracias especiales y le asiste con su Espíritu, también lo es que el Sacerdote necesita el concurso del penitente. Necesario es que el enfermo le allane el ejercicio de su ministerio, siendo muy dócil y sencillo, con la sencillez del niño a quien está prometido el reino de los cielos (2). Así la asistencia del Sacerdote podrá ser eficaz para el enfermo. Dios quiere que por la influencia de la gracia y de la docilidad a las inspiraciones del Espíritu Santo empleemos rectamente la inteligencia y la voluntad de que nos dotó, porque el que escudriña los corazones y da sus gracias en razón de la buena voluntad (3), confianza y fe, hará lo demás.

Si prometió asistir a sus siervos cuando batallan con sus enemigos, ¿cómo suponer que les niegue su favor en presencia de sus representantes y amigos? «Lo mejor, escribe San Francisco de Sales, es andar

(1) *Courte méthode pour faire l'oraison mentale*, París. J. Vic.

(2) Math., XIX, 14.

(3) «El proverbio de San Bernardo: «El infierno está lleno de buenas voluntades o deseos», de ningún modo ha de turbaros. Dos clases hay de buenas voluntades. La una dice: ya querría hacerlo, pero me desagrada y no lo haré. La otra dice: «Quiero hacerlo de verdad, pero no tengo tanto poder para quererlo; eso es lo que me detiene.» La primera llena el infierno, la segunda el paraíso. La primera no hace sino comenzar a querer y desear, pero no acaba de querer, sus deseos no tienen bastante brío, sólo son abortos de voluntad, por eso llena el infierno. Mas la segunda, produce deseos completos y bien acabados y por eso Daniel fué llamado *varón de deseos*». (San Francisco de Sales, *Carta* 66).

a ciegas debajo del gobierno de la divina Providencia entre las tinieblas y perplejidades de esta vida. Hay que contentarse con saber de nuestro Padre espiritual que vamos bien, sin buscar la razón. «Nadie se ha perdido jamás obedeciendo.»

Del mismo modo se expresa el Padre Alvarez de Paz: «Cierto estoy, dice, que los remedios prescritos contra los escrúpulos, sólo aprovecharán a quienes se sometan a su padre espiritual y se dejen guiar por sus órdenes. Porque los escrupulosos que no se ponen en manos de su Director, *seguro es que nunca sanarán*; por lo cual han de estimarse enfermos desahuciados, hasta que se sujeten al encargado de su dirección y sigan en un todo sus consejos, puesta su verdadera confianza en Dios.»

«La palabra de Nuestro Señor que manda que *tomemos su Cruz*, dice San Francisco de Sales, debe entenderse en el sentido de que recibamos con buena voluntad las contradicciones que nos impone a cada paso la santa Obediencia, por ligeras y de poca monta que sean» (1). «Bienaventurados los obedientes», dice también, porque Dios nunca permitirá que se *extravíen*» (2).

No siguieron otro camino los santos para alcanzar la perfección: todos llevaron amorosamente estas pequeñas cruces de la *Obediencia*.

Por su delicadísima complexión, solía hallarse Santa Gertrudis imposibilitada de seguir la regla de la Orden. ¿De qué se valió para hacerse Santa *Obediente*. En vez de dejarse llevar de su inclinación

(1) Conferencia XV.

(2) *Introd. a la vida devota*, III p., c. XI.

a las austeridades acostumbradas en el Monasterio y a cantar las alabanzas del Señor en el coro con sus compañeras, donde tenía sus delicias; a menudo, viéndose precisada por orden de la Abadesa a quedarse en la celda o a meterse en cama, se rendía siempre con la misma presteza como si le hubiesen mandado lo contrario. Sabía que gozaría de los favores divinos dondequiera que la *Obediencia* la pusiese. Nuestro Señor mismo mostró cuánto le agradaba esta sumisión, revelando a Santa Matilde compañera suya, que si querían hallarle en esta vida, habían de buscarle primero en el Santísimo Sacramento del altar y luego en el corazón de Gertrudis.

San Alfonso María de Ligorio, de extraordinaria austeridad para consigo y para con sus religiosos, mandó al Padre D'Agostino tomar chocolate todas las mañanas, en una misión, porque padecía del pecho. La historia no nos refiere que este religioso pusiese el menor reparo a la orden de su superior (1).

Por orden del médico, San Ignacio de Loyola, levemente indispuerto, comió carne en Miércoles Santo. «Un alma escrupulosa e indócil, dice San Francisco de Sales, se habría hecho de rogar tres días y después habría seguido su antojo.»

Han de saber los escrupulosos que ciertas prescripciones son para sanos y no para enfermos y que sólo obligan, por consiguiente, a los que están en disposición de cumplirlas; que muchos de ellos no están obligados al ayuno ni a los ejercicios de devoción, cuando les causan fatiga física o intelectual; que aun algunos «de

(1) Cf. su *Vida*, *Op. cit.*, vol. I, cap. XII.

tal manera acorogojados e inquietos, no están obligados a la integridad de la confesión: 1.º como ya hemos dicho con Reginald.

Cuando la confesión y comunión engendran cansancio o agitación nerviosa, adviértanlo los enfermos al confesor, para que, estudiado cada caso en particular, disminuya o suprima, por algún tiempo, según las necesidades y los casos, la recepción de los Sacramentos. Nunca se obrará con demasiada prudencia en este asunto. Persuádase, pues, los dolientes de que la Cruz bien llevada, esto es, con entera sumisión a la voluntad de Dios, produce también abundantes frutos de salvación y, en cierto modo, reemplaza para ellos las gracias anejas a la recepción de los Sacramentos. Sepan para su tranquilidad y consuelo que cada vez que han de renunciar a hacer su voluntad están seguros de hacer la de Dios. ¿Hay consolación más grande que ésta?

«No os aflijáis si no podéis servir a Dios a vuestro talento; escribía San Francisco de Sales a una enferma, porque acomodándoos a vuestras incomodidades, le servís a su gusto (2), que es mejor que el vuestro. A otra persona decía: «Portaos en la comunión al buen placer de vuestro confesor; pues conviene darle esta satisfacción, sin que perdáis nada por eso, porque lo que no conseguís en recibir al Señor, lo hallaréis en rendiros a la obediencia» (3).

«Dios», dice San Juan de la Cruz, «más estima en vos un menor acto de obediencia y sujeción a su voluntad

(1) Abbé J. Berthier, *Abbrégé de théologie. De la confession*, cap. II. París, Beauchesne.

(2) Carta 123.

(3) Carta 171.

que todos los servicios que imaginéis hacerle por elección o por inclinación» (1).

Para ciertos escrupulosos, preferible es no prepararse para la confesión y aun ni pensar en ella. Basta decir lo que saben cuando están en el confesonario o que contesten a lo que les pregunte el confesor. Terminada la confesión, guárdense de examinarla, porque de lo contrario, se expondrían a las mismas o peores inquietudes; otro tanto decimos de las confesiones y de las turbaciones anteriores. Esta advertencia tiene muchísima más importancia de lo que podemos figurarnos.

A otros escrupulosos hay que llamarlos aparte y de improviso. Acabada la confesión y cumplida la penitencia (en el mismo confesonario, para evitar sus olvidos o repeticiones), ha de haber una persona a su disposición para desviar sus pensamientos de la confesión y por consiguiente de las inquietudes. A tenor de las circunstancias y del estado mental de los enfermos, se acudirá al recurso de los paseos, lecturas, conversaciones, distracciones o, en suma, entretenimientos u ocupaciones a propósito para impresionarlos o divertirlos, de modo que no piensen en la confesión.

Si se les avisa o ellos mismos fijan el momento de confesarse, pasarán días enteros en agitación y noches en insomnio, como lo experimentan cada vez que ensayan la prueba. No incumbe al enfermo señalar al cirujano el tiempo oportuno para una operación. Los hechos hablan y prueban superabundantemente la necesidad de proceder así. ¡Cuántas veces lo hemos comprobado nosotros mismos!

(1) *Vida*, vol. 3, pág. 342.

Otros, finalmente, nunca están a punto y hacen como una de esas enfermas a quien preguntamos un día por qué no había venido juntamente con las demás, a la hora indicada para la confesión: «pues fué porque la contrición no había llegado» respondió tranquilamente, rogándonos que volviésemos al confesonario.

Con los escrupulosos, en general, el confesor ha de saber cortar por lo vivo siendo resuelto, claro y exacto en sus palabras. Después de haberles oído con benignidad y preguntado lo suficiente para hacerse cargo de su estado, esto es, de lo que son capaces de hacer o de evitar, si todavía no los conoce, dígales: *Haced esto, dejad aquello, o: guardaos muy mucho de obrar de este modo, o también según las circunstancias: os prohibo totalmente que hagáis esto o aquello hasta nueva orden.*

Guárdese de decirles, por ejemplo: *si* este trabajo os fatiga, dejadlo; *si* esto os carga, inquieta o turba, no lo hagáis; y tampoco: *no estáis obligado* a hacer tal o tal cosa; ni, finalmente: *haced un ensayo* y veréis luego vos mismo de qué sois capaz.

De esta vacilación, notada al punto, deducirán ellos que su estado debe de ser muy grave o muy complicado, puesto que no le puede resolver quien tiene autoridad para ello, o imaginarán —y en esto tal vez no siempre irán descaminados,— que nadie los entiende ni hay capacidad de dirigirlos, o, quizá, que no quieren hacer caso de ellos.

Si el escrupuloso pide consejo es para salir de angustias, no para quedar perplejo, atormentado o desesperado, pues para eso nadie le hace falta; bástase él a sí mismo.

IV. De la franqueza que se requiere

Acaece con las dolencias morales lo que con las físicas. ¿Cómo tratarlas sin conocerlas, y sobre todo, sin averiguar *las causas*? Por la confesión, pues, de sus culpas y de las *causas* de ellas, han de comenzar los penitentes.

Algunos se ven cohibidos por infundado temor. Al influjo de la enfermedad o del amor propio, sólo se apuran por lo que el sacerdote pensará de ellos. Esas son consideraciones humanas, peligrosas siempre, indignas de un cristiano, porque no se alcanza el fin sobrenatural por medios naturales: es tiempo perdido para el sacerdote y para el enfermo, para este mundo y para el otro.

¿Qué ha de pensar el sacerdote sino que es un alma que Dios le envía, y de la cual le pedirá cuenta el día del juicio, y que para él es un deber estricto correr en su auxilio? Además, el concepto que el sacerdote forma del penitente poquísimo importa, porque en nada alterará el grado de perfección de esta alma, que sólo vale lo que vale delante de Dios. También ha de saber el enfermo que el sacerdote desplegará en la dirección todo el discernimiento posible y que se llevará al sepulcro todas las confidencias que se le hagan, sean de la clase que fueren. Esta sumisión del penitente será premiada por Dios, dando al sacerdote las luces necesarias para dirigir el alma que se ha confiado a él, y el bien que resulte estará en proporción de esta franqueza de conciencia. «La franqueza de corazón,

dice San Alfonso de Ligorio, aleja la tentación, como el sol disipa las nubes.» (1)

Otros, sin cansarse jamás, llenan los oídos del confesor con mil cosas, menos las que deberían declararle. Usan particulares ardides para escurrírsele, de modo que si les pone el dedo en la llaga, no quieren reconocer el mal, puesta la mira en esquivar el enfado de rehusar el sacrificio que les pedirá y que ellos prevén perfectamente.

Aseméjense a aquel niño a quien su madre enseñaba a rezar, que al llegar a aquellas palabras: «Dios mío os entrego y doy todo cuanto poseo», se detenía, de repente, y añadía en voz baja: «excepto mi gazapín.»

Este es el gazapín que no quieren soltar: éste no quiere sacrificar sus delicados manjares, buena carne, etc., otro sus estudios, sus lecturas predilectas, sus relaciones, en suma, *sus placeres*, y *sus costumbres*, que son verdaderas pasiones, y que constituyen para él una segunda naturaleza. Sabe muy bien el enfermo que a no imponerse privaciones, no hay que esperar la curación, ni aun mejoría; testigo aquel desgraciado que moría de alcoholismo y repetía con voz ya apagada a cada amigo que iba a visitarle: «¿no me traes un traguito de aguardiente?»

Hemos de abrir, pues, el pecho con toda confianza, al varón de Dios que nos dirige; porque si para desempeñar dignamente su ministerio el sacerdote «ha de hacerse todo para todos», (2) ¿cómo suponer que se

(1) Op. cit., vol. II, cap. XVIII.

(2) I ad Cor., IX, 22. «Híceme flaco con los flacos para ganar a los flacos, hícame todo para todos para ganarlos a todos.»

aparte de esta regla para con los miembros dolientes de Cristo, que tienen especial derecho a su bondad? El sabe que es ésta «una enfermedad cruel, muchas veces tenaz, que requiere de su parte caridad y paciencia a toda prueba. También le consta que el alma escrupulosa que no da con un confesor compasivo, no tardará en perder la cabeza, ni tal vez en darse la muerte por desesperación, como aconteció a muchos» (1).

Con todo, han de tener los penitentes discreción para con su confesor, evitando abusar de un tiempo tan precioso, sin echar en olvido que otras almas también necesitan los mismos auxilios e igual ministerio, y que al sacerdote nunca le sobra tiempo para estudiar, trabajar en su propia santificación y prepararse a la muerte.

«Si ponderásemos, dice Fenelón, lo que es el tiempo de un sacerdote encargado de orar por sí mismo y por toda la Iglesia, de meditar profundamente la ley de Dios y de trabajar para volver al buen camino a tantos pecadores, temeríamos profanar tiempo tan precioso, malgastándolo en conversaciones ociosas. Si sólo buscásemos consejos evangélicos, poco tiempo sería menester para la dirección. Hablar poco y trabajar mucho: he aquí el negocio de las almas rectas». ¡Cuántas personas de estas, no sabiendo que hacer, andan a caza de sacerdotes, especialmente de su confesor, para hablarles de cosas totalmente indiferentes, como si también a los sacerdotes les estorbase el tiempo! Un día hízonos visita una persona que nos había escrito

(1) Card. Goussett, *Théologie morale*, vol. II, cap. xv.

días antes para lamentarse de la rapidez con que trabajamos sus inquietudes. Al punto le preguntamos el motivo, o los motivos de la visita, y si tenía algo *nuevo* que decir. Como pareció desconcertada, insistimos repitiendo la misma pregunta: «Me aburría», contestó un sí es no es molestada. Volvimos a decirle que siempre le acontecería lo mismo mientras estuviese enferma y enredada en sus escrúpulos. La despedimos prestándole un libro sobre la tribulación, esforzándonos en hacerle ver, con todos los miramientos posibles, que teníamos un ministerio más alto que el de distraer a los que se *aburren*; que nuestra vida es muy breve para oír siempre la misma cantinela, y que además no teníamos las cualidades requeridas para desempeñar con fruto este nuevo linaje de ministerio.

Algunas semanas después de su partida nos escribió desde el fondo de Rusia, su patria, para recordarnos sus visitas, y pedir nuevos consejos. Como es natural, su carta era la repetición de sus antiguas e inacabables lamentaciones. Sólo era diferente la construcción de las frases.

Esta persona es en verdad muy inteligente, instruida, piadosa y buena; pero, como todas las que están tan gravemente enfermas como ella, sólo piensa en sus padecimientos, y de tal modo está embebecida en ellos, que olvida o parece olvidar que vuelve siempre sobre el mismo tema, y que el tiempo del sacerdote es tiempo sagrado, perteneciente a todas las almas, del cual tendrá que dar rigurosa cuenta a Dios.

En asunto tan principal como estas relaciones espirituales, debería maravillar a todo el mundo que en materia de confianza, de sumisión y de obediencia, se

discuta ni un momento, y que haya quien se detenga en consideraciones humanas de cualquier linaje que fuesen. Esto demuestra que ciertas personas tienen del sacerdote y de las cosas sobrenaturales falsísimo concepto, pues juzgan al sacerdote según el juicio del mundo o, tal vez también, ¡ay! ¿por qué no decirlo? según su propio juicio. Ignoran, o echan en olvido con harta facilidad que la humana prudencia, «siempre escasa por algún lado», es un pobre auxiliar para el oficio sacerdotal, que es oficio sobrenatural, divino; el sacerdote fiel a su vocación lo espera todo de Dios y nada del mundo.

CAPÍTULO VIII

De los peligros del desaliento

El desaliento es, sin disputa, uno de los mayores peligros a que estamos expuestos todos. No hay cosa más frecuente en los enfermos, a quienes se les antoja ver por doquiera motivos para desanimarse, y por ninguna parte incentivos de esperanza, de confianza y de aliento.

Ya proceda el desaliento de culpas más o menos graves y más o menos copiosas, todavía no reparadas, ya de faltas reparadas desde mucho tiempo atrás, ya de continuas recaídas en los mismos pecados, sus efectos, sea cual fuere la causa, se dejan sentir en el cuerpo y en el alma. En vez de procurar utilizarlos como medios de salvación, a ellos les parecen motivos de perdición, tanto, que lo que según los designios de Dios debía de servirles para su progreso espiritual y su salvación, puede serles funesto si no saben aprovecharlo, sobre todo, si no aciertan a combatir la tristeza que invade su alma en vista de sus culpas e imperfecciones. Y nótese que en muchos sólo se trata de faltas imaginarias.

Tal linaje de inquietud se produce especialmente después de ciertas mudanzas, de una agravación o

modificación de su estado. Entonces sólo atienden a los medios de reparar sus culpas tales como se les antojan, y de repararlas lo más presto posible, por la recepción del Sacramento de la penitencia. Mas ya sea por falta de energía, de valor, de decisión, ya por carecer de sacerdote, aplazan la confesión para más adelante. Al cabo de algunos días, tal vez de algunas horas, todo se desvanece. Los pecados han desaparecido con la enfermedad o con la crisis, y ya no sienten más la necesidad de confesarse. Maravillado entonces el enfermo, se pregunta cómo llegó a tal extremo, pues que no tiene falta que reprocharse, al menos falta que pueda inquietarle. Pero mientras persiste aquel estado, habremos de renunciar a sacarle de su yerro, porque no hay manera de lograrlo. No queda más remedio que ceñirnos a darle ánimo para llevar esta cruz con paciencia, a fin de no perder el mérito.

¿Por qué estas almas penitentes se desalientan atribuyéndose faltas imaginarias, sabiendo claramente que son probadas de este modo por un mal que influye de manera tan extraña en su inteligencia y su voluntad? Además de que, por muchos pecados y crímenes que hubiesen cometido, no les está permitido desesperar, ya que la misericordia de Dios, es infinita y el perdón de los pecados artículo de fe (1).

(1) «Hay tan poca fe en el mundo, dice el Beato Vianney, cura de Ars, que los hombres esperan demasiado o desesperan.

•Hay quien dice: «Cometí grandes pecados; Dios no puede perdonarme. Gran blasfemia es; es poner límites a la misericordia de Dios que no los tiene...»

•Predicaba en cierta ocasión un sacerdote, sobre la esperanza y misericordia de Dios. Tranquilizaba muy bien a los demás,

Todos sabemos que «Jesús sólo espera una lágrima de sincera contrición para acoger en su seno al peor de los malvados» (1), así hubiese cometido un crimen tan horrendo como el de Judas. ¿Por ventura, no dice Nuestro Señor, que «habrá más fiesta en el cielo por un pecador que se arrepienta, que por noventa y nueve justos, que no tienen necesidad de penitencia»? (2). Y este pecador, que suele ser objeto de menosprecio a los ojos del mundo, pronto siempre a condenarlo todo en los demás y a disculparlo todo en sí mismo, es objeto de amor a los ojos de Dios, dispuesto siempre a perdonarlo todo y a olvidarlo todo, atrayéndole sin cesar hacia Sí por todos los medios y ofreciéndole aquella gracia «que hoy como siempre sobreabunda allí donde

pero él se desesperaba. Acabado el sermón presentósele un joven que le dijo: «Padre, vengo a confesarme.» El sacerdote le contestó: «De mil amores.» Confesóse el joven de sus culpas y después añadió: «Padre, pequé mucho; estoy perdido! ¿Qué dices, amigo? no hay que desesperar jamás...» El joven se levantó: «Padre, usted no quiere que yo desespere, ¿usted?» Este fué un rayo de luz; el sacerdote espantado echó de sí aquel pensamiento de desesperación, entró en religión y fué un gran santo. Dios le había enviado un ángel en forma de mancebo para enseñarle que no hay que desesperar nunca.

«Dios está tan inclinado a concedernos sin tardanza el perdón, cuando se lo pedimos, como una madre a sacar a su hijo del fuego.

«Nuestro Señor es en la tierra como una madre que lleva a su hijo en brazos. Este hijo es malo, da patadas a su madre, la araña; pero la madre ni siquiera le hace caso; sabe muy bien que si le suelta caerá y no podrá andar solo... Así es Nuestro Señor... Entre todos nuestros malos tratos, soporta todas nuestras arrogancias, nos perdona todas nuestras necesidades; se apiada de nosotros.» (*Espíritu del Beato J. M. B. Vianney*, cap. 20, París, P. Téqui.)

(1) Fr. Coppée.

(2) Luc., xv, 7.

más abundó el pecado» (1), si el penitente sabe *humillarse y arrepentirse*. ¿Qué otra cosa hace el Señor al proceder así sino cumplir la promesa que nos hizo al decir: «Yo no vine a llamar a justos sino a pecadores»? (2)

Lo que han de hacer estas almas penitentes en vez de inquietarse, es purificarse de sus faltas, si, por ventura, ya no lo hicieron, y tomar la resolución de no cometer ninguna *con propósito deliberado*. No olviden, sobre todo, que están enfermos, y que durará su estado de inquietud y angustia probablemente tanto tiempo como la enfermedad, hagan lo que hicieren. ¿Ignoran, acaso, que ciertas almas tienen por vocación el padecer, ya para sí, ya para los demás, y que en este estado han de santificarse, porque Dios les dará en esta condición y no en otra las gracias necesarias para su santificación?

Para ayudarlas en esta importante tarea, no hay como invitarlas a leer los siguientes consejos. Aunque se dirigen en general a cuantos quieran sacar fruto de sus culpas y no a los enfermos en particular, serán, con todo, también de gran provecho para éstos, si atentamente los leyeren y con firme propósito de sacar de ellos toda la utilidad posible.

(1) Rom., v, 20.

(2) Marc., ii, 17.

•Jesucristo, exclama Bossuet, como Hijo de Dios, siendo verdad esencial, aunque se complazca en ver a sus pies al pecador que vuelve al buen camino, ama, con todo, con amor más intenso a la inocencia siempre fiel... Pero al hacerse Salvador nuestro, se revistió de otros sentimientos por el amor que nos tiene. Este Dios prefiere la inocencia; pero, regocijémonos, cristianos, este Salvador misericordioso vino en busca de culpables; por eso vive sólo para los pecadores, pues que para los pecadores fué enviado.» *Sermón de la Natividad de la Virgen*.

«Acaéceles, ordinariamente, maravillarse de sus faltas, dice un piadoso y sabio autor, turbarse, tener mal entendida vergüenza de ellas y dejarse dominar por el despecho y el desmayo. Efectos todos del amor propio, más perjudiciales que las culpas mismas. Este pasmarse de haber caído, indicio cierto es de no conocerse bastante. Muy al contrario, lo que había de asombrarles es el no caer más a menudo, y en faltas más graves, y den gracias a Dios por las caídas de que nos preserva. Cada vez que advertimos una falta, nos turbamos, perdemos la paz interior, estamos revueltos y se pasan horas y días enteros ocupados en esto. No hay que turbarse jamás; sino en viéndonos caídos, levantarnos tranquilamente, volvernos a Dios con amor, pedirle perdón, y no pensar en lo sucedido sino cuando sea la hora de acusarnos de ello. Y aun si en la confesión se nos va de la memoria no hay que inquietarse. Tenemos una mal entendida vergüenza de nuestras culpas, apenas nos atrevemos a declararlas al confesor. «¿Qué concepto formará de mí después de tantas promesas y protestas como le he hecho?» Si se las declaráis ingenua y humildemente, os tendrá en grande estima; si tenéis empacho en decíselas, no podrá menos, en su interior, de tacharos de orgullosos. Su confianza en vosotros disminuirá al ver que no tenéis bastante franqueza para con él.

«Pero ahora viene lo peor: nos despechamos y enojamos, como dice San Francisco de Sales, de habernos impacientado. ¡Qué miseria! No caemos en la cuenta de ser todo esto puro orgullo y que lo que nos humilla es el sentirnos menos fuertes y menos santos de lo que creímos y que no aspiramos a estar exentos de

faltas y de imperfecciones sino para aplaudirnos a nosotros mismos y darnos el parabién de haber pasado un día o una semana sin tener nada de que acusarnos. Al fin nos desalentamos, omitimos los ejercicios espirituales uno tras otro, renunciemos a la oración, miramos la perfección como imposible y desconfiamos de alcanzarla. ¿De qué nos aprovecha, decimos, refrenarnos, velar continuamente sobre nosotros mismos, darnos al recogimiento y a la mortificación, si en nada nos corregimos y caemos siempre, sin hacernos mejores?

»Este es uno de los lazos más sutiles del demonio. ¿Queréis escaparos de él? Pues no os desalentéis jamás, sea cual fuere la falta cometida, sino decíos: «Aunque veinte veces, cien veces al día cayese, cada vez volveré a levantarme y seguiré mi camino.»

»¿Qué importa, al fin y al cabo, haber caído por el camino, con tal que lleguéis al término? Dios no os lo echará en cara. Las caídas son, a menudo, consecuencia de la rapidez de la carrera y de que el ardor que nos arrebatara no nos permite tomar ciertas precauciones. Las almas tímidas y cautelosas que quieren ver siempre donde ponen el pie, y que dan rodeos a cada instante para evitar malos pasos, por miedo de mancharse, no progresan con tanta celeridad como las otras, y las sorprende la muerte a la mitad del camino. Los más santos no son precisamente los que cometen menos faltas, sino los que tienen más valor, más generosidad, más amor, y que se esfuerzan más en dominarse, y no temen tropezar ni caer, ni mancharse algo con tal de adelantar.

»Dice San Pablo que *todo redundará en bien de los que aman a Dios*. Si, todo resulta en su bien, hasta sus

culpas, y culpas a veces gravísimas. Dios permite estas culpas para curarnos de la vana presunción, y mostrarnos lo que somos y de lo que somos capaces. David reconoció que el adulterio y el homicidio en que había caído, habían servido para mantenerle en continua desconfianza de sí mismo... *Ha sido un bien para mí, el haberme vos humillado; más fiel he sido en guardar vuestros mandamientos.* San Pedro aprendió en su caída una lección utilísima, y la humildad que de ahí sacó le dispuso a recibir los dones del Espíritu Santo, a ser la Cabeza de la Iglesia, preservándole de los peligros inherentes a tan alta dignidad. Entre los grandes triunfos de su apostolado, librábase San Pablo de la hinchazón y de la vanidad recordando haber sido blasfemo y perseguidor de la Iglesia de Dios, el cual no quiso librarle del *aguijón de su carne* para que la grandeza de las revelaciones no le desvaneciese (1).

»Si tal provecho sabe sacar el Señor hasta de los mayores pecados, ¿cómo dudar que puede hacer servir para nuestra santificación nuestras culpas cotidianas? Doctrina es de los maestros de la vida espiritual que Dios suele permitir en las almas más santas ciertos defectos que, a pesar de todos sus esfuerzos, no logran corregir, con la mira de hacerles sentir su flaqueza y lo que serían sin la gracia, para impedir que se ensoberbecan por los favores que les hace, disponerlas a recibirlos con más humildad, y en suma, mantener en ellas cierto desagrado de sí mismas, apartarlas de los lazos del amor propio, conservarlas en el fervor, en la vigilancia, en la confianza en Dios, y hacer que acudan continuamente a la oración. El niño que cae cuando, al

(1) II ad. Corinth., xii, 7.

querer andar solo, se aparta de su madre, vuelve a ella con más cariño para que le cure el mal que se hizo, y aprende con su caída a no dejarla más. La experiencia de su debilidad y de la benignidad con que le acoge su madre, le infunde más cariño hacia ella.

»Las faltas que cometemos dan hartas veces lugar a grandes actos de virtud que, sin esto, no tendríamos ocasión de practicar, permitiéndolas Dios con este fin. Permite, por ejemplo, un arranque de mal humor, una bronquedad, una impaciencia exagerada, para ponernos en el caso de hacer un acto de humildad que repare sobradamente la falta y el escándalo que hubiere causado. Se hizo la falta por un primer movimiento; mas la reparación, con reflexión, con esfuerzo sobre sí mismo, con voluntad plena y deliberada. He aquí un acto que es más agradable a Dios que desagradable pudo serle la falta.

»Dios también se vale de nuestras culpas e imperfecciones exteriores, para ocultar nuestra santidad a los ojos de los demás, y buscarnos humillaciones de su parte.

»Es Dios gran maestro; dejémosle hacer, no dejará imperfecta su obra; procuremos evitar con cuidado todo cuanto pueda desagradarle, aun en lo más mínimo; pero si caemos en alguna falta, sintámoslo respecto de El y no respecto de nosotros. Amemos la abyección que nos viene de esta falta; roguemos a Dios que saque de ella nuestra humillación y su gloria, que El lo hará, y nos hará progresar más por este medio que por una vida más regular y más santa en apariencia, pero menos eficaz para vencer el amor propio.

»Cuando Dios nos pide ciertas cosas, no se las neguemos pretextando las faltas que tal vez podamos

cometer al hacerlas... Más vale hacer el bien con imperfección que omitirlo. Unas veces no damos una corrección que es necesaria porque tememos dejarnos llevar de la ira, otras, huímos el trato de ciertas personas porque sus defectos nos dan malhumor e impaciencia. Pero, ¿cómo adquirir las virtudes si apartamos las ocasiones de ejercitarlas? ¿No es ésta falta mayor que aquella en que tememos caer? Sea recta nuestra intención; vayamos donde el deber nos llama, y estemos seguros que Dios es bastante indulgente para perdonarnos las faltas a que nos expone su santo servicio y el deseo de agradarle» (1).

Tales son los sentimientos que debemos tener al acordarnos de nuestras culpas. En lugar de turbarnos por ellas y desesperarnos hasta el extremo de dejar los ejercicios de devoción, humillémonos y bendigamos a Dios que nos acogerá amorosamente después de nuestras culpas.

Asegurados contra la presunción, sacaremos gran provecho de estas culpas en proporción a los esfuerzos que hayamos hecho para levantarnos y perseverar en el bien. En esto, como en todo lo demás, es menester, sin desalentarnos nunca, mirar al cielo, andar a su luz por el camino de la confianza en Dios, cuya bondad no tiene límites, y cumplir nuestro *deber cotidiano*, que lleva consigo su mérito, al mismo tiempo que es un testimonio de nuestra fe, de nuestro amor, y siempre de nuestra buena voluntad.

(1) P. Grou, S. J. *Manual de las almas interiores*, Barcelona, Gustavo Gili. Léanse el capítulo XXVI del *Combate espiritual*, del P. Scupoli y los capítulos XIV y XV de la *Paz del alma*, del mismo autor.—Cf. P. Michel, S. J., *Traité du découragement*, París, Téqui.

CAPÍTULO IX

De la sumisión a la voluntad divina

El mejor modo de pelear contra el desaliento, ora provenga de faltas reales o de faltas imaginarias, se cifra en someterse a la voluntad de Dios.

Y si, por otra parte, afligido por el padecer físico, el enfermo ve que no le entienden y alguna vez le maltratan los suyos, no vaya a creer por eso que todo está perdido. ¿Qué le queda pues?—*Dios*. «Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?» (1). Para unos será esto el principio de la salvación, la conversión; para otros, la perfección, la santidad, porque junto a la Cruz hallarán lo que han menester, lo que tal vez buscaron vanamente en las criaturas; en ella hallarán todo lo que los pecadores y los santos hallaron: al Salvador del mundo con los brazos abiertos para abrazarlos, consolarlos, instruirlos, dirigirlos, confortarlos y santificarlos en este nuevo estado (2).

(1) Rom., viii, 31.

(2) «Dios, dice el P. *Lacordaire*, lleva al cabo tantos acontecimientos para sumir en augustos infortunios a hombres que saben apreciar su valor. Dios se esmera en darnos ocasiones de llorar: Derriba a unos imperios y levanta a otros, no para lo que imagináis, sino para que haya lágrimas, y con las lágrimas

Todo esto harto lo sabemos, pero, ¡ay! vivimos como si nada supiésemos porque damos importancia a cosas que no la tienen, y hasta a cosas perecederas o peligrosas que, con harta frecuencia, nos pesará amargamente haber conocido y amado, cuando ya sea tarde, cuando haya sonado nuestra última hora. ¡Ah! ¡Qué tiempo tan precioso y tan mal empleado; qué de méritos perdidos para la eternidad...!

¿No recordamos ya que nos cumple hacer penitencia? ¿Hemos olvidado ya las palabras de Nuestro Señor: «si no hicieréis penitencia pereceréis»? ¿Dónde están los santos que no la hicieron? ¿Por ventura, al aparecerse la Santísima Virgen a Bernardita no le dijo: «penitencia, penitencia, penitencia»?

Pero ¿cuál será esa penitencia? En el hacerla podemos estar engañados acerca del género, duración y aun de la oportunidad de la penitencia que nos hayamos voluntariamente impuesto (1).

mártires, pacientes y altísimas virtudes acrisoladas por grandes tribulaciones.» (*Discours de Saint Roch*, y *Le Contemporain*, del primero de febrero de 1876.)

(1) «Entre mil deliciosos frutos, dice San Francisco de Sales, escogió Eva el vedado; a tener licencia, sin duda, no pensara en comerlo. Ello es, en resolución, que queremos servir a Dios, pero según nuestra voluntad y no según la suya. Saúl había recibido la orden de echar a perder y destruir todo lo perteneciente a Amalec; pero él lo destruyó todo excepto lo precioso, que guardó para ofrecer sacrificios; mas Dios declaró que no quiere sacrificio contra la obediencia. Mándame Dios servir a las almas, pero yo quiero dedicarme a la contemplación, en lo cual yerro, porque si buena es la vida contemplativa no lo será si padece detrimento la obediencia. No nos toca a nosotros escoger, según nuestra voluntad, sino que es preciso querer lo que Dios quiere, y si quiere que yo le sirva en una cosa, no debo querer servirle en otra. Quiere Dios que Saúl le sirva como Rey y Capitán, pero Saúl le quiere servir como Sacerdote; está claro ser esto más ex-

¿Quién nos dará la certeza de que la penitencia voluntaria no es ligera ni rigurosa, ni corta, ni larga, ni inoportuna, ni imprudente, más de lo justo, y que procediendo así hacemos verdaderamente la voluntad de Dios, y que, por tanto, trabajamos con entera seguridad en nuestro progreso espiritual, en nuestra santificación? Por el contrario, si las penitencias, esto es, los padecimientos vienen de Dios, no hay error posible (1). ¡Qué cosa más consoladora, más preciosa que esta total seguridad de hacer verdaderamente su santísimo querer!

Pero en la práctica suele acaecer muy al contrario. Nos tenemos por cuerdos; todos corremos en pos de nuestro sueño dorado; nos trazamos un plan de vida, y

celente que aquello; pero con todo Dios no se complace en eso, porque quiere ser obedecido.

•No hay que llevar la Cruz de los demás sino la suya, y para que cada cual cargue con la suya quiere Nuestro Señor que se renuncie a sí mismo, esto es, a su propia voluntad. A mí me gustaría esto o aquello, yo estaría mejor aquí o allá. Eso son tentaciones. Nuestro Señor sabe muy bien lo que hace; hagamos, pues, lo que él quiere y permanezcamos donde nos puso.

•Pensemos, a menudo, que el valor de todo cuanto hacemos proviene de nuestra conformidad con la voluntad de Dios; de tal modo que, comiendo y bebiendo, si lo hago por ser voluntad de Dios que yo lo haga, agrado más a Dios, que si sufriese la muerte sin aquella intención. • *Carta 735.*

(1) Fundándose probablemente en este principio, dice Santa Teresa que más ganancia saca el alma aceptando las penas que Dios le da, que haciendo diez años seguidos obras por propia elección. *Camino de perfección*, cap. XXXVII.

•Dijo que para cada uno su abnegación es la mejor, y nuestra elección nos roba gran parte de nuestras virtudes. ¿Quién nos dará la gracia de tener en gran estima nuestra abnegación? Nadie sino Aquél que amó tanto la suya, que para conservarla quiso morir. • San Francisco de Sales, *Carta 88.*

con la fingida humildad que nos lo ha sugerido, decimos a Dios: Señor, he aquí mi plan de vida que estoy resuelto a ejecutar para gloria vuestra, santificación mía y del prójimo, y que, por tanto, no dudo merecerá vuestra aprobación. Y Nuestro Señor responde: Bien está, pero también yo tengo un plan de vida para ti. ¿Y cuál es ese plan, ese plan divino? ¿Está conforme con el nuestro? ¡Ay! no. En el nuestro abundan las Cruces, pero ¡qué Cruces! ¡Qué dulces son! ¡Qué atractivas en comparación de las que Dios nos guarda, y que suelen ser las que más tememos! El nuestro lleva escrito en primera línea y con caracteres especiales, estudio, ciencia, desinterés, sacrificio, abnegación, etc. Queremos consagrar nuestra vida al servicio de nuestros padres, familia, amigos, pobres y enfermos; hacer penitencia, ayunar, rezar, salvar almas, inmolarnos en un claustro. Pero Nuestro Señor nos dice: Si quieres todo eso, sólo has de quererlo por quererlo yo, y si no lo quiero yo, ¿para qué lo has de querer? ¿Quieres el bien? ¿No soy yo, por ventura, el que lo anhela? Pero tú lo quieres a tu modo y yo al mío (1). ¿Ignorais acaso que «los pensamientos míos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son los caminos míos? Cuanto se eleva el cielo sobre la tierra, así se elevan mis caminos sobre los caminos vuestros, y mis pensamientos sobre los pensamientos vuestros» (2). ¿Querías hacer, por ventura, el

(1) «No hemos de juzgar las cosas a nuestro gusto, dice San Francisco de Sales, sino al de Dios: ésta es la gran palabra. Si somos santos, según nuestra voluntad, nunca lo seremos; seámoslo según la voluntad de Dios.» (*Carta 710.*)

(2) 1.ª, IV, 8 y 9.

bien que no quiero y dejar de hacer el que quiero? Cier-
to que todas esas cosas que habías propuesto son exce-
lentes, y gran recompensa doy a los que conformándose
con mi voluntad y por amor mío, han puesto al
servicio del prójimo toda la inteligencia, la ciencia y la
salud con que yo les había enriquecido; pero a otros les
asigno otro empleo, otro lugar: «mis más queridos co-
men en mi mesa más cerca de mí; participan conmigo
del mismo pan de la tribulación y beben en la misma
copa el cáliz de mi pasión; Dios permite que sus hijos
más amados pasen por grandes trabajos, enviándoselos
como particularísima gracia» (1). Sabe que algunos
Santos pasaron toda la vida en padecimientos y tribu-
laciones; viéronse desamparados, menospreciados, mal-
tratados, vendidos; muchos enfermos nunca predicaron,
ni enseñaron ni llevaron al cabo ninguna de esas exce-
lentes obras que tú sueñas en cumplir; pero porque
desempeñaron el cargo que yo les había asignado, su-
friendo, como convenía, es decir, con amor y sumisión
a mi beneplácito, alcanzaron un grado eminente de
santidad. Ten siempre presente, no lo olvides, que la
perfección está en amarme y servirme (2), «en hacer

(1) Santa Angela de Foligno.

(2) «Toda vida cristiana y toda perfección, dice el P. Weiss, dominico, debe tener sus raíces en lo interior. No queda excluido lo exterior, sino que debe surgir de lo interior. La vida interior es la esencia y el alma de la verdadera perfección... El que no comprenda la necesidad y sublimidad de la vida interior, no puede comprender ni tolerar el estado religioso.

«Toda actividad hacia lo exterior, por grandiosa y admirable que sea, no constituye la perfección. Lo que la forma es el silencio, la calma, la pureza del corazón, el recogimiento, la moderación, la humildad, la modestia, el desprendimiento de las cosas terrenales, la práctica constante de la presencia de Dios,

las cosas comunes y cotidianas, de un modo no común, pero no en hacer cosas grandes ni en hacer mu-

la oración continua, especialmente la oración interior, cosas todas sin las cuales no es posible pensar en la perfección.

•De aquí que no sea posible el estado de perfección sin estas virtudes internas. Cualquiera puede desplegar una actividad inmensa y no obstante alejarse cada vez más de las obligaciones de su estado. Puede otro creer que es incapaz de hacer el menor bien y sin embargo ser perfecto, porque lleva en su corazón dos cosas, únicas que contienen la perfección y la empresa de la vida religiosa; el amor de Dios (Santo Tomás, 2, 2, q. 181, a. 1) y la solicitud en hacer todo lo que Dios exige de él (Santo Tomás, *ibid.*, a. 3).

•El religioso y la religiosa no son perfectos por el solo hecho de que formen parte del estado de perfección. Tampoco están obligados a ser perfectos por esta sola causa. Desde este punto de vista, el obispo tiene obligaciones mucho más importantes; ya que, por el hecho de su vocación, asume la empresa de practicar la perfección y comunicarla a los demás (Santo Tomás 2, 2, q. 181, a. 6, 7). Pero lo que conviene a los religiosos es la obligación de aspirar a su propia perfección por todos los medios que se hallan en la esfera de su vocación (Santo Tomás, *ibid.*, q. 181, a. 5).

•Aunque un religioso se atrajese las miradas del mundo entero por su elocuencia, erudición y habilidad en la dirección de las almas; aunque fuese el confesor más buscado, el mejor educador; aunque una religiosa fuese excelente ama de casa, enfermera incomparable, si uno u otra no trabajasen ante todo en santificarse, no podrían evitar la censura de haber olvidado sus deberes propios y de no vivir ya en el espíritu de su vocación; serían semejantes a rosales plantados a lo largo de un gran camino, o a un artista convertido en marmitón.

•Por el contrario, un religioso o una religiosa pueden quedar reducidos a la inactividad por una enfermedad, y decirse con amargura que comen un pan que no ganan, que viven a expensas de otros. Sin embargo, desempeñan su cargo y son dignos de estima y de veneración sólo con que empleen sus ratos de ocio en orar, en practicar la paciencia, la abnegación personal y la humildad. *Apología del cristianismo*, t. X., La perfección, Herederos de J. Gili, Barcelona, 1906.

Lo que va dicho de los religiosos, puede aplicarse en proporción a todos los cristianos sin excepción; pues aun cuando no per-

chas» (1); y en renunciarse. «El número de personas que se renuncian real y totalmente es cortísimo. A todo el que se renuncia, siquiera fuese un vulgar artesano, le tengo por grande hombre» (2).

¿Quién te ha dicho, pues, que necesito esas obras, esa actividad y todo lo que me ofreces (3), ni que te necesito a ti? ¿No serán, tal vez, tus habituales consejeros, los enemigos de mi doctrina? Muchos son en número y tanto más peligrosos cuanto saben presentar sus planes con tanta habilidad y astucia que se aceptan sin sospechar siquiera que nacieron de ellos. Denomínanse *orgullo, placer, sensualidad*. Compara su doctrina con la mía, coteja la vida de mis amigos, los santos, con la de los mundanos, y dime «si puede haber algo más noble y amable que lo que más se asemeje a Mí. Pues nada se asemeja más a Mí que el hombre cargado con todo linaje de Cruces, de padecimientos y de penas, porque ¿quién llevó nunca Cruz más pesada que la mía? (4). ¿Y en quienes podría obrar yo más glo-

tenezcan al estado de perfección, están, con todo, llamados a una perfección común, requerida para la salvación y pueden alcanzar la perfección, aunque no vivan en el estado de perfección.

«Hay una perfección, dice Santo Tomás, que consiste en excluir de las aficiones del hombre todo lo contrario a la caridad, como el pecado mortal, puesto que no puede reinar la caridad sin esa perfección, de donde se sigue ser ella necesaria para salvarse.» (2, 2, q. 184, a. 2.)

«Nada obsta que algunos sean perfectos sin vivir en el estado de perfección, y que otros vivan en el estado de perfección sin ser perfectos.» (*Ibid.*, a. 4.)

(1) San Bernardo.

(2) Lacordaire. *Vida*, por el P. Chocarne, París, Ponsielgue.

(3) Is., I, 12.

(4) «Los dolores que sufrió Cristo, dice Santo Tomás, superpujaron a todos los dolores que los hombres puedan padecer en

riosa y eficazmente que en los más semejantes a Mí, en los que viven en tristezas e inquietudes? Mi naturaleza divina no ha hecho obra más magnífica en la naturaleza humana que la Cruz y el padecimiento. Cuanto más pesada es la Cruz, tanto más grande es el amor. Con todo, movido del amor y de la justicia, no puedo yo imponer a nadie una carga superior a la que puede llevar, y yo conozco perfectamente la capacidad que tiene para llevarla. Agrádame morar en el alma en que veo reproducidos, por una vida de dolores, mis sangrientos estigmas. A los que elegí en este mundo para alimentarlos con el amargo manjar de la Cruz, tengo resuelto hartarlos en la vida eterna con el dulce panal de mi divinidad (1). No puedo de ninguna otra manera llegar al fondo del alma. Ofrézcase, pues, el hombre

esta vida, no sólo por la violencia y extensión de su pasión, sino, además, por la naturaleza de Cristo paciente y por la aceptación voluntaria del padecimiento el cual fué proporcionado, cuanto a la extensión, al fin que El pretendía.» (Part. III, q. 46, a. 6, c.)

«Jesucristo, dice San Agustín, padeció todo lo que debía padecer. Puesto en Cruz dijo: *Todo está consumado*, es decir nada falta a la medida de mis padecimientos. Todo cuanto se ha escrito de mí, tiene ahora su cabal cumplimiento. Luego, los trabajos de Jesucristo son completos. Sí, añade este gran doctor, pero solamente en la cabeza. Quedan todavía por cumplir los padecimientos de Jesús en su cuerpo místico, en sus miembros. Tú eres, en efecto, el cuerpo y los miembros de Jesucristo. El Apóstol San Pablo era uno de sus miembros, por esto dijo: *Yo cumplo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Jesucristo.*»

(1) «La Cruz, dice San Crisóstomo, es la llave del cielo. La Cruz de Jesucristo abrió el paraíso. ¿No se dijo que el reino de los cielos padece violencia y que los que hacen generosos esfuerzos sobre sí mismos lo arrebatan? Yo digo más: el que está sobre la Cruz arrebató el cielo sin esfuerzo. Entre el cielo y la Cruz no hay intervalo; a la Cruz sigue inmediatamente el paraíso.» (*Homilía de Divit.*)

en holocausto con humildad, despójese por entero de todo lo que le es puramente natural» (1).

Esto quiere Dios de nosotros. ¿Pretenderemos, acaso, anteponer nuestros designios a los suyos? ¿Intentaremos poner en parangón la alta sabiduría de Dios con la prudencia humana? ¡Ay! Nos portamos como siuviésemos que enmendar el orden divino, y sólo por la reflexión caemos en la cuenta de tales enormidades... ¡Tan poco penetrados estamos del verdadero espíritu de penitencia, del espíritu de los Santos y, por decirlo de una vez, del espíritu de Jesucristo que condena el propio sentir, la prudencia humana, que nos extravía y nos convierte, a veces, en rebeldes!

Seamos, pues, sinceros con Dios; ya le pedimos en el *Padrenuestro* el cumplimiento de su voluntad, pero a condición que no contrarie ni modifique la nuestra; de suerte que en el fondo oramos como si dijésemos, *hágase nuestra* voluntad, voluntad tan natural y tan racional, a nuestro parecer, que no podemos suponer, con nuestra humildad, que pueda haber otra, y mucha menos, que sea mejor. «La grande y habitual perversidad de los hombres, dice San Agustín, es que estando obligados a vivir según la voluntad de Dios, quieren, por el contrario, que Dios viva según la voluntad de ellos; y no quieren tampoco sujetarse a la corrección, antes quieren que sea El quien se pervierta» (2).

(1) Taulero.

(2) La Beata Sontino de la orden de Santo Domingo, arrebatada al cielo, vió la gloria de los bienaventurados, los cuales, según el grado de sus méritos andaban confundidos con los coros de los ángeles. Algunos, que ella había conocido en el mundo, estaban entre los Serafines. Preguntó, por qué habían sido elevados a tan alto grado de glorias, y fuéle respondido que mere-

Decía Nuestro Señor a Santa Catalina de Génova: «Nunca te oigan decir: quiero o no quiero; nunca digas, *mío*, sino, *nuestro*; nunca te excuses, sino siempre pronta a acusarte. Quiero que pongas por fundamento de tu vida espiritual estas palabras del Padre nuestro: *Hágase tu voluntad*. Esto significa que debes conformarte perfectamente con la voluntad de Dios en todo, quiero decir, en todo lo relativo al cuerpo y al alma, a parientes y amigos, a lo que te es propio, a tus alegrías y dolores» (1).

Ignoramos u olvidamos, con harta facilidad, que «nadie está llamado a servir a la verdad desconocida, a la justicia ultrajada, a las santas causas abandonadas, si no acepta el cáliz de Getsemaní, si no bebe la hiel y vinagre, si no ciñe su frente con la corona de espinas, si no abraza amorosamente la Cruz, en la cual debe padecer, callar y morir» (2). La madre de Santiago y de San Juan, escribe San Francisco de Sales, pedía a Nuestro Señor, que sus dos hijos se le sentasen, el uno a la diestra y el otro a la siniestra en su gloria. Pues bien, nuestra alma tiene dos hijos, uno que es el propio juicio, y otro, la propia voluntad, los cuales quieren estar sentados, el juicio a la derecha, y la voluntad a la izquierda. Porque nuestro juicio quiere dominar los ajenos, sin someterse a ninguno; otro tanto le pasa a la propia voluntad. Personas hay que exteriormente obedecen, pero apenas hallaremos una que someta su juicio y renuncie enteramente a su voluntad.

dieron tal recompensa por la conformidad perfecta de su voluntad con la de Dios.

(1) *Vida*, pág. 55.

(2) Mgr. Turinaz. *La Croix*, Mandement du Carême de 1881.

Muchos son los que se humillan, se mortifican, llevan cilicio, hacen penitencias y austeridades, y que rezan y meditan; pero contadísimos los que rinden del todo su propio juicio y su propio querer.

«Morir a la voluntad, ¡oh! y cuán necesario es! Su necesidad no hay forma de encarecerla.

»El gran San Basilio al considerar esto se preguntó: ¿Por ventura, no sería posible servir a Dios perfectamente haciendo grandes y ásperas austeridades, y aun grandes obras por nuestro Señor sin sojuzgar la voluntad propia? Pero luego le pareció que Nuestro Señor y sacratísimo Maestro le respondía: «Yo me despojé de mi propia gloria, bajé del cielo, cargué con todas las miserias humanas, y por último arrostré la muerte, y muerte de Cruz. Y ¿todo esto por qué? ¿Acaso fué por padecer y salvar así a los hombres, o acaso lo hice por propia elección? No por cierto. La causa única que me indujo a hacer todo eso, fué el someterme a la voluntad de mi Padre, que era esa. Y para mostrar que no fué por elección mía, has de saber, que si la voluntad de mi Padre hubiera sido que yo muriese de otra muerte que la de Cruz, o que yo hubiese vivido en delicias, me habría hallado tan dispuesto para esto como para lo otro, porque no vine al mundo *a hacer mi voluntad sino la de mi Padre que me envió.*»

»¡Oh, Dios mío! si nuestro amado Salvador, cuya voluntad no podía dejar de ser del todo perfecta, y por consiguiente ninguna cosa podía escoger que no fuese gratisima a su Padre, no quiso vivir según ella ¿cómo tendremos nosotros la osadía de dejar vivir la nuestra, cuya elección, ordinariamente, echa a perder todas

nuestras obras? En fin, no hay verdadera virtud sin la muerte de la propia voluntad.

»Cuanto menos a nuestro gusto vivimos y menos propia elección hay en nuestras acciones, tanto más buena y sólida es la devoción. Todo es uno: quien no esté plenamente resignado, vuélvase acá, o acullá, nunca hallará descanso. Los que tienen fiebre no hallan postura cómoda; aun no han estado un cuarto de hora en una cama y ya querrian estar en otra. No por culpa de la cama, sino de la calentura que les atormenta por doquier. Quien se ve libre de la fiebre de la propia voluntad se contenta con todo, con tal que sea en servicio de Dios. Ni se cuida de en qué le emplea Dios; con tal de hacer su divina voluntad, todo le es igual.

»He aquí las condiciones con que nos hemos de dar a Dios: que sin tardanza se haga su voluntad en nosotros, en nuestros asuntos, en nuestros designios, y que quiebre y deshaga la voluntad nuestra, a su divino beneplácito. ¡Oh, y cuán felices son aquellos a quienes Dios maneja a su gusto, y lleva, según su santa voluntad, por la senda de la tribulación o del consuelo! Pero, con todo, los verdaderos siervos de Dios siempre tuvieron más afición y estima al camino de la adversidad, por más conforme al de nuestro Capitán, que no quiso conseguir nuestra salvación y la gloria de su nombre, sino por la Cruz y los oprobios.

»Ponderad, por fin, cuán dichosos seríamos si en nosotros reinase la santa voluntad de Dios; nunca cometeríamos pecado, y no nos empeñaríamos en vivir según nuestro genio e inclinaciones, por ser aquella la regla de toda virtud. En fin, es esta propia voluntad nuestra, dice San Bernardo, la que arderá eternamen-

te en el infierno. Si está en el cielo, échanla fuera, puesto que si de allí fueron arrojados los ángeles fue porque tenían propia voluntad y querían ser semejantes a Dios; por esto fueron precipitados en los infiernos. Y si está en el mundo, lo arruina y malbarata todo.

»Cuando hallamos en nosotros algo que no esté conforme con la voluntad de nuestro amado Salvador, hemos de postrarnos ante El y decirle que detestamos y desaprobamos eso y todo lo que en nosotros pueda desagradarle y sea contrario a su amor, prometiéndole querer solamente lo que sea conforme a su voluntad y beneplácito.

»En resolución, bienaventurados los que no hacen su voluntad en la tierra, porque Dios la hará arriba en el Cielo.» (1)

Finalmente, para estar y permanecer en lo cierto, tengamos presentes a todas horas aquellas palabras de Nuestro Señor: «Si alguno quisiere venir en pos de Mí y tener parte en mi gloria, renúnciese a sí mismo cada día, tome su cruz y sígame.» (2) Este es el único camino que conduce a la Verdad, a la vida eterna. En todo, la *voluntad de Dios* y no la nuestra; plan sencillo y magnífico, cuya ejecución, penosa sí, pero no imposible, aporta al alma que lo prohija y sigue fielmente, luz en los consejos, constancia en los propósitos, fuerza en las esperanzas y paz en los trabajos.

(1) Citado por el P. Million en la obra *Manrèse salésien*. Extracto de las obras de San Francisco de Sales. *Meditaciones para todos los días y fiestas del año*, p. 263. Excelente libro de gran utilidad para las almas que seriamente aspiran a la verdadera devoción. París, Beauchesne, 1906.

(2) Luc., IX, 23.

«La paz del alma, dice el P. Jean, la hallaréis, sobre todo, en la conformidad con la voluntad de Dios. Esto debe ser, en adelante, vuestro pan cotidiano. No os apuréis en demasía lo que haya de pedirós la divina voluntad... ya nos lo mostrará Dios por las circunstancias.

»Entregarnos en sus manos es cuanto nos importa. Andad, que buen Padre es El para disponer el alma a ejecutar alegremente cuanto la pida. Esperadlo todo, deseadlo todo y trabajad, sin embargo, en no esperar ni desear cosa fuera del cumplimiento de esta santa voluntad. Esta es la almohada en que descansa el alma sosegadamente» (1).

(1) *Op. cit.*, cap. XIV.

CAPÍTULO X

De la oración

Si la falta de instrucción de los fieles nos ha movido a desenvolver ciertas consideraciones e ilustrarlas con muchas y largas notas (que tal vez parezcan excesivas), también nos ha decidido a escribir un capítulo aparte acerca de la oración (siguiendo señaladamente al P. Luis de Granada), por ser de capital importancia.

«Ninguna cosa deberían inculcar con más calor y energía todos los predicadores, confesores y libros espirituales, que la obligación de orar. Verdad es que aconsejan ellos a las almas copiosos medios bonísimos para conservarse en gracia de Dios, como el huir de las ocasiones, frecuentar los Sacramentos, resistir a las tentaciones, oír la palabra de Dios, meditar las verdades eternas y otros medios todos utilísimos; pero ¿de qué sirven, pregunto yo, sermones, meditaciones y cuantos medios recomiendan los maestros de la vida espiritual, sin la oración, siendo así que el Señor declaró que no quiere conceder sus gracias, sino a los que oran? *Pedid*, ha dicho El y *recibiréis* (1). Sin la ora-

(1) Joan., XVI, 24.

ción (según la conducta ordinaria de la Providencia), serán inútiles todas nuestras meditaciones, nuestros propósitos y nuestras promesas. Si no oramos seremos siempre infieles a las luces recibidas de Dios y a las promesas que hayamos hecho. La razón de esto estriba en que para practicar actualmente el bien, para vencer las tentaciones, para ejercitar la virtud, en una palabra, para observar exactamente los divinos preceptos, no bastan las luces recibidas ni las consideraciones y buenos propósitos, sino que es menester además el auxilio actual de Dios. Pues bien, el Señor no concede ese auxilio actual, sino al que ora y ora con perseverancia. Las luces recibidas, las consideraciones y buenos propósitos sirven para que en los peligros y tentaciones de traspasar la Ley de Dios, acudamos actualmente á la oración; con ella alcanzamos el auxilio divino que nos preserva del pecado; pero si en tal caso no oramos, sucumbiremos» (1).

«¡Oh, cuán temible es el que vive solo con Dios, dice Budón, siquiera estuviese en un desierto sin darse a ocupaciones exteriores! Este es el por qué de todas las arremetidas del infierno contra los antiguos solitarios, las cuales fueron, en verdad, extrañas, terribles y casi continuas. Esta es la causa de los obstáculos que esas arremetidas levantan contra las almas de oración, por ser ésta la manera más segura y eficaz para llenarnos de solo Dios» (2).

Pero singularmente para los que padecen y están sumidos en la tristeza, es indispensable la oración. «¿Hay entre vosotros alguno que esté triste? haga

(1) San Alfonso de Ligorio. *Del gran medio de la oración*.

(2) *Op. cit.*

oración» (1). Porque por la oración nos acercamos a Dios que es la felicidad perfecta, a Dios, fuente de todo bien, y, por consiguiente, de toda alegría.

No es, pues, de maravillar, que la oración mitigue el dolor y disipe la tristeza; por esto los teólogos, y especialmente Santo Tomás, ponen en el número de sus efectos la consolación espiritual (2). El mismo doctor, comentando aquellas palabras: «Perseverad en la oración» (3) dice expresamente que la alegría es uno de los frutos de la oración.

A nadie se le oculta que la oración es obligatoria, por ser necesaria para la salvación. «El orar, dice Santo Tomás, cae debajo del precepto de la Religión, citado por San Mateo, «Pedid y recibiréis» (VII-7) (4). «Para salvarse hay que combatir y vencer, como dice en otro lugar; sin el auxilio de Dios es imposible resistir a las tentaciones; es así que este auxilio no se concede sino a la oración, luego sin la oración, no hay salvación posible. Dios quiere concedernos solamente por este medio las gracias que determinó concedernos desde toda la eternidad. No que sea necesario orar para que Dios conozca nuestras necesidades, sino que hemos de orar a fin de entender nosotros mismos la necesidad de acudir a Dios para recibir los socorros necesarios para salvarnos, y reconocer que Dios es el único autor de todos nuestros bienes. Así como quiere el Señor que sembremos el trigo y cultivemos la viña para pan y vino, así también quiere que por medio de la oración

(1) Jac., V, 13.

(2) 2, 2, q. 83, a. 13 y 15.

(3) Rom., XII, 12.

(4) 2, 2, q. 83, a. 3, ad 2.

recibamos las gracias necesarias para salvarnos» (1).

Es la oración, como se ve, el medio ordinario de alcanzar las gracias que necesitamos. «Sin mí nada podéis hacer» (2) dice Nuestro Señor. «La oración, dice San Juan Crisóstomo, es áncora de salvación para el que está expuesto a naufragar, tesoro inmenso de riquezas para el pobre, remedio eficaz para el enfermo y preservativo para el que desea conservar la salud» (3). Como hermosamente lo escribe Luis de Granada, es la oración «medicina de enfermos, consuelo de afligidos, fortaleza de flacos, salvación de pecadores, alegría de justos, sostén de vivos, sufragio que alivia las almas de los difuntos y remedio a los males de la Iglesia. Ella es la puerta real que da entrada al corazón mismo de Dios, gusto anticipado de la gloria, maná que encierra toda dulzura, escala de Jacob que une la tierra con el cielo y por la que los ángeles, es a saber, los hombres espirituales, suben y bajan ofreciendo a Dios sus súplicas y recibiendo, en cambio, el divino favor y auxilio» (4).

A pesar de toda la virtud e importancia que tiene en sí misma, con todo eso, no es eficaz la oración, ni nos alcanza las gracias que necesitamos, si carece de ciertas cualidades indispensables.

Hay que orar con *humildad, confianza y perseverancia* (5).

(1) 2.^a 2.^{or} q. 83, a. 2 y 1 *et alibi passim*.

(2) Joan, XV, 5.

(3) *Homil. 31 ad pop. Ant.*

(4) *La vie Chrétienne, d'après Louis de Grenade, La Prière* por el R. P. Hébrard, dominico. París, Haton. Obra muy práctica que merece ser más conocida.

(5) Recojámonos al principio pensando con quién vamos a hablar. En la iglesia, dirijamos nuestras oraciones a Nuestro

I. LA HUMILDAD.—«La oración del humilde pasará las nubes y no reposará hasta acercarse al Altísimo» (1). Y el Salmista nos asegura que «no desprecia Dios el corazón contrito y humillado» (2), sino al contrario, que «ese corazón que se humilla será ensalzado» (3).

Afirma el Apóstol que «si alguno piensa ser algo se engaña a sí mismo, pues verdaderamente de suyo es nada» (4). Para alcanzar esta humildad o conservarla, basta conocerse a sí mismo (5). Así no nos engañaremos en orden a las causas que la engendran, ni de los medios de conservarla. Este conocimiento propio movía a San Felipe Neri, a decir así que se despertaba: «Señor, sostened hoy a Felipe, porque si no Felipe os hará traición.» Dios, que de nadie necesita y se complace en hacer algo de nada, ha mostrado siempre para con esta

Señor presente en el Sagrario; fuera de ella se las dirigiremos en nuestra alma donde él mora mientras no le echemos de ella por el pecado mortal. Es el mejor método para recogerse, según Santa Teresa.

(1) Eccli., XXXV, 21.

(2) Ps. L, 19.

(3) Math., XXIII, 12.

(4) GAL., VI, 3.

(5) Sabido es que la célebre máxima *conócete a ti mismo* γνῶθι σεαυτὸν inscrita en el frontispicio del templo de Delfos, era la máxima de los filósofos y poetas de la antigüedad, máxima «bajada de los cielos, en frase de Juvenal, que conviene fijar en la memoria e imprimir en el corazón agradecido» (Sdt., XI, v. 27-28.)

En vez de admirar y repetir esa sublime sentencia, como solían los antiguos, esforcémonos en ponerla en ejecución, con lo cual lograremos doblado provecho intelectual y moral. «El punto más apreciado de la cultura intelectual, dice Feuchtersleben, es el conocimiento de sí mismo» (Op. cit. XIII). «El que bien se conoce, dice la *Imitación*, tiénese por vil y no se deleita en las alabanzas humanas.» (L. I, cap. II, 1).

virtud, singularísima predilección. Por eso dijo un día a Santa Catalina de Sena: «Sábetelo, hija, que el que persevera humildemente en pedirme gracias, alcanza todas las virtudes.»

«A esta virtud pertenece, dice, Fray Luis de Granada, que el que ora conozca la extrema desnudez y pobreza, o por mejor decir, el abismo profundísimo de las miserias en que el hombre quedó por el pecado, junto con las que él después así por su propia ruindad y malicia ha añadido. La concupiscencia, semejante a un caballo furioso y desbocado, nos arrastra por caminos sembrados de atractivos y delictos, esto es, de lazos y emboscadas tendidos al alma. Para no caer en ellos es menester especial socorro de Dios. De suerte que si cae en pecado no se puede levantar de él si Dios no le levanta, y después de levantado no puede obrar por sí el bien si no es mediante la gracia y las virtudes que della proceden. Y aun todo esto no basta para llevar al cabo lo comenzado, sino es necesario otro nuevo favor para perseverar hasta la fin...

«Pues ese tan profundo conocimiento de las propias miserias hace al hombre orar con espíritu de humildad; porque, ¿qué ha de hacer el pobre si no pedir limosna, y el flaco fortaleza, y el desnudo abrigo, y el culpado perdón, y el cautivo libertad, y el enfermo medicina? De manera que cuanto más claro conoce su desnudez y pobreza tanto más se mueve a clamar a Dios, y pedirle misericordia. Y así como un pobre mendigo desde la mañana hasta la noche nunca cesa de pedir; antes ninguna otra vida tiene si no ésta, así cuanto un hombre es más humilde y más claro conoce la grandeza de su necesidad y pobreza, tanto más continuamente hace

oración a Dios y le pide humildemente limosna y misericordia (1).»

II. LA CONFIANZA. — La confianza, según San Bernardo, es el único medio de alcanzar las divinas misericordias (2). «Los que tienen puesta en el Señor su esperanza adquirirán nuevas fuerzas, tomarán alas como de águila, correrán y no se fatigarán, andarán y no desfallecerán» (3). «Ya que el justo ha esperado en mí, yo le libraré, yo le protegeré...; llamará a mí y le oiré benigno. Con él estoy en la tribulación, pondréle en salvo y llenarle he de gloria» (4), dice el Salmista. Formales son las promesas de Nuestro Señor Jesucristo a cuantos le ruegan con confianza. «Todo cuanto pidiereis en la oración, como tengáis fe lo alcanzaréis» (5). «Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y os abrirán. Porque todo aquel que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama se le abrirá» (6). Santo Tomás afirma que hasta el pecador es oído cuando ruega, porque cuando rogamos no es necesario estar unido con Dios para alcanzar la gracia que se necesita, porque ésta convierte a los hombres en familiares suyos. Según este Santo Doctor, es, pues, la confianza y no la santidad del que ora la que da á la oración eficacia para obtener lo que pide (7).

«Lo que no logra la amistad, lógralo la oración»

(1) *Op. cit.*

(2) *Serm. de Annunc.*

(3) *Is.*, XL, 31.

(4) *Ps.*, XC, 14 y 15.

(5) *Math.*, XXI, 22.

(6) *Ibid.*, VII, 7 y 8.

(7) 2.^a 2.^{aa} q. 83, a. 15 ad 3.^a. «La oración encaminada a Dios,

dice San Juan Crisóstomo (1). «No hay gracias que no alcance una oración ferviente y perseverante, dice también, aun cuando esta oración la hiciese el más criminal pecador» (2). «Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría pídasela a Dios que a todos da copiosamente, y no zahiere a nadie, y le será concedida; pero pícala con fe, sin sombra de duda, pues quien anda dudando es semejante a la ola del mar alborotada y agitada del viento acá y allá. Así que un hombre semejante no tiene que pensar que ha de recibir poco ni mucho del Señor. El hombre de ánimo doble es inconstante en todos sus caminos (3).»

«La oración, dice Granada, toma de la caridad el merecer, mas de la fe y confianza el impetrar. Por donde, así como según la medida de la caridad será la del merecer, así conforme a la medida del confiar será la del impetrar (4).

»¿Cómo podríamos tener esa manera de fe y con-

hácenos familiares suyos porque nuestra alma levántase hasta El y entretiéndose con El con espirituales afectos, adorándole en espíritu y verdad; con que hechos familiares suyos por la oración, facilitamos la entrada con El para rogarle con más confianza. Por esto dijo David: «Clamé a Vos, Dios mío, porque atendisteis a mi oración» (Ps. XVI); esto es, el hombre admitido por vez primera a la familiaridad de Dios, vuelve a clamar con más confianza.

«El pecador sólo puede orar movido por la gracia. «Nada puede el hombre si Dios no le mueve: sin Mí nada podéis hacer» (Joan., XV). Luego cuando dicen de un hombre que hace cuanto está en su mano, dicenlo en cuanto el hombre obra movido por Dios». 1, 2 q. 109 a. 6, ad 2. Ver también 2, 2, q. 83, a. 15 ad 1.^o

(1) *Homil.* 56;

(2) *Homil.* 33 in *Matth.*

(3) Jac., I, 5 ad 8.

(4) Véanse los tres ejemplos del Evangelio *Matth.*, VIII y IX.

fianza habiendo hecho a Dios tan pequeños servicios? Los principales estribos de esta confianza no son los servicios solos del hombre, sino mucho más los servicios y méritos de Cristo y la grandeza de la bondad y misericordia de Dios... Aunque todas las perfecciones divinas sean en él una misma cosa y así todas sean iguales, no se puede negar sino que en las obras de misericordia es más extremado y más copioso. Porque aunque haya hecho muchas y muy grandes obras para mostrar las otras virtudes y perfecciones suyas, mucho mayores las ha hecho para mostrar su bondad y misericordia, porque para mostrar la grandeza de su poder y sabiduría crió el mundo, y para mostrar la grandeza de su rigor y justicia lo destruyó con las aguas del diluvio, mas para mostrar la grandeza de su misericordia murió por él y derramó toda su sangre por él. Pues ¿cuánto mayor obra es morir Dios que morir los hombres y padecer Dios por el mundo que criar el mundo?...

»El segundo fundamento de esta confianza son los merecimientos de Cristo, que es nuestro Salvador, nuestro Redentor, nuestro abogado, nuestro medianero, nuestro Rey, nuestro Sacerdote y nuestro sacrificio, y no hay otro nombre debajo del cielo, so cuyo título y amparo podamos ser salvos, sino éste. Este es el nombre, por quien El tantas veces nos manda pedir mercedes al Padre en el Evangelio, certificándonos que todo lo que por El pidiéramos nos será concedido. Y no contento con esto el mismo Señor nos dió palabras para que con ellas pidiésemos por El estas mercedes cuando nos enseñó la oración del *Pater noster*, la cual podemos presentar al Padre Soberano, diciendo que

venimos a El enviados por su hijo, y que por más señas El nos dió las palabras con que le habíamos de pedir misericordia, las cuales puede El muy bien reconocer que tuyas son.»

III. LA PERSEVERANCIA.—«Nada te detenga de orar siempre», nos dice el Eclesiástico (1). «Conviene siempre orar y *no desfallecer* (2), velar y *orar en todo tiempo* (3). No hay que decir que esto no se refiere a la oración vocal, a la oración actual, por no ser esto posible en este mundo. «Orar siempre», dice el P. Fray Luis de Granada, es tener en sí, de una manera permanente, el Espíritu de oración, conservar y fomentar este espíritu, y entregarse a él en la medida determinada por las necesidades del alma, por las necesidades y también por las inspiraciones de la gracia» (4).

La obligación de orar con perseverancia consiste también en el deseo formal de obrar siempre en unión con Dios, refiriendo a El todos nuestros pensamientos, palabras y obras.

«La plegaria y la aplicación del ánimo a la consideración y contemplación de las cosas divinas no pueden durar siempre, pero la religiosa intención y el amoroso deseo de ordenar nuestra vida y nuestras acciones todas al servicio y a la gloria de Dios pueden y deben ser continuos» (5). «El hombre que endereza su vida hacia Dios, dice en otra parte, ora» (6). Otros santos y auto-

(1) Ecli., XVII, 22.

(2) Luc., XVIII, 1.

(3) Luc., XXI, 36.

(4) *Obra citada*.

(5) Santo Tomás, 2, 2^a q. 83, a. 11.

(6) *In Epist. ad. Rom.*, c. 1, libr. 5.

res ascéticos enseñan, asimismo, «ser la vida toda del hombre justo, una grande y continua oración» (1), que «no dejamos de orar cuando obramos bien», y que «oramos mejor con el corazón y las buenas obras que con la boca» (2).

«Haced que vuestra vida cante también, escribe San Agustín, que jamás reine silencio. Alabad a Dios, no sólo con palabras, sino canten el salterio de vuestras buenas obras. Y así, a Dios alabáis tratando vuestros asuntos, a Dios alabáis descansando a buen reposo, a Dios alabáis durmiendo, y ¿cuándo no le alabáis?» (3).

Según San Juan Crisóstomo no hemos de suspender la oración sino después de haber conseguido sentencia favorable de la salvación eterna, esto es, hasta la muerte (4). Y añade que sólo se salva infalible-

(1) Orig., *De Oratione*, 12.

(2) S. Bonav., *De uno conf.*, S. 27.

(3) In Ps., CXLVI, 2.

(4) Si no podemos merecer de justicia la perseverancia final, como lo enseña el Concilio de Trento (Sess. 6.^a c. 13), San Agustín, dice que podemos, en cierto modo, merecerla, es decir, alcanzarla por la oración (*De dono persev.*, c. 6) y Santo Tomás añade que para conseguirlo ha de ser continua la oración. (2.^a, 2.^{aa}, q. 83, a. 14) «Para lograr la perseverancia, dice San Alfonso María de Liguori, es preciso encomendarnos a Dios en todo tiempo: por la mañana, por la tarde, en la meditación, en la misa, en la comunión y siempre, pero principalmente en las tentaciones, diciendo y repitiendo: Señor, venid a mi auxilio, Señor, asistidme, protegedme; no me desamparéis; tened misericordia de mí. ¿Qué cosa más fácil que decir: Señor, socorredme, ayudadme?» (*Op. cit.*, IV.) Acontece no poder uno ayunar, ni hacer limosna, ni imponerse mortificaciones, pero siempre puede orar. No temamos importunar a Nuestro Señor, ni hacerle violencia: «esta violencia, dice San Gregorio, en vez de irritarle le amansa». (*In Ps. poenit.*, 6).

mente el que está decidido a orar hasta salvarse. «Aun-
dado que el Señor me quitase la vida, exclama Job, en
El esperaré: en todo caso yo expondré ante su acata-
miento mi conducta» (1).

«Muchas veces, dice Fray Luis de Granada, el Se-
ñor dilata las mercedes que le pedimos, o para probar
nuestra Fe (para ver si por tardarse aquello acome-
temos a buscar el remedio por ilícitos y malos cami-
nos), o para que más conozcamos nuestra necesidad; o
para encender en nosotros mayor fervor de oración,
con esta dilación; o porque así cumple para nuestro
provecho, o por otras causas.

»Muchas veces también aguarda a enviar el reme-
dio en el postrer peligro, cuando ya del todo estaba
perdida la esperanza de todo socorro humano, como le
acaeió a Santa Susana, y a David cuando le tenía Saúl
en un monte cercado, y a la ciudad de Betulia cuando
estaba el ejército de los Asirios sobre ella.

»Con esto también se junta que como las virtudes y
dones que muchas veces pedimos a Dios sean de gran-
disimo e inestimable valor, quiere El con mucha razón
que sean primero muy pedidos y muy deseados, para
que así los sepa después el hombre estimar y guardar
y reconocer, y agradecer dando dignas gracias y ala-
banzas al dador de tales bienes.

»Aquel Señor que conoce muy bien el peso y la me-
dida de su misericordia, a veces no oye al que llama
para mejor probarle y provocarle más a que llame, y
de esta manera, pasándole por esta fragua de trabajos,
le hace más justo y más puro. Otras veces le parece al
hombre que está Dios olvidado de él, que se le hace

(1) Job, XIII, 15.

sordo y como dormido, según que se figuró en el sueño del Salvador, cuando navegando con los discípulos en la navecica se levantó aquella brava tormenta, no porque en Dios (en cuanto Dios) pueda haber sueño, sino para significarnos esta manera de desamparo y olvido. Y aun otras veces pasa el negocio más adelante, porque no sólo parece al hombre que está dormido, sino que está contra él airado, y que le tiene ya desamparado, como claramente se nos figura en la petición de la Cananea (1). El alma cristiana cercada de angustias, da voces diciendo: «Levántate, Señor, ¿por qué duermes? ¿Por qué apartas tu rostro, te olvidas de nuestra miseria y de nuestra tribulación? Porque nuestra alma está humillada hasta el polvo: pegado está con la tierra nuestro vientre. Levántate, Señor, ayúdanos: y redímenos por amor de tu nombre» (2).

»El remedio, pues, de todo esto es la *perseverancia*, y junto con ella la confianza en la bondad y misericordia de aquel Señor que, como dice el Apóstol (3), examina todas las cosas para bien de sus escogidos; y como sabe lo que nos ha de dar, así también sabe el tiempo en que lo ha de dar» (4).

Y si a pesar de todo, hubiese entre nuestros enfermos alguno no convencido aún del oficio principal de la oración en la vida del hombre, le invitamos a que lea y medite las siguientes reflexiones del Beato Vianney, cura de Ars:

«La oración es una elevación del alma a Dios. Mejor

(1) Matth., XV.

(2) Ps., XLIII, 24 - 27.

(3) Rom., VIII, 28.

(4) Fr. Luis de Granada, *Op. cit.*

dicho, es un dulce coloquio del alma con su Dios, del hijo con su padre, del vasallo con su rey, del siervo con su amo, del amigo con su amigo, en cuyo seno deposita sus amarguras, tristezas y pesares. Para expresar mejor todavía esta dicha, diré que Nuestro Señor recibe en sus brazos a una vil criatura para comunicarle toda suerte de bendiciones. ¿Queremos algo más aún para entender la dicha de la oración? Por ella, conversamos con Dios, con los ángeles y santos, y por este coloquio nos hacemos espirituales del todo; despéjanse poco a poco el espíritu y el corazón de las cosas criadas, despreciando al mundo con todos sus placeres, para no considerar ni amar más que los bienes eternos.

»La oración hace bajar a Dios hasta nosotros. Bien hecha, penetra y atraviesa la bóveda del cielo y sube hasta el trono mismo de Jesucristo, abre los tesoros de las gracias del Señor, y vuelve cargada al que la envió. —Ella es la que abre los ojos del alma, haciéndola sentir la grandeza de su miseria y la necesidad de acudir a Dios, y temer su flaqueza. El cristiano que ora bien, confía en Dios solo para todo y para nada en sí. Sin la oración, nada podemos y con ella, bien hecha, podemos mandar al cielo y la tierra, y nos obedecerán. La oración es bálsamo que se esparce por toda el alma y que parece hacerle sentir ya la dicha de que gozan los bienaventurados en la gloria.

»La oración es para el alma, lo que la lluvia para la tierra. Abonad los campos cuanto queráis; si falta la lluvia, en balde trabajaréis. Asimismo, haced tantas buenas obras como os plazca; si no oráis a menudo y como es menester, no lograréis salvaros.

»El alma que deja la oración, muere de hambre.

La que ora poco, se parece a aquellas aves enjauladas que con tener grandes alas no aciertan a volar o se elevan a escasa altura; en tanto que la que ora con fervor y perseverancia, se asemeja a la golondrina, que vuela muy alto y con facilidad suma; así la oración de un alma ferviente, se remonta hasta el trono de Dios y contempla sus diversos atributos...

En vez de tener por perdido el tiempo consagrado a la oración, el buen cristiano, muy al contrario, lo mira como el más precioso y feliz del día, por hacerle Dios partícipe, tan benignamente, de toda suerte de consuelos... Porque ¿no es para él su mayor felicidad, el que Dios le deje comparecer todas las mañanas ante su soberana presencia? ¿No es esa merced que le hace? Por esto no deja la oración, sino con muchísima pena: los instantes que está en la presencia de Dios son como nada o, mejor dicho, pasan como un relámpago. Su corazón y su espíritu permanecen en la divina presencia aunque el cuerpo se vea forzado a apartarse de ella. ¿Por qué los santos no se hartaban nunca de amar a Dios y de contemplarlo? Porque siempre hallaban en la oración nuevos gustos y deleites. Y ¿por qué no hacemos lo mismo nosotros pudiendo hacerlo? ¡Ah! ¡Qué vida tan dichosa llevaríamos preparándonos para el cielo!» (1)

(1) Dom German Maillet-Guy. *Camino de perfección o el cura de Ars conduciendo el cristiano al cielo*. 1.^a parte, La oración, París, Beauchesne.

CAPÍTULO XI

De las distracciones y sequedades en la oración

A nadie espanten las distracciones y sequedades en la oración; ni les conceda mucha importancia, pues son inherentes a nuestra flaqueza y ni aun los santos mismos se vieron libres de ellas, no obstante su vida de penitencia, de sacrificios y de unión con Dios. Algunos de ellos las padecieron toda la vida. Las distracciones pueden venir de Dios, que las permite para probar la fidelidad en su servicio, fortalecer la virtud y acrecentar los méritos; o del demonio que tiene vivísimo interés en distraernos, ya que las muchas distracciones acaban engendrando fastidio, cansancio o disgusto, que es lo que pretende el seductor. En este caso no hay para qué inquietarse. Pero también pueden proceder de nuestra ignorancia, de no saber orar, ni meditar, o de la falta habitual de mortificación, de recogimiento, de vida verdaderamente espiritual. A veces provienen de causas del todo exteriores y remotas; de tal manera nos complacemos en cuidar de personas y cosas, del todo indiferentes, que su memoria nos acosa por doquiera impidiéndonos el recogimiento y el tratar de

nuestros propios intereses con Dios. Con harta frecuencia, tan lleno de las criaturas está nuestro corazón, que ya no queda sitio para el Criador. «Está horrorosamente desolada la tierra, porque no hay nadie que reflexione en su corazón» (1), dice el Profeta. Si así acontece con nosotros, somos en diverso grado responsables de esas distracciones y estamos obligados, en tal caso, a emplear los medios de atajarlas. Para alcanzar esto, si sabemos lo que vale la oración, debemos resueltamente apartar las causas de las distracciones con el mismo denuedo que si fuese una tentación peligrosa. *Quien quiere el fin, quiere los medios.*

Con todo, pasa con las distracciones lo que con las tentaciones, que mientras no sean *voluntarias* y *consentidas*, no pueden ser perjudiciales a la oración, ni hacerla menos agradable a Dios, porque no pueden destruir la intención que hemos tenido al comenzar la oración, sean cuales fueren la clase y duración de tales distracciones. Basta no detenerse *voluntariamente* ni *deleitarse* en ellas (2).

(1) Jerem., XII, 11.

(2) La caridad y la gracia, cuando habitan en un alma, tienen grande y secreta influencia sobre todos los actos, objetivamente buenos, que se refieren a Dios, sin que sea necesario formular expresamente y renovar a cada acto la dirección general de la *intención*.

»En el justo, dice Billuart, cualquier acto de virtud resulta de la influencia de la caridad, porque no solamente en el punto de la justificación, como algunos opinan, sino a menudo efectúa el justo y está obligado a efectuar, so pena de culpa, actos de caridad, como lo enseña nuestro Santo Doctor por estas palabras: «Cuando un hombre toma a Dios por fin suyo, la intención del fin último, que es Dios, influye virtualmente en todo cuanto por Él hace.» (Santo Tomás, q. 2, de *virtutibus*, a. 4, ad 2^m).—Cf. Billuart, *Summa theológica*, t. III, dissert. 8, a. 4.

¿Cuál ha de ser, pues, nuestra *intención* en el orar? Basta la *intención virtual, persistente*, es decir, la primera intención general que se tiene al ofrecer a Dios todas las acciones, mientras no se revoque por un acto contrario y expreso de la voluntad.

La *caridad actual*, según Billuart, no es necesaria, pues es suficiente la *caridad virtual*, que en todo justo está como resultado de los actos frecuentemente repetidos de caridad, a los que está obligado, y sin los cuales deja de ser justo... No es necesario, dice Santo Tomás, que la *intención actual*, por la cual refiere uno los actos al último fin, vaya siempre unida a la acción dirigida a algún fin próximo; sino que basta que todos esos fines se refieran actualmente, de cuando en cuando, al último fin, como acaece cuando nos decidimos a darnos enteramente al amor de Dios, porque entonces todo lo que se refiera a nosotros mismos será referido a Dios (1).

Para que nos entiendan mejor, pongamos un ejemplo sencillísimo y muy práctico. Supongamos una persona en estado de gracia y dotada de excelente apetito. Siéntase a la mesa, come abundantemente y va después a dar un agradable paseo. Esa comida y ese paseo, cuya bondad no ha sido viciada por alguna complacencia desordenada, podrán serle meritorios delante de Dios, aun cuando antes de disfrutar de ellos no haya renovado expresamente la *recta intención*. Será suficiente para ello haber recibido los Sacramentos, asistido a la Santa Misa, o hecho un acto de amor de Dios, algunos días o algunas semanas antes, porque este acto

(1) *Loc. cit.*

de caridad o de amor encierra la recta intención de darse todo entero al amor de Dios, y continúa ejerciendo su influencia sobre todos los actos humanos, que hace meritorios delante de Dios (1).

Como se ve, basta ofrecer, de cuando en cuando, todas las acciones a Dios (2).

La *intención actual*, esto es, la que se tiene en el instante mismo en que se ejecuta el acto meritorio, o en que se ora, no es necesaria. Requiere, además, un trabajo del entendimiento que sobrepuja las fuerzas ordinarias y que Dios no pide a nadie y mucho menos a los enfermos, especialmente a los neuróticos. «No es necesario, dice Santo Tomás, cuando se encamina uno hacia el bien o lo efectúa, pensar siempre en el fin último de este bien, como no está obligado el caminante a pensar, a cada paso que da, en el término de un viaje» (3). ¿Qué concepto formaríamos del peregrino que yendo a pie a Roma, creyese que para llegar felizmente, tuviera que decir a cada paso: Voy a Roma, voy a Roma, o estuviese obligado a no dar paso sin pensar que se encamina a aquella ciudad? Creer en la necesi-

(1) Según Gury, basta que se hagan a menudo actos de caridad consistentes en gozarse en las divinas perfecciones, en desear que nadie ofenda a Dios, que todos le amen, le sirvan y guarden sus mandamientos; en orar devotamente para que su nombre sea santificado y que se haga su voluntad, y en evitar el pecado porque le desagrada. (Cf. *Compendium theologiæ moralis; De virtute*, cap. III, art. 1, 219.

(2) Santo Tomás reconoce por causa el deseo inspirado por la caridad, del cual deseo ha de nacer la oración. En nosotros ha de reinar sin interrupción, ora *actualmente*, ora *virtualmente*, porque la eficacia de este deseo influye en todo cuanto por caridad hacemos (I Cor., X). (2, 2, q. 83, a 14).

(3) 1, 2, q. 1, a. 6 ad 3.

dad absoluta de la *intención actual* para la ejecución de cada uno de nuestros actos, no sería más razonable.

Con todo, nadie infiera de la doctrina tan natural, sencilla y consoladora de Santo Tomás, que se debe tener en poco el consejo de San Alfonso de Liguorio; porque, en hecho de verdad, es excelente práctica de la vida cristiana, renovar, al menos, de cuando en cuando, la *recta intención*, y ofrecer a Dios, sobre todo por la mañana, todas las acciones y trabajos del día (1).

«Dos frutos hay en la oración, dice Santo Tomás: el mérito que de ella se saca y el consuelo de la devoción que ella engendra. En cuanto a la devoción espiritual se nos quita cuando no ponemos atención al rezo de la plegaria, o cuando no la entendemos; mas nunca se nos quita el mérito; que si así fuese, muchas oraciones quedarían sin mérito, pues apenas es posible rezar un Padrenuestro sin que el pensamiento vuele a otros asuntos. En el rezo dura el primer deseo que movió la intención, aun cuando nos distraigamos en algún acto particular; este primer deseo hace la acción totalmente meritoria, si ya no se interrumpe por alguna afición

(1) Podemos hacer este ofrecimiento, rezando la tan conocida y devota oración: *¡Oh Señora mía! ¡Oh Madre mía! Yo me ofrezco todo a Vos*, etc., o la siguiente de Isabel de Francia: «¿Qué me sucederá hoy, Dios mío? No lo sé. Sólo sé que no me ocurrirá cosa que Vos no la hayáis dispuesto, previsto u ordenado desde toda la eternidad. Esto me basta, Dios mío, esto me basta. Adoro vuestros eternos e impenetrables designios, me someto a ellos de todo corazón por amor vuestro; a todo me rindo; todo os lo sacrifico en unión del sacrificio de Jesucristo, mi divino Salvador. En su nombre y por sus méritos, os pido paciencia en mis trabajos y la sumisión perfecta que os debemos para todo lo que Vos queráis o permitáis. Amén.»

contraria que desvíe al alma del fin precedente para enderezarla a un fin opuesto» (1).

Las distracciones, como las demás dificultades con que tropezamos en los ejercicios de devoción, son inherentes a nuestra miserable naturaleza. Hombres somos, que no ángeles, y la imaginación, esa «loca de la casa» llamada por Santa Teresa «verdadera tarabilla de molino», nos representa, con harta frecuencia, cosas que nuestra voluntad reprueba. «Fuerza es, pues, allanarse uno a pertenecer a la naturaleza humana y no a la angélica» (2). Muy a menudo, también, aumentan las distracciones, tanto más, cuantos más esfuerzos hacemos para alejarlas o evitarlas. De ahí resultan en muchas almas repeticiones inútiles, fatigosas o nocivas. Por eso, las escrupulosas nunca han de repetir las oraciones de obligación, como la penitencia sacramental, por ejemplo (3).

«Por ser la imaginación, dice Hamon, facultad muy

(1) *Expos. in I Cor.*, XIV, Lect. 3. «Si, pues, rezando, se distrae uno de lo que reza, dice también el Santo, o si en el discurso de una obra meritoria no piensa, de continuo, en cada acto, que lo hace por Dios, nada perderá tocante al mérito. La razón es porque en toda acción meritoria referida a un fin honesto, no es de necesidad que la intención del agente vaya unida al fin propio de cada acto.» Ibid.

(2) San Francisco de Sales. *Carta* 428. Edit. Blaise.

(3) Con todo, en casos graves, tratándose de rezo de obligación, por ejemplo, llega a ser necesaria la dispensa. Es, en lo demás, el único medio de tranquilizar a los enfermos, y, tal vez, de conservarles la razón. Conocimos a un religioso, tan acongojado que pasaba todo el tiempo repitiendo el rezo del breviario, sin más interrupción que lo preciso para descansar o hacer co-operadores a los religiosos que hallaba para que le ayudasen a rezar. No dijo bien el breviario hasta el día en que le dispensaron, porque con la dispensa tenía la seguridad de no pecar aunque no lo rezase o lo rezase mal.

menguada y una de nuestras mayores miserias, hemos de humillarnos por ello profundamente ante Dios y decirle con vivo sentimiento de nuestra miseria: «¡Ay Señor, hoja liviana soy que el menor aire se lleva, *espritú que va y no vuelve* (1). Perdí el respeto debido a vuestra presencia y sólo merezco que me despidáis. Mi lugar debiera estar a los pies de todas las criaturas. Glorifiquen-os millones de ángeles con su recogimiento, gusten las almas santas las delicias de su fervor; en cuanto a mí, indigno de contentar a vuestro amor, hasta honra recibo con estar a vuestros pies satisficiendo a vuestra justicia con combates, privaciones y sequedades. La desnudez, la miseria, la incapacidad, ésta es mi herencia; abismado en mi nada, la acepto y me someto a ella.» Tal es el humilde reparo que hemos de oponer a las impertinencias de la imaginación. El alma fiel que así lo hace, llama sobre sí los ojos y complacencias de Dios, que la consuela, ilumina, y une a Sí, de tal modo, que según un piadoso autor (2), las distracciones, si sabemos humillarnos por ellas, encaminan a la contemplación» (3).

«Si la distracción vuelve cien veces, dice Dom Le Masson, no os maravilléis más la centésima vez que la primera; y al caer en la cuenta de estar distraídos, volved poquito a poco la atención a la presencia de Dios, como si nada ocurriese, sin reflexionar sobre la materia de tales distracciones. Cuando las moscas pican, añade, nos contentamos con la mano para alejarlas, sin correr detrás de ellas para darles muerte; y

(1) Ps., LXXVII, 39.

(2) El P. Guílloré.

(3) *Meditaciones*, t. III, París, V. Lecoffre.

si después de haber alejado una, otra vuelve, repetimos la acción sin asombro. Lo mismo se ha de hacer con la distracción, sin correr tras ella, porque sería tiempo perdido; es decir, que no hay que detenerse en reconvenirnos ni en lamentaciones interiores (que son frutos de la impaciencia del corazón), ni en consideraciones para procurar ahogarla e impedir su retorno, porque proceder así es correr en pos de las moscas. Dejémoslas volar; caminemos hacia Dios y pasemos de largo sin entretenernos» (1).

¿Cómo pueden evitar los enfermos semejantes distracciones, cuando los sanos a quienes se refiere Santo Tomás, son incapaces de hacerlo? «Cierta aldeano, dice el doctor Gersón, que se jactaba de tener espíritu y devoción, vanagloriábase de estar tan atento en sus oraciones que no tenía la más mínima distracción. Un hombre más espiritual y experimentado, queriendo sacarle de error tan craso y probarle la flaqueza e inconstancia del espíritu humano, le prometió regalarle una acémila, un *asno*, llamémosle por su nombre, si llegaba a rezar el Padrenuestro con *atención actual* y sin distracción alguna. Maravillado el rústico de poder ganar tanto sin arriesgar nada, y teniéndose seguro de su *atención actual*, recogióse lo mejor que pudo y comenzó a rezar el Padrenuestro. Pero antes de llegar a la mitad de tan corta oración, le asaltó esta distracción: Este señor me ha prometido una acémila, ¿me dará también la albarda juntamente con el asno? Ya no pudo proseguir y lo confesó ingenuamente. Esto le hizo volver en sí y le convenció de que no hay cosa más difícil

(1) *Introducción a la vida interior y perfecta*. De la oración interior.

para el hombre que el estar mucho tiempo atento a un mismo asunto sin pensar en otro; tan débil es su espíritu e inconstante su corazón.»

Como ya hicimos notar, ni los Santos se ven libres de este trabajo. ¿No confiesa San Jerónimo sus distracciones y los tormentos que le causaban, cuando afirma que en sus oraciones la imaginación le ponía en medio de un mundo seductor? (1)

Y San Gregorio, ¿no dice que en la oración, el cielo y el infierno están en lucha y que el espíritu que se da a la contemplación de las cosas celestiales, se ve apartado al mismo tiempo de ellas por la imagen de un objeto vil y odioso? (2)

Y San Bernardo, ¿no gemía debajo del peso de horribles tentaciones, cada vez que intentaba recogerse a orar? (3)

Leamos lo que Santa Teresa refiere de los terribles asaltos del demonio: «En especial las Semanas Santas, que solía ser mi regalo de oración, me acaece, que (el demonio) coge de presto el entendimiento por cosas tan livianas a las veces, que otras me reiría yo de ellas, y hácele estar trabucado en todo lo que él quiere, y el alma aherrojada allí sin ser señora de sí, ni poder pensar otra cosa más de los disparates que ella representa, que casi no tienen tomo, ni atan, ni desatan, sólo ata para ahogar de manera el alma, que no cabe en sí; y es a mí que me ha acaecido parecerme que andan los demonios como jugando a la pelota con el alma, y ella que no es parte para librarse de su po-

(1) *Didlogo contra los luciferianos.*

(2) *Morales*, libro X.

(3) *Traité de la maison intérieure*, cap. XLIX.

der. No se puede decir lo que en este caso se padece: ella anda a buscar reparo, y permite Dios no le halle; sólo queda siempre la razón del libre albedrío, no clara. Digo yo, que debe ser casi tapados los ojos; como una persona que muchas veces ha ido por una parte, que aunque sea de noche, y a obscuras, ya por el tino pasado sabe dónde puede tropezar, porque lo ha visto de día, y guárdase de aquel peligro: a mí es para no ofender a Dios, que parece se va por la costumbre. Dejemos aparte el tenerla el Señor, que es lo que hace al caso.»

Acaecíale, a menudo, no ser dueña de fijar su pensamiento en concepto devoto por espacio de un *Credo*. «Otras veces, dice, me da una bobería de alma (digo yo que es) que ni bien ni mal me parece que hago, sino andar al hilo de la gente, como dicen, ni con pena ni con gloria; ni la da vida ni muerte ni placer ni pesar: no parece se siente nada. Paréceme a mí, que anda el alma como asnillo que pace; que se sustenta porque le dan de comer y come casi sin sentirlo... Miro que sería si me viesen este desvario las personas que me tienen por buena.» Estas sequedades, que duraron veintidós años, no consiguieron desalentar a aquella gran Santa y en nada entibiaron su fe y su felicidad en el servicio de Dios (1).

Muchas personas piadosas forjan, por consiguiente, acerca de la oración, de la Comunión y otros ejercicios de piedad, un concepto totalmente falso, midiendo su valor y mérito por los consuelos y dulzuras espirituales que en ellos hallan. Imaginan ser esos los frutos de la oración; atribúyense todo el mérito de ellos y miden

(1) Cf. *Vida de Santa Teresa*, escrita por ella misma, capítulo XXX.

los progresos alcanzados o el grado de perfección conseguido por el grado de suavidad que sienten, sin sospechar que lo que con eso se busca es la satisfacción del amor propio.

Oigamos a San Juan de la Cruz: «Por causa de la concupiscencia que tienen muchos principiantes en los gustos espirituales, los poseen muy de ordinario con muchas imperfecciones del vicio de la ira. Porque cuando se les acaba el sabor y gusto en las cosas espirituales, naturalmente se hallan desabridos, y con aquel sinsabor que tienen, traen mala gracia consigo en las cosas que tratan, y se airan fácilmente en cualquier cosilla, y aun a veces no hay quien los sufra. Lo cual muchas veces acontece después que han tenido un muy gustoso recogimiento sensible en la oración, que como se les acaba aquel gusto y sabor, naturalmente queda el natural desabrido y desganaado (1)... Estos, en comulgando, todo se les va en procurar algún sentimiento de gusto, más que en reverenciar y alabar en sí con humildad a Dios. Y de tal manera se apropian esto, que cuando no han sacado algún gusto o sentimiento sensible, piensan que no han hecho nada... Quitá Dios muchas veces esotros gustos y favores sensibles, porque pongan en Él los ojos de la Fe... Quieren

(1) «En el cual natural, añade, cuando no se dejan llevar de la desgana no hay culpa, sino imperfección. Hay también otros que por esta golosina tienen tan poco conocida su bajeza y propia miseria, y tan echado a parte el amoroso temor y respeto que deben a la grandeza de Dios, que no dudan de portiar mucho con sus confesores, sobre que les dejen confesar y comulgar muchas veces. Y lo peor es que muchas veces se atreven a comulgar sin licencia y parecer del ministro y dispensero de Cristo, sólo por su parecer, y le procuran encubrir la verdad.»

sentir a Dios y gustarle como si fuese comprehensible y accesible, no sólo en éste, más también en los demás ejercicios espirituales. Lo mismo tienen éstos en la oración que ejercitan, que piensan que todo el negocio de ello está en hallar gusto y devoción sensible, y procuran sacarle, como dicen, a fuerza de brazos, cansando y fatigando las potencias y la cabeza. Y cuando no han hallado el tal fruto se desconsuelan, pensando que no han hecho nada, y por esta pretensión (1) pierden la verdadera devoción y espíritu, que consiste en perseverar allí con paciencia y humildad, desconfiando de sí, sólo por agradar a Dios. A esta causa, cuando no han hallado una vez sabor en este u otro ejercicio, tienen mucha desgana y repugnancia de volver a él y a veces lo dejan... Estos, que así están inclinados a estos gustos, también tienen otra imperfección muy grande, y es que son muy flojos y muy remisos en ir por el camino áspero de la Cruz, Porque el alma que se da al sa-

(1) «Es cierto, dice San Francisco de Sales, que nunca seremos capaces de hacer bien la santa oración si no tenemos la voluntad unida y conforme con la de Dios, cosa que nos falta a menudo. Por ejemplo, veréis a uno que va a hacer oración, preguntadle por qué va, os dirá que para pedir a Dios consuelos y rogarle que le libre de tantas distracciones como le importunan incesantemente. ¡Ay! Con que no queréis conformar vuestra voluntad con la de Dios, que quiere que al entrar en oración estéis resuelto a padecer el trabajo de distracciones, sequedades y tedios frecuentes, permaneciendo tan contento como si tuvieseis mucha consolación y tranquilidad; puesto que es cosa cierta que vuestra oración no será menos agradable a Dios, ni inútil para vos, porque la hayáis hecho con más dificultad, con tal que conforméis siempre vuestro querer con el de su Divina Majestad. Y de este modo cumpliréis siempre vuestras oraciones y todas las demás cosas útilmente para vos, y agradablemente a los ojos de Dios, que es lo que hemos de desear.»

bor, naturalmente le da en el rostro todo sinsabor de negación propicia... La sobriedad y templanza espiritual lleva otro temple muy diferente de mortificación, temor y sujeción en todas sus cosas, echando de ver que no está la perfección y valor de las cosas en la multitud de ellas, sino en saberse negar a sí mismo en ellas» (1).

El célebre Taulero, de la Orden de Santo Domingo, respondía a los que se quejaban de sequedad interior: «Llevadlo con paciencia y recibiréis más gracias que si sintieseis avenidas de tierna y ferviente devoción».

Nuestro Señor dijo un día a Santa Gertrudis: «Querría yo que mis escogidos se persuadiesen firmemente de que sus piadosos ejercicios y buenas obras me son agradables del todo si me sirven a su costa. Pues bien, me sirven a su costa los que, sin experimentar el menor gusto ni sabor de devoción, continúan, no obstante, como pueden, sus devociones, fiando en mi bondad y amor. La mayor parte de los que buscan el gusto sensible de la consolación, si lo consiguiesen disminuirían notablemente sus méritos y no sacarían ningún provecho para la salvación de su alma.»

«Así como en este mundo no es posible que podamos hacer llover cuando se nos antoje, escribe San Francisco de Sales, ni impedir que llueva cuando nos viene en gana que no llueva, así tampoco está en nuestra mano el llorar cuando quisiéremos por devoción, ni dejar de hacerlo cuando nos asalta un ímpetu de lágrimas. De esto no solemos tener la culpa nosotros, sino que así lo dispone la Providencia de Dios que nos quie-

(1) *La noche oscura del alma*, L. I, cap. V y VI.

re llevar por tierra y por desierto y no por agua, y que nos habituemos al trabajo y a las penas» (1).

«Dejad todas vuestras tristes inquietudes, escribe a una señora, y no digáis que nada hacéis en la oración. Pero ¿qué queríais hacer en ella sino lo que hacéis, que es presentar y representar a Dios vuestra nada y vuestra miseria? El mejor discurso que pueden pronunciar los pobres, es mostrarnos sus úlceras y necesidades.

»Pero, a las veces, ni siquiera hacéis esto según decís, sino que permanecéis como un fantasma o una estatua. Pues bien, ¡no es eso poco! En los palacios de los príncipes y de los reyes se colocan estatuas que sólo sirven para recrear la vista del príncipe; contentaos, pues, sirviendo de esto en la presencia de Dios, que ya animará El la estatua cuando le plazca.

»Los árboles sólo fructifican por la presencia del sol, unos más pronto, otros más tarde, cuáles cada año, cuáles de tres en tres años, y no siempre de igual manera. Por muy felices nos podemos tener si llegamos a estar en la presencia de Dios, y contentémonos con esperar, que tarde o temprano, o todos los días o alguna vez, la dicha presencia acarreará algún fruto, según el cual debemos conformarnos del todo...

»¡Notable sentencia! Hay que averiguar lo que Dios quiere, y averiguado, es menester procurar hacerlo alegremente o, por lo menos, animosamente; y no sólo esto, sino que es preciso amar esta voluntad de Dios y la obligación que de ahí se sigue para nosotros, así fuese guardar puercos toda nuestra vida y hacer las cosas más abyectas del mundo, porque para nosotros lo mis-

(1) *Carta* 626.

mo nos ha de dar que nos ocupe en este o en esotro menester. Este es el blanco de la perfección, al cual hemos de apuntar, y el que mejor acierte con él ése llevará la palma» (1).

«¡Oh, Dios mío!, exclama Santa Chantal; ¡qué dicha para un alma no tener en medio de sus desolaciones y aflicciones otro sostén que el de su Dios por la fe simple y desnuda! Nuestro sumo bien consiste en su santa voluntad. Vengamos, pues, por vía de temor o de esperanza, según le agrade, lo mismo nos ha de dar, porque en ambos casos sólo hemos de buscar su beneplácito sin entretenernos mirando el camino por donde nos lleva.»

Con todo, esas dulzuras espirituales no están prohibidas. Hasta es lícito desearlas, singularmente en los comienzos de la vida devota, porque nos animan, ayudan a unirnos más rápida y perfectamente con Dios y, por tanto, a ejercitar mejor la virtud; mas hemos de pedir las siempre con gran espíritu de humildad y sumisión a la divina voluntad que, por su parte, no dejará de concedérmolas, si son útiles y necesarias a nuestro aprovechamiento espiritual. «Son los consuelos, dice Boudon, como los confites que dan a los niños para introducirlos a comer pan; pero ese mismo pan lo comemos solo y seco cuando somos mayores y más fuertes» (2).

(1) *Carta 669.*

(2) *Op. cit.* «La devoción todavía flaca, escribe Bossuet, ha menester más sensible ternera, por cuyo medio parece como si Dios quisiese ganar la sensibilidad y lo exterior del alma para insinuarse en lo interior; a esto llaman gustos, suavidades, dulzuras y consuelos; allí se vierten lágrimas piadosas más dulces que todas las alegrías porque son realmente el fruto de una santa dilatación de corazón que se explaya delante del Señor con tan puro como inexplicable deleite. No vayamos a imaginar que esa vasta dulzura sostén de la piedad naciente, deje de ser don de

Estar constantemente privado de consuelos, abrumado de distracciones, turbaciones, fatigas, tedio o anegado en dulzuras, lo mismo da; si todo se pasa, como hemos dicho, no hay motivo para inquietarnos. El fin de la oración no se cifra en esto. Lo esencial es ser de Dios y únicamente de Dios. Así en el trabajo como en el reposo, en las lágrimas como en la alegría, en la enfermedad como en la salud, en el Calvario como en el Tabor ninguna cosa hemos de amar ni desear, sino el beneplácito del divino Señor y no el nuestro. Todos estos estados son transitorios, como todas las cosas de este mundo; son otros tantos puntos imperceptibles en esta tan corta e incierta vida, pero puntos que forman la línea que nos lleva y nos ata a un estado permanente, a la vida de unión y de amor, a la vida eterna, al Autor de todo bien. Sepamos renunciarnos y someternos; Dios verá nuestra buena voluntad y sabrá premiarla cuando y como lo juzgue a propósito. Nada pasa inadvertido a sus ojos. Acerca de esto no tengamos ninguna inquietud. «Contentémonos considerando que es nuestro Dios, dice el Santo Obispo de Ginebra, y que nosotros somos sus débiles criaturas, indignas de tal honor, como lo hacía San Francisco de Asís, que pasó toda una noche diciendo a Dios: «¿Quién sois Vos y quién soy yo?»

Dios; pues si bien es verdad que si la naturaleza puede simularla, no es en tal caso esa dulzura sensible, que es el sostén de la devoción en sus comienzos, sino más bien un cebo de amor propio, cuya naturaleza y efectos no tratamos de exponer en este lugar; bástanos haber sentido que esas primeras dulzuras, llamadas sensibles, en los principios de la devoción, dependen de la gracia.» (*Prefacio a la instrucción pastoral dada en Cambrai a 15 de Septiembre de 1697.*)

Siendo esto así ¿por qué desalentarnos? Recordemos los ejemplos de los santos, que no sólo tenían que sufrir esos trabajos sino que estaban expuestos a las tentaciones más humillantes. Y ¿querríamos nosotros, pecadores y novicios, no hallar en la vida espiritual, en el rezo y en la oración, más que arrobamientos y éxtasis? «Con tal que no esté distraído el corazón, dice Boudon, aquietaos: Dios ve muy bien en el fondo de vuestra alma que estáis en la oración por amor suyo, y todas esas distracciones involuntarias no son parte a anular esta *intención*, aun cuando durasen todo el tiempo de la oración: muy al contrario, la pena que os causan, llevada con resignación, os une más a su divina bondad que la abundancia de gustos y sentimientos» (1).

Si todas estas consideraciones, sacadas de los grandes maestros de la vida espiritual, no bastasen a tranquilizar a nuestros enfermos, inhábiles a menudo para seguir un discurso, les aconsejamos que a cada distracción que adviertan, se pregunten lo siguiente: ¿Oré hasta ahora con la *intención* de tener estas distracciones? ¿Era ése el *fin* que pretendía al comenzar el rezo u oración? Y si solamente lo advierten al terminar, háganse esta otra pregunta: ¿Antes de comenzar el rezo u oración, pedí a Nuestro Señor, al mismo tiempo que imploraba las luces del Espíritu Santo, que me enviara estas distracciones? La respuesta será fácil. Después de haber protestado lo más brevemente posible, contra estas distracciones, haberse humillado ante Dios, sin dejarse turbar, han de tomar y *mantener* la resolución de apartar el recuerdo, aun el más leve, de tales distracciones, con el mismo cuidado con que lo

(1) *Op. cit.*

harian con los pensamientos contra la fe o toda clase de tentaciones peligrosas o como echarían de sí una brasa encendida que hubiese caído sobre su cuerpo o sus vestidos; porque a no hacerlo así, darán motivo a nuevas inquietudes y harán la vida piadosa y sobrenatural del todo impracticable y ridícula.

CAPÍTULO XII

De la tentación y del pecado

Si abundan las personas sanas que, fraguando ilusiones, tratan la ley de Dios con inexcusable ligereza, en cambio, no escasean los enfermos que, exagerando el rigor, confunden fácilmente la *tentación* con el *pecado*, sin caer en la cuenta de cuán diferente es el *sentir* del *consentir*.

«Conviene tener mucho ánimo en las tentaciones, dice San Francisco de Sales, y no creerse vencido mientras ellas desagraden, observando bien la diferencia que hay entre sentir y consentir, la cual está en que podemos sentir las aunque nos desagraden, pero no podemos consentirlas sin que nos causen placer, puesto que, ordinariamente, se pasa por el placer al consentimiento» (1).

Poco importa que la tentación venga de *nuestro enemigo el diablo* (2) o del impulso de la concupiscencia (3), porque sabemos que todos somos más o menos flacos y expuestos a la tentación y al pecado por nuestra naturaleza caída. También sabemos que el estar

(1) *Introducción a la vida devota*, IV parte, cap. III.

(2) I Petr. V, 8.

(3) Jac. I, 14. Cf. Santo Tomás, p. 1, p. 114, a. 3.

expuestos al pecado no es pecar. Quien dice tentación no dice caída.

Sabemos que el pecado es una desobediencia a la ley de Dios y que no le desobedecemos sin *saberlo*, ni sin *quererlo*.

Para cometer un pecado se requiere, pues: 1.^o Conocer la ley, 2.^o tenerla presente en el acto mismo de traspasarla: es decir, que para pecar en materia leve o en materia grave, es menester *quererlo*. Donde la voluntad no tiene parte, no hay pecado, porque sólo se *quiere* lo que ya se *conoce*.

¿Podría imaginarse cosa más extraña, que la condición de un alma que se hiciese culpable sin *quererlo*, sin sospecharlo siquiera?

«¿Veis, dice el Obispo de Belley, la luna de un espejo? Allí se representa ingenuamente lo que está delante. Pero esto no está en el espejo. Así acaece con nuestro corazón. Es un espejo... donde el diablo puede representar, con sus artificios, todo cuanto hay de más asqueroso, infame y abominable en el infierno; pero la voluntad es la única que puede abrir la puerta e introducir en él tales execraciones. Aun cuando el diablo haga, por consiguiente, tantas muecas como guste, aun cuando forme ante vuestro corazón las más sucias imágenes, aun cuando profiera a los oídos de vuestro interior todas las blasfemias e impiedades más detestables que puedan imaginarse, ninguna de estas cosas os pueden hacer culpable. Aun cuando semejantes tentaciones os duraran toda la vida, dice nuestro bienaventurado Padre San Francisco de Sales, serían impotentes para mancharos con ningún pecado. Diréis que lo que os da miedo es vuestra pasión, pero yo sostengo con

toda la teología, mucho más segura que vuestras aprehensiones, que es tan posible juntar el recelo y el consentimiento como lo seguro y lo inseguro; porque el consentimiento supone una adhesión del alma tan completa, y una determinación tan total que no dejan lugar a duda. La señal más expresa de no consentir es cuando el alma duda si consintió. Yo sólo pondría el pecado capital en la determinación de la voluntad que no dejase después ninguna duda de la malicia. Bueno, me replicaréis; vengan tantas tentaciones y cruces como queráis, con tal que no ofenda a Dios. ¿Pero es posible que no echéis de ver que huís de la pena? Ahí es donde el amor propio representa su papel, y sutilmente os engaña. Humillaos ante Dios, reconociendo que «sabe lo que os conviene mejor que vos mismo» (1).

En vez de turbarse por las tentaciones, obrarían mucho más cuerdamente los escrupulosos, siguiendo los consejos particulares de su Director espiritual y arreglar en general su conducta según los siguientes principios de San Antonino, que deben tener tanto más valor a nuestros ojos cuanto el autor, además de su eminente ciencia y santidad, está calificado por teólogo rígido. Si leen con atención sus palabras, fácilmente advertirán que, a pesar de su fundada reputación de severidad, no es precisamente tan severo como ellos, hasta cuando escribe para todos los fieles, porque aquí no se dirige, ciertamente, a esa categoría de personas de que tratamos, es decir, a los enfermos, a las almas turbadas, a los escrupulosos.

«Cuando un precepto, dice, es susceptible de dos interpretaciones, una severa y otra benigna, esta última,

(1) *Carta espiritual*, citada por Boudon, *op. cit.*

en igualdad de circunstancias, debe preferirse, porque los mandamientos de Dios y de la Iglesia no se establecieron para quitar la dulzura espiritual, la cual es destruída, infaliblemente, por una interpretación escrupulosa o tímida en exceso. No es intención de Dios ni de la Iglesia mandar lo imposible, porque según regla de derecho, *nadie está obligado a lo que no puede*. Pues bien, en la nueva Ley, la palabra *imposible* debe entenderse como cosa apenas posible, por ofrecer extrema dificultad; porque si no ¿cómo explicar aquellas palabras del Salvador: *mi yugo es suave.*» (1)

(1) En todas las cosas y por todas partes, no olvidemos que en el caso de hallarnos perplejos al tomar una resolución, siempre es preferible, y con mucho, inclinar la balanza del lado de la misericordia y prohiar por divisa la de aquel gran santo que dejó escrito: «Más vale tener que dar cuenta a Dios de excesiva misericordia que de excesiva severidad.»

Como un religioso repitiese sin cesar al P. Jean que era excesivamente bueno, éste le contestó por fin: «Pues bien; prefiero pecar por exceso de bondad. Cuando me presente delante de Dios, no me reprenderá por haberme excedido en esto. Y si tal hiciese, le respondería yo: «¡Oh, Señor mío! por más que yo haga, nunca seré tan bueno y misericordioso como lo fuisteis Vos». *Op. cit.*

Anastasio, abad del monte Sinaí, que vivió en el siglo VII, refiere el siguiente caso. Un monje del monasterio, llegado al término de su vida, parecía no apurarse por el momento que había de decidir su suerte eterna. Como, por una parte, le habían dispensado, a menudo, los ejercicios espirituales de la comunidad y por otra, no le habían visto practicar virtudes de tal género que pudiesen motivar tan gran serenidad de alma, el abad que le asistía en aquella hora suprema, le preguntó la causa, poniéndole a la vista su poco fervor. Respondió con presteza el moribundo: «No temáis, Padre, Dios me ha enviado un ángel para asegurarme que me salvaría, según su palabra: No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados (Lucas VI, 37). Es cierto que la falta de salud y mi escaso fervor me impidie-

Ya pueden ver, pues, los enfermos, que su rigor di-
fiere extrañamente de esa indulgencia que, con todo,
no impidió a aquel sabio teólogo, ser gran santo. ¿Cuán-
do será que conformen su conducta con esos principios
en vez de conformarla con su propio juicio, o, mejor di-
cho, con su imaginación enfermiza? Sólo entonces evi-
tarán, poquito a poco, pero con seguridad, las terribles
inquietudes y desengaños de que se lamentan incesan-
tamente, y que sólo sirven para aumentarles los padeci-
mientos.

En vez de proceder así y de contentarse con saber
positivamente si pecaron en los casos en que pueden
saberlo, pretenden, además, averiguar positivamente si
gravemente pecaron. En muchos casos «es difícilísimo
y por tanto peligroso hacer esa distinción», dice San
Agustín (1). Santo Tomás de Aquino (2), San Antoni-
no (3), San Alfonso de Ligorio (4), se expresan del mis-
mo modo. Si los más grandes santos y teólogos hablan
así, ¿cómo se atreverá un simple fiel, enfermo, y, sobre
todo, un enfermo de tal especie a llegar a una solución?
Y además ¿para qué hallarla? ¿Qué provecho sacará?

rón, tantas veces, cumplir con los deberes de la comunidad; pero,
gracias a Dios, recibí siempre pacientemente los malos trata-
mientos que esto me atrajo y los perdoné echándolos siempre a
buena parte. Esto es lo que ahora me da alegría.»

En este buen religioso se verificaban aquellas palabras de la
Sagrada Escritura: «Ha nacido entre las tinieblas la luz para
los de recto corazón, el misericordioso, el benigno, el justo»
(Ps. CXI, 4), «bienaventurados los misericordiosos porque ellos
alcanzarán misericordia» (Matth., V, 7).

(1) *Delivit.*, l. XXI, c. XXVII.

(2) *Quodlibet.* IX, a. 15.

(3) *Sum.*, part. 2, tit. I, c. XI.

(4) *De peccatis*, 51.

¿Para qué, pues, se expone inútilmente a un peligro de esta naturaleza, sin ventaja seria y cierta? Lo único necesario y verdaderamente práctico es saber si el acto presente es bueno o malo, mandado, prohibido o permitido. Los enfermos incapaces para discernir esto, que son innumerables, conténtense con un breve acto de contrición y de confianza en Dios.

«Cuando no acertamos, escribe San Francisco de Sales, a discernir si hicimos bien nuestro deber en algunas ocurrencias y estamos en la duda de haber ofendido a Dios, humillémonos, supliquemos a Dios que nos excuse, pidamos más luces para otra vez, olvidemos del todo lo que pasó y volvamos a nuestro ordinario proceder. Porque la curiosa y empeñada averiguación de saber si hemos obrado bien, proviene, indudablemente, del amor propio que nos mueve al deseo de conocer si somos valientes, siendo así que el amor puro de Dios nos dice: «miserable y cobarde de ti, humíllate en la misericordia de Dios, pide siempre perdón, y después de una nueva protesta de fidelidad pasa adelante en la prosecución de tu adelantamiento» (1).

Con harta frecuencia ¡ay! mucho más a menudo de lo que se cree, el amor propio, «ese gran embrollón, que pretende siempre abarcar mucho y no llevar nada al cabo con perfección» (2), representa aquí un papel más principal que el celo de la gloria de Dios y de la propia perfección. Para convencerse de ello, bastará entrar

(1) *Carta* 808, édit. Blaise. «Señor, dice la *Imitación*, mejor me está tu abundante misericordia para alcanzar perdón que mi presunta justicia para justificar lo oculto de mi conciencia.» Libr. III, cap. XLVI, 5.

(2) San Francisco de Sales.

uno en sí y ser sincero consigo mismo. No tardará entonces en conocer que padece mucho más por la humillación nacida de la flaqueza y de las caídas que por la ofensa hecha a Dios y por el daño causado al alma. Si llegásemos a renunciar a las satisfacciones del amor propio en todo lo que mira a la vida sobrenatural, ¡qué de progresos no haríamos en ella! Desconfiemos, por consiguiente, siempre de este enemigo sutil e importuno que, como dicen, es la primera cosa que vive en nosotros, y la última que muere. Solitarios hubo que al cabo de sesenta u ochenta años de penitencia, perdiéronse por amor propio. Mostró Dios un día a Santa Teresa el lugar que le habría cabido en el infierno si hubiese consentido en un pensamiento de amor propio.

«Recelaos del amor propio, dice San Bernardo, porque es una flecha que atraviesa ligeramente el alma y el corazón, pero que no causa liviana herida, sino que da la muerte a quien menos la espera» (1). La Sagrada Escritura nos enseña que «a la caída precede la soberbia, y antes de la ruina se remonta el espíritu» (2).

«Ningún motivo hay para maravillarnos si vive en nosotros el amor propio, porque suele estar quedo, tanto que a veces hace el dormido, como la zorra; luego, de repente, échase sobre los pollos; y por esta razón es preciso constantemente vigilarle y defenderse de él con paciencia y mansedumbre. Que si a veces nos acomete, con desdecirnos de lo que nos aconsejó, y con desaprobar lo que nos mandó, estamos curados (3), pero sólo temporalmente hasta que se manifiesten nuevas

(1) *In. Ps. XC.*

(2) *Prov. XVI-18.*

(3) *Carta 333, edit. Blaise.*

enfermedades, porque curados perfectamente no lo estaremos más que en el Paraíso» (1).

Si el enfermo pudiese entender cuánto daño le causa la inquietud que *nunca le deja*, antes le es verdadera *tortura*, ¿qué no haría para evitarla o alejarla en vez de detenerse en ella y preguntarse continuamente, como suele, si consintió en tal o cual tentación, si cometió o no pecado grave? Compare, pues, sus disposiciones con las del pecador y verá cuán pronto se tranquiliza. Porque al pecador le turban apenas desazones de este jaez; pues en vez de desconfiar de su flaqueza, de usar de prudencia, de desistir, de resistir o de huir, en suma, de tomar medios de atajar la tentación o vencerla, deséala hasta el punto de buscar ocasiones de hacer el mal, y sólo se lamenta si el placer anhelado no le dejó superabundantemente satisfecho.

«Mientras os disguste la tentación, no hay que temer; pues ¿por qué os disgusta, sino por no quererla vos? Por otra parte, estas tentaciones tan importunas vienen de la malicia del diablo; pero el trabajo y el padecer vienen de Dios, el cual, contra la voluntad de su enemigo, saca de la malicia de éste la santa tribulación con que acrisola el oro que quiere atesorar. Yo también os digo, pues: vuestras tentaciones del diablo son, pero vuestras penas son de Dios y del paraíso; las madres de Babilonia son las hijas de Jerusalén. Menospreciad las tentaciones, abrazaos con las tribulaciones» (2).

«No hay que azorarse, pues, en las tentaciones, sino permanecer en alegre y dulce resignación al beneplácito de Dios. Las tentaciones nada pueden arrebatar a

(1) *Conferencia XX.*

(2) San Francisco de Sales, *Obras*, edit. Vives, t. X, p. 92.

la pureza del corazón que no las quiere; no las miremos a ellas, sino miremos fijamente a nuestro Salvador, que nos espera más allá de la tormenta, y consagremos a su servicio un amor intenso y firme que no se cuide de lo dulce ni de lo amargo, ni se tome más trabajo que decir: *¡Viva Jesús!* Si las tentaciones nos turban es por pensar demasiado en ellas y temerlas en exceso» (1).

Así, tranquilizado ya, no le queda al enfermo sino entregarse a la misericordia de Dios y a los consejos del confesor, teniendo cuenta con que «el Cristianismo es, en su conjunto, una gran limosna hecha a una gran miseria» (2). Es medio excelente para conservar o recobrar la paz del alma, sin la cual casi no es posible hacer el menor progreso en el bien, es decir, santificarse aprovechando las penalidades de esta vida (3).

No nos engañamos acerca de las luchas que muchas almas tienen que sostener, porque sabemos que hay tentaciones terribles, de todos los instantes; las hay que sólo se acaban con la vida, tentaciones no sospechadas; pero sean cuales fueren su género, duración y violencia, ninguna es invencible. «Dios no permitirá que seamos tentados sobre nuestras fuerzas» (4). «El concede siempre sus gracias en proporción de las di-

(1) Cf. Padre de la Rivière, S. J., *Vida de San Francisco de Sales*, c. IV.

(2) Gerbet, *Considérations sur le dogme générateur*.

(3) «No siempre es el mejor medio para vencer las tentaciones el esforzarse en luchar contra ellas, porque los esfuerzos las acrecientan: mejor es despreciarlas sin entretenernos en ellas.

«El miedo es mayor mal que el mismo mal. ¡Oh, hija de poca fe! ¿Qué temes?» San Francisco de Sales, *Carta* 98.

(4) Cor. X, 13.

ficultades, y de la tentación misma hace que saquemos provecho para que podamos perseverar» (1). «No es creíble, dice San Agustín, que Dios haya querido la observancia de la ley y nos haya dado una ley imposible; y, por esto, cuando Dios nos da a conocer nuestra impotencia para observar todos los preceptos, nos advierte que hagamos las cosas fáciles con la gracia ordinaria que nos da, y las difíciles con el auxilio más abundante que podemos conseguir mediante la oración» (2).

Desde su primera victoria en el paraíso terrenal, el demonio envalentonado ¡ay! por sus facilísimos e innumerables triunfos, no ha cesado de acometer al hombre y de trabajar en su ruina (3).

Obrando de esta manera cumple su oficio; cumpla el hombre también el suyo: *vele, ore sin cesar* y con *ilimitada confianza* (4), luche con humildad y perseve-

(1) Ibid.

(2) *In Ps. CII.*

(3) Santo Tomás que enseña cómo el que no ora está perdido, afirma que si Adán cayó fué por no haberse encomendado a Dios al ser tentado. A la misma causa atribuye San Gelasio la caída de los Ángeles. Es muy cierto que a todas las tentaciones seguiría brillante victoria si *ordésemos bien*.

(4) Sabemos que al «que tiene puesta en el Señor su esperanza, la misericordia le servirá de muralla» (Ps. XXXI-10), y que «el que confía en su propio consejo es un insensato» (Prov. XXVIII, 26). Por esto, al decir *confianza ilimitada*, no queremos decir *confianza en sí mismo*, sino en Dios a quien oramos. Esta confianza no excluye la desconfianza que debemos tener de nosotros mismos, como hermosamente lo explica San Francisco de Sales, en la siguiente carta: «No hay que poner en duda si estamos en el caso de confiar en Dios cuando sentimos dificultades en guardarnos del pecado, ni cuando tenemos desconfianza o temor de que en las ocasiones y tentaciones no podamos resistir. ¡Oh!, no; puesto que la desconfianza de nuestras fuerzas no significa falta de resoluciones, antes bien reconocimiento de nuestra miseria. Mejor

rancia, esperándolo todo de Dios y nada de sí mismo y «será echado afuera el príncipe de este mundo» (1) y humillado cada vez que acometa al hombre, como lo es cada vez que asalta a los santos; y desaparecerá la concupiscencia sin causar ningún daño; el hombre saldrá victorioso de la tentación con nueva experiencia, con nuevas fuerzas y nuevos méritos para el cielo, con aumento de compasión hacia los tentados, con indulgencia y caridad para los que caen y con celo y diligencia para socorrerles, ayudándoles a levantarse y a mantenerse en el buen camino.

«Así que sientas en ti alguna tentación, has de hacer lo que los niños cuando ven un lobo u oso en el campo que al punto corren a echarse en brazos de su padre o de su madre, o, a lo menos, los llaman para que los ayuden y socorran: acude tú a Dios del mismo modo, implorando su misericordia y auxilio, que éste es el remedio que nos enseña nuestro Señor: *Velad y orad para no caer en la tentación*» (2).

Finalmente, tengamos siempre presentes aquellas palabras de la Escritura: «Bienaventurado aquel hombre el sentimiento de desconfiar de poder resistir a las tentaciones que de considerarse seguro y bastante fuerte, con tal que lo que no esperamos de nuestras fuerzas, lo esperemos de la gracia de Dios.

«De manera que algunos que, con gran consolación, pretendieron hacer maravillas por Dios, al sobrevenir la ocasión, cayeron; y otros que tenían gran desconfianza de sus fuerzas y gran temor de faltar, al presentarse la ocasión, hicieron maravillas; porque el gran sentimiento de su flaqueza los movió a buscar la ayuda y auxilio de Dios, a velar, orar y humillarse, para no caer en la tentación...» *Carta 875.*

(1) Joan. XII, 31.

(2) Matth. XXVI, 41. San Francisco de Sales, *Introd. a la vida devota*, IV parte, c. VII.

bre que sufre la tentación o *tribulación*; porque después que fuere *así* probado recibirá la corona de vida que Dios ha prometido a los que le aman» (1). «Ni el que combate en la palestra es coronado, si no lidiare según las leyes» (2). Estas leyes ya las hemos expuesto. ¡Ojalá sean fielmente observadas por todos los visitados por las tribulaciones!

(1) Jac. I, 12.

(2) II Tim. II, 5.

CAPÍTULO XIII

De las tentaciones de impureza

Las tentaciones contra la pureza son, indudablemente, uno de los mayores padecimientos que nos afligen en este mundo (1).

Por ser el alma la forma del cuerpo y darle el ser, le está substancialmente unida hasta el punto de que el cuerpo obra sobre ella físicamente (2). Esto puede, por consiguiente, inquietarla, resistirla, y hasta combatirla duramente cuando se opone a sus apetitos.

Fuera de los padecimientos ordinarios, para el alma, substancia simple y espiritual, es gran trabajo estar expuesta a las concupiscencias y a los asaltos más humillantes del cuerpo, substancia compuesta y material que tiene los apetitos del animal y, a veces, peores, ya que, satisfecha su pasión, el animal queda en paz. No acontece así en el hombre. Si, desgraciadamente, desde que la tentación comienza, otorga una

(1) Al leer este capítulo, tengan en cuenta las almas inquietas que todo lo que hemos dicho acerca de la *Tentación* y del *Pecado*, tiene aplicación y aun de un modo especial a este género de pecado. No olviden los escrupulosos que para pecar en esta materia tan penosa, no basta ser tentado.

(2) Según el P. Zigliara, es más exacto decir que el alma obra sobre sí misma por medio del cuerpo. Cf. *Summa philosoph. Psychol.* I, II, cap. I, art. 2.^a, n.^o 11.

concesión no tardará en hacer una segunda, después una tercera, y así sucesivamente. Cuanto más ceda a la carne, más ella clamará; porque es insaciable (1). Es un «abismo que llama a otro abismo».

Muy a menudo, los estragos causados por esta horrible pasión, están en relación con el estado de salud de cada uno. Por otra parte, si se da rienda suelta a estos vergonzosos apetitos, el cuerpo, sea cual fuere su facultad de resistencia, corre grave peligro de quedar extenuado. ¡Ay! Sobran, por desgracia, ejemplos de este jaez. Para conocerlos, basta consultar las obras de teología y de medicina que tratan de tan delicada materia. Todas son del mismo parecer acerca de este punto. Este vicio vergonzoso que carcome y arruina sordamente la sociedad, rebaja el alma, pervierte el corazón, anubla el entendimiento y acaba con la salud. «Salomón, dice Bourdaloue, ya no tuvo a menos el postrarse ante los ídolos de piedra, así que hubo adorado los ídolos de carne, con que perdió las más claras luces de su alma desde que dió su corazón a infames criaturas» (2). Por eso, dice con razón San Alfonso de Ligorio, doctor de la Iglesia, que «este género de pecado es el que pierde más almas» (3); porque «la obsti-

(1) Uno de los más célebres sibaritas del siglo pasado se expresa, en orden a este punto, con palabras a la altura de sus orgías: «Pasaron las flores y los frutos de nuestros placeres, dice Byron; quédanme sólo espinas, gusanos, podredumbre. Ya no me satisfacen los deleites sensuales cuyas cadenas arrastro. Mi vida es un infierno. Muramos, pues, y busquemos en el seno de la tierra el descanso que el mundo no nos pudo dar.» La hora de este descanso no tardó en sonar. Murió algunos meses después de escritas estas líneas. Tenía entonces 36 años de edad.

(2) *Sermón sobre la impureza.*

(3) *Theol. mor.*, l. III, tract. IV, cap. II, n.º 413.

nación en el mal acompaña a este pecado más que a ningún otro» (1), y también porque «el hombre cautivo del placer es enemigo de la verdad» (2). «Donde no reina esta virtud, dice el P. Lacordaire, no hay más que lodo en una tumba» (3).

Las tentaciones contra la pureza no son inherentes a ciertas enfermedades nerviosas, como con harta facilidad se cree. Con todo, si algunos enfermos están enteramente exentos de ellas, sin sospechar siquiera su naturaleza, otros por el contrario, las padecen en tal grado que no gozan de reposo, según el género de enfermedad por la cual estas tentaciones se manifiestan. Tales tormentos: pensamientos, representaciones, deseos, etc., los persiguen por doquiera, aun en la oración, en la recepción de los sacramentos y aun en el sueño del cual súbitamente despiertan movidos por horrendos fantasmas. Todas sus potencias sienten más o menos este influjo: a menudo, llegan a estar debajo

(1) *Obras completas*, ed. Dujardin, t. XV, serm. 45. En este sermón, cita muchos textos de la Sagrada Escritura que se refieren a este pasaje, entre otros, aquellas palabras de San Jerónimo: «La lujuria, luego infernal que tiene por cebo a la gula, se derrama en malas conversaciones y acaba en la condenación eterna.» En cuarto y último lugar, cita como puerta principal del infierno la impureza, por donde entra el mayor número de condenados». Y añade: «¡Dicen que Dios es indulgente con este pecado! Pues es el que precipita más almas en el infierno.» San Remigio dice que la mayor parte de los condenados están en el infierno por pecados de impureza. Leemos en el P. Sèneri que, así como este vicio hinche el mundo de pecadores, hinche también el infierno de réprobos. Antes, San Bernardino de Sena había expresado el mismo concepto: «Este pecado, dice, arrastra consigo al eterno suplicio a casi todo el género humano.» (Cf. t. XVI, p. 77).

(2) Bossuet, *Tratado de la concupiscencia*.

(3) *Op. cit.*, t. II, p. 38.

del señorío exclusivo de esta tentación. Es, en suma, una verdadera obsesión: tanto que, a veces, le es del todo imposible atender a otra cosa ni fijar su pensamiento en objeto alguno, acaeciéndoles frecuentemente no poder ya distinguir entre la *tentación* y el *consentimiento*.

Con harta frecuencia, también el terror que tales tentaciones infunde, es suficiente para engendrarlas o imprimirlas más profundamente en la imaginación.

Si el temor o el terror, es decir, el *miedo*, obra en general sobre la fantasía, despertándola, conmoviéndola y cebándola, ¿qué efectos no producirá en los dolientes, tan propensos a conmoverse, turbarse y trastornarse? Con la facilidad extraordinaria de conmoverse, tan propia suya, déjanse ellos asaltar, de repente, por este linaje de tentaciones que parecen apoderarse de todo su ser. En vez de emplear su entendimiento y voluntad en desviarlas, substituyéndolas por otros pensamientos y otras impresiones, estánse en ellas a guisa de encadenados y paráliticos, examinando *si, cómo y hasta dónde* consintieron en ellas. No sospechan los enfermos que este es el *medio infalible* de hacer verdaderamente peligrosas estas tentaciones, alargándolas semejante cebo. Pero lo que acrecienta singularmente este estado de turbación es el miedo de no poder salir con victoria de tales asaltos, ni servir a Dios en estas condiciones (1), ni salvar su alma, ni san-

(1) Aquí, sobre todo, tiene uno *miedo de tener miedo*; aquí, cabalmente, donde tiene el miedo más desastrosa influencia.

Vino un día una enferma a vernos (tan trastornada, que parecía estar fuera de sí), para hablarnos, decía ella, de una cosa tan horrible que solamente la desesperación le había comunica-

tificarse. Parece a veces como que un poder irresistible los empuja al mal.

En esto verán muchos enfermos un castigo de sus culpas y aun llegarán a imaginar, con harta facilidad,

del valor para dar este paso, porque no sabía qué hacerse días hacía.

Refiríonos que, habiendo ido de paseo con una compatriota amiga suya, ésta le había hablado de sus tentaciones contra el sexto mandamiento. Aquel simple relato (de corta duración, por haber ella rogado a su compañera que lo dejase, así que advirtió el peligro), produjo en nuestra enferma, impresión tal, que pasó sin dormir varias noches.

Lo que causaba tal trastorno en esta alma, de una pureza angélica, era, sobre todo, el miedo, esto es, el temor de pecar. Dijonos varias veces que estas angustiosas tentaciones que la acongojaban noche y día, la atemorizaban hasta un extremo increíble, por la razón de que nunca había experimentado cosa semejante, ni tenía nada que reprocharse contra este precepto. Como estuviese acostumbrada a recibir la sagrada comunión todos los días, ya no se atrevía a ello desde que estaba así trastornada. Nosotros la obligamos a recibirla desde el día siguiente y a continuarla, creyendo que esto sería —con la oración— el mejor, sino el único remedio en semejante caso. No tardó en convencerse por sí misma. Estoy inquieta, especialmente, antes de la comunión, dijonos al poco tiempo; pero apenas la recibo recobro la paz, que dura siempre por cierto tiempo.

Este estado, es decir, estas tentaciones de que no podía librarse y que le quitaban el sosiego de alma y de cuerpo, hubieron de hostigarla más de un mes.

Ejemplo es éste, tomado a la ventura, que da concepto de la impresionabilidad de ciertas naturalezas enfermizas, y del mal que en ellas puede causar el temor del pecado, esto es, el *miedo*, el cual enseña al mismo tiempo cuánta prudencia ha de reinar en las conversaciones, singularmente con tales personas.

Ella había ido varias veces a consultar sobre su insomnio al médico, el cual le preguntó la causa, que se guardó muy bien de decir, de manera que no pudo ella conseguir ningún remedio. Por otra parte, ¿qué podía hacer el médico en tal circunstancia? Esto fué precisamente lo que a ella no se le ocultó, y por eso determinó venir a casa a hablarnos.

ser esto un comienzo del castigo que les aguarda en el otro mundo.

Es conveniente que sepan que almas llegadas a muy subida perfección, y santos también, no se libraron de tales trabajos, porque si lo ignorasen caerían en desaliento; desaliento tanto más peligroso cuanto nuestros enfermos no están, las más veces, para hacer esfuerzo alguno en orden a combatir el *miedo* que los asedia por todas partes.

El venerable César de Bus, fundador de los PP. de la Doctrina Cristiana, ciego ya, padeció cruelmente estas tentaciones en gran parte de su vida.

La Madre Teresa de Jesús, fundadora de las Religiosas de Nuestra Señora, nos dijo sobre esta materia lastimosos relatos. Véase lo que escribe el autor de su vida hablando de sus trabajos: «Fueron los asaltos tan grandes e importunos y las tentaciones tan horribles que hemos creído conveniente hablar de esto poquísimo, en general, por no espantar a los flacos (1).

Para luchar contra tan humillantes y bravas tentaciones revolcóse San Francisco en la nieve, se arrojó San Benito en un zarzal, y San Bernardo se zambulló en un estanque helado. «Cuando quiero volver a mi corazón, dice este santo, son de tal naturaleza estas tentaciones que disipan mi pensamiento.»

Sabidos son los tremendos combates que hubo de empeñar San Jerónimo, en una edad en que ordinariamente no se dejan sentir las pasiones con tanta viveza, combates cuya índole, intensidad y número él propio nos refiere.

(1) Alicia Le Clerc, llamada en Religión M. Teresa de Jesús.

San Pedro Celestino era probado de tal manera por estas ideas, que tuvo intento de no celebrar ya más la Santa Misa, teniéndose por indigno de ofrecer el Santo Sacrificio en tal estado de alma. Viéndose juguete de verdaderas torturas, consultó sobre este asunto al Sumo Pontífice, quien viendo en aquella temible tentación el medio de purificar, perfeccionar y santificar a tan gran siervo de Dios, díjole que no se apurase por ello, ordenándole al mismo tiempo que continuara diciendo misa todos los días.

San Alfonso de Ligorio tuvo que padecer de un modo extraordinario por estas humillantes tentaciones, como lo refieren sus biógrafos. No pudiendo el demonio moverle a soberbia, escribe el P. Berthe, acometió la empresa de despertar en él la concupiscencia carnal, y perder por la impureza a aquel ángel de inocencia que desde la infancia hasta la decrepitud había conservado sin mancha la blanca estola del bautismo. San Pablo escribió que en medio de sus arrobamientos y revelaciones, un espíritu infernal le sometía a las más vergonzosas tentaciones. San Alfonso experimentó por más de un año, los terribles efectos del poder de Satanás sobre la imaginación y los sentidos. «A despecho de mis ochenta y ocho años, decía un día al P. Criscuoli, siento en mí todo el ardor de la juventud.» A veces, tan violentas llegaban a ser las acometidas, que prorrum-pía en gemidos y golpeando el suelo con los pies exclamaba: «Jesús mío, haced que muera antes que ofenderos.» «¡Oh, María!, si Vos no venís a ayudarme, llegaré a ser más criminal que Judas.» Llamaba entonces en su auxilio á los Padres Villani y Mazzini; iba arras-trándose a sus aposentos, y si no se encontraba con

ninguno de los dos confesores, acudía al primer sacerdote que se le ponía delante. Durante aquellas largas noches de insomnio, obsesionado por horrendas sugerencias, mandaba por algún Padre para que le defendiese contra las astucias y violencias del maligno espíritu...

Aparecíasele el demonio en diversas formas para tentarle contra la castidad. Alguna vez el infierno empleaba la violencia para lograr sus fines. Después de un cruel asalto, refiere Mazzini, hizome llamar el santo anciano a toda prisa, para oírle en confesión, porque se hallaba como a punto de expirar. Corrí desolado a su aposento, donde le hallé enteramente abatido. Me esforcé en reanimarle, y así que pudo articular una palabra, contóme que había sido juguete de tan horrorosas sobreexcitaciones que una fuerza invisible le cogía físicamente el brazo para forzarle a cometer el pecado, y que, en fin, jamás hombre alguno, ni aun en pleno vigor, había sentido turbación de tan violentas pasiones, cosa del todo inexplicable en un anciano, casi nonagenario, abrumado de achaques, extenuado por la enfermedad, sin alientos para tenerse en pie, ni moverse para ir del sillón a la cama. Preguntéle si había consentido de alguna manera a aquella espantosa tentación. Respondióme que había desplegado toda su energía para desasir el brazo del apretón invisible, y que interior y exteriormente había resistido al enemigo, sin consentir ni el más mínimo pensamiento contrario a la pureza, no cesando de lanzar hacia Dios voces de dolor y de repetir estas invocaciones: «Señor, Jesús, no quiero ofenderos; concededme la gracia de resistir a la tentación; dejadme morir, ¡oh, Dios mío!, mas no permitáis que caiga en pecado.»

Le consoló de la mejor manera que pude, amado Mazzini, asegurándole que en vez de ofender a Dios había granjeado grandes merecimientos, triunfando del enemigo. Le bendije, y recobró la paz...

Es imposible imaginar cuánto tuvo que padecer el santo anciano en los diez y ocho meses que duró aquel purgatorio interior. A un amigo que le preguntó cómo se hallaba: «Como un hombre molido a los golpes de la justicia de Dios», contestó. Viéndole un día sumido en profunda melancolía, un sacerdote atreviése a decirle: «Antes era usted muy jovial.» «Sí, jovial, exclamó con voz apagada; las penas del infierno padezco yo.» Y cierto, las penas que padecía, más se asemejaban a las del infierno que a las del Purgatorio. En aquel lugar de expiación el alma padece por estar privada de Dios, pero tiene la certeza de poseerle un día y de no perderle jamás; pero San Alfonso creía haberle perdido para siempre.

De ahí procedían aquellos gritos de espanto, cuando al influjo del maligno espíritu, el sentimiento de desesperación parecía dominar la voluntad. Pedía socorro, llamaba a Jesús y a María, suplicaba a sus hermanos que le ayudasen, como a un hombre a quien arrebatan su Dios y que ve a sus pies abrirse el infierno (1).

(1) *Op. y loc. cit.* «Si nos preguntan, dice también el P. Berthe, por qué permite el Señor que sus mejores amigos estén sometidos a tan duras pruebas, la Cruz nos explica el misterio. Conviene a los santos, miembros vivos de Jesucristo, acabar en sí la dolorosa pasión. Cuando las humillaciones y los padecimientos los han purificado y transfigurado, los saca Dios del Purgatorio, donde los tenía sumidos; la luz sucede a las tinieblas, sobreabunda la alegría donde abundaba la aflicción, y admiramos entonces al extático y al taumaturgo en el hombre que parecía, hace poco, desamparado de Dios. Así acaeció al Santo

Es inútil insistir más y pintar con más pormenores un cuadro de tales miserias. Los que no saben de ellas por experiencia, no acabarían de entenderlas; les parecerían exageradas o se mostrarían escandalizados, pero cuanto decimos bastará cumplidamente a los interesados, quienes, es de esperar, no dudarán de la eficacia de los remedios que les proponemos ni de la exactitud de este bosquejo de sus males.

Venga lo que viniere, sea cual fuere la naturaleza y duración de las tentaciones, no echemos en olvido que esta tentación viene a ser como las demás: que para hacerse culpable, hay que *consentir*, hay que *desear* o *querer* cometer el mal que ella nos sugiere y al cual nos empuja. También conviene saber y persuadirse que, sea cual fuere la *violencia*, la turbación que produce en todo el ser y la lucha encarnizada que se ve obligado a sostener, nunca podrá la tentación inducirnos al mal en que no queramos caer; lo contrario sería negar la existencia del libre albedrío y la eficacia de la gracia, negar hasta la existencia de todo principio sobrenatural.

«Cuando tenemos malos pensamientos, escribe Gersón, no por eso pecamos mortalmente; sino solamente si *consentimos* en ellos, es decir, si *nuestra voluntad los favorece, o se entretiene en ellos con*

después de aquella cruel borrasca, y aun en medio de sus más amargas tribulaciones. Los éxtasis y arrobamientos se le hicieron más frecuentes que nunca.» Cf. *Memorias sobre la Vida y la Congregación de San Alfonso de Ligorio*, por el P. Tannoia, t. III, cap. XXXV; *Historia de San Alfonso de Ligorio*, t. IV, cap. X, París, Poussieltgue, 1877; *Vida e Instituto de San Alfonso de Ligorio*, por el cardenal Villecourt, t. III, cap. XXXVIII, etcétera.

placer o se regocija de su presencia: porque no hay que temer pecado donde hay disgusto y horror de ellos. Sin consentimiento, las más feas imaginaciones no manchan la pureza del alma, como no empañaría el brillo de un espejo el deforme semblante de un monstruo que se pusiese delante; muy al revés, acrecientan el mérito. Lo que pone en peligro la conciencia es solamente la voluntad libre y racional, que pertenece a la parte superior del alma, y la cual puede conservar el horror del placer prohibido hasta cuando el apetito grosero de nuestra naturaleza corrompida experimenta violentísimamente sus atractivos y nos arrastra a él con todo su poderío; de manera que un alma escrupulosa que siente las impresiones violentas de la concupiscencia, se imagina, no sólo haber consentido en ellas, sino también se considera como en un infierno anticipado, donde se encuentra desamparada de Dios por sus pasadas culpas y está de continuo al borde del abismo de la desesperación.»

Cuando una persona escrupulosa, angustiosa, se ve acometida de fuertes tentaciones o movimientos carnales, le es muy difícil, ciertamente, evitar el *miedo* de consentir. Persuádase, por consiguiente, que este *miedo* es ya un argumento de *resistencia*, de *no consentimiento*, y por tanto, de ausencia de todo pecado, como ya va dicho varias veces.

Con el fuego nadie juega. No jugaremos ya más con la sensualidad, si no queremos someternos a su *yugo de bronce* y hacernos esclavos suyos. Sobre todo, ninguna concesión.

«Atajad el mal en su raíz, dice un poeta pagano, porque si le dejáis crecer a vuelta de dilaciones, el

remedio tarde llegará» (1). San Ignacio de Loyola, dice que Satanás es como la serpiente que desliza todo el cuerpo donde metió la cabeza. Afirma San Pacomio que los diablos se habían visto obligados a confesar que temían mucho a los que resisten prontamente a las tentaciones; pero se regocijan con los negligentes, por lo cual con mucha razón dice el autor de la Imitación: «Cuanto más perezoso y tardo fuere uno en resistir tanto se hace cada día más débil, y el enemigo contra él más fuerte» (2).

En los mismos términos se expresa San Alfonso de Liguorio pintando con admirable exactitud la terrible influencia de esta tentación sobre nuestros órganos y facultades: «la carne, dice, es nuestro enemigo más terrible; cuando nos embiste nos quita casi toda luz, borra de nuestra memoria todas las consideraciones y buenos propósitos que habíamos hecho; y así, cegados, no hacemos caso de las verdades de la fe, ni casi tememos venganzas de Dios; por estar esta tentación favorecida de la inclinación natural que nos empuja violentamente a los placeres de los sentidos. Si en tal peligro no acudimos a Dios, perdidos somos» (3).

(1) «Principiis obsta: sero medicina paratur cum mala per longas invaluere moras.» Ovidio, l. I *de Rem. am.*

(2) *Imit.* cap. XIII, 5. A las personas afligidas por estas tentaciones, aprovechará en gran manera, la lectura y meditación de este capítulo como también la del cap. XIII de la 3.^a parte de la *Introducción a la Vida devota* de S. Fr. de Sales, y el cap. XIX del *Combate espiritual* de Scupoli.

(3) *Obras completas*, tom. 3.^o *Del gran medio de la oración*, capítulo I, § 2. «La castidad, añade, es una virtud para cuyo ejercicio somos impotentes si Dios no nos da su gracia; y esta gracia Dios la da sólo a los que se la piden, pero todo el que la pida la consigue con seguridad.» *Ibid.*

Santo Tomás, dice que nunca nos ha de parecer imposible

Evitaremos, pues, con el más solícito cuidado, hasta el tener que combatir (lo cual; ¡ay! no siempre es posible), porque los beligerantes no tienen la misma fuerza. No olvide el alma que le toca luchar con enemigos terribles, tanto más peligrosos, cuanto nunca la dejan, antes espían todos los momentos para derribarle. Estos enemigos principales son la carne y el demonio. «La carne es el enemigo doméstico. el enemigo de todos los instantes», dice Santo Tomás. Bossuet añade que para evitar este peligro «hay que temer hasta una mirada, ya que por ahí entra el veneno. El secreto está en huir... Es menester, en lo posible, evitar, hasta el tener que combatir, porque no siempre somos por mucho tiempo valientes ni firmes contra nosotros mismos» (1). Se atribuye a San Agustín esta palabra: «Vi caer cedros del Líbano, pero yo estaba tan lejos de temer su caída como la de un Jerónimo o la de un Ambrosio.»

Tengamos también presentes las condiciones de cada cual: vocación, ocupaciones y relaciones con los suyos y con el mundo; circunstancias que llegarán a ser, en mayor o menor grado, según la naturaleza de cada cual, ocasiones próximas o remotas de pecar, y a las que a veces, es muy difícil, sino imposible, poner remedio. Para evitar uno estos peligros no puede llevar la vida de un solitario, como San Pacomio, o San Antonio o vivir sobre una columna como San Simón Estilita. La dificultad es tanto mayor cuanto más obligados están muchos de estos dolientes, fuera de todo tratamiento,

guardar la castidad o cualquier otro precepto divino, porque lo que no podemos hacer por nuestras propias fuerzas, lo podemos con la ayuda de Dios. (Cf. 1.^a 2.^a, q. 109, art. 4.^o, ad. 2.)

(1) *Meditaciones sobre el Evangelio.*

a abstenerse de todo trabajo intelectual, y a procurar distracciones a su ánimo. Al médico o al director espiritual toca el procurárselas porque la mayor parte del tiempo no podrán ellos por sí. Con todo, hay reglas generales de que no es lícito apartarse si pretendemos llegar a feliz término, reglas que resumimos aquí.

Naturalmente sucederá con estos remedios como con tantos otros. Obrarán lentamente, lo cual causará la desesperación de estos enfermos que querrían verse luego aliviados. Además, si no siempre producen el suspirado alivio, siquiera indicarán a los enfermos los medios de embellecer su corona permaneciendo puros. Y luego, el que haga cuenta de conservar o recobrar una virtud de tal precio ¿cómo vacilará un instante en someterse a todo linaje de sacrificios? (1)

El medio indispensable, sin el cual todos los demás carecen muchas veces de eficacia, es el sosiego. El enfermo ha de ver en esta humillante prueba la mano de Nuestro Señor, como la ve en el padecimiento que le acosa. Ni olvidará que Dios conoce a los combatientes y el género de combate que tienen que sostener, que no le viene ningún asalto sin su permiso y que asiste a todas estas luchas y nota todas estas victorias.

(1) La castidad, dice el P. Lacordaire, no es una virtud mística, virtud de claustro y de novicios; es virtud moral y social, virtud necesaria a la vida del género humano. Sin ella, la vida se agota en su misma fuente, la belleza se marchita en el rostro, la bondad se retira del corazón, las familias se extinguen y desaparecen, las naciones pierden gradualmente su principio de resistencia y de expansión, el respeto a la jerarquía naufraga en los escándalos; todos los males, en suma, entran por esta puerta, todas las esclavitudes y todas las ruinas han pasado por ella. *Op. cit.*, III, 63.

Aquella dulce e insigne Santa de la Orden de Santo Domingo, Catalina de Sena, vióse una vez asaltada de una tentación de impureza que ni de noche ni de día la dejaba punto de reposo, no obstante la oración, penitencia, limosnas y trabajo que no cesaba de renovar sin interrupción. Por fin, al cabo de una terrible guerra de dos meses, libróla de ella, súbitamente, el Salvador apareciéndosele. «¡Oh Señor! exclamó temblando, ¿dónde estabais durante esta tempestad?» «En tu corazón, hija mía, complaciéndome al verte pelear de tal manera por mí», respondió Nuestro Señor.

Si un pobre combatiente, por imprudencia, flaqueza o por dejarse arrastrar o por pasión llega a caer, allí está el Señor a su lado que le tiende la mano para ayudarle a levantarse (1). No tiene, por consiguiente, más que asirse a esta mano divina que no cesa de bendecir a los pecadores, y escuchar las promesas de misericordia, de perdón, de consuelo y de seguridad en la victoria final que se le dirigen por Aquel que dijo de Magdalena: «Le son perdonados muchos pecados porque mucho amó» (2). Y así fortalecido, sólo tiene que volver a ocupar su puesto en el ejército de Cristo, evitando los pensamientos de desmayo con la misma solicitud que el

(1) «Algunas caídas graves, con tal que no sea con propósito de encenagarse en ellas, ni endormeciéndose en el mal, no quitan que se hayan hecho progresos en la devoción, la cual, si bien se pierde pecando mortalmente, se recobra, con todo, al primer arrepentimiento verdadero que tiene uno de su mismo pecado, como digo, cuando no ha estado sumido en el mal mucho tiempo... y de ningún modo hay que perder el ánimo, sino con santa humildad poner los ojos en su propia flaqueza, acusarla, pedir perdón e invocar el socorro del cielo». (S. Fr. de Sales, *Carta 829*, Ed. Blaise.)

(2) Luc. VII, 47.

pecado o las ocasiones de pecar. Este punto es fundamental, venga lo que viniere, es decir, sea cual fuere el número y la gravedad de las caídas. Si el remedio tarda en obrar no dudemos que la curación es segura. ¿Por qué, pues, tener ni siquiera un solo pensamiento de desaliento, sabiendo que cada combate acrecienta nuestras eternas riquezas, y que el combate final ha de terminar con la victoria? «Quien perseverare hasta el fin ése se salvará» (1).

Guardémonos también de creer que la perfección se cifra en la tranquilidad, en verse uno libre de tentaciones (en especial de tentaciones tan humillantes como éstas), en una palabra, en la ausencia de toda dificultad; sino que consiste, sobre todo, en la práctica del amor de Dios, como ya va dicho de la *humildad* (2), en el conocimiento de nuestra nada (3), en la disposición

(1) Math. X, 22.

(2) «El pecador, dice San Bernardo, toma, para andar al paso del Cordero, siguiendo la senda de la humildad, un camino más seguro que el hombre que con su virginidad sigue las vías de la soberbia, porque la humildad del uno le purificará de sus manchas, así como la soberbia del otro no puede menos de contaminar su pureza.» (*Homil. I super Missus.*)

«Más querría yo, escribe San Francisco de Sales, que los claustros estuviesen llenos de todos los vicios, que del pecado de soberbia y vanidad, porque las otras ofensas dan lugar a arrepentimiento y perdón, pero el alma soberbia tiene en sí la raíz de todos los vicios, y no hace jamás penitencia, porque creyéndose hallarse en buen estado menosprecia los consejos que le dan. Nada se puede hacer con un alma vana y llena de sí; ni será buena para sí ni para otros.» (*Consejos a la Sra. Rosa del Bourgeois, abadesa del Puits d'Orbe. Cf. Maupas, Vida de San Francisco de Sales.*)

(3) ¿Sabes hija, decía Nuestro Señor a Santa Catalina de Sena, sabes lo que eres tú y lo que soy yo? Si aprendes estas dos cosas, bienaventurada serás; tú eres la que no eres y yo soy El que soy.» (El B. Raimundo de Capua, *Vida de Santa Catalina de Sena.*)

a todo sacrificio, a arrostrarlo todo hasta la muerte antes que ofender a Dios.

Al mismo tiempo que nos esforzamos en resistir a los malos pensamientos, no dejemos de acudir a la oración, a la penitencia y a la frecuencia de Sacramentos, únicos medios de que podemos disponer en muchas circunstancias. «Este género de demasías no se echa sino con la oración y el ayuno» (1), dice Nuestro Señor. Tres cosas son menester para hacer la guerra, decía Napoleón: 1.^o, *dinero*; 2.^o, *dinero* y 3.^o, *dinero*. A este tenor, diremos también nosotros, especialmente a los enfermos que no pueden ayunar, que para hacer la guerra a tan peligroso y poderoso enemigo, tres cosas son menester: 1.^a, oración; 2.^a, oración, y 3.^a, oración. No pretendemos decir con esto que sean inútiles, o poco menos, los otros medios, no, ciertamente; pero son secundarios.

Con ilimitada e inquebrantable confianza hemos de acudir al poder de Aquella que «fué concebida sin pecado», a la cual invocamos con el nombre de «Madre purísima, Madre castísima», persuadidos dé que sigue teniendo el mismo poder con que aplastó la cabeza de la infernal serpiente, y de que lo empleará en favor de todos los que se hagan dignos de él. A ello nos invita muy ahincadamente el gran San Bernardo: «Oh, tú, quienquiera que seas, advierte que en esta vida, más bien que andar por tierra firme, vas navegando entre peligros y borrascas. Si quieres no quedar sumergido, mira la Estrella, llama a María. En los peligros de pecar, en las tentaciones porfiadas, en las dudas, piensa

(1) Math. XVII, 20.

que María te puede socorrer y llámala de contado. No falte jamás su nombre de tu corazón con la confianza, ni de tu lengua con la invocación. Si la sigues no errarás el camino de la salud. Si acudes a ella no desconfiarás. Si te tiene de su mano no caerás. Si te protege nada temerás. Si te guía, llegarás al puerto sin trabajo. En una palabra, si María toma a su cargo defenderte, alcanzarás la bienaventuranza» (1).

El medio más seguro de hacerse digno de la protección de la Santísima Virgen es también la oración. Ella misma quiere que la rueguen (2), y que se la invoque con el nombre de «Reina del Santísimo Rosario» (3).

Nunca quedará bastante recomendada la devoción a los santos ángeles, «esos amigos de las almas castas»,

(1) *Serm. III, de Nat. Virg.* (citado en las *Glorias de María*, edic. del Ap. de la Prensa). San Francisco de Sales escribe: «La Santísima Virgen fué en todo tiempo la estrella polar y puerto seguro de todos los que navegaron por el borrascoso mar de este miserable mundo; los que en esta travesía tienen por norte a esta divina estrella se libran, por su amparo, de caer en los escollos y precipicios del pecado.» (*Obras completas*, nueva edic., tom. IX, 5.)

(2) Un día el Beato Alano de la Roche, de la Orden de Santo Domingo, escogido por ella para restablecer y propagar el rosario, fué acometido por tan violenta tentación que estuvo a punto de sucumbir, porque descuidó el acudir a Aquella que él invocaba sin cesar y particularmente en las tentaciones. María, que asistía a la lucha, viendo el peligro a que se exponía su siervo por descuidar un medio tan fácil, se le apareció y le dijo: «no te hubieras hallado a riesgo de perderte si me hubieses llamado en tu ayuda». (Cf. el P. Saintrain, redentorista: *La ciencia de los Santos*, V parte, cap. II.)

(3) ¿No parece que nos convida Ella misma a rezarlo en sus varias apariciones de la Saleta (1646) de Lourdes (1858) y de Potmain (1870)? Sabido es que en Lourdes mandó a Bernardita que fuese a rezar el rosario a la gruta quince veces. Muchos volúmenes serían menester para contar las maravillas obradas por el Rosario.

y singularmente al ángel Custodio. «El oficio del ángel de la Guarda, dice Santo Tomás, tiene por intento principal alumbrar e instruir al hombre para conducirlo felizmente a su fin sobrenatural; pero también produce innumerables bienes en el orden temporal, contrastando los ardidés de los demonios y atajando otros males que amagan al alma y al cuerpo... Si el Ángel custodio se aleja, a las veces, del hombre pecador, dice también el Santo, nunca le pierde de vista ni le priva totalmente de los efectos de su protección; porque cuando el Ángel mora en el cielo, también entonces sabe cuanto le pasa al hombre a quien puede ofrecer socorro instantáneo, como quien no necesita de tiempo para trasladarse de un lugar a otro» (1).

El ángel Custodio vela, por tanto, sobre nosotros, con especial solícitud. En nuestra compañía está, sin dejarnos de la mano. Mediten los fieles sobre el nombre de este celestial protector. ¿Por ventura le dieron en vano el nombre de *Custodio*? No, ciertamente. Porque si no está encargado de *custodiar* las almas que le están confiadas de un modo especial, ¿qué ha de custodiar? ¿Acaso le ha encomendado Dios otro ministerio?

Séase, pues, que si un alma sucumbe, no será por falta de socorro, sino por falta de vigilancia, de confianza y de recurso a éste tan fiel amigo, tan solícito y tan poderoso. Sucumbirá, ciertamente, por haber prestado fácil oído al lenguaje perverso de otro ángel, del ángel de perdición que es mentiroso y padre de la mentira (2); el cual tampoco deja al alma con el fin de inducirla a error y arrastrarla al lugar reservado a los

(1) P. I, q. 113, a. 6, 7.

(2) Joan. VIII, 44.

enemigos de Dios. Es menester estar uno sobre sí por no confundir al ángel de luz con el ángel de las tinieblas y no salir del servicio de Dios para entrar al servicio del demonio: «Velad y orad».

Sí, a pesar de la oración, penitencia, frecuencia de Sacramentos y vigilancia, vuelven las tentaciones y persisten, no nos inquietemos (1), pues hemos cumplido nuestro deber; Dios no nos pide más. Cuando lo juzgue oportuno sabrá decir al enemigo de nuestra alma, a la tentación, lo que dijo a las olas: «No pasarás de aquí». Esto nos ha de bastar.

Todos sabemos que Dios obra siempre en provecho de nuestras almas. «El aguijón de la carne, mensajero de Satanás, dice San Francisco de Sales, picaba fuertemente a San Pablo para precipitarle en el pecado. El santo apóstol sufría esto como vergonzosa e infame injuria, por eso le llamaba bofetada y escarnecimiento y suplicaba a Dios que le librase de él. Pero Dios le respondió: «Bástate mi gracia: porque el poder mío brilla y consigue su fin por medio de la flaqueza.» A lo cual contestó el Apóstol: «Así que con gusto me gloriaré de mis flaquezas para que haga morada en mí el poder de Cristo» (2).

No olvidemos tampoco que si la carne está sujeta al

(1) Dice Santa Teresa: «Procuremos hacer lo que es en nosotros, y guardarnos de estas sabandijas ponzoñosas, que muchas veces quiere el Señor que nos persigan malos pensamientos y nos aflijan, sin poderlos echar de nosotros, y sequedades, y aun algunas veces permite que nos muerdan, para que nos sepamos mejor guardar después, y para probar si nos pesa mucho de haberle ofendido. Por eso no os desaniméis si alguna vez cayerdes, para dejar de procurar ir adelante, que aun de esa caída sacaré a Dios bien...» (*Moradas segundas.*)

(2) *Práctica del amor de Dios*, de San Francisco de Sales, l. XI, cap. 7.

espíritu, no por eso deja de ser peligrosa. Desconfiemos, por tanto, siempre de ella, y no le demos tregua, porque sólo aguarda el instante favorable para volver a tomar las armas que por fuerza había dejado: «Cuál es el hombre, dice San León, por adelantado que esté en la devoción, que revestido de esta Cruz frágil y cargado con este cuerpo mortal, esté tan seguro de su salvación y pueda considerarse fuera del peligro de la seducción de los sentidos? Si bien la gracia divina hace que sus Santos consigan gloriosas victorias sobre su cuerpo, con todo, no les quita la causa que origina estos combates» (1).

Por esto decía con mucha razón San Pacomio: «Cada día hemos de poner cara a cara nuestra alma con nuestro cuerpo, diciéndole: «Oh cuerpo mío, mientras vivimos juntos haciendo el viaje cuyo término es la eternidad, feliz o desventurada, sométete a mi gobierno y vuélvete dócil a los movimientos de la razón; no te rebelas contra mí, sino sirvamos con alegría al Señor Dios Nuestro; resistamos valerosamente a los asaltos enemigos y trabajemos con denuevo, teniendo presente el galardón que nos está preparado, y que después de haber padecido un poco iremos a un reino donde gozaremos inefabables dichas y contentos inmortales» (2).

Basta lo dicho para demostrar ampliamente cuán importante es la virtud de la pureza; virtud que nos hace, en cierto modo, semejantes a los ángeles, y con

(1) *Serm. I de jej. Pentecost.*

(2) Citado por el P. Saint-Jure, S. J., *op. cit.* El P. Sédault escribe con notable exactitud: «El alma y el cuerpo están apretadamente trabados entre sí, y, con todo, siempre se contrarían; en una palabra, son dos enemigos que no pueden separarse, y dos amigos que no se pueden ver.» *Cloyseault*, 2.

cuántas dificultades tropieza en la práctica. Guardémonos, con todo, de ver en el cumplimiento de este solo precepto *toda la Ley y los Profetas* (1), y de haber alcanzado la perfección por no tener nada o casi nada que reprocharnos sobre esto, como, con harta frecuencia, lo hacen muchas personas poco ilustradas; que todo cuanto se refiere a Dios y al prójimo, a la fe y a la caridad, tiene especialísima importancia. Menester es no olvidar, por consiguiente, que este mandamiento es el sexto, y no el primero o el segundo. Si fuere el más importante, Dios habría comenzado por él, lo habría acompañado con todas sus severidades y no lo ha hecho, como lo vemos en la Escritura. Por lo cual, dice con razón San Gregorio, que si no hay buenas obras sin la castidad, la castidad sin las buenas obras, no es gran virtud (2). Por esto, «la mortificación del cuerpo, en sí misma considerada, no se cuenta entre las más nobles virtudes; con todo, así como los Santos y los hombres verdaderamente espirituales la practican, es excelentísima porque no procede solamente de la virtud de la penitencia, que es su manantial propio, sino de

(1) Math. XXII, 40.—Aquí no tratamos, bien se ve, sino de pecados de flaqueza, no de infracciones a las sagradas leyes del matrimonio, por ejemplo, o de otros crímenes del mismo género que atraen asimismo la maldición de Dios sobre sus autores, y pueden llevar una nación a la ruina. Solamente la ignorancia puede excusar tamaña maldad, si es que, realmente, sea excusable. Pero, ¿esta ignorancia puede ser verdaderamente excusable? ¿Quién se atreverá a afirmarlo? «Cuando Escipión era casto, dice el P. Lacordaire, Roma destruyó a Cartago; cuando Roma se corrompió, reinó César.» (*Op. cit.* vol. VI, pág. 350.) Cf. Gen. XXXVIII, 9 y 10; Tob. VI, 17-22; Ps. CXXVII; I Tim. II, 15; I Petr. III, 7. Juan de Valdor, *Las señales del fin de un mundo*, París, Vic et Amat.

(2) *Hom. XIII in Evangelium.*

varias otras, cada una de las cuales la orna con su belleza particular y le da nuevo esplendor, adornándola así todas ricamente por este medio y elevándola a un alto grado de perfección» (1).

Sea cual fuere el número y gravedad de las caídas, lejos hemos de estar de rendirnos a una mal entendida vergüenza, a la innoble cobardía, y a alejarnos de los Sacramentos. Entonces si que la falta sería realmente grave y por ella mereceríamos incurrir en los divinos rigores. «No está el peligro, dice San Juan Crisóstomo, en caer combatiendo, sino en quedar tendido, después de la caída» (2).

El remedio está en acudir siempre al sacramento de la penitencia sin cansarse ni desalentarse jamás. En la vida de los Padres del yermo se lee que un solitario todos los días tenía alguna caída y cada vez iba a acusarse a su Padre espiritual, el cual se limitaba a oírle en confesión e imponerle penitencia. Un día, cansado, sin duda, por aquellas recaídas incesantes y en apariencia sin remedio, dijo el desventurado solitario a su confesor: «Padre, ¿hasta cuándo habré de continuar acusándome de estas faltas, siendo así que continúo cayendo en ellas? Hasta el momento, respondióle su confesor, en que Dios sea servido de sacarte de este mundo; ya que de El depende el llamarte estando en estado de gracia o de pecado: por tanto, haz lo que está en tu mano para que se apiade de ti y te conceda morir reconciliado con El.»

Los más de los escrupulosos se inquietan constante-

(1) El P. Saint-Jure, S. J., *Del conocimiento y del amor de Dios*, vol. IV, libro III, cap. XXI, secc. VII, n.º 5.

(2) *Ad Theod. laps.*, I.

mente de lo pasado, de lo presente y de lo porvenir, preguntándose siempre qué mal les sobrevendrá, sin acordarse de aquellas palabras de San Mateo: «No andéis acongojados por el día de mañana; que el día de mañana harto cuidado traerá por sí: bástale ya a cada día su propio afán» (1).

«Aunque no sintamos en nosotros mismos aliento ni valor para resistir a la tentación, si, de repente, nos asaltase, con tal que tengamos intención y deseo de resistir, y esperemos que cuando venga Dios, ha de asistirnos y que nosotros no faltaremos entonces en pedirselo; no tenemos por qué contristarnos poco ni mucho, en especial, que no es necesario sentir, a todas horas, el aliento y el valor, sino que basta esperar y desear tenerlos a su tiempo y razón; sin que sea menester experimentar en nosotros señal alguna de que es suficiente esperar que Dios nos ayudará» (2).

Finalmente, venga lo que viniere, no se dejen señorear los enfermos, sometidos a tan dura aflicción, por la inquietud, por el miedo, por ese miedo terrible de pecar, que agrava, a menudo, su flaqueza física y moral, acabando así con la poca energía que les queda. Sepan aceptar esta cruz por humillante que sea. Ella los hará agradables al Divino Maestro si la llevan con fe, resignación y constancia. Y a cada pensamiento de desmayo, vuelvan sus ojos confiadamente hacia Aquél que se humilló a sí mismo hasta la muerte y muerte de

(1) Math. VI, 34.

(2) San Francisco de Sales, *Carta* 875.—Es asimismo este temor de pecar el que explica las palabras indecentes y hasta obscenas, y la conducta de ciertas histéricas durante sus accesos; lo cual ha hecho que se las tuviese por personas de livianas costumbres.

Cruz (1); y que es el único que puede mantenerlos en el buen camino, o conducirlos a él, como lo prometió por estas palabras:

«Hijo, en resolviéndote a servir a Dios... prepara tu alma para la tentación.

»Humilla tu corazón y ten paciencia... y no agites tu espíritu en tiempo de la obscuridad o *tribulación*... Estréchate con Dios y ten paciencia, a fin de que en adelante sea más próspera tu vida.

»Acepta, gustoso, todo cuanto te enviare, y en medio de los dolores sufre con constancia y lleva con paciencia tu abatimiento: pues al modo que en el fuego se prueba el oro y la plata, así los hombres aceptos a Dios, se prueban en la fragua de la tribulación» (2).

(1) Philipp. II, 8.

(2) Eccli. II, 1-6.

CAPÍTULO XIV

De la elección de confesor

No es menester ser teólogo, asceta o santo para entender cuánta importancia tenga la elección de confesor (1). Basta tener nociones rudimentarias del mundo, del hombre y de la vida sobrenatural.

Porque, ¿qué somos sino viajeros que caminan a la patria celestial por sendas difíciles, áridas o peligrosas? Y siendo como somos inexpertos, ¿cómo podríamos llegar al término de este viaje sin la ayuda de un guía, «lleno de caridad, de ciencia y de prudencia?» (2) Con razón, pues, la dirección de las almas es llamada «el arte de las artes» (3). Y por eso también dice San Francisco de Sales, Director incomparable, «que se ha de escoger el confesor entre mil y mejor entre diez mil», si queremos entrar con seguridad en el camino de la devoción, y da tanta importancia a este consejo que llega a apellidarle «el aviso de los avisos» (4).

De igual manera se expresan otros santos y maes-

(1) En este estudio no distinguimos entre Director y confesor.

(2) San Francisco de Sales, *Introd. a la vida devota*, Primera Part., cap. IV.

(3) San Gregorio

(4) *Op. cit.*

tros de la vida espiritual al tratar de esta grave cuestión.

«Es necesario tener un Director, dice el P. Grou, porque sería gravísimo abuso querer uno guiarse a sí mismo y grandísima ilusión creerse capaz de guiarse. El hombre más hábil y de mejor espíritu está ciego acerca de su conducta interior, aunque sea santo y diestro en dirigir a los demás. «Es incapaz de dirigirse a sí mismo, y si lo pretendiese sería un presuntuoso. Lo primero que Dios requiere de todo aspirante a la santidad es la renuncia del propio juicio y el humillarse y someterse a la dirección de aquellos a quienes El encomendó el ministro de las almas» (1).

San Vicente Ferrer, en su *Tratado de la Vida espiritual*, se expresa del siguiente modo: «Es preciso saber que quien tenga un director por el cual se deje guiar, a quien obedezca en todas sus acciones, pequeñas y grandes, llegará con más facilidad y rapidez a la perfección de lo que él podría hacer por sí mismo, así tuviese una inteligencia extraordinaria y libros que le explicasen la naturaleza de todas las virtudes y los medios de adquirirlas.

»Voy más lejos y digo que N. S., sin el cual nada podemos, jamás otorgará su gracia al que teniendo a su disposición un hombre capaz de instruirle y dirigirle, descuide este poderoso medio de santificación, creyendo que se basta a sí mismo y que puede por sus propias fuerzas buscar y hallar las cosas útiles a la salvación.»

Nos objetarán, probablemente, que San Vicente

(1) *Op. cit.*

Ferrer se dirige, de un modo especial, a las solas almas llamadas a la perfección, a la santidad. ¿Por ventura, no estamos todos llamados a ella por Nuestro Señor, cuando nos dice: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto»? (1) Nadie ignora que tales palabras hablan, no sólo con los religiosos, mas también con todos los hombres. Además, si no propendemos a la perfección, y si no empleamos todos los medios que Dios nos ha dado para alcanzarla, ¿por qué y para qué estamos en este mundo? ¿Será, acaso, para mirar con descuido el doble fin que da valor a la vida: la gloria de Dios y los intereses de nuestra alma? Y por eso mismo que lo descuidamos pecamos tan a menudo y nos hacemos tan indignos de la perfección, que llegamos hasta a perder la noción de ella.

«No te azore la palabra *santidad*, dice San Bernardo. La Sagrada Escritura da el nombre de Santos, no a los que ya alcanzaron la santidad perfecta en esta vida, sino a los que trabajan por conseguirla; no a los que purificaron del todo su corazón, sino a los que ninguna cosa ansían tanto como esta purificación.» «No que yo lo haya logrado ya todo, ni llegado a la perfección «de asemejarme a Cristo», pero yo sigo mi carrera para ver si alcanzo aquello para lo cual fui destinado o *llamado* por Jesucristo.» Así habla el Apóstol (2).

»Ya ves que tampoco él había llegado a la meta. Pero estaba en disposición de llegar a santo, y por esto llegó a ser uno de ellos.

»Toma, pues, también la firme resolución de hacer-

(1) Math. V, 48.

(2) Ad Philipp. III, 12.

te santo, cueste lo que costare y sea cual fuere el tiempo que inviertas en ello. Una vez tomada esta resolución, sigue como comenzaste y no se te pase día sin hacer esfuerzos para adelantar. Pero si tu fidelidad queda frustrada, si te acaeciere sentir desfallecimientos, pues eres hombre y, por consiguiente, flaco, levántate con presteza y persevera en deseos y aspiraciones de hacerte santo; así ciertamente saldrás con ello» (1).

Este asunto, tan difícil por su naturaleza, viste caracteres de importancia y complejidad especiales para las pobres almas cargadas con tan pesada cruz y que desgraciadamente son a menudo tan mal entendidas por quienes tienen el ministerio de consolarlas, animarlas, confortarlas e instruir las, guiando sus pasos y sosteniéndolas en el camino doloroso del calvario, donde el Divino Maestro los llama en su seguimiento.

Si hay médicos, recomendabilísimos por su ciencia, que no conocen estos estados fisiológicos o psicológicos, ¿es maravilla que haya sacerdotes que tampoco los entiendan, y que los enfermos queden tanto más cruelmente burlados, cuanto confiaban hallar en ellos amigos abnegados y guías seguros que tal vez habían buscado mucho tiempo en otra parte?

Si Dios, que en sus inexcrutables juicios, prueba a las almas cuando y como lo juzga a propósito, permite

(1) P. A. M. Weis, O. P., *La ciencia práctica de la vida*, cap. XIV, Hered. de J. Gili, Barcelona. Una sola alma perfecta, dice San Alfonso María de Liguorio, es más agradable a Dios que mil imperfectas. Por consiguiente, cuando un confesor dé con un penitente exento de culpas graves, debe emplear toda su solicitud en introducirlo en la vía de la perfección y del amor divino.

que el penitente no sea siempre entendido por su confesor, o que no pueda elegirlo, no le prohíbe, con todo, acudir confiadamente a Aquel que es el único que puede remitir o desterrar la aflicción.

«Pues si tanto te importa caminar con buen guía en este santo viaje de la devoción, pide a Dios con grandes instancias que te dé uno, según su corazón, y no desconfíes que te dará conductor bueno y fiel, aunque sea necesario enviar un ángel del cielo, como hizo con el joven Tobías.

«Ciertamente, ángel para ti siempre ha de ser, quiero decir que cuando hayas dado con él, no le mires ya como a hombre, ni pongas tu confianza en él, ni en su sabiduría humana, sino en Dios, que te guiará y hablará por medio de este hombre, poniendo en su corazón y en su boca afectos y palabras necesarias a tu dirección; así que has de oírle como a ángel bajado del cielo para llevarte a allá» (1).

Es cierto que la elección de confesor no siempre es cosa fácil; pero, Dios mediando, siempre lo hallaremos si necesitamos su auxilio.

«Para dar con él, dice Fenelón, hay que tener cuenta con la reputación pública, sin buscar, con todo, aquellos que están en boga, ya que esto sería llevar el espíritu del mundo y de la vanidad a las cosas más serias de la Religión. Guardémonos también de elegir director por gusto ni por respetos humanos, ni por otra razón que no sea la de hallar «al varón de Dios». Una elección sugerida por consideraciones humanas bastaría para echarlo a perder todo en orden a la salvación.

(1) San Francisco de Sales, *op. et. loc. cit.*

«Justo es, indudablemente, desear la perfección en el Director; pero como no sea posible sondear los corazones, hemos de limitarnos a las principales señales exteriores, como desprendimiento, vida retirada, mansedumbre, franqueza, alejamiento de diversiones y regalos, tesón sin aspereza ni exceso, experiencia de la oración y de las cosas interiores y, finalmente, cierta moderación para dar los auxilios necesarios a las personas guiadas por él, sin caer, con todo, en conversaciones inútiles.»

Si se requieren todas estas cualidades para ejercer con fruto el sagrado ministerio para con el común de los fieles y de los cristianos que tienen el espíritu sosegado, todavía son menester otras respecto de personas atormentadas por «dudas y escrúpulos», esto es, de los enfermos de que vamos tratando. «No podemos encarecer bastante, dice Boudon, cuán grande sea la necesidad de un Director experimentado en este camino; los que sólo tienen caudal de ciencia, pueden ser dañosos en muchas ocasiones; porque además del conocimiento general que la ciencia da acerca de la diferencia entre el pensamiento y el consentimiento, es preciso enterarse bien de lo que pasa en el interior de la persona que pide consejo, no sólo por lo que puede saberse por ella misma (la cual, ordinariamente, cree hacer las cosas de una manera enteramente distinta de como las hace), sino también por la experiencia adquirida de estos estados, por la cual juzgamos las cosas de muy diferente manera que lo haríamos sin ella. Mucha luz hay que tener para guiar a estas almas afligidas, entender lo que no pueden explicar, decirles lo que no dicen, discernir sus operaciones interiores cuando andan a obs-

curas, ver con claridad en medio de las tinieblas, asegurarlas donde tengan recelo, afianzarlas en sus perplejidades y vacilaciones, finalmente, se requiere un director lleno de extraordinaria caridad para llevar con mansedumbre los escrúpulos de estas personas, que, a veces, se hacen ridículas sin razón ni fundamento» (1).

Podría decir alguno que no son muy prácticos estos consejos, ya que no todos tienen los medios de ejecutarlos. Respondemos: 1.º Que los santos y autores ascéticos célebres que hemos citado, y otros muchos que no citamos, debieron de prever esta objeción, y, con todo, insistieron, especialmente, sobre este punto; 2.º Que los más de estos enfermos, viven en las ciudades donde la elección es, ordinariamente fácil, y 3.º Que estos consejos hablan sólo con quienes pueden fácilmente hacer la elección. *Ad impossibile nemo tenetur*. En tal caso, Dios proveerá dando al Director el discernimiento y demás cualidades requeridas para ejercer su ministerio, a no ser que envíe al penitente una nueva cruz en la persona de su Director, el cual no le entenderá, se cuidará poco de él, o le tratará con severidad y hasta con dureza, como leemos en la vida de muchos santos y almas piadosas llamadas a la perfección por vías particulares. Suceda lo que sucediere, Dios cuidará de proveer. No se turbe el alma así probada, porque esta prueba, por dolorosa que sea, le será ventajosísima si sabe aprovecharla. El Señor la desviará así que no entre en sus planes o no sirva al bien espiritual de esta alma.

(1) San Francisco de Sales, *op. cit.*, pág. 155.

Bien conocidas tenía Santa Teresa estas dificultades. «Pues ir al Confesor, dice ella, esto es cierto, que muchas veces me acaecía lo que diré, que con ser tan santos, como lo son los que en este tiempo he tratado, y trato, me decían palabras, y me reñían con una aspereza, que después que se las decía yo, ellos mismos se espantaban, y me decían, que no era más en su mano; porque aunque ponían muy por sí de no lo hacer otras veces, que se les hacía después lástima, y aun escrúpulo, cuando tuviese semejantes trabajos de cuerpo y alma, y se determinaban a consolarme con piedad, no podían. No decían ellos malas palabras, digo en que ofendiesen ellos a Dios, mas las más desgustadas que se sufrían para confesar: debían pretender mortificarme...» (1).

Del proceder de los penitentes con su Director

De lo que precede se colige fácilmente ser muy contados los verdaderos Directores, casi tan contados como los hijos espirituales, así enfermos como sanos. Si derecho tienen éstos de pedir tantas cualidades a su Director, no olviden que también ellos han de tener cualidades proporcionadas al fin que pretenden o deben pretender. Para que la Dirección aproveche, realmente, y sea fructuosa, ha de estar de ambas partes fundada sólo en respetos sobrenaturales. Cualquiera consideración, cualquier respeto humano, pura-

(1) *Autobiografía*, cap. XXX.

mente natural o mundano en la elección de confesor, aunque por otra parte sea irreprochable así en la confesión como en las relaciones con él, conduce a efectos humanos, naturales y mundanos, es decir, sin provecho para la vida interior. Si por el contrario, la dirección es enteramente sobrenatural, que sólo pretenda la gloria de Dios, el bien y la perfección del alma, producirá frutos ciertos y edificantes.

Para alcanzarlos, bastará atenerse a las siguientes reglas, que resumen a maravilla las relaciones que han de mediar en tan importante y santa comunicación:

«La primera es, no verse sino por necesidad y no platicar sino de cosas de Dios.

»La segunda, respetarse mutuamente sin salirse jamás de cierto decoro y gravedad, acordándose siempre que llevan entre manos cosas de Dios, que hace de tercero en semejantes pláticas.

»La tercera, no encubrir nada al Director, bajo ningún pretexto, aun cuando fuesen pensamientos o sospechas contra él (1). Cuanto el Director lleva más adelante la obra de Dios tanto más tentada se ve el alma con respecto a aquél por instigación del diablo, que procurará de todos modos quitarle la confianza. Pero resista a sus sugerencias e impóngase ley de decirlo todo, comenzando precisamente por lo que más ganas tenga de callar.

»La cuarta, obediencia sin límites para todas las cosas que más cuesten y más repugnen a nuestros pensamientos e inclinaciones, sin permitirnos jamás, nin-

(1) En los *Avisos* para sus monjas dice Santa Teresa: «Las cosas de su alma procuré tratar con un confesor espiritual y docto, a quien las comunique y siga en todo.»

guna resistencia formal de voluntad, ni siquiera ningún juicio interior contrario al del Director. En otra parte, traté de la obediencia; ahora repito que por mucha que sea no estará de más y lo mismo digo de la franqueza y confianza.

»La quinta, en el trato con el Director, elevarse por cima del hombre, viendo sólo a Dios en él; no apasionarse por él sino por Dios, y estar siempre dispuesto a sacrificarlo si Dios lo pide y a decir como Job: «El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó, sea bendito el nombre del Señor» (1).

»Estemos persuadidos que así como Dios nos lo dió para nuestro bien, si nos lo quita, también será para nuestro mayor bien, y aun cuando nos retirase todo humano socorro, su sola bondad lo suplirá abundantemente.

«El justo vive de la fe» (2), dice San Pablo, tomándolo del Profeta Habacuc. Esta fe, que es la vida del justo, no es aquella fe común a todos los cristianos por la cual se creen los dogmas que Dios ha revelado a su Iglesia, sino una fe particular y personal, que tiene por objeto la Providencia sobrenatural de Dios en el gobierno de las almas que se le han entregado» (3).

Aunque, en general, es permitido que no deba distinguir entre Director y Confesor, es natural, y aun preferible para ciertas almas, seguir de lejos la dirección de un Confesor que les va bien, si éste las conoce suficientemente para continuar con provecho este importante ministerio.

(1) Job. I, 21.

(2) Rom. I, 17.

(3) P. Grou, S. J., *op. cit.*, pág. 113.

Puede tomarse un Sacerdote por Confesor y otro por Director, dice Cuadrapani. ¡Cuántas almas dirigia San Francisco de Sales con sus consejos o cartas sin ser su confesor ordinario! *Al Director*, dice este Santo, *se descubre toda el alma; al Confesor sólo se le declara lo que es pecado*. Cualidades mucho más altas requiere el oficio de Director que el de Confesor (1).

Añadamos que toda dirección de viva voz o por escrito siempre será muy ceñida, por mirar tan sólo a las almas que caminan verdaderamente a la perfección.

(1) *Op. cit.*

CAPÍTULO XV

Tratamiento de la neurosis en general y en particular del histerismo

I. Psicoterapia

Con ser de tanta monta esta materia, no podemos hacer más que dar algunos consejos generales acerca del tratamiento de estas dolencias. Un estudio más detallado y profundo nos llevaría más allá de los límites de un modesto libro.

Al tratar de las enfermedades nerviosas, no basta atender solamente a los trastornos corporales porque la causa que en gran parte los engendra o, por lo menos, los agrava, es la perturbación de las funciones psíquicas y principalmente los errores de juicio, los antojos u obstinación de la voluntad, el desorden de la imaginación, la tiranía y las extravagancias de las pasiones. Para conseguir, pues, curación completa, es indispensable esforzarse en concertar las funciones psíquicas enderezando el juicio, dando vigor y ligereza a la voluntad, enfrenando la imaginación, y conteniendo las pasiones en sus justos límites. He aquí en qué consiste la psicoterapia.

No tenemos necesidad de encarecer su importancia. El influjo de lo moral sobre lo físico es cosa ya de

antiguo sabida. En las enfermedades nerviosas, el alma pierde algo del señorío que de ordinario puede ejercer sobre el cuerpo y sobre las operaciones de los sentidos. La psicoterapia tiene por fin y objeto restaurarlo, no como por ensalmo, sino mediante pacientes y perseverantes esfuerzos para inducir al enfermo poco a poco a tomar de nuevo posesión de sí mismo y ser otra vez, en lo posible, dueño de sí.

La psicoterapia ocupa el primer lugar en el tratamiento de las neurosis,—del histerismo en especial (1),—pero por más que parezca a primera vista complicadísima y reservada para los privilegiados de la ciencia, es tan sencilla y natural, que aun los menos entendidos la practican sin caer en la cuenta, como a M. Jourdain le pasaba con la prosa, porque responde a una necesidad íntima del alma, la cual, como sujeta a las miserias de esta vida, ha menester también tratamiento adecuado a su naturaleza y aspiraciones. Por tener el alma trabadas sus potencias por los órganos a que está incorporada y que debe gobernar, experimenta todas las perturbaciones, depresiones y padecimientos de éstos, hasta el punto de ser, a las veces, esclava suya. Así que para regirlos, ha de contrarrestar su influjo. Como en el hombre, alma y cuerpo están unidos en unidad de persona y «todo se funde y junta en el alma racional» (2),

(1) Cuanto digamos, entiéndase de todas las neurosis, a no ser que tratemos del histerismo *en particular*.

(2) Aristóteles, *Del alma*, l. 1. fin. Los autores que discurren acerca de las relaciones entre lo *Físico* y lo *Moral*, cifíense, comúnmente, a exponer copia de hechos en su comprobación. En el *Traité de la Connaissance de Dieu et de soi même*, habla Bossuet extensamente de la unión del alma con el cuerpo (cap. III); pero casi no se aparta de esta proposición: «alma y cuerpo unidos son

fácil será entender la influencia de la parte moral sobre la física, esto es, del alma sobre el cuerpo, y el poder que ella tiene de gobernar el organismo y sus fuerzas. No pudiendo sacar de su cuerpo el vigor necesario para dar suelta a sus facultades y arrastrarlo en pos de sí, se ve precisada a buscar en sí misma una fuerza de dirección superior. Esto la fuerza a entablar régimen particular, cuyos dichos efectos aplicará ella al servicio del cuerpo para conservarle o restituírle su primitiva lozanía; y este tratamiento lo entiende todo el mundo sea cual fuere el grado de su cultura intelectual. De esto podrá servir de ejemplo lo que poco ha refirieron de un campesino francés.

Después de seis meses de ausencia, escribe a su familia: «siento indecible gozo en noticiaros que mi salud mejora de día en día. Con ánimo y perseverancia espero llegue a ser cabal. ¡Cuántas veces fluctué entre la tristeza y el desaliento! A no haber experimentado los innegables consuelos de la religión católica en Baviera, que han levantado mi disposición moral, sin duda hu-

un todo natural entre cuyas partes hay perfecta y necesaria comunicación». Limitase a afirmar el hecho de esta unión; en cuanto a la explicación, declara ser «difícil, imposible tal vez, al humano entendimiento penetrar el secreto de dicha unión».

Elocuentemente describe la acción del cuerpo sobre el alma diciendo: «el alma está encerrada en el cuerpo, cuyas pasiones experimenta, con tanta trabazón que desfallece y no es señora de sí cuando él padece» (*Sermon sur la mort*, 2.^a parte). Puede verse en la obra arriba citada una explicación de hechos, que comprueban «cómo está el alma sujeta por las sensaciones a los vaivenes del cuerpo, y que con su voluntad le gobierna como cosa que le está íntimamente unida y que la hace padecer y le causa placeres y dolores extremadamente vivos».

biérame entregado para siempre a tal desesperación que no sé adonde habría ido a parar...

»Creedme; viviendo al tenor de esta gente no es menester ser rico, ni guapo, ni sabio, para pasar vida feliz. Más dichosos son estos moradores que los millonarios de nuestra tierra, por carecer de ambiciones; con tal de ganar ellos el pan de cada día se tienen por dichosos. Por otra parte no se forjan tantas necesidades inútiles y no tienen que hacer tanto gasto como por ahí. Eso no impide que vivan robustos y sanos...

»En Francia, al contrario, reina la impiedad, origen de la despoblación y madre de todos los vicios, desvergüenzas, asesinatos, suicidios, robos, embriagueces e inmoralidades.

»Puedo yo hablar de todo esto con conocimiento de causa por haber consumido mi juventud en excesos y enfermedades sin otra aspiración que gozar de la presente vida. De ahí me vinieron tantas calamidades que no me harto hoy, os lo aseguro, de dar gracias a Dios por haberme inspirado el deseo de venir a Woerishofen donde me hallo cada día mejor de salud corporal después de haber logrado la de mi conciencia. Por estas razones estoy muy lejos de las majaderías que se esparcen contra la religión, los curas y frailes, y comprendo ahora que no hay en el mundo cosa que haga más dichoso al hombre que el cumplimiento de sus obligaciones, evitar el mal y obrar el bien. Persuasión que no sólo influye en el alma, pero también en el cuerpo, es a saber, en la salud. Con las manos lo toco todos los días y no soy yo solo.

«Hay aquí un dominico francés que asiste a los enfermos... Háblele un día de mi régimen. Lo extrañó

mucho, al parecer, y me preguntó si había por mis trazas descubierto este arbitrio... El dice que esto se llama psicoterapia, y me ha manifestado que ésta es una palabra griega que significa tratamiento del alma».

Con enfermos de corto talento y limitada instrucción o tan flacos que se les hace muy cuesta arriba sostener una conversación, menester será valerse de ejemplos prácticos y amoldados a su capacidad.

Un joven de Suabia, tocado de extenuación nerviosa, veíase sumido en el *tedium vite* (hastío de vivir) cual suele acontecer a los neuróticos, y presa de *fobias* tales que no podía parar su atención en cosa alguna ni atender a un sencillísimo razonamiento. Imposible darle a entender la vanidad de sus miedos que frisaban, hartas veces, con la desesperación, ni tampoco el gravísimo riesgo que corría abismándose en ellos. Agotados los argumentos, dijimosle un día: «Si viniese un bañista azorado a decirle con espanto: Por Dios, guárdese, pues acaba de meterse una víbora debajo del banco en que se sienta, ¿no tendría usted miedo?— Ya lo creo.—Y el caso es que no había tal víbora, sino un mal gracioso que habría querido divertirse a costa de V. y hubiera salido con la suya tan a su sabor que a V. le hubiera durado el *miedo* hasta convenirse de que no había semejante víbora o levantarse del asiento. Posible es, quizá, que aun estando V. exento de peligro, se sintiese señoreado mucho tiempo por esta impresión, porque una vez producido el sacudimiento nervioso, persistiría hasta que fijara V. su atención en otra cosa.

Supongamos, al contrario, que si existía la pre-

sunta vibora; ¿iría V. a acariciarla o jugar con ella así que la viese?—De ninguna manera.

—Obre V., pues, igualmente con esas *fobias* que le obsesionan y le aniquilan las fuerzas, como efectos que son de la enfermedad. Ellas le inducen a error, haciéndole juzgar *real* lo *imaginario* así en lo relativo a la gravedad, causas y consecuencias de su mal, como en el modo trágico de representarse lo por venir, que no le pertenece y de fantasear desventuras que no le habían de inquietar a V. como no inquietan a las personas más sanas de alma y cuerpo. Juega y burla V. con esos terribles fantasmas, con esas *fobias*, tomándolas seriamente con tanto descuido como un niño, que jugaría con una vibora lo mismo que si fuese una paloma, porque a semejanza de él, usted no sospecha el peligro. En vez de proceder así, imite al inexperto niño que por no saber gobernarse a sí propio, se deja guiar por su madre. Obedezca V. a quienes recibieron de Dios el derecho y el deber de dirigirle, es decir, al médico y al confesor, cuya ciencia y abnegación le conducirán al suspirado fin. Otórgueles toda la confianza y póngase por entero en sus manos; única manera de alcanzar el fin deseado. Guárdese, le repito, de jugar con esas víboras, porque le dañarán conforme a la atención que les preste, frustrarán los efectos del tratamiento y acarrearán indefectiblemente su ruina. ¿Por ventura no se lo dice a usted la experiencia todos los días? ¿A qué reiterarla, pues, diariamente, si ha de dar invariablemente iguales resultas? Al revés, V. mismo puede comprobar que sólo sanan los obedientes, pues no faltan aquí ejemplos.

En enfermos de este jaez, más fruto logramos con tan sencillas trazas que con gran copia y variedad de

argumentos o disertaciones psicológicas. No tardó en advertirlo el buen labriego. «Cada vez que tornan las *inquietudes*, suele decir, me acuerdo de la víbora y digo: «Ya pareció la víbora; hurtemos el cuerpo, a escape».

Sólo con este *perseverante pelear* noche y día consiguió dar cuenta de su mal y de sus *fobias*. Mas, ¡ay! ¡qué de tiempo y paciencia fué menester por ambas partes! ¡Cuántas veces tuve que *repetirle la misma canción* para alentarle en el camino de la *lucha* y de la *perseverancia*! Dímosle licencia para venir a casa cada día y aun muchas veces al día si lo hubiese menester. Excusado será decir si usaría de ella, pero era condición *sine qua non* del buen éxito. Hay que levantar a *cada instante* la parte moral de estos desgraciados. Sólo por carecer de esta *dirección*, de este *apoyo moral* se explica que tantos queden sin curar. Por falta de este auxilio viven de continuo en el *tædium vitæ*, en el hastio y enfado, cuando no en la desesperación, mientras el mal sigue su curso o empeora a despecho de todos los demás cuidados y tratamientos.

Añadamos, aunque sea repetir cosas ya dichas (lo cual suele ser necesario para los enfermos), que el nuestro veía en su mal, como la mayor parte de tales neuróticos, la consecuencia lógica de su vida pasada, el castigo, justamente merecido, de sus culpas, en cuyo perdón a su juicio no había que soñar, según eran de graves y copiosas, y que diferían, según su entender, en un todo de las del resto de los hombres, sin que fuesen parte a convencerle de lo contrario, centnares de ejemplos. ¿Cómo podía uno conocer y juzgar de su estado, cuando no se conoce a sí propio ni sus perversas inclinaciones? ¿A qué pensar, por tanto, en la remisión de sus pecados,

como no fuese un milagro en favor suyo, que, ciertamente no había Dios de permitir? Más aún. Inútil era todo linaje de tratamiento, ya fuese físico, moral o religioso. ¿Acaso no experimentaba además todos los días que en lugar de mejorar se agravaba su mal? Crefase amagado de enajenación mental, tanto más cuanto habíale asegurado estar ya tocado de ella. En cuanto a lo por venir era total desastre, ruina material, física, intelectual, moral, en una palabra, miseria suma, trístima e intensa en todas sus formas. No le quedaba más amparo que la muerte, el suicidio, cuyo pensamiento le acosaba por doquier.

Tan complejo suele ser este estado, que resiste a todo análisis, lo cual nos arraiga en la convicción de estar aún muy lejana la clasificación de las neurosis si es que llega nunca. Ello se entiende que nos referimos a una clasificación exacta y rigurosa. Por lo cual, escribe justamente el Dr. Bonnaymé: «Visto el curso de los verdaderos neurasténicos e histéricos, hallo que semejantes afecciones sobrepujan nuestra ciencia... Tengo hasta pruebas de que estos míseros padecen, a menudo, atrocemente. Así razonan los neurasténicos:—Experimento penosísimas sensaciones, y por más que me demostráis con claridad meridiana que, gozando todos mis órganos de cabal sanidad, no es posible que yo sienta los efectos de lesiones ausentes, sé yo mejor que nadie lo que padezco.—Podemos inferir de todo esto que son erróneas tales impresiones, pero que el paciente, en realidad, las experimenta en sí. Fuerza es aceptar esta antinomía, con ser contraria a la razón y a la ciencia» (1).

(1) *Quelques considérations sur le traitement des névroses,*

En todo tratamiento—físico o psíquico—conviene examinar las causas y el grado de la dolencia, el temperamento, edad, educación, talento, profesión, medio, manera de ser antes de la enfermedad, etc., etc.: condiciones influyentes más o menos en el estado físico o mental del doliente, y con las cuales han de tener cuenta así el psicólogo como los que le rodean, si pretenden conseguir feliz suceso.

A juicio del Dr. Dubois, todo, en el histerismo, procede de representaciones mentales. «La histérica, dice, es una actriz que ha perdido el juicio y representa su papel, imaginando estar en la realidad de las cosas. Hay que sacudirla y probarle su error, como ataríamos corto al comediante que quisiera hundirse un puñal en el pecho. Pero este llamamiento a la realidad, ha de hacerse con *suave firmeza*» (1).

Es de todo punto necesario hacer que estos dolientes vuelvan a la vida ordinaria, por todos los medios, en especial por la *obediencia*. Conviene no ceder un ápice. Sobre todo, en los comienzos de la enfermedad, procédase con rigor y con *inflexible firmeza*, la cual, si ha de ser eficaz, deberá infundirles temor. ¿No leemos en las sagradas Letras que «el principio de la sabiduría es el temor de Dios?» (2) Pero ese temor ha de ser de tal jaez que convenza a los enfermos de que es imposible hacer la *voluntad propia* ni substraerse, poco ni mucho, a la autoridad. Ahí está todo. No lo echemos en olvido.

Si algunos dolientes, de entendimiento corto y limitado, ensimismados, tercos, presuntuosos o altivos, ma-

(1) *Leçon XXIV.*

(2) Ps. CX, 10.

leados, con harta frecuencia, por mala educación y muy impertinentes, son rebeldes a toda sujeción y singularmente difíciles de guiar, otros en cambio, mejor dotados, más inteligentes e instruidos, de natural recto, franco y dócil, humildes y mansos, son muy fáciles de dirigir.

Se les debe vedar o suprimir todo linaje de correspondencia o comercio con determinadas personas capaces de ejercer perniciosa influencia. Lo mejor sería, indudablemente, aislar por entero a estos dolientes, ya que, con la mejor intención, las cartas o conversaciones que hemos mencionado, paralizan, por medio de una falsa psicoterapia, los efectos del régimen. Este aviso es de singular importancia si hay amigos o parientes que provocaran — a sabiendas o no — el desenvolvimiento de la enfermedad.

El ceder, por compasión mal entendida, a los lamentos o impertinencias de los dolientes, produce deplorables efectos, como quiera que crece el mal al paso de las concesiones. Listos son ellos en burlar toda vigilancia o sujeción. No hay ardid que no inventen con tal de conseguir su intento, de modo que si no hay quien sepa irles a la mano, llegan a ser de todo punto insubribles. Son a manera de automóviles que, corriendo a toda velocidad, derriban, destrozan o pasan sobre todo lo que hallan al paso si, por ventura, no son ellos los detenidos, derribados o destruidos por los obstáculos. Téngase muy presente que este mal es contagioso y guarda, a las veces, sorpresas tanto más desagradables cuanto menos previstas. Es asimismo un estado peligroso, del cual puede abusar el demonio para arrastrar a estas personas a todo linaje de extravagancias y de excesos.

Con todo, a pesar de la grandísima importancia de la *obediencia*, confesores y superiores, esto es, cuantos tienen autoridad sobre tales enfermos, han de dar sus órdenes con extremada prudencia. No manden nunca *en nombre de la obediencia* ni echen mano de *precepto formal*, por ejemplo, hablando de religiosos. Proporcionen sus mandatos al estado del enfermo, y aun si prevén resistencia absténganse de mandar, porque si no, los que no siempre pueden vencerse a sí propios (pues los hay), verán en esta *desobediencia material*, conviene a saber, en la *imposibilidad* de ejecutar lo mandado, culpa grave, pecado mortal. Así acaece aunque no se les amenace, cuanto más, si se les amenaza como ocurre con harta frecuencia. De ahí provienen trastornos, congojas, *escripulos* que pueden acarrear la desesperación o, por lo menos, agravar mucho el mal.

Si fácil cosa es mandar, *saber* mandar, esto es, hacerse obedecer sin que el mandato cueste mucho por una y otra parte, ni produzca en ciertos dolientes excesiva impresión, o conmoción nerviosa, es arte bien difícil.

Si cierto es que el mandato ha de infundir necesariamente *miedo*, no menos lo es que ha de infundir aún más *confianza*, la cual es remedio poderosísimo, muy olvidado por desgracia, que cura más enfermedades que la más rica farmacopea. Para lo cual ha de andar el miedo templado por la bondad. *Temor* y *bondad* son las dos palancas de que disponemos. No basta la *sola bondad*, pues engendraría abusos y sería estéril y funesta. Asimismo el *temor* solo originaría desconfianza, aversión o rebeldía. Nadie hay que resista a entram-

bas fuerzas directamente hermanadas, a condición, con todo, de que predomine la bondad. Para que una cosa llegue al corazón y le mueva, del corazón ha de venir (1).

No olvidemos que si la psicoterapia es el fundamento del régimen, la *bondad* lo es de la psicoterapia. Es ella al tratamiento lo que la humildad a las demás virtudes: su fundamento y raíz. Como no hay virtud sin humildad, tampoco hay psicoterapia sin *bondad*. Así entendido, el tratamiento no dejará de producir el suspirado fruto. Al ver el doliente que tan dificultosas, o tal vez más, son las órdenes para el que manda como para el que obedece, entenderá que le mandan por obligación y por afecto y obedecerá por afecto y por obligación, temiendo contristar a tal superior y ofender a Dios.

«Quienes tienen cargo y obligación de corregir a los reprobables, dice San Francisco de Sales, cuando tienen que decir verdades de difícil digestión, fuerza es que las cuezan a tan ardiente fuego de caridad y de amor que toda crudeza se disipe, pues, de lo contrario, fruto será poco maduro que más molestias da que buen alimento» (2).

II. Tratamiento físico de la neurastenia

«El primer lugar de los medios físicos, útiles para el régimen de la neurastenia, dice el Dr. Bonnamy, corresponde a la *hidroterapia*»

(1) Dice San Francisco de Sales que por su acrimonia es desagradable la carne salada a puñados y, en cambio, muy gustoso los manjares salados o azucarados como cumple.—*Conferencia IV*.

(2) Mgr. Gauthier, *L'esprit de S. François de Sales*, 2.^a parte, capítulo VIII.

»Los procedimientos ordinariamente empleados son las lociones, semi-baños, baños de vapor, sábana mojada y duchas. Todas estas aplicaciones convienen a los neurasténicos, según los casos. Con todo, los baños de vapor y la sábana, les serán menos eficaces. Poco favorable para ellos es el agua caliente que, sólo por excepción y en casos de extremada flaqueza o sobreexcitación excesiva, será lícito emplear. Las aplicaciones ligeras de agua fría, las lociones, v. gr. (1), convienen más que otra cosa a los neurasténicos, cuyo sistema nervioso requiera prolijos miramientos. Y aun las lociones totales se han de proscribir porque, como toda suerte de aplicaciones totales, pueden congestionar la cabeza. Además de esto, el contacto violento en demasía sobre la columna vertebral, es, generalmente, nocivo, razón por lo que son poco favorables la afusión dorsal y la afusión superior.

»Corolario indispensable de la hidroterapia es la cultura física, porque aquélla, por la reacción, ha menester el ejercicio corporal. A mi parecer, si el ejercicio físico obra tan favorablemente es porque la sensación de esfuerzo muscular es de aquellas que los neurasténicos no exageran nunca y que les sirve de metro para cotejar, juzgar y condenar las sensaciones erróneas que ellos experimentan a montón y que constituyen todo el ser de la enfermedad, de tal modo que, en

(1) Evítense, pues, en general las duchas fuertes frías, porque sustraen mucho calórico, fatigan, excitan los nervios en lugar de fortalecerlos y calmarlos, y producen, a las veces, desastrosos efectos. En muchos casos, convendrá acudir a las aplicaciones templadas y aun a los baños calientes, que suelen ser la mejor, sino la única manera de sosegar los nervios y de combatir el insomnio.

desapareciendo las dichas falsas sensaciones, sobreviene la cura. Además de esto, la cultura física es medio excelente de fortalecer la voluntad, que interviene directamente, en la contracción muscular y como es bien sabido cuán enflaquecida está la voluntad en los neurasténicos, de ahí podrá inferirse la importancia de este medio. Así que la cultura física ayuda poderosamente a la psicoterapia. Con todo eso, hay neurasténicos tan deprimidos, que es menester someterlos al completo reposo. Casos que abundan en las mujeres.

Así como la cultura física y la hidroterapia, también los baños de aire y de sol curan la neurastenia. Son excitantes o calmantes según la duración y las partes del cuerpo sobre que actúan. El baño de sol encierra por sí todas las ventajas de estos diferentes tratamientos, pues como se toma en cuerpo desnudo es juntamente un baño de aire y, como tras de la exposición al sol, hay que tomar una aplicación de agua fría y entrar en reacción, es también ejercicio físico.

»En la curación de la neurastenia ténganse en cuenta gran número de condiciones. Así, v. gr., ciertos climas sientan mejor que otros. Las comarcas frías son, de ordinario, más propicias; las costas marítimas sólo a muy contadas personas pueden aconsejarse; lo mismo ocurre respecto de las montañas. Algunas veces, les probará bien el viajar, sobre todo, si andan a pie. El automóvil acrecienta el neurosismo.

III. Tratamiento físico del histerismo

Los medios que acabamos de señalar son también los mejores para el histerismo, en el que el flúido ner-

vioso, en vez de derramarse al exterior, se concentra en el interior, de donde procede la insensibilidad de estos enfermos que son más o menos anestésicos en lo moral como en lo físico. Así pues, como la aplicación de agua fría favorece la expansión del fluido nervioso al exterior del cuerpo, les convienen a los histéricos duchas muy fuertes, suficientes en los más casos para producir una impresión bastante fuerte sobre el alma embotada. Tal vez será útil comenzar el tratamiento por aplicaciones más ligeras, pero será fuerza llegar rápidamente a la ducha fuerte. Parece extraño que histéricas, en apariencia muy flacas, lleven muy bien tales aplicaciones.

»El reposo completo no es, ordinariamente, favorable a estas enfermas, como tampoco los deportes, que desarrollan por desigual manera el sistema muscular. Preferible es la cultura física usada según las enseñanzas de la anatomía y de la fisiología. En general, los mismos principios son aplicables a las demás neurosis. Los medios más poderosos para curar las dolencias apellidadas neurosis en las que sólo enferma el sistema nervioso sin que el cuerpo reciba daño aparente, son, después del tratamiento psíquico, la hidroterapia, cultura física, baños de aire y de sol. Casos hay en que concurren varias neurosis, como histero-neurastenia, etc., donde el régimen, mucho más dificultoso, ha de ser mixto» (1).

Salvo ciertos casos de gravedad desusada, las ocupaciones regulares desempeñan señalado oficio en el tratamiento de las neurosis. Son indispensables y han

(1) *Revue général de la Méthode Kneipp*, de 1903 a 1908.

de ser continuas en el régimen de las histéricas que, así, cebarán su imaginación siempre aparejada a abandonarse a todo linaje de divagaciones que, hartas veces, paralizan el más acertado tratamiento. Con lo cual impediremos también las intrigas y enredos y mantendremos la paz en su derredor, cosa no despreciable ciertamente. En cuanto se pueda, háganse los trabajos manuales al aire libre. La jardinería es excelente. Lo son asimismo el aserrar madera (1), la gimnasia, esgrima, juego de pelota (*lawn tennis*) y paseos en canoa. En general, el mejor tratamiento es el más suave, especialmente al principio. No olvidemos que son los nerviosos a manera de *desollados vivos*, en lo físico como en lo moral, que requieren particulares miramientos. «No conocemos todos los grados de delicadeza del sistema nervioso, el cual es un reactivo de increíble sensibilidad», dice el Dr. Burlureaux (2). Guárdense de creer los dolientes que la rapidez o eficacia de la curación estará en razón de la cantidad de aplicaciones que tomen. Preferible es tomar pocas que muchas.

Bueno será también, conforme a la profesión de cada cual, dedicar algún rato a trabajos intelectuales, pero en los comienzos del régimen han de preponderar los manuales. Evítese, en ambos, cuidadosamente, el llegar hasta sentir cansancio penoso, el cual es ya prueba de que hay exceso. Lo mismo puede decirse de las caminatas y de los ejercicios físicos de que tratamos

(1) Prohibíbaseles partir leña, por la sacudida nerviosa que produce, particularmente cuando es leña gruesa, de cuya agitación pronto se resentiría el cerebro.

(2) *Op. cit.*

más arriba. Conviene evitar las transiciones súbitas, los extremos; imitemos a la naturaleza que no *da saltos*; el verano no viene repentinamente en pos del invierno. El feliz éxito dependerá de la elección, de la dosis, de la variedad del régimen prescrito por el médico, esto es, del discreto maridaje del tratamiento físico con el moral o psíquico. El uno es complemento necesario del otro. Huyan los dolientes de pretender ser médicos de sí propios.

Estos *artistas improvisados* no desempeñarán quizá muy bien su oficio, pero no hay más remedio que aceptarlo mostrándonos satisfechos para no descorazonarlos aun cuando haya más pérdida que ganancia, porque siempre es preferible una pérdida material a la pérdida de la salud, de la razón, o de ambas cosas a la vez.

Tropezaremos tal vez con serias dificultades en la dirección de dichos trabajos, porque los enfermos alegan su falta de gusto ó de aptitud y su flaqueza. Unas veces hallaremos total carencia de voluntad; otras, los pensamientos obsedientes dificultarán el trabajo intelectual. En este último caso es delicadísimo el cargo del director moral, pero, en cambio, es eficaz. Esfuércese en demostrar con *hechos* lo falso de sus pensamientos. Insista en que no se ha de dar importancia a los pensamientos falsos, de los cuales, conviene desviar la atención porque la importancia que damos a un pensamiento está en razón de la atención que le prestamos.

Poquito a poco, enseñe al enfermo a separar sus acciones de sus pensamientos falsos, haciéndoles ejecutar algunas, contrarias a dichos pensamientos. Cuide,

especialmente, de inculcarle pensamientos directivos que pertenezcan a un designio ideal idóneo para atraer primeramente, y absorber luego, despacio, la atención y estimular con provecho la *voluntad desfalleciente*. De triple efecto serán estos procederes: remediarán desde luego la miseria psicológica que singulariza la mayor parte de estos estados enfermizos; ayudarán, además, a reconstituir la síntesis mental hondamente desorganizada en el histerismo, por ejemplo; destruirán así las representaciones que son la raíz de las manifestaciones de estas dolencias.

Finalmente, estos enfermos, menos que otros, no pueden quedar entregados a sí mismos, ni tampoco vigilados... a distancia. Hay que observarlos muy de cerca en los más nimios pormenores de su vida, pormenores que guiarán al médico acerca del tratamiento conveniente. No bastan en este caso los enfermeros *ordinarios*, sino que han de ser *extraordinarios* si pretendemos conseguir buen efecto en los casos de alguna gravedad, porque, además del entendimiento, ciencia y abnegación que han de adornar a todo enfermero (religioso o seglar y sean cuales fuesen sus conocimientos en otras materias), son menester *estudios especiales* y profundos de la neurosis. A nuestro juicio, los copiosos desengaños que ocurren, sea cual fuere el valor intrínseco del tratamiento prescrito, se han de atribuir a las defectuosas condiciones en que se hallan estos enfermos. Las mismas observaciones pueden aplicarse a médicos y sacerdotes, los cuales deben hacer estudios especiales para tratar a estos dolientes; requiérense, asimismo, estudios filosóficos y en especial, psicológicos. Los más a propósito para tratar dichas dolencias

serán los más curtidos en filosofía y psicología, si se dejan guiar por la *bondad* (1).

IV. Higiene alimenticia

Para aplicar la higiene alimenticia a los neuróticos en general y a los neurasténicos en particular, conviene considerar los alimentos, no respecto de su composición química, sino de su acción particular sobre el sistema nervioso.

La carne es, entre los alimentos, la que más excita el plexo solar y, por consiguiente, todos los centros nerviosos. Pero no todas las carnes poseen en el mismo grado esta propiedad. La de buey, la procedente de animales viejos, y, por regla general, las negras son las más irritantes. La de un animal viejo es menos digerible y, en consecuencia, más irritante que la de un animal joven de la misma especie. Así, la de buey es muy irritante; la de ternera casi no lo es; la de carnero, menos excitante que la de buey, lo es más que la de corderillo; la de un gallo viejo irritará el plexo solar, al paso que la de pollo le será indiferente.

Con todo eso, no hay que mirar solamente la edad del animal, sino también las cualidades de la vianda peculiares de cada especie. Así, la carne de cerdo irrita el plexo solar por su copia de grasa; de igual manera, es más irritante la carne de salmón que la de lenguado. Las hortalizas, lentejas, guisantes, avena,

(1) «La primera condición del médico, dice Fiessinger, ha de ser la *bondad*, porque el enfermo ha menester frases de aliento. En ella el médico hallará la fórmula para consolar.» *Erreurs sociales*, cap. III, *Erreurs morales*.

arroz, maíz, etc., leche y huevos no irritan los centros nerviosos. Esto no obstante, la corteza dura de algunos vegetales es causa de irritación, si no está finalmente molida o bastante reblandecida por remojo en agua y prolongada cocción.

Aunque, por su naturaleza, los alimentos vegetales son indiferentes para los centros nerviosos, comidos en exceso, producen irritación del estómago, a consecuencia del mucho trabajo que requiere su digestión. Aun la leche, que es el calmante más eficaz del estómago, engendra dispepsia, esto es, irritación del plexo solar, si se toma gran cantidad a la vez. Guardémonos de aconsejar el uso exclusivo de legumbres tiernas y frutas, porque son menester excesivas cantidades para satisfacer las necesidades del organismo.

Excelentes efectos produce el régimen lacto-farináceo en los neuróticos de aparato digestivo muy impresionable. En las neurosis leves, puede tolerarse el régimen mixto, a condición que preponderen los vegetales. Pero en algunas formas graves de dolencias de origen nervioso, el *régimen vegetariano* estricto o mitigado por el uso parco de pescado de agua dulce, es el mejor medio de conseguir la cura.

Védese rigurosamente, a los nerviosos, el vino, licores, café de las islas, té y especias. La mejor bebida es el agua fresca. Recomiéndense el café de cereales, y, en especial, la malta compuesta o las bellotas compuestas, por sus condiciones calmantes.

Todos los nerviosos sin excepción, han de huir el comer con exceso. Los que tienen mucho apetito, no curarán jamás si quieren saciarlo.

La mayor parte de neurasténicos experimentan una

hora o dos después de comer, cansancio cerebral, torpeza, sensación de vacío en la cabeza, ganas irresistibles de dormir y exageración de todos los síntomas neurasténicos.

Tales molestias se disminuyen, a las veces notablemente, con reducir la cantidad de alimentos si es excesiva (cosa harto frecuente), o con escogerlos con tiento. En especial, a los neurasténicos y a los gastrálgicos tráiganseles a la memoria aquellas tan justas palabras de Fonssagrives: «Los que hablan de sobriedad tragan mucho; los que no hablan de ella, mucho más.» Los médicos e higienistas que estudiaron este importante asunto de la alimentación, están de acuerdo en este punto. «La verdad es que casi todos comemos demasiado, dice Burlureaux, y que es preciso que la máquina humana esté excelentemente constituida para poder resistir los excesos a que la sometemos todos los días» (1).

En todas las neurosis, particularmente si van acompañadas de gastralgia o de dispepsia, el régimen alimenticio se ha de enderezar a nutrir al enfermo con la menor irritación posible de los centros nerviosos.

No es posible dar un régimen uniforme para todas las neurosis. Si en un sano hay que tener en cuenta su tolerancia particular para cada alimento, con mayor razón hay que aplicar esto mismo al doliente.

Así que, sólo podemos dar indicaciones generales a cuyo tenor cada cual ordenará su régimen conforme a la tolerancia de su estómago.

Muy de estimar son, en las enfermedades del estómago, las harinas de cereales, sopas de granos tostados, harinas de arroz, de cebada, de avena cocidas con

(1) *Op. cit.*, 2.^a Parte, cap. III.

leche, agua o caldo de carne desgrasado. Pueden también usarse las leguminosas; pero guisantes y habichuelas no convienen a todos los enfermos.

No olvidemos cuán mal llevan, en general, los dolientes del hígado, estómago e intestinos, las grasas y la manteca. Úsenlas, pues, con mucha moderación los neuróticos en quienes no funcionen bien aquellos órganos, y aun a veces, será menester suprimirlas totalmente, en cuyo caso la leche y la natilla, suplirán a las grasas. Prohíbanse los vegetales muy ácidos, como la acedera. Yerran algunos neuróticos, en los que el abuso de ciertas frutas les produce accesos, pensando éstas serles dañosas, porque no a la calidad sino a la cantidad se ha de echar la culpa. Así pasa con ciertas hortalizas. El gastrálgico que todos los días come muchos guisantes o coles, agrava su estado, siendo así que comiéndolos en corta cantidad (una o dos veces por semana), las digiere del todo, como su estómago no esté muy dilatado. La *choucroute* (1) desalada por el remojo de una o dos horas en agua fría, será, de ordinario, mucho mejor digerida que las coles no fermentadas.

En todas las neurosis y en todas las dolencias del estómago, sienta bien la leche, pero hay que huir de tomar cantidades excesivas de una vez. En los casos gravísimos, una cucharada de leche cada hora, puede prestar grandes servicios. Cuando hay intolerancia total del estómago para la leche y todo linaje de alimentos, ciertos dolientes alcanzaron felices resultados mezclando la leche con malta compuesta o centeno tostado.

Kneipp aconseja mucho la leche cuajada contra

(1) Conserva de coles saladas y fermentadas, no usada en España.—N. del T.

todas las inflamaciones internas, pero no recomiendo yo el tomar un litro en una hora, como lo hacen algunos que, luego, se pasan si no les va bien. Comiéndose por una cucharada cada hora; si sienta bien esta cantidad, podrá aumentarse un poco, pero se rebajará en caso contrario, porque conviene no sobrepasar la tolerancia del estómago.

Védense totalmente, así los huevos duros como los cocidos con manteca negra. En cambio, son muy de aconsejar los huevos pasados por agua, poco cocidos, y la yema mejida (1). Con todo, los huevos no han de entrar en mucha parte en la alimentación, porque son alimentos muy concentrados.

El pan Kneipp o pan integral sólo conviene a los neuróticos cuyos órganos digestivos se hallan todavía en buen estado. Los que tengan digestión difícil usen el pan de trigo integral, pero déjenlo, si les causare molestias.

Condición esencial para que la alimentación produzca los mejores efectos posibles (aun en los sanos) es el comer despacio y masticar bien: una hora para la comida y tres cuartos de hora para la cena. Si los dientes no mastican, lo hace el estómago a expensas suyas, ya que no para ruina suya. También hay que beber poco a poco y con moderación (2).

(1) Para prepararla, emulsióñense dos yemas de huevo en agua caliente, endúlcese y aromatícese con agua de azahar.—Corresponde a la locución francesa *lait de poule*.—N. DEL T.

(2) En esta importante materia de la alimentación, que no entra directamente en nuestro trabajo, hemos tenido por guía casi por entero y aun a la letra, la preciosa y discreta obra de J. Favichon: *L'Hygiène alimentaire*, indicada ya en otra parte de este libro.

V. Sueño

La duración más o menos larga del sueño no es de poca monta para la salud, especialmente en los neuróticos. En la investigación de las causas de las enfermedades, más a menudo se culpa (como respecto de la alimentación) al exceso que a la insuficiencia del sueño. El famoso tres-ochos, blanco de las reclamaciones obreras, tiene aquí su adecuada aplicación. Ocho o nueve horas de sueño es para los nerviosos un promedio del cual no conviene se aparten mucho. Más severa que nosotros era la escuela de Salerno cuyas *septem horas* (siete horas) constituían una regla a la que habían de ajustarse niños, adultos y viejos.

A nuestro juicio, la reglamentación del sueño no puede ser tan uniforme sino que ha de tener cuenta con la edad, estado de salud y género de trabajo. Un sueño prolongado en demasía, engendra enervamiento de todo el sistema nervioso. Quien diariamente duerme de doce a catorce horas, es, en general, incapaz de trabajar seriamente (un sueño llama a otro sueño). Además, el sueño muy prolongado produce con el tiempo flaqueza progresiva de los músculos; a menudo, pérdida total del apetito y siempre lentitud más o menos grave de todas las funciones orgánicas. Consecuencias ordinarias del exceso habitual del sueño son la obesidad, hinchazón, atonía, pesadez de cabeza, embotamiento de las potencias sensoriales y morales, pereza y morosidad.

No es posible resistir por mucho tiempo la total privación de dormir, porque la naturaleza tiene dere-

cho a un descanso que demanda imperiosamente. Por la costumbre, pueden algunas personas llegar a dormir solas cuatro o cinco horas, pero no es posible reducir aún más la duración del sueño sin exponer la salud a graves quebrantos. Además, para la duración del sueño, hay que tener en cuenta las fatigas del día, porque es natural que un gasto superior de fuerza pida mayor reposo. Tanto más profundo es el sueño, cuanto mayor fuerza se haya gastado en el trabajo del día anterior. Nos admira la tranquilidad de ánimo de Alejandro, Pompeyo y Napoleón cuando los vemos dormir profundamente en víspera de una batalla. De presumir es que sueño tan apacible era hijo más que de la quietud de alma, del cansancio producido por los preparativos del combate. ¿No se han visto, en tiempo de guerra, soldados dormir en el lodo o en la nieve, muy cerca del enemigo?

Saquemos de estos hechos, preciosas enseñanzas. La holganza corporal durante el día es, con harta frecuencia, causa de insomnio, por lo cual, el primer remedio contra la falta de sueño se halla en los ejercicios físicos. El Dr. Burlureaux manda comer a los enfermos así que despiertan, y aun durante la noche, para conciliar el sueño. «La mitad de un huevo duro, tomado a media noche, después del primer sueño, en los casos en que el régimen debe ser más bien seco; una taza de chocolate, en aquellos otros casos en que el régimen deba ser más líquido, servirán mucho mejor para facilitar el sueño que el mejor de los preparados de opio» (1). Después de comer y aun después de meren-

(1) *Op. cit.*, ibid.

dar, experimentan ciertos enfermos necesidad de dormir. Descansen entonces en posición horizontal, guardándose de creer que ese sueño perjudicará al de la noche, porque «el sueño diurno es el mejor estimulante del sueño nocturno, al revés de lo que, ordinariamente, se figuran muchos» (1).

VI. Ejercicios de devoción

En este linaje de afecciones, las congojas morales o religiosas representan importantísimo papel. Muy natural es que los que tienen fe se esfuercen en conservar sus ejercicios de devoción, aunque los padecimientos los hagan particularmente dificultosos, si no imposibles. Desgraciadamente, estos enfermos parecen estar convencidos de que no hay otros medios de santificarse, y, con harta frecuencia, ¡ay! no quieren *dejarse convencer* de lo contrario.

Créense obligados a consagrar a los ejercicios de devoción los largos ocios que les deja el tratamiento, precisamente cuando es el alma, sobre todo, la que ha menester sosiego y descanso. Algunos llegan a pensar que no hacen cosa buena porque no pueden rezar como en otros tiempos. Son tanto más difíciles de convencer, cuanto esta imposibilidad de faltar a sus devociones es hija de la neurosis que, en realidad, padecen, pero que a ellos se les antoja no padecer. Los consejos más lógicos y claros, *los más convincentes, no los convencen jamás*. Empéñanse en querer hacer lo que siem-

(1) Ibid. cap. IV.

pre hicieron o aun más y mejor. Parecen olvidar que «todas las cosas tienen su tiempo» (1). «Uno es el tiempo de padecer y otro el de orar, dice San Francisco de Sales. En primavera y en invierno es inútil buscar fruta en los árboles. Sería menester cuerpo de bronce para obrar padeciendo y para padecer obrando (2). Cuando Dios nos llama a los padecimientos, nos exime de obrar» (3). Otros, por el contrario, que podían cumplir muy bien sus deberes, los abandonan del todo, so pretexto que, habiéndolos cumplido siempre fielmente, no por eso se hallaron mejor, sino al revés.

Estas devociones que, ayer, eran su apoyo en la adversidad, hoy, les cansan, les fastidian, los extenuan. A la paz interior del alma sucedió la inquietud; al fervor, la tibieza; al celo, la indiferencia, el abatimiento, el entorpecimiento; a los consuelos y a las dulzuras, la sequedad, la turbación y, finalmente, el *escriúpulo* con todas sus fobias y desesperanzas.

Santa Teresa, gran conocedora de este linaje de enfermos, a la que no se puede culpar de tibieza ni relajación, decía de ellos: «Procurar que no tengan muchos ratos de oración, aun de lo ordinario, que por la mayor parte tienen la imaginación flaca, y haráles mucho daño, y sin esto se les antojarán cosas, que ellas ni quien las oyere, no lo acaben de entender» (4).

Estos consejos de Santa Teresa dirigidos a los ca-

(1) Eccle., III, 1.

(2) Job, VI, 12.

(3) El Obispo Camus, *Espíritu de San Francisco de Sales*, 3.^a parte, cap LV. Decía este gran santo que «vale más una onza de padecimiento que una libra de acción; pero de padecimiento enviado por Dios sin elección nuestra». Ibid, cap LI.

(4) *Libro de las fundaciones*, cap. VII.

sos ordinarios de la neurosis, por excelentes que sean, no bastan para los casos graves. Si no es posible dar aquí reglas precisas y especiales (tan variados y complejos son estos casos) podremos siempre guiar a los enfermos con avisos generales fundados en la experiencia. Los confesores o directores *competentes* deben ser consultados y *obedecidos*, como dijimos en el capítulo de los *Escripulos*.

Estos consejos se adaptarán a la profesión, costumbres, cultura intelectual y ascética y, en especial, al *grado de la dolencia*. Pasa en esto lo que con el trabajo intelectual y manual. Guárdense, pues, en común, estos enfermos de hacer oración mental (por el cansancio cerebral que de ahí resulta y por las razones alegadas por Santa Teresa), de oír muchas misas, de estar largos ratos en las iglesias o capillas. Bástenles unos minutos de oración o de adoración. El valor de las devociones no se mide por la variedad o duración, sino por el grado de amor de Dios y por la sumisión a la voluntad divina con que se cumplen. «Amemos la oración, dice San Francisco de Sales, pero amémosla por el amor de Dios. Pues bien; el que la ama por el amor de Dios sólo quiere la que Dios le quiere dar, y Dios sólo quiere dar tanto cuanto permite la *obediencia*» (1).

Cuando están abatidos, ¿por qué no han de orar como Nuestro Señor en el huerto de las Olivas durante su cruel agonía, cuando estaba su alma triste hasta la muerte: *Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz. Mas no como yo quiero, sino como tú?* (2) «Aun cuando, dice Massoulié, no se hiciese en toda la oración sino

(1) *Op. cit.*, 1.^a parte, cap. XXVI.

(2) Matth., XXVI, 39.

este acto de conformidad con la voluntad de Dios, con esas pocas palabras, excitando la voluntad a decirlas con ardor, no hay duda que semejante oración sería muy útil y santa» (1).

Estén, en lo posible, sentados. La posición de pie e inmóvil produce muy pronto fatiga; la posición de rodillas entorpece la circulación de la sangre y origina punzadas y dolores en la columna vertebral. Sobre todo, luego después de comer, eviten lecturas piadosas y oraciones vocales; hay que aguardar, por lo menos, una hora. En este intervalo, el descanso de cuerpo y alma ha de ser riguroso. La mejor posición es estar echado.

En los casos de gran fatiga, de anemia grave, de extenuación nerviosa, absténgase de todo linaje de oración vocal, hasta de un *Avemaria*. Oraciones cortísimas pueden causar grandísimo cansancio de cabeza y ser realmente perjudiciales a la salud. Conténtese con «jaculatorias que pueden suplir a todas las otras oraciones» (2); ejercítense en vivir en recogimiento, en la presencia de Dios, en prácticas de humildad, caridad, paciencia, mansedumbre, *buen humor* y, en especial, en «la entrega de sí mismo en los brazos de Dios». Según San Francisco de Sales, es este entregamiento «la virtud de las virtudes, la nata de la caridad, el olor de la humildad, la flor de la paciencia y el fruto de la perseverancia; virtud grande y sola digna de ser practicada por los hijos predilectos de Dios» (3).

(1) *Traité de la véritable oraison*, p. 3, cap. IX.

(2) San Francisco de Sales, *Combate espiritual*, cap. XX.

(3) «Las oraciones jaculatorias y los ímpetus de nuestra alma, dice también, son verdaderas continuadas oraciones, y el sufrimiento de los males es la mayor ofrenda que podemos hacer a Aquel que sufriendo nos salvó.» *Ibid.*

¡Cuántos enfermos hay (religiosos o seculares) que vinieron aquí con la siguiente regla o consejo de su Superior o confesor: En cuanto a vuestras devociones, *haced lo que poddis*. Este es el consejo que los inquieta y turba, porque son incapaces de saber lo que *pueden hacer*. De ahí nace el temor de no hacer bastante o de hacerlo mal y de faltar, por tanto, a la obediencia: y de ahí también nace la inquietud, el *escrúpulo*. Claro está que, en este caso, es de rigor suprimir todo género de ejercicios de devoción.

Aunque asombrados, aterrados, ya que no escandalizados (¿por qué no?) al principio por medio tan radical e imprevisto, no tardaban, con todo, en reconocer que la *seguridad* de no estar obligados a cosa alguna, les había producido una *distensión de los nervios* y, por consiguiente, grandísimo alivio físico y moral. Por fin (poquito a poco) llegaban a persuadirse que, mientras estuviesen en tal estado, Dios no les pediría más. Entendían que sólo darían cuenta a Dios de su sumisión a este nuevo género de vida que les habían impuesto y que si había responsabilidad era para el que manda, que es el que carga con ella; no para el que *obedece*. Aun cuando el que *manda* se engañe, el que *obedece* no se engaña jamás, a menos que con evidencia fuese en cosas intrínsecamente malas. «Obedeced a vuestros superiores, dice el Apóstol, y estadles sumisos. Porque ellos velan, pues que han de dar cuenta de vuestras almas» (1).

Estos consejos, tal vez, parezcan prematuros, exagerados y aun pueriles a cuantos no conozcan del todo estos estados mórbidos con todas sus consecuencias fi-

(1) Hebr. XIII, 17.

sicas y morales. Dictados como son por larguísima experiencia y observación minuciosa hecha (sin ponderación) sobre millares de enfermos, tienen grandísima importancia y han de seguirse al pie de la letra por todos los neuróticos o los escrupulosos de este jaez.

Señalemos, para terminar, algunos consejos muy prácticos de Santa Teresa acerca de «cómo se han de haber con las que tienen melancolía».

En aquella época, designábase con el nombre de melancolía todo linaje de neurosis: aun no se habían inventado las palabras: *histerismo*, *neurastenia*, etc. Sin duda Santa Teresa quiere aquí hablar del histerismo y también de la simple neuropatía. Sea como fuese, sus consejos son excelentes y han de seguirse, así en los casos de simple neuropatía, como en los de histerismo. Los citamos con tanto más gusto, cuanto son de una *mujer fuerte*, tan famosa por su fortaleza varonil como por su sabiduría y santidad, convencidos como estamos de que mejor los seguirán las mujeres que si los hubiese dado la mayor autoridad médica.

«Por mucho que andamos procurando, dice la Santa, no tomar (como a novicias) las que le tienen (el humor de melancolía), es tan sutil, que se hace mortecino para cuando es menester; y así no lo entendemos hasta que no se puede remediar (1).

(1) Si supiesen las Superiores de qué son capaces tales enfermas en las comunidades religiosas, aun las más severas observantes, serían, sin duda, más severas en recibir las y, sobre todo, en admitirlas a la profesión. Basta una sola, a las veces, para trastornar a una comunidad, por inmejorable espíritu que tenga y para esparcir en ella la desconfianza, la cizaña, la desunión, ya que no el desorden. Cuando se echa de ver el mal, asombro causa pensar que *tal persona* haya podido cometer tal fechoría.

»Son tantas las invenciones que busca este humor para hacer su voluntad, que es menester buscarlas para cómo lo sufrir y gobernar, sin que haga daño a las otras. Háse de advertir que no todos los que tienen este humor son tan trabajosos... Lo que más este humor hace, es sujetar la razón, y así está oscura, pues con tal disposición, ¿qué no harán nuestras pasiones? Parece que si no hay razón, que es ser locos, y es así; mas en las que ahora hablamos, no llega a tanto mal, que harto menos mal sería; mas haber de tenerse por persona de razón y tratarla como tal, no la teniendo, es trabajo intolerable, que los que están del todo enfermos de este mal, es para haberlos piedad, mas no dañar; y si algún medio hay para sujetarlos es, que hayan temor... Procuren (las preladas) sujetarlas de manera que entiendan no han de salir con todo, ni con nada, de lo que quieren. Porque si entienden que algunas veces han bastado sus clamores, y las desesperaciones

Pero el mal ya está hecho (fuerza es rendirse a la evidencia) y muy a menudo es tarde para repararlo. Escribíanos, poco ha, la Superiora de un gran monasterio; «Sé de algunos conventos que se han hundido por una histérica. Dios nos ha concedido la gracia de preservarnos de esta calamidad... pero ¡si supiéseis cuán severas somos en recibir las novicias, y cuánto las probamos!... Vuestro libro hacía falta en esta época de desequilibrados. Conventría darlo a conocer, en especial, a los padres y a las Superiores de los colegios, porque la mala educación engendra histéricas. Acabo de despedir a una novicia neurasténica cuyos padres eran culpables de la enfermedad... Si las Superiores leyese con atención vuestra obra, no recibirían a esas caprichosas a las cuales no se prueba seriamente y que luego prueban ellas a las demás.»

Justamente indignada, esta buena y entendida Superiora llama a la lectura de novelas, a los espectáculos, a la mala alimentación, a la música, a los automóviles, a la bicicleta: «fábricas de histéricas». Tiene mucha razón.

que dice el demonio en ellos, por si pudiese echarlos á perder, ellos van perdidos, y una basta para traer inquieto un monasterio...

»Es a tiempos el apretar este humor tanto, que sujeta la razón (y entonces no será culpa, como no lo es a los locos, por desatinos que hagan) mas a los que no lo están, sino enferma la razón, todavía hay alguna; y otros tiempos están buenos: es menester que no comiencen en los tiempos que están malos a tomar libertad, para que cuando están buenos no sean señores de sí, que es terrible ardid del demonio, y así, si lo miramos, en lo que más dan es en salir con lo que quieren, y decir todo lo que se les viene a la boca, y mirar faltas en los otros, con que encubrir las suyas, y holgarse en lo que les da gusto; en fin, como el que no tiene en sí quien la resista. Pues las pasiones no mortificadas, y que cada una de ellas querría salir con lo que quiere, ¿qué será, si no hay quien las resista?

»Torno a decir, como quien ha visto y tratado muchas personas de este mal, que no hay otro remedio para él, sino es sujetarlas por todas las vías y maneras que pudiesen: si no bastaren palabras, sean castigos... (1) que no pueden hacer mayor bien a sus almas. Porque, como queda dicho y lo torno a decir, porque importa para las mismas entenderlo, aunque alguna vez, o veces, no puedan más consigo, como no es locura confirmada, de suerte que disculpe para la culpa (aun-

(1) Los castigos aconsejados por Santa Teresa en el *encarcelar* a estas enfermas, no pueden hoy aplicarse, pues si ella los aconseja es probablemente por no conocerse otros medios en aquel tiempo, y aun quizá la expresión *encarcelar* se ha de entender *aislar* y, en tal caso, acertó Santa Teresa.

que algunas veces lo sea, no es siempre) y queda el alma en mucho peligro, sino es estando, como digo, la razón tan quitada, que la haga fuerza a hacer lo que, cuando no podía más, hacía o decía. Gran misericordia es de Dios a los que da este mal, sujetarse a quien los gobierne, porque aquí está todo su bien, por este peligro que he dicho. Y por amor de Dios, si alguna leyere esto, mire que le importa por ventura la salvación... Algunas... cuando hay a quien temer se van a la mano y pueden... (contenerse)... Yo he miedo, que el demonio debajo de color de este humor... quiere ganar muchas almas.

»Las prioras han menester, sin que las mismas lo entiendan, llevarlas con mucha piedad, así como verdadera madre, y buscar los medios que pudieren para su remedio... Como este mal no las fuerza a estar en cama... ni llamar a médico, es menester lo sea la priora, pues es más perjudicial mal para toda la perfección, que las que están con peligro de la vida en la cama... Porque con otras enfermedades o sanan o se mueren: de esta por maravilla sanan ni de ella se mueren... Ellas pasan harta muerte consigo mismas de aflicciones, imaginaciones y escrúpulos, y así tendrán harto gran mérito, aunque ellas siempre las llaman tentaciones, que si acabasen de entender es del mismo mal, tendrían gran alivio, si no hiciesen caso de ello. Por cierto yo las tengo gran piedad, y así es razón todas se la tengan las que están con ellas... Yo conozco algunas personas, que no les falta casi nada para del todo perder el juicio, mas tienen almas humildes y tan temerosas de ofender a Dios, que aunque se están deshaciendo en lágrimas entre sí mismas, no hacen más de lo que

les mandan, y pasan su enfermedad como otros hacen: aunque esto es mayor martirio y así tendrán mayor gloria, y acá el purgatorio para no le tener allá» (1).

(1) *Libro de las fundaciones*, cap. VII.

CAPÍTULO XVI

De la indulgencia, respeto y caridad para con los enfermos

Este deplorable bosquejo de los padecimientos y consecuencias de la neurosis que parece enseñorearse de nuestra época, es a propósito para mover a piedad a los que no la padecen, y que se libran de esta especie de contagio moral y de sus variadas y desastrosas sendas.

Menester es indulgencia, respeto y caridad para con estos desventurados enfermos, enterados o no de su dolencia, de quienes tanto se habla hace algunos años.

Todos los enfermos, todos los que padecen, son de compadecer; pero, singularmente, son dignos de conmiseración los que carecen de aquel vigor necesario al alma para ser, como dice Bossuet, «señora del cuerpo que ella anima».

Esta alma desamparada, con semejante cruz a cuestas, busca, como todos los enfermos, y, aun más que los otros, alivios y consuelos en las personas que cree son para dárselos. Pero ¡ay! a menudo, mucho más a menudo de lo que parece, sólo halla indiferencia, incredulidad, burlas, tal vez sarcasmo, dureza, menosprecio, en especial, si la enfermedad dura mucho tiempo, cosa muy común en los pobres nerviosos. En el

combate de la vida, como en campaña, dice Dubois, se entierra respetuosamente a los muertos, se cuida con solicitud a los heridos de la vida, pero no se ama a los lisiados que, no pareciendo enfermos, con todo eso, se lamentan sin cesar (1).

El mundo, con su sabiduría y su filantropía, pensará haber cumplido suficientemente su deber para con ellos, con decirles o creer que son juguete de su imaginación. «No hay enfermos imaginarios, dice el mismo doctor; todos padecen y son, por tanto, dignos de lástima. Innumerables son los enfermos en quienes, el más atento examen no descubre ningún trastorno físico, a los que podría expedirse certificado favorable para una sociedad de seguros sobre la vida, y que por meses y años enteros y, a las veces, por toda la vida, padecen el martirio.» (2)

Este es el lenguaje propio del médico que está al cabo de su profesión, y el de toda persona inteligente, desinteresada, o caritativa. Y ¿qué es la causa de no ser el de todo el mundo? «Los más, dice el P. Faber, somos desventurados por no tener el mundo corazón ni piedad. Pero el mundo no es tal sino por faltarles bondad a las unidades que le componen, es a saber, a cada uno de nosotros» (3).

Llanamente confesemos, que tan mal tratados son a las veces algunos enfermos por aquellos con quienes viven y *hasta por aquellos cuyo deber es auxiliarlos*, que vienen a creerse desamparados de Dios; tentación de las más tristes y peligrosas, suficiente para arras-

(1) *De l'influence de l'esprit sur le corps*, París, Massón, 1902.

(2) *Op. cit.*

(3) *Conférences spirituelles: La Bonté*, París, V. Retaux.

trar a la pérdida de la fe y aun al suicidio. «El que está sano no siente el mal de los demás, y el ahito no se acuerda del hambre del que ayuna. Cuanto más un enfermo llega a ser semejante a otro enfermo y un hambriento a otro hambriento, tanto más profundamente se compadecen de sus males... Para sentirse desgraciado con la desgracia de los demás, menester es, desde luego, experimentarlo en sí. Sólo conociéndonos a nosotros mismos podremos volver a hallar el alma de nuestro prójimo en la nuestra y saber cómo auxiliarle» (1).

Si fuesen lesiones orgánicas o llagas que fuera posible ver y tocar, tal vez la indiferencia daría lugar a la piedad. Así hemos de creerlo, en honor del humano linaje. Y si, actualmente, a despecho de los indubitables progresos de la ciencia, llega el caso de envenenar a los enfermos, (2) o enterrarlos vivos, (3) no es esto razón para extender buleto de infalibilidad a los ignorantes que sólo juzgan por apariencias y hablan de este estado morbosos con la misma competencia con que el ciego expondría la teoría de los colores. Ni tampoco se requiere don especial para entender que ni el talento ni el estudio o ciencia teórica bastan en las cosas que son del solo dominio de la experiencia.

A médicos y confesores les falta, muchas veces dulzura y condescendencia para con estos pobres enfermos. A haber adolecido de este mal, sabrían, por experiencia, cuán horribles son tales miserias físicas y

(1) San Bernardo, *De gradibus humilitatis*, cap. III.

(2) ¿Quién se atreverá a negar las resultas de venenos empleados como medicinas: morfina, estrignina, sales de mercurio, aconitina, digitalina, beleño, belladona, etc., etc.?

(3) *La muerte real y la muerte aparente*, por el P. Ferreres, S. J.

morales, que tanta desesperación causan a los que las sienten. Que se engañe el mundo acerca de la naturaleza y consecuencias de esta enfermedad que tiene, con harta frecuencia, en contra suya todas las señales exteriores de una cabal salud, no es de maravillar, y se puede explicar, en parte, o excusar su proceder; pero no está ahí el punto de la cuestión. Lo que importa averiguar es *si* o *no* padecen tales personas.

«La flaqueza nerviosa, escribe Beard, se encubre a las veces, bajo la apariencia de envidiable salud. A causa de la variabilidad e incertidumbre de los síntomas que tienen los pacientes de esta categoría, y de su irritabilidad, mueven poco a compasión. No pocas veces tienen aspecto sano y actividad; son aparentemente lozanos, robustos y vigorosos. Hasta puede acaecer que engorden ellos al paso que su estado nervioso se agrava. Aumentan de peso al desaparecer los trastornos digestivos y hacer lugar a los del cerebro y de la médula espinal. Tal modificación engaña a quienes los asisten y aun al médico, de donde resulta que el paciente mueve menos a conmiseración en el punto mismo que más la ha menester... Un médico, que había venido a hablarme, pasó por la sala de espera y luego me dijo maravillado: «todos los enfermos que usted tiene son unos gigantes». Y esto no obstante, no dejaba de haber entre ellos algunos heridos de agotamiento nervioso grave. Hay que repetirlo muchas veces: puede estar dotado un hombre de constitución robusta y, con todo, tener un sistema nervioso tan decaído como el de una joven histérica retenida en cama» (1).

(1) Citado por el Dr. Bouveret, *La Neurasthénie*, cap. IV, París, Baillière, 1891.

Estas personas padecen hasta desesperarse. Razón de más para que sus allegados tengan el deber, y el deber sagrado, de ayudarles. «Las enfermedades largas, dice San Francisco de Sales, son excelentes escuelas de caridad para los que a ellas concurren, y de amorosa paciencia para los que las tienen, porque los unos están al pie de la Cruz, con Nuestra Señora y San Juan, imitando su compasión, y los otros están en la Cruz con Nuestro Señor, cuya pasión imitan» (1).

Indudablemente, miradas las cosas al viso estrictamente natural, convengamos en que no pocos enfermos se empeñan inadvertidamente en enajenarse toda benevolencia, ya que son muchos los que no pueden hallar curación o alivio por la sencilla razón de que no previendo las desastrosas consecuencias que esto lleva consigo, no aceptan del médico (2), ni del confesor otros

(1) *Carta*, 361.

(2) Advertimos que al hablar de esta obediencia nos referimos a los médicos verdaderamente dignos de tan noble profesión. No escasean, por desgracia, los que no vacilan en dar a los enfermos consejos que no les piden. Sin sospechar siquiera la responsabilidad en que incurren abrogándose el oficio de directores de conciencia, hablan de teología, de confesión, de comunión y de no sé cuántas cosas más, con una competencia que corre parejas con su discreción.

Además, so color de que a los enfermos conviene divertirles, ni por asomo tendrán reparo en que frecuenten bailes, tentros y conciertos y se retiren a altas horas de la noche. ¡Ay de aquellos que se levantan a las siete para oír misa y comulgar, aunque se acuesten tempranito! No se hartarán tales médicos de afirmar, en tono grave, que eso es arriesgar la salud. Realmente es esto singular aberración del entendimiento. Muy de maravillar es que haya médicos que se atrevan a abusar, en tal guisa, de la candidez de ciertos enfermos o de la culpable o necia complacencia de los suyos. ¿Ignoran, por ventura, esos hábiles prácticos que la quietud, el reposo de alma y cuerpo son indispensables para la curación de la neurosis?

consejos que los que les gustan. Desean vivir a su talante, y hacer únicamente su voluntad.

¡Cuántos enfermos, desgraciadamente, ni siquiera sospechan que sus lamentos e impertinencias siempre crecientes al paso que se les colma de cariños, son a propósito para exasperar, o por lo menos desanimar a los que les son más devotos! Acaban creyendo que todo se les debe y que todo debe ceder a sus reclamaciones. La generosidad, los sacrificios mismos de sus bienhechores, la admirable abnegación de los médicos, los servicios más humillantes y penosos de los Hermanos y Hermanas de la Caridad, que pasan noches de claro en claro a su cabecera, no son parte a darles contento.

Los hay que llegan a querer que los suyos o sus bienhechores en ellos sólo piensen y a ellos sólo limiten su esfera de acción. Olvidan que la caridad no excluye la justicia y que nunca fué lícito confundir la benignidad y la bondad con la flaqueza. Quien discute con ellos sólo consigue exasperar o acrecentar su mal, como no entiendan que su dolencia es una prueba en la cual y por la cual quiere Nuestro Señor santificarlos.

Desmándanse otros a proferir palabras o cometer acciones que amargamente deploran así que, pasada la primera impresión, pueden caer en la cuenta de su re-

Si el enfermo debe honrar al médico (Eccli. XXXVIII, 1), no menos ha de honrar el médico al enfermo, prestándole sus servicios y esforzándose en animarle. Asimismo, ha de ver en cada enfermo un miembro doliente de Jesucristo, un alma redimida con el precio de su sangre; debe advertir también al enfermo cuando está en peligro de muerte (Is. XXXVIII, 1), a lo que está tanto más obligado cuanto, con harta frecuencia, es el único a propósito para hacerlo; y debe acordarse que «el que hiciese a un pecador convertirse del error de su camino, salvará su alma de la muerte y cubrirá la muchedumbre de los pecados» (Jac. V, 20).

previsible conducta. Entonces dueleles más a ellos el agravio hecho que al agraviado mismo. Persigúeles por doquier el recuerdo de la ofensa y, prestos a todo linaje de sacrificios y humillaciones, no recobran el sosiego hasta haberlo reparado. A los tales pueden aplicarse aquellas palabras de San Pablo: «No hago el bien que quiero y hago el mal que no quiero» (1).

Tales extravagancias parecen ser más frecuentes en los histéricos, por lo que decía Wendell Holwes, que «una joven histérica es cual vampiro que chupa la sangre de las personas sanas que la rodean» (2).

No es ciertamente cosa fácil ejercer acción sobre estos enfermos, porque, además de la paciencia y tiempo necesarios, sería menester, a ser posible, entender su estado, es, a saber, la intensidad del dolor físico, y, más todavía, del moral, que nunca les deja. A lo menos podremos ver, en toda su conducta, por extraordinaria y enigmática que parezca, las consecuencias de esta terrible enfermedad. Requírese no poca delicadeza y mucha bondad, una bondad inagotable (3). No basta acercarnos a ellos y hablarles para distraerlos, sino que conviene manifestarles sentimientos de gran benevolencia y hablarles con el corazón más que con la razón. Preferible es intentar persuadirlos que convencerlos.

(1) Rom. VIII, 19.

(2) Weir Mitchel, *Traitement méthodique de la neurasthénie*, Paris, Berthier.

(3) «La bondad, dice Lacordaire, es aquella virtud que no consulta al interés, ni aguarda la orden del deber, ni ha menester ser solicitada por los atractivos de lo bello, sino que se inclina hacia una cosa, tanto más cuanto es ésta más pobre, más miserable, más desamparada, más digna de desprecio». *Op. cit.*, t. IV, p. 312.

La amable dulzura, la delicada solícitud y esas mil exquisitas industrias que sólo sabe sugerir la caridad, conseguirán más que las palabras más elocuentes y las razones más sólidas. En tan alta estima tiene la Divina Escritura estos actos de caridad, especie de besos de una alma a otra (1), que no titubea en afirmar que «las palabras compuestas son un panal de miel: dulzura de alma, sanidad de huesos (2), y mejores que la dádiva» (3).

«Más pecadores ha convertido la bondad, dice el P. Faber, que el celo, la elocuencia o la instrucción. Y aun estas tres cosas nunca convirtieron a nadie sin que la bondad entrase a la parte» (4).

«Nunca me he valido de réplicas picantes, ni de palabra contra la mansedumbre, sin haberme tenido que arrepentir luego, dice San Francisco de Sales. A los hombres, mejor se les gana por el amor que por el rigor; no sólo debemos ser buenos, sino bonísimos» (5).

«Si alguna vez padecéis, dice Landriot, si tenéis el corazón llagado, y heridas en los senos más recónditos del alma, buscad un alma segura, un amigo fiel y abridle aquellas llagas sangrientas y secretas que temen las miradas del público, que él dejará caer algunas gotas de su corazón amante y con este elixir divino os curará. Recoged ese bálsamo, ese precioso licor; dejadle penetrar hasta las fibras más profundas; cerrad

(1) Prov. XXIV, 26.

(2) Prov. XVI, 24.

(3) Eccli. XVIII, 16.

(4) *Op. cit.*

(5) *Vida del Santo*, por M. Hamon. Véanse la *Introducción a la vida devota*, III parte, c. VIII y IX, y las *Cartas* 578, 730, 854 y 865.

sobre si misma la abertura de la llaga y de vuelta a vuestra casa sentiréis ya notable mejoría, cumpliéndose así las palabras de la Sagrada Escritura: «Un amigo fiel es un remedio de vida» (1).

El Dr. D. de M., juguete del *Supplicium nervorum*, apreciaba del siguiente modo las ternezas de sus muchos amigos: «Desde que existe y padece el hombre, el lenguaje de la compasión fué siempre uno de sus mejores consuelos, y, a menudo halla mayor alivio a sus males con una mirada, con un apretón de manos, con una palabra o una interjección caritativa que con todos los ingredientes que hacemos hervir, machacar y moler.»

El autor de esta cita añade: «No hay médico que no esté enteramente convencido de esto y no halle mil ocasiones de aplicar la medicina del alma y del corazón, la cual no se formula sino que se gobierna por la necesidad actual y por la *naturalesu intima* del asunto» (2).

Todos los terapeutas han aprovechado el influjo moral, uno de cuyos principales caracteres es la bondad. Actualmente es el fundamento del régimen de las enfermedades nerviosas.

«No hay dolencia en que el médico psicólogo no tenga ocasión de obrar moralmente, dice Dubois; ora disipando prejuicios, ora reanimando al enfermo con palabras de aliento, serias o chistosas. Hacerle sonreír es a veces el mejor medio de desvanecer enojosos estados

(1) Eccli. VI, 16.—*Les péchés de langue et la jalousie*, 2.^a conf., Paris, V, Palmé, 1870.

(2) Dechambre, *Dictionnaire encyclopédique des sciences médicales*. Art. *Maladies nerveuses*, 1878.

de alma, injertados en males corporales. El médico digno de tal nombre, hace más bien con palabras que con recetas.

»No ha de ser el médico solamente un sabio que practica en enfermos una como vivisección; ante todo ha de ser hombre de corazón que sabe ponerse en lugar de los que padecen, hacerse su amigo y hablarles como compañero.

»Pero si útil es la psicoterapia en el tratamiento de todas las enfermedades, necesaria es en las afecciones del todo mentales, a las que he consagrado estas lecciones.

»Ya sé que no todos son de este parecer, y que algunos se empeñan en aplicar a las dolencias de esta clase los métodos corrientes de tratamiento. He comprobado con harta frecuencia el mal suceso de las tentativas de terapéutica física y reconocido la eficacia del espíritu, para volverme atrás. Entiendo que, ante todo, hemos de buscar en la psicoterapia directa el remedio a ese nervosismo invasor.

»Conviene que el paciente crea desde luego, que el médico no ve únicamente en él «un cliente» o «un caso interesante», sino que le mira como amigo que sólo piensa en curarle de su dolencia. Los prácticos debemos manifestar a nuestros enfermos una ternura y benevolencia tan dulce y arrebatadora que, en realidad, les sobraría torpeza si no curasen...

»En las conversaciones diarias, íntimas, no ha de elegir el médico, de antemano, el texto de lo que podríamos llamar su sermón laico, sino que ha de sentarse al lado de sus enfermos y oír sus cuitas con la mayor paciencia.

»Conviene, ante todo, no tener prisa o, por lo menos, no manifestarla. El médico que entra como una ráfaga, mira el reloj, hablando de sus muchas ocupaciones, no ha nacido para practicar esta psicología. Antes al contrario, es menester que el enfermo esté persuadido de que a solo él asiste el médico, y se sienta alentado a hacer, sosegadamente, sus confidencias.

»Dejad hablar al enfermo, no le interrumpáis, ni siquiera cuando se hace prolijo y difuso. Interesa por igual a él mismo y al médico estudiar la psicología y descubrir los defectos mentales del doliente (1).

»Mostradles claramente, con muchos ejemplos, los peligros de su sensibilidad enfermiza...

»Esforzaos, asimismo, en descubrir en el enfermo cualidades morales, superioridades, y sabed con toda franqueza, darle por ello el mérito que le enaltezca a sus propios ojos. ¡Tiene tanta necesidad de hallar la confianza en sí mismo!

»Fuerza es, por tanto, ante un neurótico, concluye el sabio doctor, saber apoderarse, desde luego, de él, e inculcarle el pensamiento fijo de que ha de curar, mantener la fijeza de este pensamiento hasta la curación y llevar la convicción a su ánimo con razones cada vez más imperiosas. Finalmente, en el curso del tratamien-

(1) ¡Qué diremos de esas visitas de dos o tres minutos; de esas visitas en que el paciente, con harta frecuencia, ha de guardar silencio y contentarse con algunas palabras, so pretexto de que ya es conocido perfectamente su estado! Ni hay por qué decir que las curaciones, si por casualidad sobrevienen, no siempre son tan rápidas como las consultas de este jaez. Hemos de preguntarnos cómo esos hábiles prácticos pueden conciliar tales procederes con su conciencia.

to, estúdiase el estado mental del sujeto, sorpréndasele su ilogismo, su exagerada sugestibilidad, y modifíquese en las conversaciones diarias su mentalidad nativa, porque en ella hay que buscar la causa primera del mal» (1).

En una de sus hermosas lecciones clínicas de la Salpêtrière, el Dr. F. Raymond da a sus discípulos juiciosísimos consejos: Debe «evitarse desde luego el causar al paciente la impresión de que se le tiene por enfermo imaginario, cosa harto frecuente en no pocos médicos, aunque sea, por supuesto, con la buena intención de disminuir sus aprensiones. No son los nerviosos, enfermos imaginarios, sino sencillamente enfermos cuyos padecimientos no es fácil conocer con exactitud, porque es cierto que, a menudo, los abultan y agravan prestándoles excesiva atención. No será difícil al médico conseguir, usando de ciertas precauciones, que caigan en la cuenta de sus exageraciones. Aliéntelos, explíqueles la naturaleza nerviosa funcional, que no orgánica de su dolencia, los inconvenientes y aun los peligros de esa especie de rumiación a que se dan y paténticeles la necesidad del esfuerzo voluntario para que el tratamiento continúe siendo eficaz. Enderécense todos sus esfuerzos a comunicar al enfermo la convicción íntima de que es curable del todo su dolencia, a mostrarle que le falta la confianza en sí mismo, que se abate y apoca sin razón, y a probarle con obras, mejor que con razones, que ya ha comenzado la mejoría» (2).

«Sea el médico, escribe Deschamps, prudentísimo, paciente, bueno, compasivo, sincero, sencillo y de len-

(1) *Op. cit.* Lecciones XVIII y XIX.

(2) *Op. cit.*, pág. 29.

guaje claro e inteligible. El papel, el esencial papel que debe hacer, es el de ser guía amigable y leal, director imparcial del neurasténico y enseñarle a conocerse y a utilizar del mejor modo posible el instrumento defectuoso que le dió la naturaleza. Ha de *saberlo todo...* a él le incumbe el enseñar benigne-mente el arte de estar enfermo» (1).

No hay que decir que a no aplicarse este trata- miento con toda la prudencia, caridad y a las veces con toda la firmeza requeridas, produciría efectos des- astrosos.

Conocimos a una jovencita que presentando sínto- mas vagos de depresión nerviosa, fué a consultar a un famoso práctico. «No tiene usted nada, díjole, haga todo lo que se le antoje, y si le gusta meterse en cama sea enhorabuena.» La enferma puso en ejecución el consejo desde el día siguiente, guardando cama algu- nos meses sin hacer otra cosa que lo que era de su agra- do. Llegó a rehusar el alimentarse, so pretexto que el comer la cansaba, y así vino a caer en un estado de flaqueza tal que habría acarreado deplorables conse- cuencias a no haberla llevado la familia, justamente consternada, a un establecimiento especial, donde, poco a poco, se vió libre de sus ideas fijas y de su neu- rosis.

¡Ojalá estas discretas advertencias aprovechen a los médicos imprudentes o inexpertos, y a los que viven con los pobres neuróticos! ¡Ojalá también se limiten los enfermeros a su oficio, procurando que se cumplan al pie de la letra las prescripciones de los médicos en vez

(1) *Op. cit.*, 2.^a parte, c. preliminar.

de meterse, con la capa de experiencia o de ciencia, ora a discutir, ora a condenar en presencia de los enfermos, el diagnóstico o el tratamiento aconsejado por los doctores!

Todos estos preceptos son de suma importancia, y por eso, ya que directamente no entren en nuestro plan, nos pareció bien darlos aquí, como quiera que el fin a que aspiramos es ser útil a los pacientes.

Tal vez no insistiésemos de este modo acerca del tratamiento psíquico a no haber experimentado hartas veces en nosotros mismos sus felices efectos, singularmente, estando en compañía de un bondadoso jesuita del norte de Alemania. Aunque enfermo también, de un mal que no suele perdonar, conservaba todo su humor. Con su jovialidad, dulces palabras y caridad inagotable, tenía el don de confortar a los neuróticos, disipar sus temores, devolverles el sosiego y el ánimo, infundiéndoles mayor confianza en sí mismos. Excusado es decir que Kneip sobresalta en este linaje de tratamiento que tuvo gran parte en la curación de muchísimos enfermos que fueron a buscar la salud a casa de aquel hombre extraordinario que, «sin ponderación, puede ser reputado por ingenio terapéutico de primer orden.» (1)

No se colija de lo que acabamos de decir, que sea suficiente el tratamiento psíquico, porque el físico también es necesario. Se lleva la palma quien acierta a combinarlos, dando a cada cual la importancia debida según los casos. «La psicoterapia, dice Raymond, no es el

(1) Dr. F. Sandoz, *Introduction à la thérapeutique naturiste par les agents physiques et diététiques*, cap. III, París, Steinheil, 1907. Obra muy interesante.

único elemento de este régimen, sino el esencial e indispensable para el éxito.» (1)

Inútil parecerá añadir que para triunfar en este difícil arte se requiere, aparte los estudios especiales, profundo conocimiento del corazón humano, hermanado con paciencia y bondad a toda prueba. La psicoterapia no se improvisa, y, mal aplicada, agrava, a no tardar, el estado mental.

Paciencia y caridad: he aquí el modo de hacer bien a estos enfermos enaltecéndolos a sus propios ojos y animándoles en sus esfuerzos de buena voluntad. La caridad benévola es realmente para ellos el vino y el aceite de que habla el Evangelio, que el piadoso Samaritano derrama sobre las llagas vivas de aquel desgraciado, despojado y herido en el camino de Jericó. En una palabra, no basta amar solamente de palabra, sino de obra y en verdad (2).

Tal es el verdadero distintivo de la caridad. «Cuando la Hermana de la Caridad cura, con hábil mano, las heridas corporales, no cumple con la mitad de su deber si con buenas palabras no cura también las del alma. La benevolencia completa, pues, la caridad; es el indispensable condimento que da sabor a la beneficencia» (3).

«¡Oh alma mía, digamos con un antiguo autor, en lo que nos resta de vida tengamos solamente extremo respeto a las vías crucificantes. Penosas son a la naturaleza, y humillantes a la vista de los hombres,

(1) *Op. cit.* pág. 34.

(2) Joan. III, 18.

(3) J. Guibert, Pbro., *La bonté*, c. II, París, Poussielgue. Opúsculo excelente que no nos cansaremos de recomendar.

pero santísimas en el orden de la gracia, y gloriosísimas a los ojos de Dios y de sus ángeles. Declarémonos de una vez por nuestro soberano Señor. Tengamos por felices con El a los maldecidos de quienes dicen toda suerte de mal, que son odiados, despedidos, desechados, y están unidos en lloros y lágrimas. Creamos con el Espíritu Santo nuestro Dios, que mucho más vale ir a casa de llantos que de regocijos. Sean para nosotros, todas las personas, lugares y casas marcadas con el signo de la Cruz, cosas venerables. Veneramos las imágenes de la Cruz que son madera o papel; pues con mayor razón veneremos las imágenes vivas, que son todos los cristianos afligidos.

»Si alguna vez entramos en casas desventuradas, según el mundo, donde no hallemos sino familias miserables, ni oigamos otra cosa que gemidos y suspiros, ni descubramos más que pobreza y miserias, detengámonos por respeto, acordándonos que son los *Louvres* y los Palacios de Dios. ¿No sabemos que los hospitales, lugar de enfermedades y dolores, tienen el privilegio de ser llamados *Albergues de Dios*, privilegio singular sólo usado por ellos?

»¡Oh qué dicha! Si hallásemos alguien que fuese el desecho del mundo; que no supiere, como si dijéramos, donde reclinar su cabeza, desamparado y combatido, así de buenos como de malos, desdeñado de sus prójimos y de sus más caros amigos; que sirviese de escarnio y ludibrio en las tertulias, y se viese reducido a un extremo de cosas por la privación de bienes, honras y cuanto puede halagar los sentidos; sí, alma mía, a honra de estado tan santo deberíamos besar sus pisadas porque la Cruz donde quiera que esté, merece singularísima veneración.

»Si consideramos a nuestro Divino dechado, el adorable Jesús, veremos que se adelanta a sus verdugos y los previene cortésmente: es porque van a prenderle para llevarlo a la Cruz.

»Recibamos, por tanto, con profunda veneración todas las cruces que nos sobrevengan, adelantémonos alguna vez por cortesía, honrémoslas en nosotros, en todas las personas, y en todos los lugares donde se ostenten. Ciertamente que en su honor deberíamos bajar del caballo al pasar por delante de las familias afligidas, estar con la cabeza descubierta y el interior profundamente recogido.» (1)

¿Será todavía menester, después de estas graves consideraciones, que tan fuertemente condenan nuestra delicadeza y sed de comodidades, traer a la memoria aquella palabra de los paganos mismos, que veían algo sagrado en el desgraciado *Res sacra miser?*

Efectivamente: si debemos amar al prójimo «como a nosotros mismos» ¿no parece ser obligación mucho más estricta amar a este linaje de enfermos? Como miembros dolientes de Jesucristo, bien merecen una mirada de compasión, una palabra de aliento, una de aquellas delicadas atenciones que alivian, consuelan y confortan, porque, en su presencia, no hemos de olvidar aquella consoladora palabra de Nuestro Señor: «Lo que hicieris con uno de estos pequeñuelos, a mí me lo hicisteis» (2).

Por Jesucristo, pues, hemos de respetar y amar a estos enfermos a quienes falta, a las veces, la luz y la

(1) Boudon, *Les saintes voies de la Croix*, t. IV, c. IV, Paris, Pêrisse, 1876.

(2) Math. XXV, 40.

fuerza moral, paralizada en ellos por la dolencia, inclinados como suelen ser a los escrúpulos. Amémosles, sacrificándonos por ellos, o, siquiera mostrándoles afecto. Si no siempre producen estos actos el suspirado efecto, jamás serían inútiles, aunque sólo fuese para las almas generosas que los han llevado a cabo.

CAPÍTULO XVII

I. Del camino luminoso de la Santa Cruz

Los más de los hombres viven como si no hubiesen de morir. ¿Qué es, pues, para ellos esta vida, a la cual se apegan con una especie de furor? ¿Por ventura, solamente el instinto natural hace tan tenaz este apego a la vida? ¿No será, más bien, la pasión del placer la que les clava a la tierra donde siempre andan hambrientos de nuevos goces, sensuales casi siempre, cuando los lazos de la familia no los ennoblecen?

Y estos goces materiales y animales, este furor de deleitarse en placeres, en que tan poca parte tiene la inteligencia y de los cuales se destierra a la sensibilidad purificada por la fe, ¿acaso merecen memoria, ni pesar, al perderlos o al avecinarse el fin de esta vida, dada al hombre como una prueba, como medio de llegar al conocimiento de Dios, que es el camino, la verdad y la vida?

¡Cosa extraña! El hombre que siente tanto horror a los trabajos, que aparta el pensamiento o la vista del padecer para que no le turben la embriaguez de sus placeres; el hombre, a quien trastorna la cercanía de la muerte, se halla a punto de exclamar con el poeta:

Antes padecer que morir (1).

(1) Lafontaine.

Y este no es sólo el grito del hombre que sigue sus apetitos; aun el filósofo que a la vista del horrible vacío de la vida, siente por ella invencible hastío, después de los años pasados en el olvido de Dios, ¿por ventura no lanza, como espantado en medio de unas *Maximas*, eco de su desencanto, aquella sentencia que endulzó poéticamente: «El sol y la muerte no se pueden mirar fijamente» (1).

¡Padecer! ¡Morir! ¡Qué horrible perspectiva para el que carece de fe y hasta para esos cristianos que viven como si no la tuviesen, para esas gentes a quienes es tanta la sombra del padecimiento, y que, como dijo Bossuet, «hacen cuenta de salvarse entre delicias!»

«Inventan, añade irónicamente, cierto artificio de delicadeza, *afectando mucha más de la que sienten*; tienen por blasón el distinguirse del vulgo, por el cuidado escrupuloso de evitar mínimas incomodidades, siendo esto para ello como el distintivo de haberse criado en el espíritu de grandeza. ¡Oh corrupción de las costumbres cristianas! ¿Acaso pretendéis salvaros sin llevar impreso en vosotros el carácter del Salvador? ¿No oís al apóstol San Pedro que os dice que «Cristo *padeció* por nosotros, dándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas?» (2).

Además, ¿de qué sirve huir de los trabajos? Por unos pocos días felices que podemos tener entre la infancia con sus ayes de dolor y la senectud con sus cotidianas miserias, entre la juventud que comienza a te-

(1) La Rochefoucauld.

(2) *Sermón sobre la necesidad de los padecimientos.*

ner por bella la vida y la decrepitud sólo alegrada por los pálidos reflejos de cosas pasadas; ¡qué de miserias físicas y morales, qué de lastimosas ruinas, qué de padecimientos continuos é intolerables, especialmente en los pobres neuróticos! Y para todos estos desgraciados que como toda criatura en este mundo gimen y sienten agudos dolores, sólo hay un dilema: o padecer con resignación cristiana, o rebelarse contra el padecer y el que lo impone. Así lo hacen aquellos que no están animados por la Fe y esos tan alabados poetas que, no contentos con injuriar a la naturaleza, blasfeman contra Dios; blasfemias que algunos estragados juzgan como sublime arranque de generosa indignación, en vez de compadecer a semejantes extraviados que predicán la rebelión a los desheredados de la naturaleza y del dinero. Muy bien entendía esto Bossuet cuando dijo, hablando de estos desventurados no sostenidos por la Fe: «Se les arrebatán los bienes de esta vida y se privan de los de la futura; de tal manera que, sin esperanzas por ninguna parte, llenos de rabia y de desesperación, no sabiendo a quien culpar, alzan contra Dios su lengua insolente con sus murmuraciones y blasfemias» (1).

No es ésta, digámoslo de una vez, la disposición de espíritu de los verdaderos cristianos probados por los padecimientos. Y aunque esté permitido, con harta frecuencia, el repetir con el autor de la *Imitación*: «Pocos son los que se vuelven mejores por la enfermedad», reconozcamos que las tribulaciones pacientemente aceptadas purifican, afinan el alma, como el fuego pu-

(1) *Ibid.*

rifica el oro, y que si por ella podemos expiar nuestras culpas, también por ella podemos llevar impreso en nosotros el carácter del Salvador.

¿Qué pensamiento puede haber más consolador que el de los padecimientos aceptados y buscados por el divino Jesús, que vino a este mundo para ennoblecer la pobreza, santificar las humillaciones y promover el triunfo del espíritu sobre la carne, del dolor sobre el bienestar, y el espíritu de sacrificio cristiano sobre el egoísmo humano, causa de todas nuestras miserias?

En la escuela de la Cruz, en que Jesús padeció el peor de los tormentos, el *desamparo*, formáronse los Santos: a ejemplo del Maestro aceptaron y buscaron trabajos y humillaciones, como aquel gran San Bernardo que, leyendo continuamente en su gran libro, la Cruz de Jesús: *aspiraba el menosprecio del mundo* (1).

Importa leer en su panegírico cómo la ciencia de la Cruz forma cristianos, y la predicación de la Cruz, Apóstoles. «La vida cristiana y la vida apostólica de San Bernardo estaban fundadas, una y otra, en la ciencia de Nuestro Señor Crucificado». Después de renunciar al mundo y «menospreciar peligrosas caricias», después de buscar un lugar de retiro y de penitencia donde mortificar los sentidos, «alimentándose con pan de cebada y de legumbres, durmiendo en el suelo», comienza su apostolado infundiendo el amor de la Cruz a su padre, a sus hermanos, «hechos al mando y al noble tumulto de las armas» y, finalmente, a su her-

(1) «Haber padecido mucho, dice M.^{me} Swetchine, es, como los que saben muchos idiomas, haber aprendido a comprender para dar a entenderse a todos».

mana, que vivía atollada en el lujo y la opulencia, y a quien él *humilla, porque se engalana con el patrimonio de los pobres*. Predica la Cruz a los setecientos ángeles de su monasterio; por su influencia en Europa hizose respetar entonces como el caudillo del mundo cristiano. A todos predica la Cruz de Jesús, y, añade Bossuet, «la mortificación que nos espanta: gústanos la buena comida, la vida cómoda y regalada, y tras esto ¿todavía queremos que nos llamen cristianos?» (1)

Nó, diremos con el elocuente panegirista, no son cristianos los que huyen de la Cruz, los que sólo andan a caza de gustos, los que apetecen el deleite de sus sentidos, o que, siendo llamados a seguir el arduo camino de la crucifixión, se impacientan, se indignan, y alzan la voz contra estas pruebas que tan útiles son a la purificación del alma (2). Además, no «sólo el Evangelio, sino también el mundo y la naturaleza nos imponen la ley del padecer.» Entonces, ¿por qué no aceptar con espíritu de fe la enfermedad que desagradada, desconcierta y crucifica? ¿No dijo Santa Catalina de Génova: «En este mundo convierte Dios en purgatorio el cuerpo de los enfermos»?

Un día instaba un solitario al santo abad Juan que le curase de una fiebre lenta: «Tú quieres, le respondió,

(1) *Panegírico de San Bernardo*.

(2) «No hay que agradecer solamente que Dios nos hiera, sino que es menester querer que sea en donde le plazca. En negocio de pérdidas temporales, toque y pinche Dios por donde quiera, y puntee la cuerda de nuestro laúd que escoja; nunca dejará de sacar dulce armonía. Señor, Jesús, sin reserva, sin *si*, ni *pero*, sin excepción, sin limitación hágase tu voluntad en padre, madre, hija, en todo y por todo. No digo yo que sea preciso desear y rogar por su conversión, pero no digamos a Dios: «Dejad a *éste* y tomad a *aquel*». San Francisco de Sales, *Carta* 745.

dejar lo que te es necesario, porque del mismo modo que los medicamentos purifican el cuerpo, las aflicciones corporales santifican el alma» (1).

Según piadosa tradición, el glorioso Príncipe de los Apóstoles, San Pedro, estando Santa Petronila enferma, fué preguntado por qué no la daba salud, pues la daba a todos los dolientes que venían a él, y bastaba su sola sombra para que tocados de ella quedasen libres de cualquier enfermedad. Respondió que a ella le convenía estar enferma, y que por eso no la daba la salud, y para que se entendiese ser esta la causa se la dió un poco de tiempo y después se la quitó. Los Santos, que admiramos sin imitarlos, soportaban pacientemente y aun anhelaban el padecer, mas no le apostrofaban enfáticamente como aquel filósofo estoico que exclamaba: «Oh dolor, nunca me harás decir que eres un mal», sino que amaban los trabajos, santificados por Jesús, y cuyo valor El les daba a conocer.

Cuando Nuestro Señor le ofreció a Santa Catalina de Sena, que escogiese o corona de flores o corona de espinas, escogió ésta, suplicando a Nuestro Señor que la coronase con ella para ser más semejante a El.

«¿Piensas, hija, dijo el Señor a Santa Teresa, que está el merecer en gozar? No está sino en obrar y padecer y amar.» Un día que estaba enferma trájole la enfermera un manjar delicado diciéndole: «coma, Madre, que es bonísimo». «Por eso mismo que es bonísimo nunca lo probaré», contestóle aquella gran santa, que no se cansaba de repetir a sus monjas: «Hijas, en no

(1) San Jerónimo, *In vitis Patrum*.

teniendo que padecer en este mundo, nada resta que hacer en él; tiempo es de partir, día sin padecer es día perdido. Hemos notado siempre, dice también, que los más allegados a Nuestro Señor y más amados suyos fueron también más afligidos por los trabajos, y oprimidos por la adversidad. Mucha verdad es que lleva Dios a los que ama tiernamente por caminos ásperos y difíciles y que cuanto más quiere a un alma más tribulaciones y dificultades le envía.»

Si así habla Santa Teresa de los padecimientos, es porque, como todos los santos y todas las almas penetradas de espíritu sobrenatural, en la escuela de Cristo y de la Cruz había aprendido todo su valor. Sabido es que su divisa era: «O padecer o morir». San Juan de la Cruz decía más: «Siempre padecer y nunca morir.» Y Santa Coleta, a un sacerdote que le preguntaba qué cosa era lo más penoso que le pudiera acaecer, respondió: «Pasar un día sin haber padecido algo por Dios» (1).

«Es desgraciado, el que carece de Cruz, decía el Beato Vianney, cura de Ars; sin ella no es posible enriquecerse para el cielo. El padecer, el desprecio y las calumnias son la moneda del paraíso.» «La Cruz es la llave del cielo» escribe San Juan Crisóstomo. «La Cruz de Jesucristo abrió las puertas del paraíso. ¿Por ventura no se dijo que el reino de los cielos padece violencia y que los esforzados lo arrebatan? Más digo yo: el que está en Cruz, arrebatara el cielo sin violencia. Entre el cielo y la Cruz, no hay medio. En pos de la Cruz, el paraíso» (1).

(1) *Vida de Santa Coleta*, cap. XVI, *op. cit.*

«Padecer, es casi el único bien que podemos hacer en este mundo; porque rara vez hacemos un bien sin mezcla de mal. Además, Nuestro Señor nunca está tan cerca de nosotros como cuando sufrimos con paciencia por su amor... ¡Bienaventurados los crucificados! Nuestra herencia en este mundo es la Cruz, en el otro, la gloria. Amemos nuestras Cruces, que son todas de oro miradas con los ojos del amor» (2).

II. De la ciencia de la muerte

Si el padecer, cuyo pensamiento ni siquiera podemos soportar, nos irrita, ¿qué cara haremos no digo ya a la presencia de la muerte, mas a su solo pensamiento? No los solos jóvenes temen morir, ni tampoco los solos dichosos recelan la muerte; sino los más hechos a los goces y a las miserias de la vida, y que al declinar de los años sienten que de cada día la muerte se les avecina, y que luego se les viene encima el fin de una vida tan mal empleada, esos son los que tiemblan de miedo, se lamentan y dan alaridos, al revés de los verdaderos cristianos que como fruto maduro, desprendido del árbol que le llevó, déjanse coger de la mano de Dios cuando El le halla en sazón para el cielo. Estos son los que entienden la nada de la vida y los que dicen gustosos con el gran orador cristiano: «¡Cuán diminuto es el sitio que ocupamos en este mundo! Yo nada soy. Enviáronme acá sólo para hacer número, y aun no

(1) *Homil. de Divit.*

(2) San Francisco de Sales, *Cartas* 707 y 825.

sabían qué hacer de mí, y aunque me hubiese yo quedado detrás del teatro, no por eso habrían representado con menos acierto la pieza.

»¡Cuán corto es el número de los que así piensan de esta vida perecedera y se preparan mucho tiempo para este paso tan temido de todos los que apartan de sí el pensamiento de la muerte, olvidando tan pronto a los que partieron delante! Y cuando cruza por el pensamiento de los hombres aturdidos por el tumulto de la vida, algún vago deseo de prepararse a la muerte, presto se disipan sus negras ideas y tanto que podemos afirmar que los mortales no tienen menos cuidado de sepultar los pensamientos de la muerte que de enterrar a los muertos mismos» (1).

Con toda ingenuidad hemos de decir que una de las cosas que siempre nos han llenado singularmente de asombro y que nunca hemos podido entender, es el poco lugar que ocupa generalmente en la vida del hombre la parte concedida a lo sobrenatural, y esto, a menudo, muy a menudo aun en personas muy especialmente obligadas a la práctica de las virtudes evangélicas, único género de vida digno de todo cristiano que tenga seso. Cuando todos saben que sólo están aquí de paso y que pueden caer en el abismo de la eternidad en el punto en que menos lo piensen, llevando consigo el solo mérito de sus buenas obras, ¿es posible que vivan como si nunca hubiesen de morir, o como si pudieran mandar a la muerte y fijar su hora para prepararse a parecer delante de Dios? Nos dirán desde luego, que no *siempre* pueden pensar en la muerte y en la eternidad;

(1) Bossuet, *Sermón sobre la muerte*.

harto lo sabemos. Pero va diferencia entre pensar en ella *siempre*, y pensar en ella como se hace ordinariamente; ya que, con harta frecuencia, cuando se piensa en ella o se habla de ella es para apegarse más a la vida. Que otro muera muy natural es, pero que muramos nosotros, es muy poco natural. Así es, realmente; uno murió de viejo, el otro de tal o cual enfermedad, esotro por haber cometido una imprudencia, circunstancias estas y casos estos contra los cuales estamos en total seguridad. Sosegado ya de su terror, el mundano se enfrascará de nuevo en los placeres, el sabio se limitará a un: *sic transit gloria mundi* (así pasa la gloria del mundo) y el creyente echará una breve plegaria; pero todos, éstos y aquéllos volverán a su tren ordinario de vida con mucho más ardor, porque todos se expidieron un nuevo certificado de longevidad. Sólo el verdadero cristiano, el hombre realmente sobrenatural, sacará una conclusión práctica. Después de haber rogado por el alma que acaba de salir de este mundo, entrará en sí mismo y tomará o renovará el propósito de dar a la preparación de este acto toda la importancia que merece, suplicando a Dios le libre de muerte repentina e *imprevista*.

Por otro camino andan las cosas, y el hombre ¿no vive, por ventura, como si hubiera sido criado para otro fin, o como si nunca hubiese de morir? La prueba de que esto es realmente así está en que, si por un imposible cambiase Dios el orden establecido y anunciase a los hombres que desde aquel punto ya no morirían ¿cuántos modificarían su plan de vida? Habría que verlo.

Para convencerse de ello, basta ver lo que sucede,

ver las cosas tal como son. ¿De qué hablan los hombres, de qué platican, de qué se apuran, en una palabra, en qué pasan el tiempo? «De la abundancia del corazón habla la boca» dice Nuestro Señor. Si un sér dotado de inteligencia como nosotros viniese súbitamente de otro planeta y juzgase de los hombres que habitan el nuestro por su conversación ¿le vendría jamás el pensamiento de la existencia cierta e inevitable de un mundo futuro de felicidad o de desventura? o por lo menos ¿no consideraría la idea de este mundo futuro con todas sus terribles consecuencias como cosa del todo secundaria o sin importancia alguna? Confesemos que a vista de semejante espectáculo, es lícito dudar si el hombre que así procede está en su cabal juicio.

¿Cómo explicar esta extraña disposición de ánimo en algunos cristianos, en esas personas atareadas que no tienen tiempo ni cuidado para pensar en la muerte?

Esto no obstante, las mil cadenas que los tienen sujetos a la tierra, se quebrantarán con golpe tanto más rudo cuanto menos lo esperaban. Almas hay más solícitas de sus intereses, que se habitúan al pensamiento de la muerte, con intento de ordenar mejor su vida y dar a cada cosa su justo valor. Otras, después de haber apartado este pensamiento, acaban aceptando con piadosa resignación esta última y terrible prueba (1). Luego ¿a qué sirve fantasear sobre la duración

(1) Deber estricto de todo cristiano es advertir con tiempo al enfermo que está en peligro de muerte. El médico ignorante o impío, naturalmente, no dejará de insistir acerca de las consecuencias funestas que el pensamiento de la muerte debe tener

de esta vida efímera y renunciar al beneficio y al consuelo de las últimas palabras de aliento de un piadoso y sincero amigo que ayude al alma cristiana a salvar este paso tan temido de unos, tan lleno de esperanza y tan saludable para otros?

sobre el enfermo; pero el verdadero cristiano se tendrá por feliz si pudo prepararse a parecer ante el supremo Juez, por haber recibido a tiempo el aviso. Por haber nosotros procedido así, díonos las gracias una doncella americana, de una manera realmente conmovedora, por las reiteradas advertencias que le habíamos hecho, así que la enfermedad se agravó seriamente.

Dos días antes de su muerte, ocurrida el 4 de Marzo de 1904, nos dijo sonriendo y con voz apagada: Padre, cuán reconocida le estoy por venir a verme tan a menudo; las primeras veces sólo estaba contenta cuando usted partía, porque siempre me hablaba de la inestabilidad de las cosas de este mundo, de la eternidad y de la muerte. Pero ahora entiendo el valor de sus visitas.

A la mañana siguiente, víspera de su fallecimiento, como nos suplicase que nos quedásemos más tiempo con ella, la preguntamos el por qué. Porque no quisiera morir sola, nos respondió. A eso de las diez de la noche, nos manda llamar por última vez, suplicándonos no la dejásemos, pues decía que sabía muy bien que era llegada su última hora. Recibida otra absolución, reiterado varias veces a Dios el sacrificio de su vida, y dadas gracias a las monjas que la habían asistido solícitamente, partió para un mundo mejor, edificando a los que la habían rodeado en su larga y dolorosa enfermedad. Las últimas palabras que le pudieron oír fueron: «rogad por mí». Era la una de la madrugada. Tenía veinte años y había heredado un gran patrimonio.

Puede acontecer que censuren al sacerdote, porque habla de la muerte a los enfermos. En el proceder así, el sacerdote cumple con su más imperioso deber. Importa, eso sí, usar de mucha discreción y prudencia, sobre todo con ciertos enfermos poco familiarizados con el pensamiento de la eternidad; pero es deber del sacerdote emplear un lenguaje distinto del que por lo común oye el doliente, y en especial no esperar a que esté a punto de perder el conocimiento para avisarle del peligro, como desgraciadamente lo hacen tantas personas del mundo. Al cabo, si el sacerdote no habla de la eternidad ni de la muerte ¿quién hablará de ella?

Conclusión

Si los pobres enfermos, para quienes va escrita esta obra, conocen exactamente el valor del padecimiento aceptado con paciencia y de la muerte cristiana, que es el término de la vida santamente aprovechada, estarán lejos de imitar a esos desventurados que se irritan vanamente contra el dolor y a quien enfada el solo pensamiento de la muerte.

Almas queridas, cuyas angustias hemos conocido y compartido, roguemos juntamente a Nuestro Señor se digne preservarnos del espíritu de rebeldía y de semejante ceguera. Sin el auxilio de su gracia, tanto más necesaria cuanto mayor es nuestro padecer, nos es imposible desasir el corazón del amor de la vida presente y de las criaturas, para elevarlo a las regiones sobrenaturales y fijarlo en el Criador. Roguémosle nos dé a entender el precio inestimable de su Cruz, de sus humillaciones, de sus tormentos y de su muerte en Cruz. Roguémosle nos guarde de discutir acerca de la oportunidad, peso o número de nuestras cruces, so pretexto que nada hicimos para merecer semejante tribulación, porque podría respondernos: ¿por ventura querías haber hecho alguna cosa mala? ¿Cuándo se alabó y recompensó la generosidad del avaro que paga sus deudas? ¿Nada hay que mejorar, purificar, perfeccionar o santificar en vosotros? Pues ¿qué había hecho yo? ¿Qué habían hecho mi Madre, mis Apóstoles, mis discípulos, y todos mis amigos los Santos? ¿Vale más el siervo que su amo? (1) Donde estoy yo allí estará tam-

(1) Joan. XIII, 16.

bién mi siervo (1). ¿Habéis ya olvidado que el que no carga con su cruz y no me sigue no puede ser mi discípulo? (2) ¿Y que hay que pasar por en medio de muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios? (3) Contempla, querida criatura, cómo estoy fatigado, pálido y exangüe, cómo el ardiente amor que te profeso, me ha secado y quitado toda mi fuerza, ¿cómo no ha de serme agradable imprimir en ti mis propios padecimientos? Considera, pues, en mí las infinitas señales del amor que te he profesado. Mira las innumerables heridas que me abrió el amor y piensa constantemente en mi sagrada Pasión y Muerte; así se unirá tu alma a Dios y volverá a su principio (4).

Además, si se nos envían las cruces por nuestros pecados, hemos de dar gracias a Dios por ello, ya que es preferible expiarlos en este mundo que en el otro. Si nos las envían para que se manifiesten en nosotros las obras de Dios, sacaremos provecho para nuestro adelantamiento espiritual, perfección y santificación. Como quiera, si alguna cosa fuese mejor y más útil al hombre que padecer, Cristo lo hubiera declarado con su palabra y ejemplo (5), y habría señalado otro camino a sus amigos los santos, cuando ahora parece decirnos: Regocijaos, hijos míos, y en vuestras penas poned vuestros ojos y vuestras almas en mí. Celestial era mi origen y, con todo, viví pobre y desolado en este mundo, padecí mucho, sufriendo entre vosotros los dolores

(1) Joan. XII, 26.

(2) Luc. XIV, 27.

(3) Act. XIV, 21.

(4) Taulero.

(5) *Imit.* II-12-15.

de la Cruz. Ea, pues, soldados valerosos e invencibles, revestíos de fuerza y de ardor (1), tomad vuestra cruz y seguidme (2). «Nadie será coronado sino el que legítimamente combatiere» (3).

Sepamos que pasando por la plenitud del dolor, llegaremos con seguridad a la plenitud de la gloria, y veremos verificadas en nosotros aquellas consoladoras palabras de la Escritura: «Hablándome uno de los ancianos me preguntó: esos que están cubiertos de blancas vestiduras ¿quiénes son? ¿de dónde han venido? Yo le dije: Mi Señor tú lo sabes. Entonces me dijo: Estos son los que han venido de una tribulación grande y lavaron sus vestiduras y las blanquearon o *purificaron* en la sangre del Cordero. Por esto están ante el solio de Dios y le sirven *alabándole* día y noche en su templo; y aquel que está sentado en el solio habitará en medio de ellos. Ya no tendrán hambre ni sed, ni descargará sobre ellos el sol, ni el bochorno; porque el Cordero que está en medio del solio será su pastor y los llevará a fuentes de aguas vivas y Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos» (4).

Sepamos también que, a semejanza del viajero que trepando por una alta montaña descubre a cada paso nuevos horizontes cuya hermosura le cautiva, nosotros en la escuela de la Cruz, al paso que avancemos, descubriremos luces, bellezas y fuerzas que nunca habríamos sospechado, o que en vano habríamos buscado en otra parte. Con el auxilio de la gracia que inunda los co-

(1) Bento Susón.

(2) Matth. XVI, 24.

(3) II Tim. XI, 12.

(4) Apoc. VII, 13-17.

razones puros y dóciles a sus inspiraciones, todos nuestros padeceres, enfermedades y flaquezas serán otras tantas aberturas que darán lugar a la luz del sol divino para penetrar en nuestra alma, para iluminarla, caldearla y purificarla cada vez más (1). Fieles a la gracia que está siempre en proporción de las dificultades, amaremos las Cruces, las bendeciremos y daremos gracias a Nuestro Señor por habernos llamado en su seguimiento acompañados con los amigos de Dios.

Un día que Santa Teresa hablaba con Nuestro Señor de los grandes padecimientos que le había enviado, díjole el Señor: «Así trato a mis amigos.» «Entonces no me maravilla que tengáis tan pocos», le respondió vivamente aquella gran Santa. Y en último término sean cuales fueren las cruces, ¿acaso cuestan muy caras si nos dan de este mundo y del otro el conocimiento que tuvieron los santos y nos llevan por el mismo camino a la misma recompensa? Y si Dios nos favorece de este modo con las más durísimas pruebas, si con ellas nos da más luces sobre esta vida que no es para la mayor parte más que un enigma desesperante, ya no tendremos tanto horror al padecer; le veremos venir y lo soportaremos con calma ya que no con alegría, como aquella alma escogida, que tuvimos la satisfacción de conocer y amar que pocos días antes de su muerte escribía: «Venga el padecer, vengan los sacrificios y las humillaciones, venga la muerte si ha de venir; de antemano acepto todas las

(1) «Cuando los cuerpos bajan, las almas suben», decía con mucha razón el P. Lacordaire. Al paso que el cuerpo se desprende de los falsos atractivos que pasan, después de habernos engañado con harta frecuencia, el alma se purifica, se sobrenaturaliza y sólo aspira a los verdaderos bienes.

cruces que la Providencia quiera poner sobre mis hombros, pues en todo esto reconozco la mano de Dios que siembra la tribulación después de la gracia, la inquietud después de la esperanza, la amargura, después de la dulzura, pero siempre misericordiosa y caritativa, siempre amada y siempre bendecida.» Sus últimas palabras fueron: «Quiero todo lo que Dios quiere» (1).

(1) Edmundo Rocca, fallecido en Marsella a 9 de Septiembre de 1893, a la edad de 19 años. Inútil es añadir que, en el retiro de su familia «cristianísima», su hermosa alma había bebido y conservado aquella angelical pureza, y cumplido la frase de la Escritura: «Con lo poco que vivió llenó la carrera de una larga vida. Porque su alma era grata a Dios, por eso mismo se apresuró el Señor a sacarle de en medio de los malvados» (Sap. IV, 13, 14).

SEGUNDA PARTE

Extractos de autores sobre la perfección cristiana y los medios de alcanzarla por los padecimientos.

I.—De la perfección cristiana (1)

(P. D. Lorenzo Scupoli)

Si deseas, oh hijo muy amado en Jesucristo, llegar al más alto y eminente grado de la perfección y santidad cristiana, y unirte de tal suerte a Dios, que vengas a ser un mismo espíritu con El, que es la mayor hazaña y la más alta y gloriosa empresa que puede decirse e imaginarse, conviene que sepas primeramente en qué consiste la verdadera y perfecta vida espiritual.

Muchos, no atendiendo de la vida espiritual más que a la parte exterior, creyeron que la perfección con-

(1) (Tomado de la edición de la «Librería religiosa».) Las siguientes páginas no hablan solamente con nuestros enfermos. «Sed perfectos», dijo Nuestro Señor a todos los que le escuchaban. Mas esta perfección no se ha de entender tan sólo de las prácticas exteriores de devoción (confesiones, comuniones, oraciones, viacrucis, rosarios, etc.), sino también, y, sobre todo, de las disposiciones interiores del que se dedica a estos ejercicios. Hase dicho que lo que nos hace elocuentes es el corazón. Asimismo es el corazón quien mejor descubre el grado de perfección alcanzada. No hay cosa tan a propósito para probarlo como estos extractos

siste en el rigor de la vida, en la mortificación de la carne, en los cilicios, disciplinas, ayunos, vigiliass y en otras penitencias y actos exteriores.

Otros, y particularmente las mujeres, se imaginan que han llegado á las cimas de la virtud, cuando han adquirido el hábito de rezar muchas oraciones, oír muchas misas, asistir a todos los oficios divinos, y frecuentar las iglesias y comuniones.

Algunos, aun de los mismos que profesan vida religiosa, creen que la perfección consiste únicamente en frecuentar el coro, en amar la soledad y el silencio, y en observar exactamente la disciplina de su Orden. Así los unos ponen todo el fundamento de la perfección evangélica en estos; los otros en aquellos o semejantes ejercicios; pero es cierto que todos igualmente se engañan, porque no siendo otra cosa las mencionadas obras que o disposiciones y medios para adquirir la santidad, o frutos de la santidad misma, no puede decirse que en semejantes obras consista la perfección cristiana y el verdadero espíritu.

Estos son siempre medios poderosos para conseguir la verdadera perfección y ser verdaderamente espirituales, y cuando se usa de ellos con discreción sirven maravillosamente para fortalecer la naturaleza, siem-

relativos al valor de las pruebas para llegar a la vida interior y a la perfección.

Si bien los dos primeros capítulos del autor del *Combate espiritual* no se refieren directamente a nuestro intento, hemos creído, con todo, conveniente copiarlos para que los fieles, con harta frecuencia poco instruídos, no se vean expuestos a tomar la sombra por la presa, confundiendo la falsa devoción con la verdadera, ni pierdan, de este modo, en todo o en parte, los méritos de sus padecimientos.

pre fría para el bien y siempre ardiente para el mal, para rechazar los ataques, para evitar los lazos del común enemigo y para obtener, en una palabra, del Padre de misericordias los auxilios que son necesarios a todos los justos, principalmente a todos los principiantes en los caminos de la salvación.

Son también frutos excelentes de consumada virtud en las personas verdaderamente espirituales y santas, las cuales afligen y mortifican su cuerpo ó bien para castigar sus rebeldías pasadas ó bien para humillarlo y tenerlo sujeto a su Criador: viven en la soledad y en el silencio, lejos del trato del mundo, para preservarse de los menores defectos y no tener conversación sino en el cielo con los ángeles y bienaventurados; ocúpanse en el culto divino, y en las buenas obras; ruegan mucho y fervorosamente, y meditan en la vida y pasión de nuestro Redentor, no por curiosidad, ni por gustos o consolaciones sensibles, sino por el deseo de conocer mejor la bondad y misericordia divina y la ingratitud y malicia propia; para ejercitarse más cada día en el amor de Dios y en el desprecio de sí mismos, siguiendo con la cruz y con la renunciación de la propia voluntad, los pasos del Hijo de Dios; y frecuentan los sacramentos sin otro fin que el del honor y gloria de Dios, el de unirse más estrechamente con su divina majestad, y el de cobrar nuevo vigor y fuerza contra sus enemigos.

Lo contrario sucede a las almas imperfectas, que ponen todo el fundamento de su devoción en las obras exteriores, las cuales muchas veces son causa de su perdición y ruina, y les ocasionan mayor daño que los pecados manifestos: no porque semejantes obras no

sean buenas y loables en sí mismas, sino porque se ocupan de tal suerte en ellas que se olvidan enteramente de la reforma del corazón y de velar sobre sus movimientos, y dejándole que siga libremente sus inclinaciones lo exponen a las asechanzas y lazos del demonio; y entonces este maligno espíritu viendo que se divierten y apartan del verdadero camino, no solamente las deja continuar con gusto sus acostumbrados ejercicios, sino que les llena la imaginación de quiméricas y vanas ideas de las delicias y deleites del paraíso donde piensan algunas veces que se hallan entre los coros de los ángeles, como almas singularmente escogidas y privilegiadas y que sienten a Dios dentro de sí mismas. Usa también del artificio de sugerirles en la oración pensamientos sublimes, curiosos y agradables, a fin de que olvidándose en cierto modo del mundo y de las cosas de acá abajo, se imaginen estar transportadas al tercer cielo.

Mas en cuántos errores y engaños vivan envueltas semejantes almas y cuán lejos se hallen de la perfección que vamos buscando, se puede deducir fácilmente de su vida y de sus costumbres, porque en todas las cosas grandes o pequeñas desean ser siempre preferidas a los demás: son caprichosas, indóciles y obstinadas en su propio parecer y juicio y siendo ciegas en sus propias acciones tienen siempre los ojos abiertos para observar y censurar las ajenas; y si alguno las toca, aunque sea muy levemente en la opinión y estimación que tienen concebida de sí mismas o las quiere apartar de aquellas devociones en que se ocupan por costumbre, se enojan, se turban y se inquietan sobremanera, y en fin si Dios para reducir las al verdadero conocimiento de sí mismas y al camino de la perfección,

les envía trabajos, enfermedades y persecuciones (que son las pruebas más ciertas de la fidelidad de sus siervos, y que no suceden jamás sin orden o permisión de su providencia) entonces descubren su falso fondo y su interior corrompido y gastado por la soberbia; porque en cualesquiera sucesos tristes y alegres, felices o adversos de esta vida no quieren conformar su voluntad con la de Dios ni humillarse debajo de su divina mano, ni rendirse a sus adorables juicios, no menos justos que impenetrables, ni sujetarse a imitación de su Santísimo Hijo a todas las criaturas, amando a sus perseguidores como a instrumentos de la bondad divina que cooperan a su mortificación, perfección y eterna salud.

De aquí nace el hallarse siempre en un funesto y evidente peligro de perecer, porque como tienen viciados y obscurecidos los ojos con el amor propio y apetito de la propia estimación y se miran siempre con ellos a sí mismos y a sus obras exteriores, que de sí son buenas, se atribuyen muchos grados de perfección y llenos de presunción y soberbia censuran y condenan a los demás y a veces los deslumbra y ciega de tal suerte su orgullo que es necesaria una gracia extraordinaria del cielo para convertirlos y sacarlos de su engaño, pues, como muestra cada día la experiencia, con más facilidad se convierte y se reduce al bien el pecador manifiesto que el que se oculta y cubre con el manto de la virtud.

De todo lo referido podrás, hija mía, comprender con claridad que la vida espiritual no consiste en alguno de estos ejercicios y obras exteriores con que suele confundirse la santidad, y que son muchos los que en este punto se dejan llevar de grandes errores.

Si quieres, pues, entender en qué consiste el fondo de la verdadera piedad y toda la perfección del cristianismo, sabe que no consiste en otra cosa que en conocer la bondad y la grandeza infinita de Dios y la bajeza y propensión de nuestra naturaleza al mal: en amar a Dios y aborrecernos a nosotros mismos: en sujetarnos no solamente a su divina Majestad sino también a todas las criaturas por su amor: en renunciar enteramente nuestra propia voluntad a fin de seguir siempre la suya y sobre todo en hacer todas estas cosas únicamente por la bondad y gloria de Dios sin otra intención o fin que agradarle y porque su divina Majestad quiere y merece ser amado y servido de sus criaturas.

Esta es aquella ley de amor que el Espíritu Santo ha grabado en los corazones de los justos; ésta es aquella abnegación de sí mismo y crucifixión del hombre interior, tan encomendada de Jesucristo en el Evangelio; éste es su yugo suave y su peso leve; ésta es aquella perfecta obediencia que este divino Maestro nos ha enseñado siempre con sus palabras y con sus ejemplos.

Si aspiras, pues, hija mía, no solamente a la santidad, sino a la perfección de la santidad, siendo forzoso para adquirirla en este sublime grado combatir todas las inclinaciones viciosas, sujetar los sentidos a la razón y desarraigar los vicios, lo cual no es posible sin una aplicación infatigable y continua, conviene que con ánimo pronto y determinado tú dispongas y te prepares a esta batalla, porque la corona no se da sino a los que combaten generosamente.

Pero advierte, hija mía, que así como esta guerra

es la más difícil de todas, pues combatiendo contra nosotros mismos, somos combatidos de nosotros mismos, así la victoria que se alcanza es la más agradable a Dios, y la más gloriosa al vencedor; porque quien con valor y resolución mortifica sus pasiones, doma sus apetitos y reprime hasta los menores movimientos de su propia voluntad, ejecuta una obra de mucho mayor mérito a los ojos de Dios, que si conservando alguna de ellas viva en su corazón, afligiese y maltratase su cuerpo con los más ásperos cilicios y disciplinas, o ayunase con más austeridad y rigor que los antiguos anacoretas del desierto o convirtiese a Dios millares de pecadores; porque, aunque no es dudable que Dios estima y aprecia más la conversión de un alma, considerando este ejercicio en sí, que la mortificación de un apetito o deseo desordenado; no obstante tú no debes poner tu principal cuidado en querer y ejecutar lo que según su naturaleza es más noble y más excelente, sino en obrar lo que Dios pide y desea particularmente de ti; y es constante que Dios se agrada más de que trabajes en mortificar tus pasiones, que si dejando viva en tu corazón una sola con voluntad y advertencia le sirvieses con cualquiera otra cosa, aunque fuese más considerable y de mayor consecuencia.

Ya, pues, que has visto, hija mía, en qué consiste la perfección cristiana y que para adquirirla es necesario que te determines a una continua guerra contra ti misma; conviene que te proveas de cuatro cosas como de armas seguras y necesarias para conseguir la palma y quedar vencedora en esta espiritual batalla; éstas son: la desconfianza de nosotros mismos, la confianza en

Dios, el buen uso de nuestros sentidos y ordenado ejercicio de nuestras potencias, y la oración (1).

II.—Del engaño de algunos que piensan estar en el camino de la perfección

(P. D. Lorenzo Scupoli)

Vencido ya el enemigo en el primero y segundo asalto, recurre al tercero, el cual consiste en hacer que nos olvidemos de las pasiones y vicios que actualmente nos combaten y nos ocupemos en deseos y vanas ideas de una perfección imaginaria y quimérica a que sabe muy bien que no llegaremos jamás.

De aquí nace el que recibamos continuas y peligrosas heridas y no pensemos en aplicar el remedio, porque estos deseos y resoluciones quiméricas nos parecen verdaderos afectos y con una secreta vanidad nos persuadimos de que hemos llegado ya a un alto y eminente grado de santidad. De esta suerte, no pudiendo sufrir la menor pena ni la menor injuria gastamos inútilmente el tiempo en formar en la meditación vanos propósitos de sufrir los mayores tormentos y aun las

(1) *Combate espiritual*, cap. 1., por el P. Lorenzo Scupoli, de la Orden de los Clérigos Regulares Teatinos (1530-1610). Excelente tratado espiritual, *Vade mecum* de todos los cristianos. S. Francisco de Sales respondió un día al Ilmo. Le Camus, Obispo de Belley, que le preguntaba qué Director tenía: «Este libro es el que, con la ayuda de Dios, me amestró desde mi juventud; éste es mi director en los ejercicios de la vida interior.» (*Espíritu de San Francisco de Sales*, pág. 4, secc. 15.) Y escribía a Santa Juana Francisca de Chantal: «El *Combate espiritual* es un libro predilecto que traigo en mi bolsillo hace diez y ocho años y que nunca vuelvo a leer sin provecho.» *Carta 72*, ed. Vives.

mismas penas del purgatorio por amor de Dios; y como en esto la parte inferior no siente repugnancia, como en cosa que aun está por venir, nos atrevemos a compararnos con los que verdaderamente sufren grandes trabajos con invencible paciencia.

Para evitar este engaño es necesario que te determines a combatir y pelear con los enemigos que efectivamente y de cerca te hacen guerra; y por aquí vendrás a conocer si tus resoluciones han sido aparentes o verdaderas, flacas o firmes, tímidas o generosas, y caminarás a la virtud y a la perfección por la senda real y verdadera que han seguido todos los Santos.

Mas con los enemigos que no acostumbran a molestarte no te aconsejo te empees de antemano, si no es cuando recelas probablemente que dentro de breve tiempo te han de asaltar; en tal caso, para que te halles prevenida y fuerte será lícito anticipar algunos propósitos.

Pero nunca reputes por efectos tus resoluciones, aunque por algún tiempo te hayas ejercitado en las virtudes con la regla debida; antes bien procura ser cauta y humilde y recelándote de ti misma y de tu flaqueza y confiando únicamente en Dios recurre frecuentemente a su bondad y pídele te fortalezca en el combate y te preserve de los peligros particularmente de la menor presunción y confianza de ti misma.

Con estas prevenciones, hija mía, aunque no podamos vencer algunos defectos leves que muchas veces permite Dios en nosotros, para que nos humillemos y no perdamos el bien que hubiéremos adquirido con nuestras buenas obras, nos será lícito proponernos un grado más alto de perfección.

.

El cuarto artificio de que se sirve nuestro enemigo para engañarnos cuando reconoce que caminamos derechamente a la virtud (1), es inspirarnos diversos deseos buenos, a fin de que dejando los ejercicios de la virtud que nos son propios y convenientes, nos hundamos insensiblemente en el vicio.

Por ejemplo, si una persona enferma sufre su mal con paciencia, el enemigo de nuestra salud, temiendo que de esta manera podrá adquirir el hábito de esta virtud, le propone otras muchas obras buenas que pudiera ejercitar en otro estado y la induce con sagacidad a que se persuada y crea que si tuviese salud serviría mejor a Dios, y sería más útil para sí y para el prójimo.

Apenas ha excitado en ella los vanos deseos de recobrar la salud, los enciende y aumenta en su corazón, de tal suerte, que viene a inquietarse y afligirse, porque no puede conseguir lo que quiere; y como al paso que sus deseos se van aumentando, crece su inquietud y desasosiego, viene el demonio a conseguir su intento, porque finalmente la induce a que lleve con impaciencia su enfermedad, mirándola como impedimento de las buenas obras que desea ejecutar con pretexto de adelantarse en la virtud.

Después de tenerla en este estado, con la misma destreza le quita de la memoria el fin del servicio de Dios y de la bondad de las obras y la deja con sólo el deseo de verse libre de la enfermedad, y porque no le sucede conforme quiere, se perturba de modo que viene á ponerse impaciente de todo punto; y así de la virtud que deseaba practicar viene a caer insensiblemente en el vicio contrario.

(1) Cf. cap. XXVII.

El modo de preservarte de este engaño es que cuando te hallares en algún trabajo atiendas con mucha advertencia a no dar entrada en tu corazón a semejantes deseos, porque por no poderlos ejecutar en aquella ocasión, probablemente te han de inquietar. Conviene, hija mía, que en estos casos te persuadas con un verdadero sentimiento de humildad y resignación de que cuando Dios te sacare del estado penoso en que te hallas, todos los buenos deseos que concibes ahora no tendrían entonces por tu natural inestabilidad el efecto que tú te figuras; o que a lo menos imagines y pienses que el Señor, por una secreta disposición de su Providencia o en castigo de tus pecados, no quiere que tengas la complacencia y gusto de hacer aquella buena obra, sino que te sujetes y rindas a su voluntad y te humilles debajo de su suave y poderosa mano (1).

.

III.—Necesidad y ventajas de los padecimientos

(B. E. Susón) (2)

La Eterna Sabiduría.—Nadie puede llegar a las sublimes alturas de la Divinidad ni saborear su extraordinaria dulzura si antes no pasó por la contemplación de la amargura y bajeza de mi Humanidad. Cuanto más

(1) *Op. cit.*, cap. 30 y 31.

(2) Célebre autor místico de la Orden de Santo Domingo (1300-1336).—Un día que este Beato rogaba a Dios le enseñase a padecer, vió en espíritu la imagen de Cristo crucificado en forma de serafín, que tenía seis alas. Dos le cubrían la cabeza, otras dos los pies y las otras le servían para volar. Sobre las dos alas

alto llega uno sin pasar por mi Humanidad, tanto más bajo cae luego. Mi Humanidad es el camino que ha de recorrer quien pretende llegar a lo que tú ansias; mis padecimientos son la puerta por donde debe pasar. Echa lejos de tu corazón la pusilanimidad, y entra conmigo en la pelea con caballeroso coraje, porque no conviene vacilar cuando el Señor avanza animoso y valiente. Quiero vestirme con mi armadura, porque, hasta donde te lo consienta la naturaleza, habrás de padecer lo que yo padecí. Armate, pues, de valor y fortaleza, porque será menester que tu corazón muera a menudo antes de haber domado tu naturaleza, y las angustias causadas por las muchas penas con que te probaré yo, te harán sudar también sangre... Es preciso que, a pesar de las costumbres de tu pasada vida, seas hecho prisionero y encadenado. Con frecuencia, mis adversarios te calumniarán secretamente y públicamente, te llenarán de confusión; también tendrás que padecer por muchos falsos juicios que de ti harán los hombres. Has de llevar alegremente mi pasión en tu corazón, como una madre lleva en su corazón el amor que tiene a su hijo. Hallarás jueces severos de tu vida piadosa y, a menudo, te reputarán por loco los que viven según

inferiores se leían estas palabras: «Acepta voluntariamente los padecimientos». Sobre las de en medio: «Súfrelos con paciencia», y sobre las de arriba: «Aprende a sufrir de conformidad con Cristo». Refirió el Beato la visión a una sierva de Dios, que le dijo: «Tened bien entendido que Dios os prepara nuevas penalidades. Seréis elevado en dignidad para que los que están mal dispuestos contra vos puedan así alcanzaros mejor y despeñaros más abajo. Por este motivo, ejercitaos en la paciencia como os lo mandó el Serafín.» Tal predicción no tardó en verificarse.

Cf. *Obras místicas del Beato E. Susón*, vol. I, cap. 46, París, Lecoffre.

el mundo. Tu cuerpo, poco hecho a la mortificación, quedará quebrantado con la austeridad de tu vida; mofarán de ti; mofa que será para ti como corona ceñida por burla. Luego te harán recorrer conmigo la dolorosa carrera de la Cruz: habrás de renunciar a tu propia voluntad y a ti mismo, y librarte de todo apego a las criaturas y a las cosas que pudieran alejarte de la eterna salvación, hasta hacerte como el moribundo que no quiere ya tener ninguna relación con la tierra.

CAPÍTULO V

La Eterna Sabiduría.—Multitud de secretos dolorosos te clavarán como a Mí en el duro leño de la Cruz y te ensangrentarán como a Mí y al mismo tiempo te harán manso y apacible.

CAPÍTULO VI

El siervo.—Señor, muchas almas hay que creen poder amaros sin renunciar al amor del mundo. Estas almas querrían amaros, Señor, sin dejar de gustar el amor terreno.

La Eterna Sabiduría.—Tan imposible es esto como encerrar el cielo en una cáscara de nuez. Ellos se pagan de hermosas palabras y edifican sobre el viento y sobre el arco iris. ¿Cómo pueden concordar las cosas eternas con las temporales, cuando las temporales no pueden concordar entre sí?

Yerran los que quieren colocar al Rey de los Reyes en una hospedería común, o arrinconarle al apartado zaquizami del esclavo. Quien desee recibir a este hués-

ped tan querido, ha de vivir en total aislamiento de toda criatura.

El siervo.—¡Oh dulce sabiduría! ¡Cuán ciegos son los que esto no entienden!

La Eterna Sabiduría.—Realmente viven en profunda ceguera, buscan alegrías que no son alegrías y que no les dan entera felicidad. Antes de gozar un solo placer han de pasar por diez penas y cuanto más buscan la satisfacción de sus apetitos, tanto menos contento hallan. Los corazones impíos siempre están llenos de miedo y de terror. Aun la más leve alegría que sienten, les es amarga, porque sólo la adquieren con mucho trabajo, la poseen con inquietud y la pierden con amargura.

El mundo está lleno de falsedad, infidelidad e inconstancia; acabóse la amistad cuando se acabó el interés; y para decirlo en pocas palabras, no hay un solo corazón que haya hallado nunca en la criatura ni verdadero amor ni verdadera alegría, ni la paz del corazón...

... Así como en el mes de Mayo la blanca escarcha quema y destruye las flores, así el amor terreno destruye todo fervor divino y toda disciplina espiritual.

CAPÍTULO XII

La Eterna Sabiduría.—Advierte la diferencia que va de mi amistad a la de este mundo, y verás, examinando las cosas por su verdadero aspecto, cómo el bien que hago yo a mis amigos difiere del que hace el mundo a los suyos. No quiero hablar aquí de los grandes pesares, de las fatigas, y de multitud de duras penalidades que anegan día y noche a los amigos de este mundo, porque están tan ciegos, que ni siquiera paran

la atención en ello. De toda la eternidad tengo decretado que el alma desordenada sea martirio y gran castigo para sí (1). Mis amigos, es cierto, padecen en su corazón, pero su corazón está tranquilo. Los amigos de este mundo andan a caza del bienestar corporal y hallan tormentos del corazón, del alma y del espíritu.

El siervo.—Señor, los que comparan vuestra amistad, que es verdadera, con la del mundo, que es falsa, andan desatinados, y si tenéis pocos amigos es por la gran ceguera de los hombres; muy insensatos son los que se quejan de una tribulación cualquiera. ¡Cuán amable es vuestra vara paternal! Bienaventurado aquel a quien Vos no se la ahorráis. Bien veo ahora, Señor, que mis padecimientos no proceden de vuestro rigor, sino de vuestra amable bondad. Nadie me diga ya que tenéis olvidados a vuestros amigos. A los que olvidáis es a aquellos a quienes no enviáis trabajos, porque este indicio cierto es de haberlos abandonado. Justo es, Señor, que los que queréis preservar de la eterna infelicidad, que aquellos a quienes queréis dar perpetua dicha, no tengan en este mundo ni día feliz ni conozcan placeres ni felicidad. ¡Oh Señor mío! Haced que los dos espectáculos de infierno y del cielo estén siempre presentes a los ojos de mi alma para no perder nunca vuestra amistad.

CAPÍTULO XIII

El siervo.—Señor, ¿cuáles son, pues, esos padecimientos que Vos decís ser tan útiles y buenos? Habladme largamente de ellos. Lo anhelo con todo mi

(1) San Agustín, Conf. 1, 12.

corazón, para que cuando os plazca enviármelos, los acepte con amor y alegría, como venidos de vuestra paternal mano.

La Eterna Sabiduría.—Oigo hablar de padecimientos, tanto de los que los hombres voluntariamente escogen como de los que contra su voluntad llevan haciendo de la necesidad virtud, cuando sin desear verse libres del padecer contra mi voluntad, lo sufren con amorosa y humilde paciencia por mi eterna gloria. Cuanto con más buena voluntad y sumisión aceptan ellos semejantes tribulaciones, más nobles y más agradables me son ellas a Mí...

Cuando habito en una alma pura, se transforma al punto en paraíso de delicias; por esto no puedo tolerar que el alma ponga su amor en otra cosa que no sea Yo. El alma, por su naturaleza, se siente inclinada a los placeres peligrosos, y por eso erizo su camino de espinas (1), lleno de contradicciones todas las sendas y todas las aberturas que están a orillas del camino, tanto si éste le es agradable, como si no, a fin de que no se me escape.

Siembro su camino de penas para que no dirija los pasos de su felicidad íntima hacia ninguna otra cosa, que hacia la grandeza de mi divino Ser. Mira, si todos los corazones se juntasen en uno, nunca podría éste sobrellevar la más mínima recompensa que yo daré en mi eternidad al menor padecimiento que el hombre arrostre por mi amor.

Este es el orden eterno establecido en la naturaleza, y no me aparto de él. Lo que es noble y bueno ha de ganarse a punta de padeceres: quien quiera permane-

(1) Oseas, II, 6.

cer en el estado en que se halla, estése en él; muchos son los llamados, pero pocos los escogidos (1).

El Siervo.—Señor, posible es que los padecimientos sean un bien inmenso; pero solamente cuando no sobrepujan la medida, cuando no son atroces e inauditos.

Sólo Vos, Señor, conocéis las cosas en número y medida (2); y Vos sabéis que mis padecimientos traspasan los límites y están por cima de mis fuerzas. ¿Hay alguien, Señor, en este mundo que padezca continuamente penas tan agudas como las mías? No puedo soportarlas. ¿Cómo lo haré para padecer más? Si me dieseis, Señor, padecimientos ordinarios fácilmente los soportaría, pero no sé cómo podré sufrir las penas extraordinarias que aprietan tan reciamente mi alma y mi corazón, cuyo fondo sólo Vos conocéis.

La Eterna Sabiduría.—Todo enfermo cree ser el que más padece y todo indigente se tiene por el más pobre. Si te hubiese enviado otras penas, dirías lo mismo. Entrégate sencillamente a mi voluntad en todos los padecimientos sin exceptuar este o aquel. ¿No sabes que yo sólo quiero tu mayor bien, y que lo quiero tan ardientemente como tú mismo? Soy la Eterna Sabiduría y sé mejor que tú lo que te conviene. Con todo, habrás notado que los trabajos que envío hieren más en lo vivo, penetran más profundamente y llevan más pronto a Dios que los escogidos de gracia y voluntad, con tal que se acepten con resignación.

Ea, pues, dime: «Padre fidelísimo, hágase tu voluntad y no la mía» (3).

(1) Math. XX, 16.

(2) Sap. XI, 21.

(3) Math. XXVI, 42.

El Siervo.—Señor, muy fácil es de decir, pero el dolor presente es muy penoso de soportar, ¡es tan duro de sufrirl!

La Eterna Sabiduría.—Si el padecimiento no fuese penoso de llevar, ya no sería padecimiento. No hay cosa más pesada que el padecer, es cierto; pero tampoco la hay más agradable como poder decir: padecí. Corto es el padecer, pero larga la dicha que de él resulta. El padecer para el que se acostumbra y se resigna a ello, ya no llega al cabo a padecimiento.

Si sólo saboreases las dulzuras de la vida espiritual, si sólo sintieses el consuelo de la divina felicidad, si estuvieses, en cierto modo, inundado del rocío celestial, todo esto sería muy poco meritorio en sí, porque no tendría yo que galardonarte tanto por ello ni te llegaría a ser tan deudor como por las tribulaciones llevadas amorosamente y por la resignación, en las adversidades que se aceptan porque vienen de Mí. Más pronto sucumben diez hombres en medio del placer y de una vida muelle y sensual, que uno solo en el padecimiento y en la adversidad. Aun cuando tuvieses la ciencia de todos los astrónomos, aunque hablastes de Dios tan bien como todos los hombres y todos los ángeles juntos, aun cuando poseyeses toda la riqueza científica de los doctores, todo eso no ayudaría tanto a la Santidad de tu vida como saber entregarte a Dios en todos tus padecimientos.

El padecer es común a buenos y a malos, pero la resignación en los padecimientos es el blasón de los escogidos. Si alguien pudiese entender cuanto difieren entre sí el tiempo y la eternidad, preferiría pasar cien años en un horno ardiente, a perder la menor recom-

pensa por haber evitado un mínimo padecimiento, porque esta vida tiene fin y la eterna no lo tiene.

El Siervo.—¡Oh dulcísimo y amable Señor! Vuestras palabras son, para quien padece, tan dulces como los sones del arpa. Si queréis, Señor, sostenerme en mis padecimientos con palabras tan dulces, sufriré gustoso, y preferiré padecer a estar sin padecimientos.

La Eterna Sabiduría.—Oye, pues, las palabras del hombre que padece por Dios, óyelas; son tan gratas como los armoniosos sonidos de un instrumento de cuerda, óyelas cuán dulces son.

El padecer es, a los ojos del mundo, digno de menosprecio: a los míos, tiene grandísimo valor; él apaga mi enojo y cautiva mi benevolencia. Por él se me hace el hombre amable, porque por él se asemeja a Mí. El, es un bien escondido que nadie podrá nunca merecer; de tal modo que si uno permaneciese cien años de rodillas delante de Mí pidiéndome padecer, todavía no habría merecido alcanzarlo. El transforma al hombre, y de terreno que era lo convierte en celestial. El aleja las gentes del trabajado, y al revés granjea mi amistad. El merma el número de los amigos, aumenta el de las gracias. Aquel a quien me acerco amistosamente, ése ha de estar desamparado y maldecido por el mundo. Este es el camino más seguro y el atajo que lleva a la perfección. Quien entendiese cuán útil sea el padecer, lo recibiría por don precioso de Dios. ¡Cuántos, ya en las garras de la muerte eterna y sumidos en profundo letargo, revivieron por el padecimiento, y a cuántos espoleó a llevar una vida mejor!

¡Cuántos hombres se ven como animales feroces o aves bravías, encerrados en jaula por los padecimien-

tos, que si escapasen arriesgarían su eterna salvación! El padecer preserva de las caídas graves, enseña al hombre a conocerse, a resistir por sí mismo, a creer y a compadecer al prójimo. El conserva el alma en la humildad, amaestra a ser paciente, es el custodio de la pureza, y por él se alcanza la corona de la eterna bienaventuranza.

No hay hombre que no saque ventajas del padecimiento, ora esté en pecado, ora en los comienzos de la vida espiritual, ya vaya adelantando en ella, ya haya llegado a la perfección; porque el padecer purifica el hierro y da esplendor al oro y a las piedras preciosas. El borra el pecado, mitiga el ardor del fuego del purgatorio, desvía las tentaciones, repele las flaquezas de la carne, renueva el alma y nos da verdadera confianza, conciencia pura, ánimo firme y levantado. Mira, es una sana bebida y planta más saludable que todas las del Paraíso.

El mortifica el cuerpo que un día ha de pudrirse, y nutre el alma que permanecerá eternamente. Mira, el alma bebe los padecimientos como las rosas el rocío de Mayo. El hace discreto el juicio y hace al hombre aguerrido. «Quien no padeció ¿qué puede saber?» (1)

El es la vara, la corrección paternal reservada a mis escogidos. El atrae el hombre a Dios y le fuerza a volver hacia El, quiera que no quiera. Las cosas agradables y los contratiempos, los amigos y los enemigos son tan útiles unos como otros para el que permanece alegre y contento en medio de las tribulaciones. ¡Qué de veces, por las alegres alabanzas que me diri-

(1) Eccli. XXXIV, 9.

ges y por tus padecimientos sobrellevados con resignación quebraste los dientes de hierro a los enemigos que te amenazaban! ¡Qué de veces los redujiste a la impotencia!

Yo habría creado el padecimiento antes que dejar a mis amigos en sosiego, porque en los trabajos se aquilatan las virtudes, el hombre se enriquece de méritos, el prójimo mejora y Dios es glorificado. La paciencia en las tribulaciones es sacrificio vivo, es aroma que exhala muchísima fragancia en presencia de mi divina majestad. Es objeto de admiración a todo el ejército celestial. Nunca fué tan admirado por la gente el caballero diestro en todos los ejercicios del torneo, como el hombre que sabe padecer, por la milicia celeste. Los santos fueron los predecesores de los demás hombres en el banquete del padecer, porque mucho antes que ellos tuvieron parte en él, y todos están conformes en exclamar que este néctar no contiene veneno alguno, sino, al contrario, es saludabilísimo. El sufrimiento en las adversidades es cosa mejor que el poder de resucitar muertos u obrar otros milagros. Es el camino estrecho que conduce con seguridad a la puerta del cielo. El padecimiento nos hace émulos de los mártires, lleva consigo las alabanzas y nos procura la victoria contra los enemigos. Viste al alma con vestido de color de rosa y púrpura, ciñe corona de rosas encarnadas, y tiene por cetro verde palma. Es como rubí resplandeciente en medio del broche del traje de una virgen.

El alma que padeció cantará por toda la eternidad con dulce voz, libremente y de todo corazón un cantar que no podrán jamás imitar los coros de los ángeles,

porque ellos nunca padecieron. Y por decirlo en una palabra, los que padecen son llamados pobres y desgraciados por el mundo, pero yo los llamo bienaventurados, porque son mis elegidos.

El siervo.—Señor, ahora pienso, cuando os miro con amor a Vos, que sois delicia de los ojos de mi corazón, que todos estos grandes y terribles padecimientos con que me probasteis y que espantaron a vuestros piadosos amigos cuando me contemplaban abrumado por ellos, sólo fueron rocío de Mayo.

IV. Resignación en los padecimientos

(*Taulero*) (1)

Noto que la mayor parte de los que andan abrumados por el peso de la aflicción se expresan, ordinariamente, en los siguientes términos: «Padre, soy muy desgraciado; me veo profundamente turbado por varias aflicciones y por enorme tristeza. Yo les digo que va bueno.—No, Padre, responden, porque fué por mi culpa. Y yo les digo: Sea o no por vuestra culpa, creed que la cruz misma de la aflicción os la impuso Dios; agradecédselo, cargad con ella, contentaos y resignaos... ¡Ah! Padre, replican la mayor parte, me atormenta grande sequedad interior y profunda obscuridad; y yo les repito: aguántala, querido hijo, súfrela con paciencia, y esto te valdrá más que estar sumido en gran abundancia de devoción sensible (2).

(1) Predicador y autor místico de la Orden de Santo Domingo (1294-1361).

(2) *Primer sermón de la Epifanía.*

Cuando un hombre se halla en este estado de angustia y de desolación, todas las aflicciones, adversidades, imaginaciones, tentaciones, miserias y desdichas, que había ya vencido de mucho tiempo atrás, y de las que había ya triunfado, levántanse de nuevo contra él, le traban nuevos combates, sacuden su barca con vaivenes semejantes a violenta borrasca, la azotan con sus olas y la hacen zozobrar. Pero yo os ruego a los que experimentáis tales tribulaciones que no temáis ser derribados con tal que vuestra barca esté bien sujeta con el áncora; los vientos y las olas no podrán perjudicarla.

Recordad aquella frase de Job: «Después de las tinieblas espero ver la luz» (1).

Hay que saber y nunca olvidar que el hombre que busca sólo a Dios ve, a menudo, nacer en sí aflicciones y angustias crueles, de cuyo peso oprimido piensa no haber buscado a Dios con pureza de intención, ni haber sacado fruto de sus trabajos, ni aprovechado sus fatigas. Entonces acabóse la paz de su alma y es juguete de tristezas e inquietudes. Esta aflicción reconoce por causa, ya un padecimiento o indisposición natural, o mal temperamento; ya el estado del cielo o las variaciones atmosféricas; ya también la operación del demonio, el cual, con estos crueles asaltos, procura derribar a este hombre. Pero tales impresiones han de apartarse sin violencia, con suavidad y sosiego, porque éste es el medio de vencerlos más fácilmente. No es, pues, obrar con bastante prudencia el querer repeler esas aflicciones con violencia e impetuosidad, y echar por el atajo, por-

(1) Job. XVIII.

que no logra con esto sino perder la cabeza o debilitarla, el acudir de una manera desordenada a los doctores y a los amigos de Dios, para recibir alivio y socorro, para salir de apuros. Porque a veces se enredan más viendo que no es fácil sacar y librar a uno de estos trances. Cuando un hombre vea, pues, levantarse en su interior esta tempestad y aflicción, proceda como cuando ve estallar una tempestad, o cae agua y granizo. Todos se acogen entonces a un abrigo hasta que la tempestad se serena y cesa la lluvia. Así también cuando él advierte y reconoce en su interior que quiere y desea sólo a Dios, tenga cuidado cuando esta aflicción le molesta, de huir sosegada y prudentemente hasta que haya del todo vuelto en sí, sobrellevando aquella pena con humildad, con verdadera resignación y paciente renunciación, esperando a Dios en aquella aflicción con tranquilidad y mansedumbre. Y ¿quién sabe de qué modo o por qué medio Dios, con su inefable bondad, quiere socorrerle y comunicarle sus gracias y sus dones? Permanezca, pues, con perfecta mansedumbre en el abrigo, debajo de la voluntad y beneplácito divino, estando seguro que así será mil veces más agradable y grato a Dios que si gozara de mucha devoción sensible u ofreciese cada día a Dios copiosos milagros, o estuviese su interior verde y florido, o se hallase inundado de luz divina. Es que en la aflicción no hay tanta facilidad para buscarse uno y permanecer apegado a sí mismo como en la abundancia de consuelos, de dulzuras sensibles y de la devoción. Porque a las veces mézclase en ello la naturaleza; y el alma que saca de ahí un gozo excesivo contrae manchas (1).

(1) *Primer sermón de Pentecostés.*

Si en la adversidad sentís movimientos de impaciencia, resistid con todo vuestro poder, y manteneos firme, a ejemplo del más perfecto de los hombres, Jesucristo, a quien hacía estremecer la representación de su cercana Pasión, hasta el punto de hacerle exclamar con el corazón angustiadísimo: «Triste está mi alma hasta la muerte» (1). «Y ¿qué diré? Padre mío, libradme de esta hora» (2). ¡Cuán intensa fué la conmoción de su alma a vista de la inminente Pasión, pues que le causó aquella agonía y sudor de sangre! (3) Así, vosotros, cuando la aflicción oprima vuestro corazón, concentrad lo más pronto posible todas las fuerzas y mirando la aflicción en su origen, que es el amor de Dios mismo, aplicaos a ofrecérsela razonablemente como preciosa dádiva, dirigiéndola humildemente al Padre celestial, con estas palabras: ¡Oh Padre de toda paternidad, aquí tienes a tu hija pobre y enferma que recibe esta aflicción de tu mano paternal como la prenda más noble y preciada de tu amor! ¡Oh Padre queridísimo, si tengo de beber el cáliz de esta Pasión, como enfermo que para aliviar sus padecimientos se ve forzado a tomar amargos brebajes, hágase tu voluntad y no la mía! Lo que te pido y ruego encarecidamente, Padre ternísimo, es que, ya que sin ti nada puedo, me concedas la gracia de sobrellevarla según tu divino beneplácito.

Obrando así ten la seguridad de que los ojos del Padre eterno y clementísimo, estarán abiertos y fijos en tus angustias para mirarlas y socorrerte en el instante oportuno con tal que quieras esperarle. Porque un Pa-

(1) Math. XXVI.

(2) Joan. XXII.

(3) Luc. XXII.

dre no puede ver a su hijo predilecto en penas y angustias sin socorrerle, sostenerle y aliviarle, con su paternal cariño. Estando en tribulación tampoco has de desesperar, ni desconfiar del corazón paternal, diciendo: Dios me olvidó, el Señor me desamparó, antes piensa que «el Señor castiga al que ama y azota a los que recibe entre el número de sus hijos» (1). Porque Él vió a su Hijo amadísimo sudar sangre en su agonía, ser azotado cruelmente, atado a la columna y, por fin, marchitarse en la cruz como la hierba, y con todo, en medio de tan grandes dolores no por eso le amaba menos. Y aun colgado de la Cruz, no quería menos a su Hijo que ahora en el cielo y en su seno paternal. Tal ha sido puntualmente el destino de todos sus amados: vieron entregados a las llamas, sumergidos en calderas hirvientes, reducidos a polvo y ceniza. De esta suerte te tratarán a ti; oh alma generosa! Pues si deseas complacer al Señor tu Dios y ser admitida a su familiar amistad, recibe de Él con amor sin par, padecimientos sin igual. Si perseveras hasta el fin, serás perfecta y te salvarás como lo atestigua la Palabra misma de Verdad, Jesucristo. Porque la resignación del alma en la aflicción le es a Dios como los sonidos melodiosos de la lira, como suave armonía: sobre esas cuerdas que son las potencias del alma, el Espíritu Santo mismo ejecuta en la devoción íntima, un cántico tan dulce que con sus acordes embelesan los oídos del Padre celestial en el secreto y en el silencio interior (2).

(1) Hebr., XII.

(2) *Instituciones*, cap. XI.

V.—Reflexiones y consejos sobre el valor de los padecimientos

(*Fray Luis de Granada*) (1)

1. Necesidad del padecimiento

Habiendo Jesús entrado en la barca, siguiéronle sus discípulos; en aquel punto se alborotó furiosamente el mar, que las olas cubrían la embarcación. No otra cosa deben esperar los que navegan en compañía de Jesús y se disponen a entrar en su barca.

Además de esta tempestad exterior que el mundo levanta en torno nuestro, hay otra más violenta todavía que se agita en el interior, levantada por las malas pasiones y llamada por San Pablo lucha de la carne contra el espíritu. Así en lo interior como en lo exterior estamos cercados de enemigos; soportar los unos,

(1) Del P. Granada, no hay nadie medianamente ilustrado que no conozca y elogie sus meritísimas obras.

La Santa Madre Teresa de Jesús, dirigiéndose a él le escribía: «De las muchas personas que aman en el Señor a vuestra Paternidad, por haber escrito tan santa y provechosa doctrina, y dan gracias a su Majestad por haberla dado a vuestra Paternidad para tan grande y universal bien de las almas, soy yo una.» Y San Francisco de Sales al Ilmo. Le Camus: «Ruégooos que os hagáis con todas las obras del P. Granada y que éste sea vuestro breviario. El Cardenal San Carlos Borromeo no tenía otro tratado de teología para predicar, y predicaba excelentemente. Conviene leerlo con reverencia y devoción, como libro que contiene las más útiles inspiraciones que el hombre pueda recibir de lo alto, y por ahí reparar las fuerzas del alma» (*Carta* del 3 de Junio de 1603).

cluyamos de ahí que el Señor, con sus designios infinitamente sabios y misericordiosos, desampara algunas veces a los varones devotos y justos, no para siempre, sino por algún tiempo, como lo testifica el patriarca Job: «Todas estas cosas he sufrido, sin que la iniquidad haya manchado mis obras, antes bien ofreciendo puras a Dios mis súplicas» (1).

¿Cuál es, pues, el designio de Dios cuando así se porta con sus fieles siervos? Por una parte ejercita y levanta a grado heroico las virtudes de las almas ya adelantadas en la perfección, señaladamente su fe, caridad, humildad, paciencia, constancia; por otra, prueba a los imperfectos y a los flacos.

Porque, dice el Sabio: «Quien no ha sido tentado ¿qué puede saber»? (2): es decir, ¿qué seguridad puede el hombre tener de su virtud y constancia, antes de haber puesto a prueba sus fuerzas en la lucha?

Dicen con mucha razón:

«Nadie en la paz conoce
a cuanto su fuerza alcanza» (3).

2. Razones del padecimiento

Afligiendo Dios a los hombres con ciertas calamidades, intenta a menudo moverlos a implorar su divina asistencia. Aquellas palabras del Real Profeta nos lo prueban: «Cubrid, Señor, su rostro de ignominia para que busquen vuestro santo nombre» (4). Las cala-

(1) Job. XVI, 18.

(2) Eccli. XXXIV, 9.

(3) *Cuarto domingo después de la Epifanía. Primer sermón.*

(4) Ps. LXXXII, 17.

midades sacuden a los hombres del sueño, sácanlos de tibieza, levántanlos de caídas, castigan su temeridad, les traen a la memoria su flaca condición y les fuerzan a recurrir a su Criador.

Una enfermedad, una desgracia nos hacen caer en la cuenta de lo que no nos hubieran persuadido, muchas y largas instrucciones; de modo que, según la expresión del Profeta: «la sola adversidad da a las veces la inteligencia» (1). Cuando temprana muerte nos arrebatara un hijo, un esposo, una esposa muy querida, al punto se acabaron fiestas, juegos, festines, y sentimos más vivamente que nunca la inconstancia, vanidad y nonada de las cosas de este mundo, sin costarnos trabajo el menospreciarlas. San Crisóstomo compara las tribulaciones a una bebida amarga cuyo efecto es devolvernos la salud (2).

3. Frutos del padecimiento

Los padecimientos, las penas de la vida y las enfermedades del cuerpo no son menos útiles a la salud del alma que los remedios de los médicos a la del cuerpo, por desagradables y amargos que sean al paladar.

¿Cuál es, pues, el primer fruto de la aflicción? La práctica de la humildad. Según el pensamiento tan justo como prudente de San Bernardo, la humillación es el camino del cielo. Así es; porque al modo que el estudio conduce a la sabiduría, la humillación conduce a la humildad. De donde se sigue que cualquiera que

(1) Is. XXVIII, 19.

(2) *Domingo de la octava de la Epifanía*, 2.^o sermón.

aspira a la humildad, no debe tratar de huir el camino de la humillación.

Tales son, como lo atestigua el Real Profeta, los sentimientos de aquellos que viven entre riquezas y abundancia. «Las miserias humanas ellos no las sienten; ni experimentan los desastres que sufren los *demás* hombres. Por eso se ensoberbecen tanto, y se revisten de su injusticia e impiedad» (1). De ahí viene la prudente recomendación del Apóstol que ordena a los ricos de este mundo no enorgullecerse. Sabía él muy bien que la prosperidad empuja a los hombres a la insolencia, al paso que la adversidad los lleva a la humildad y les hace decir con David: «Bien me está, Señor, que me hayáis humillado» (2). Ni la aflicción tiene solamente por efecto humillar al hombre. Va más adelante, pues levanta el corazón hacia Dios y le mueve a implorar su asistencia; porque cuando los socorros humanos vienen a faltar, se siente la necesidad de acudir a los divinos.

Otro fruto de los padecimientos es la remisión de los pecados. Por la aflicción de la carne destruye el mal producido por una complacencia culpable para con la carne.

Leemos en la *Vida de los Padres del Yermo* que uno de los siete hermanos enviados a visitar a los monjes de Egipto, enfermó, y pidió a San Juan Egipciaco que le sanase de la fiebre que le devoraba. San Juan le respondió: «Tú desearas, hijo mío, que yo te libre de una cosa que te es necesaria; porque al modo que el salitre limpia los cuerpos de sus manchas, así las enfermeda-

(1) Ps. LXXII, 5 y 6.

(2) Ps. CXVIII, 71.

des purifican el alma.» La aflicción no limita sus efectos a borrar las faltas de que uno se ha hecho culpable, sino que aumenta nuestros méritos, y viene a ser fuente fecunda de gracias. Nos lo asegura el Apóstol cuando dice: «Fiel es Dios, que no permitirá seáis tentados sobre vuestras fuerzas, sino que de la misma tentación os hará sacar provecho para que podáis sosteneros» (1).

Otra ventaja mucho más considerable y que debe, por consiguiente, constituir el blanco principal de nuestros deseos, va ligada a la aflicción con paciencia sobrellevada. Y es que la aflicción viene a ser la señal de una virtud probada y el sello y como distintivo de la predestinación.

Como quiera que la paciencia da lugar a nuevas tribulaciones, es evidentemente el sello de una virtud probada. Pero, como a la prueba síguese la esperanza que *jamás confunde*, luego ella es una señal manifiesta de predestinación.

Cuando va en ello la salud del cuerpo no sólo se soporta con paciencia, mas también se desea y se pide el hierro, el fuego y los medicamentos más amargos; que mucho será si respecto de la salud del alma, mil veces más preciosa, se sufren tan pacientemente menores males (2).

4. Camino segurísimo para llegar a la felicidad

Viendo el Señor a San Pedro y a los otros discípulos, desear, a ejemplo de los demás hombres, los bienes exteriores y rechazar los otros bienes, les reprende

(1) I Cor. X, 13.

(2) Domingo 23 después de Pentecostés. Primer sermón.

abiertamente y les expone en estas palabras en qué consiste la filosofía evangélica: «Si alguno quiere venir en pos de mí, renúnciese a sí mismo, tome su Cruz y sígame» (1). Como si dijera: Vuestros juicios son tan ciegos, veis vosotros con tan poca claridad en la justa estima de las cosas, que ponéis a la cuenta de los males los trabajos e ignorancias, y que, a causa de esto los juzgáis indignos de mi majestad; pero os equivocáis de lleno en lleno; porque los padecimientos son el camino más seguro para llegar a la verdadera dicha y a la gloria de la inmortalidad. Quien a ella aspira debe andar por este camino.

Cristo pone a los ojos de los escogidos la grandeza y el gusto anticipado de su gloria, para que inflamados de amor hacia ella, no ya sólo por la fe, pero aun por la experiencia, enderecen hacia esta gloria sus aspiraciones, y a trueque de conseguirla se esfuercen en renunciarse a sí mismos, y en llevar la cruz que les ha cabido en suerte (2).

5. La salvación por el padecimiento

No pocos hombres, por su ignorancia de los desig-nios de Dios, miran como calamidades lo que El hace para su salvación. A éstos conviene repetir a menudo las palabras del Salvador: «Lo que yo hago, ignóraslo al presente, pero ya lo sabrás después» (3).

Así, pues, como no se incomoda uno contra el mé-dico, por amargos que sean los remedios que le da (por-

(1) Luc. IX, 23.

(2) *Segundo Domingo de Cuaresma*. Primer sermón.

(3) Joann. XIII, 7.

que piensa que cuanto le prescribe importa a su salud) antes bien se entrega enteramente a él, y se pone a su discreción, así, cuando el Médico celestial (Dios) nos envía las adversidades que parecen ser el principio de nuestra perdición, mirémoslas como remedios saludables destinados a nuestra curación y dejemos que El nos trate a su divino beneplácito. Si uno se fía tan por entero de los médicos del cuerpo, ¿qué no será preciso hacer por el médico celestial y por un padre tan tierno? «Sabemos que todo coopera al bien de los que aman a Dios» (1), todo, sea adversidad, sea prosperidad, sea cuanto viene de los ímpios, sea cuanto viene de los demonios mismos. Esto es lo que confirman las consoladoras palabras del Profeta: «Todos los caminos del Señor son misericordia y verdad para aquellos que buscan su alianza y sus preceptos» (2). Es decir, todo cuanto hace el Señor respecto de los que observan su ley, se refiere o a su misericordia o a su verdad; a su misericordia, cuando reparte gratuitamente beneficio; a su verdad, cuando ejecuta fielmente su palabra; a su misericordia cuando promete; a su verdad cuando cumple las promesas. Por consiguiente, de cualquier manera que pruebe y ejercite a sus escogidos, ejerce para con ellos siempre o su misericordia o su fidelidad; El cuida siempre de su bien y de su salvación; nada les envía que no sea o un don gratuito o el cumplimiento de una promesa. Teniendo, pues, tal seguridad de la protección divina, ¿no será razón que en las enfermedades y desgracias conservemos la paz del alma aun cuando no supiéramos por qué nos prueba así Dios?

(1) Rom. VIII, 28.

(2) Ps. XXIV, 11.

Si ello es así, no debe descorazonarse el justo a quien los acontecimientos contrarían sus deseos, antes bien piense que Dios le dice entonces: «Lo que hago yo no lo entiendes tú ahora; más adelante lo sabrás.» Por desdichas, por contratiempos que te sobrevengan ten fe en mi paternal solicitud y en mi providencia: tu verás por lo que vendrá después, que estos accidentes te son útiles y aun necesarios (1).

6. El padecimiento y el castigo

Habiéndose encontrado el Señor en el templo con el paralítico, le dijo: «Ya que estás curado no peques más, no sea que te suceda otra cosa peor» (2). De estas palabras del Señor inferimos nosotros que la larga enfermedad del paralítico fué un castigo de sus pecados. Porque al decir: «No peques más, no sea que te suceda otra cosa peor», da a entender que debe atribuirse al pecado lo que anteriormente le había acontecido, y las desdichas que después podían sobrevenirle. Llaga el Señor a veces el cuerpo ya para despertar un alma que duerme, ya para hacer que sufra la pena de sus pecados.

Así, pues, cuando alguno de nosotros se ve herido de enfermedad, advierta que Dios le saca del sueño, o le inflige un suplicio merecido, o, a lo menos, que este padecimiento es expiación de sus maldades, «Cuando nos juzgan de esta suerte, el Señor es quien nos castiga, a fin de que no nos condene con este mundo» (3).

(1) *Jueves Santo. Quinto sermón.*

(2) *Joan. V, 14.*

(3) *Viernes después del primer Domingo de cuaresma. Segundo sermón.*

7. El desamparo en el padecimiento

«Y Jesús hizo como que iba más lejos» (1). De esta manera se ha el Señor, a menudo, con los justos: parece alejarse de ellos, bien que no se separe de su lado. Esto mueve a decir al Profeta: «¿Por qué, Señor, os estáis lejos de nosotros?» «¿Por qué ocultar vuestro rostro en la necesidad, en la aflicción que nos oprime?» (2) Y en otra parte: «¿Hasta cuándo, Señor, me olvidaréis, acaso, para siempre? ¿Hasta cuándo ocultaréis vuestro rostro?» (3)

¿Qué hacer entonces? Clamar como los discípulos con instancias y súplicas: «Quedaos con nosotros, Señor, porque se hace tarde y el día va declinando» (4). Esta es una oración corta y útil de que podemos servirnos en todas nuestras pruebas y tentaciones (5).

8. El padecimiento enseña la inestabilidad de las cosas de este mundo

En el mundo no hay cosa estable, ni fija, ni permanente; júntase con la tristeza la alegría, y con la alegría, la tristeza. ¿Por qué el Señor quiso someter la vida humana a tantos vaivenes? Muchas son las causas, que todas se reducen, aunque de diversas maneras, a la utilidad de los justos. ¿De qué modo el valor, la pacien-

(1) Luc. XXIV, 28.

(2) Ps. X, 1.

(3) Ps. XII, 1.

(4) Luc. XXIV, 29.

(5) *Lunes de la semana de Pascua. Primer sermón.*

cia, la constancia desplegarían su energía si la adversidad no viniera a probarlos? ¿Por qué medio sentiría el hombre su incapacidad y la solicitud cariñosa de la providencia divina, si en el apuro no reconocía la primera, y en la prosperidad la segunda?

He aquí por qué el Señor está con nosotros por un tantico de tiempo, y por otro tantico nos retira la presencia de su consolación, al modo que el sol, en sus dos movimientos aparentes, esto es, cuando se acerca a nosotros y cuando se aleja, es bienhechor y saludable, de la misma manera el verdadero sol de justicia, Cristo, obra nuestra salvación, otorgándonos su presencia y, a las veces, encubriéndola.

«Así vosotros ahora, a la verdad, pasáis tristeza; pero yo volveré a visitaros, y vuestro corazón se bañará en gozo, y nadie os quitará vuestro gozo» (1).

Acá, a la alegría presente de los justos, el Señor junta manifiestamente la eterna alegría de la felicidad futura, que nadie puede quitar. En lo cual se diferencia grandemente de la alegría del mundo que se nos escapa de mil maneras. Porque, enfermedades, desgracias, odios, injurias e innumerables enjambres de dolores y de inquietudes nos la arrebatan, como lo dijo con razón un poeta eminente:

«¡Ayl los más placenteros días de los desdichados mortales son los primeros que vuelan. Cargan enfermedades, tristes vejeces, fatigas y la despiadada muerte» (2).

(1) Juan. XVI, 22.

(2) Virgilio, *Georg.* III, 66. — *Tercer Domingo después de Pascua.* Primer sermón.

9. Que la mejor prueba de nuestro amor a Dios está en sobrellevar bien los padecimientos

Todo lo que es fácil, es en materia de amor prueba recusable. Los padecimientos, las humillaciones sobrellevadas con firmeza y resignación son las únicas pruebas irrefutables de la verdadera caridad.

Por consiguiente, aunque la oración, ayuno, limosna, frecuencia de sacramentos y ejercicios devotos sean cosas excelentes, buscad, perseverando en estos ejercicios, la ocasión de padecer generosamente por Jesucristo.

En lo demás, sabed que la paciencia y la constancia en la adversidad son las mejores prendas que podéis mostrar a Dios de vuestra caridad. Así San Pablo escribiendo a los Romanos se gloria desde luego en Dios, después en Jesucristo, autor de nuestra salvación y de nuestra libertad, y, en tercer lugar, en sus tribulaciones: «Porque, prosigue, la paciencia *sirve a la prueba de nuestra fe*, y la prueba *produce la esperanza*» (1).

Veis como, según el Apóstol, la prueba está, en verdad, allí sólo donde hay paciencia y tribulación. Los santos en medio de sus trabajos participaban de la alegría y de la pena. Al paso que la adversidad les atormenta, el conocimiento que de ella les procura la solidez de su virtud, les colma de una alegría tan dulce, que no pueden pasar sin tribulaciones, y las piden con instancia al Señor cuando ellas parecen alejarse (2).

(1) Rom. V, 4.

(2) Quincuagésima, segundo sermón. *Obras completas* de Fr. Luis de Granada, París, Luis Vives, 1877.

VI. Carta sobre los padecimientos

(Beato Jordán de Sajonia) (1)

He sabido, con pena, que mi enfermedad os causa mucha aflicción y ansiedad. No parece sino que deseáis verme borrado del número de los hijos de Dios y sin parte alguna en la pasión de Jesucristo nuestro Redentor. Pues qué, ¿ignoráis, por ventura, que Dios ejercita a los hijos adoptivos? ¿No queréis que me admita entre ellos? ¿No será indiscreta vuestra solicitud para conmigo? Si anheláis que yo llegue al Reino de los Cielos, consentid que ande yo por el camino que conduce a él. No podemos entrar en él sino es arrojando muchas tribulaciones. ¡Ah! sin duda que me conmoviera vuestra aflicción, si esta enfermedad hubiese de ser nociva a mi salvación. Pero ya que si Dios la ha permitido ha sido para mi bien, no quiero que os dé pena lo bueno que me acontece. Si queréis, pues, consolarme y apartar todo motivo de entristecerme, consolaos primero y desterrad la tristeza de vuestra alma; sino que, encomendadme al Señor y pedidle que me haga padecer en este mundo todas las penas del Purgatorio que he merecido. Este misericordioso y buen Obrero sabe hasta qué punto necesita ser purificado el vaso que El modeló. Y no hay cosa mejor que someternos de lleno a su santísima voluntad y encomendar nuestra vida en sus manos. Consolaos, pues,

(1) Segundo Maestro General de la Orden de Santo Domingo, muerto en 1237. Carta escrita a la Bta. Diana de Andalo, de la misma Orden.

según la palabra del Profeta: «No se llegará a ti mal, ni se acercará azote a tu habitación» (1). En este mundo, ciertamente, las miserias de nuestro triste destierro no son, a menudo, sino castigos del pecado, y puesto que al pecador le están reservados muchos castigos ¿es de maravillar que nos castiguen en este mundo por nuestras iniquidades? Por mi parte, estoy dispuesto a sufrirlo todo con tal que a esa costa pueda yo tener acceso al seno de Dios. A aquel asilo inaccesible al padecimiento, precisamente porque es inaccesible al pecado; con tal que me reciban en aquellas esplendorosas moradas de pureza y luz, donde deseo ser aposentado con vos por el benigno y misericordiosísimo Jesús, hijo de Dios, a quien sea bendición por los siglos de los siglos.

VII. Otra carta acerca del padecimiento

(Beato Grignon de Montfort)

Alégrome de tener nuevas de la enfermedad que Nuestro Señor os ha enviado... Casi estoy por envidiar vuestra dicha. Su misericordia previene en nosotros su justicia, purificándonos con las dolencias, que son el crisol ordinario en que purifica a sus escogidos. ¡Qué ventura para nosotros que Dios mismo quiera purificarnos! ¡A cuántos otros deja entregados a sí propios! ¡Animo, pues, ánimo, no temáis! Padeced con el cuerpo y estad firme con el corazón, porque no hay ahora cosa que os cuadre mejor que la enfermedad.

(1) Ps. XC, 10.

Si el solo conocimiento del misterio de la Cruz es ya gracia tan especial, ¡cómo será su posesión real y efectiva! Don es éste que la Sabiduría sólo concede a sus mejores amigos y aun después de muchos deseos y súplicas. Más gloria tiene San Pablo por haber estado cargado de cadenas que por haber sido levantado al tercer cielo. Todos aquellos a quien la Sabiduría comunicó, buscaron la Cruz... y exclamaron con San Andrés: ¡Oh, Cruz, por tanto tiempo ansiada!

Si conociésemos el valor de la Cruz haríamos novenas, como San Pedro de Alcántara, para conseguir ese delicado manjar del Paraíso. De las cosas de la tierra nada se estima en el cielo, salvo la Cruz.

Tengo Cruces de tanto valor, decía Nuestro Señor a un su siervo, que son lo mejor de lo que todo el poder de mi Madre pudiera alcanzar para sus siervos.

Sabios mundanos, vosotros no entendéis este lenguaje... Huís tanto como podéis de la Cruz, o sólo la arrastráis murmurando... Paréceme ver los animales que mugiendo y de mala gana iban cargados con el Arca de la Alianza, en la que estaba lo más precioso del mundo (1).

VIII. Otra carta sobre los padecimientos

(Mgr. de Ségur)

No hay cosa más excelente, en este mundo, que padecer con Dios Nuestro Señor y llevar con El la Cruz de las privaciones. Por un aspecto, ello es algo duro y

(1) Extracto de una carta a su hermana.

aun, a veces, durísimo; pero por otro aspecto, mil veces más excelente, ello es preferible porque lleva al cielo y nos ayuda, en gran manera, a evitar el pecado y asemejarnos a Jesucristo. Apostaría que de mil personas que arden ahora en el infierno, novecientas noventa estarían en el Purgatorio, a haber tenido la suerte de ser ciegas, sordas, paralíticas o atribuladas con alguna grave enfermedad; y que de mil pobrecitas almas que padecen horriblemente en el Purgatorio, hay por lo menos novecientas noventa y cinco que ya gozarían, tiempo ha, de las eternas y santas bienaventuranzas del Paraíso, si alguna misericordiosa enfermedad desagradabilísima las hubiese detenido en la pendiente de la frivolidad, de los placeres mundanos, de la vanidad, de la coquetería, de la gula, etc. (1).

IX. Otra carta sobre el padecimiento

(Abate Enrique Perreye)

¿Por qué estás tan triste? Si la vida es enojosa, también es corta. Además, ¿no está en nuestra mano hacerla atractiva y amable, obrando bien? ¿No reparáis que Dios os colocó en un puesto donde podéis haceros santa aceptando tristezas, molestias y disgustos con resignación y humildad? Lo que espanta en este mundo es ver tantas pobres almas contentas en el desorden, tranquilas en la irreligión, satisfechas en la carencia total de verdaderos bienes. Parece como si Dios no se interesase por esas almas y permitiese al mundo que

(1) Carta de 23 de Julio de 1877 a una niña de ocho años, paralítica.

las reduzca y a la fortuna que las engañe persuadiéndolas de una facilidad que no tienen. Al lado de esas almas vemos santas Teresas que padecen, santos Vicentes de Paúl que hablan de sus pecados, santos Luises Gonzaga que hacen penitencia. ¿No parece, decidme, que Dios distribuye injustamente sus favores? El mundo dirá que trata con dureza a sus Santos, pero a mí me maravilla que les dé tantos tesoros de padecimientos, tantas ocasiones de imitarle en su Cruz, mientras trata a los otros con halagos tan peligrosos y para los demás tan fatales. No nos quejemos de padecer un poquito; pues Dios nos trata como medianos que somos. No nos envía grandes trabajos, sino ligeros combates contra nuestras aficiones de independencia, contra nuestras fantasías de vanidad, contra nuestras presunciones de ingenio y contra nuestros frívolos deseos. Os ha dado algunos padecimientos más serios. Os hablo el lenguaje de toda la Iglesia y de la verdad misma al deciros: «Debéis darle las gracias; id al pie de la Cruz, abrazaos a los pies del Crucifijo, sufrid con Nuestro Señor»; y la poca experiencia que tengo de las cosas me da licencia para deciros que os espantaréis de los sólidos y abundantes consuelos que de ahí presto sacaréis (1).

X. Cómo hay que padecer

(Beata Margarita Marla)

El amor conforma entre sí a los amigos. Amamos al Sagrado Corazón; pero amémosle en la Cruz,

(1) *Cartas*, París, P. Téqui.

porque son sus delicias hallar en los corazones amor, sufrimiento y silencio.

Porque os ama, os procura ocasiones de padecer; quiere hacernos partícipes de su dignidad real poniéndonos en la Cruz, en la que seréis glorioso como El, si como El lleváis todas las Cruces que se os ofrezcan, sin cansaros ni quejaros de su peso y duración.

¡Qué dicha la de poder padecer en silencio y finalmente morir en Cruz, con toda suerte de miserias en cuerpo y alma, en medio del olvido y del desprecio! Quiero comenzar de veras a padecer, si padecimiento puede llamarse la dicha de participar de la Cruz del Salvador. No es posible decir que se padece cuando se ama al Corazón de Jesús.

La Cruz es mi tesoro en el adorable Corazón de Jesús, donde hace toda mi alegría y todas mis delicias. No hay cosa que pueda complacerme en este mundo sino es la Cruz de mi divino Señor y una Cruz del todo semejante a la suya, es decir, pesada, afrentosa, sin dulzura, sin consuelo, sin alivio. Todas las otras gracias no son comparables con la de llevar la Cruz en compañía de Jesucristo.

Si conociésemos el precio de la Cruz, no sería tan despreciada por todos, antes al contrario, de tal modo la querrían y amarían, que nadie podría hallar placer sino en la Cruz de nuestro amable Salvador, ni otro descanso que en la Cruz, ni otro deseo que el de morir entre sus brazos, menospreciado y desamparado de todo el mundo. Pero es menester para esto que el amor sea el que sacrifique, y el que consuma nuestro corazón como lo fué el de nuestro buen Maestro.

La Cruz es buena en todo tiempo y lugar para unir-

nos a Jesucristo paciente y moribundo. Poco importa de qué madera sea, con tal que sea Cruz y que sea el amor de Aquel que en ella murió quien nos tenga clavados en ella. ¿No os basta que os la dé un amigo cuyo Corazón todo amor os la había destinado desde toda la eternidad para haceros víctima suya inolada y sacrificada a todos sus adorables designios?

No deseéis veros libre de vuestros trabajos, bendecid por ellos a Dios, porque la Cruz es el trono de los amigos de Jesús crucificado. Consideraos como árbol plantado en el jardín del Padre celestial: cuanto más combatido está por los vientos tanto más hondas echa sus raíces en la tierra; ahondaos tanto más en el Sagrado Corazón de Jesús cuanto más combatida os vieis por el viento de las tribulaciones. Las mayores amarguras son dulzuras en el adorable Corazón de Jesús, donde todo se trueca en amor.

XI. — Tribulaciones de la Beata

Juana de Arco

(*Cardenal Pie*)

La vida de Juana, como la del Salvador, fué Cruz y martirio. A semejanza del inocente mozo Isaac, camina mucho tiempo ignorando el fatal secreto que le ata. Mas, para todos, excepto para la víctima, ¡cuán evidente es, desde la partida, que va hacia la montaña del sacrificio! Las dos santas dadas a Juana por consejeras y asistentes son vírgenes mártires. Por toda recompensa final, *lo que le prometen es llevarla al Parnaso*. Luego comienza la escuela del dolor. A la

piadosa niña la menosprecian como a visionaria, la rechazan como a intrigante, la exorcizan como a posesa; ha derramado ya muchas lágrimas cuando logra ser llevada a su rey... Ved cómo el dolor compra siempre el triunfo, para que ella pueda decir como San Pablo: «Mi fuerza no es mía sino de Dios, porque cuando me siento enflaquecido, entonces me hallo más fuerte» (1).

Pueden muy bien aplicarse a Juana las palabras que la Santísima Virgen dijo a Bernardita en Lourdes: «No te prometo hacerte feliz en este mundo, sino en el otro...»

Todo el cristianismo estriba en el dogma de la expiación, de la redención por el dolor. El Salvador de los hombres obró poco y sufrió mucho. El Evangelio es conciso en el relato de su vida, prolijo en el de su Pasión. Su grande obra fué el morir; por su muerte vivificó al mundo. Pues bien; si tal es la primera y más fundamental verdad del símbolo cristiano; también es la primera ley moral del cristianismo: que los discípulos y, sobre todo, los apóstoles del Crucificado; continúen el misterio de sus dolores. Y si, de entre los hijos de los hombres, el cielo toma algunos escogidos para levantarlos a la gloria de instrumentos extraordinarios de su poder y de su amor, sólo a costa de mil angustias otorga esta merced. La vida de ellos es un drama cuyo desenlace es casi siempre trágico... Así comenzó Juana de Arco su empresa gloriosamente, dolorosamente la proseguirá porque la esposa de Jesús ha de echarse a pechos el cáliz de su esposo; así Juana pasará del Tabor al Calvario, siendo su muerte más fecunda que su vida.

(1) II Cor. XII, 10.

En la balanza divina más pesa, en orden a la salud de un pueblo, un mártir que un héroe. El hombre sufrido vale más que el más aguerrido capitán, y el que señorea su corazón, vale más que el que se apodera de ciudades (1). El bautismo de sangre es inseparable del ministerio divino.

XII. — Conformidad con la voluntad divina (Mgr. de Ségur)

Gran bendición y favor inapreciable es estar clavado en Cruz por cualquier enfermedad y en especial por la de la ceguera. Es una participación permanente de Jesús crucificado y una como consagración religiosa que obliga quieras que no, a renunciar al mundo, a los devaneos, a los atractivos tan peligrosos de las grandezas humanas, de las fiestas, de las reuniones. Es como una gota de ajenjo divino que viene a cristianizar todas las bebidas de la tierra, y una especie de elixir contra el naturalismo. Ayúdame, hermana carísima, a bendecir al Señor por esta tan inmerecida visita (2).

.
Trece años ha que me quedé del todo ciego y que Nuestro Señor, misericordioso y clemente, me metió por fuerza en un menudo claustro portátil cuya clausura sólo El puede forzar.

(1) Prov. XVI, 32.

(2) Carta del 2 de Septiembre de 1865, a su hermana. Al perder el primer ojo le decía: «Dios me dió dos ojos hace treinta años, y ahora me vuelve a tomar uno. Tal vez muy pronto me vuelva a tomar el otro. Sólo tengo que darle gracias por el tiempo que me los dejó, porque muy dueño es de ellos.»

—Si tu ojo fuese sencillo, todo tu cuerpo será luminoso, dice el Evangelio (1). Pues bien: mi ojo es más que sencillo. Este es mi diminuto monasterio, mi estrecha clausura ambulante que me obliga a practicar la pobreza y la obediencia: la pobreza, separándome de todo, de grado o por fuerza; la obediencia, sujetándome de la mañana a la noche a la dependencia de cualquiera. ¡Bendito sea Dios! Pídele que tenga siempre compasión de mí, y que me retenga en la Cruz tan cerca de Él como al buen ladrón (2).

Resignado estoy, en la creencia de que más eficaz es para el bien la perseverancia en la resignación a la divina voluntad, que la actividad más ardiente. Más preciosas que los treinta y tres años de su vida evangélica, fueron aquellas tres horas en que Jesucristo clavado en la Cruz permaneció inmóvil.—Mañana, 2 de Septiembre, hará veinticinco años que perdí la vista. Suplico a los miembros del congreso (*de la Unión de las Obras*) hagan una comunión en acción de gracias, para celebrar conmigo, lo que yo llamo *mis bodas de plata de ciego* (3).

XIII.—Agradecimiento y sumisión a Dios

(*General Sonis*)

Heme aquí, Dios mío, delante de Vos, pobre, pequeño, despojado de todo. Nada soy, nada tengo, nada

(1) Matth. VI, 22.

(2) Carta del 2 de Septiembre de 1869.

(3) El Marqués de Ségur, *Recuerdos y narraciones de un hermano*, París, Retaux.

puedo; a vuestros pies estoy abismado en mi nada. Querría tener algo que ofreceros, pero no soy más que miseria. ¡Vos, Vos sois mi todo, Vos sois mi riqueza!

Gracias os doy, Dios mío, por haber querido que yo no fuese nada delante de Vos. Amo mi bajeza y mi nada. Gracias os doy porque habéis apartado de mí ahora algunas satisfacciones del amor propio y algunas consolaciones del corazón. Gracias os doy por los engaños, inquietudes y humillaciones. Reconozco que me eran necesarias y que aquellos bienes hubiesen podido retenerme lejos de Vos.

¡Bendito seáis, Dios mío, cuando me probáis! Pláceme ser quebrantado, consumido, destruido por Vos. Anonadadme más y más. Quiero ser en el edificio, no como piedra labrada y pulida por manos de artífice, sino como grano de arena oculto entre el polvo del camino.

Gracias os doy, Dios mío, por haberme dejado vislumbrar la dulzura de vuestros consuelos; gracias os doy porque me habéis privado de ellos. Todo lo que hacéis es justo y bueno. Bendígoos por mi indigencia; nada echo de menos sino el no haberos amado lo bastante.

Yo no deseo sino que se haga vuestra voluntad. Vos sois mi dueño, y yo, vuestra propiedad. Volvedme y revolvedme; destruidme y trabajadme. Quiero ser reducido a nada por amor de Vos. ¡Cuán buena es vuestra mano, oh Jesús, aun en lo más recio de la prueba! ¡Sea yo crucificado, pero crucificado por Vos! (1)

(1) Cf. *Les voix consolatrices*, por el Pbro. J. Guillermin, página 162, París, Bloud y Barral.

Una vez por el Año nuevo, en un salón, dijo aquel gran cristiano a una dama: «Señora, le deseo una buena muerte». Y como ésta, poco familiarizada sin duda con tal linaje de parabienes, quedóse estupefacta y reclamase, dióla a entender el famoso ge-

XIV. — Extractos de cartas sobre el padecimiento

(S. Francisco de Sales)

Es menester que en vuestras enfermedades llevéis devota y amorosamente la Cruz de Nuestro Señor; habéis de ser igualmente franca en pedir y tomar los remedios; paciente, mansa y animosa en sobrellevar el mal. Quien puede conservar la mansedumbre en medio de los dolores y desfallecimientos y la paz entre el trá-fago y batahola de quehaceres, es casi perfecto...

No recéis largas oraciones en vuestras enfermedades; sino más bien, haced que las enfermedades mismas sean oración, ofreciéndolas a Jesús que las amó hasta el punto de que en el día de sus nupcias y del regocijo de su corazón, se coronó y se glorió de ellas.

Pues bien; el amor sagrado os enseñará que habéis de estar clavada en Cruz a imitación del gran Amante, con humildad, como indigna de padecer por Aquel que tanto padeció por nosotros; y con paciencia para no querer bajar de la Cruz hasta después de la muerte, si así es voluntad del Padre eterno. ¿De qué modo pro-

neral ser aquél uno de los mejores plácemes que le podían ofrecer.

Herido en Loigny, el 2 de Diciembre de 1870 este valeroso capitán «sin miedo y sin tacha» pasó la noche debajo de la nieve, dirigiendo a Dios esta plegaria: «Señor, si me dejáis la vida, imprimid en mi frente la señal de vuestra Cruz. Consagradme por vuestro servidor y no viva yo sino para conoceros, amaros y servirlos mejor.»

baremos la verdadera fidelidad que debemos a Nuestro Señor mejor que en las tribulaciones y contradicciones y en el tiempo de las repugnancias? Esta vida mortal es de tal manera que hay que comer más ajeno que miel.

Me preguntáis de qué modo podréis servir a Dios en las enfermedades. Es donde mejor podéis servirle, ofreciéndole todos vuestros padecimientos: ¡qué gloria tan grande la de padecer bien! Cuando Nuestro Señor estaba en Cruz fué declarado rey por sus enemigos mismos; así también son declaradas reinas las almas que están en Cruz. ¿Ignoráis de qué nos tienen envidia los ángeles?, pues no de otra cosa sino de que nosotros podemos padecer por Nuestro Señor y de que ellos nunca padecieron nada por Él. Sed en vuestras enfermedades como Job en sus padecimientos, del cual se dijo: En todas estas cosas no pecó, sino que esperó en su Dios. Animo, buena hermana, buena hija: contemplad a vuestro esposo y rey cómo está coronado de espinas y desollado en la Cruz. Considerad que la corona de la esposa no ha de ser más blanda que la del esposo: mil veces al día aceptad esa Cruz, y besadla de buena gana, por el amor de Aquel que os la envía. ¡Dios mío! ¡Cuán dichosa seréis eternamente si padecéis por Dios estos breves males que os envía! Representaos, a menudo, al Salvador crucificado en frente de vos; y pensad quién padece más el uno por el otro y veréis vuestro mal muy aminorado.

¿Qué imagináis qué es el lecho de la tribulación? Es sencillamente la escuela de la humildad, donde aprendemos nuestras miserias y flaquezas y cuán vanos somos, sensibles y débiles. Pues bien, amadísima hija, a la luz de ese lecho habéis descubierto las imperfeccio-

nes de vuestra alma. ¿Y por qué, os pregunto, mejor allí que en otra parte, sino porque en otra parte ellas se quedan en el alma, y allí salen afuera?

Uno de los grandes provechos de la aflicción, es el hacernos ver nuestra nada y dar luego a conocer nuestras malas inclinaciones; pero no hay que turbarse por eso, sino que es menester limpiar, purificar más el alma y acudir a Dios...

No os enojéis si por estar enferma no podéis meditar; porque sufrir azotes de Nuestro Señor no es menor bien que meditarlos, no por cierto; porque vale más estar en la Cruz con el Señor que mirarla solamente. Aguantad pacientemente todas las incomodidades que se ofrecen en la enfermedad, sin quejaros ni dar lugar a vuestras pasiones que entonces se muestran por nonadas. Os aconsejo os ejercitéis intensamente en tiempo de enfermedad, en el amor de la amabilísima voluntad de Dios, en la renunciación de los consuelos exteriores y en la dulzura entre las amarguras; éste será el más excelente sacrificio que podáis hacer.

Estad firme y practicad no sólo el amor fiel, mas también el amor tierno, dulce y suave para con vuestros allegados; pues digo, por la experiencia que tengo, que aun cuando la enfermedad no nos quita la caridad, con todo, nos quita la suavidad para con el prójimo, si no estamos muy sobre aviso.

En orden a vuestras enfermedades, así de cuerpo como de alma, sufríos mansamente a vos misma humillándoos mucho delante de Dios, sin asomo de tristeza ni desaliento (1).

(1) *Cartas* 51, 61, 605, 814, 849, etc.

XV. Carta sobre el modo de portarse en los dolores intensos

(San Francisco de Sales)

Dejemos, amada hija, un poco de meditación; si retrocedemos es para saltar mejor; y practiquemos bien la santa resignación y el amor puro de Dios, que nunca se practica tan enteramente como en medio de los tormentos; porque amar a Dios entre azúcares también lo harían los niños; pero amarle entre ajenjos es el distintivo de nuestra amorosa fidelidad. Decir: Viva Jesús en el Tabor, San Pedro, rudo aún, tuvo fácilmente ánimo de hacerlo; pero decir: Viva Jesús en el Calvario, es propio solamente de la Madre y del Discípulo amado que le fué encomendado como hijo.

Animo, pues, hija mía; a Dios os encomiendo para alcanzaros esta santa paciencia; y no está en mi poder proponerle para vos otra cosa, sino que labre vuestro corazón según su beneplácito para que more y reine en él eternamente. Que labre, dije, con martillo, con cincel o con pincel, a El le cumple hacerlo a su gusto. Sí, hija mía, sí; ¿por ventura, no hay que hacerlo así?

Ya sé que vuestros dolores se han acrecentado desde poco acá, a esa medida es el disgusto que me causan; si bien con vos alabo y bendigo a Nuestro Señor de su beneplácito que en vos ejecuta, haciéndoos partícipe de su santa Cruz, y coronándoos con su corona de espinas.

Pero, me decís, no podéis fijar el pensamiento en los

trabajos que por vos padeció Cristo, cuando aprietan los vuestros. Pues bien, querida hija, no se requiere que lo hagáis así, sino que levantéis sencillamente vuestro corazón, lo más posible al Salvador y que hagáis los siguientes actos: 1.º, aceptar la tribulación de su mano, como si le vieseis a El mismo imponiéndosla y metiéndosla en vuestra cabeza; 2.º, ofreciéndos a padecer más todavía; 3.º, conjurándole por los méritos de sus dolores que acepte estas ligeras incomodidades en unión de los tormentos que padeció en la Cruz; 4.º, protestando que queréis no sólo padecer, sino amar y acariciar estos males como enviados por mano tan suave y benigna; 5.º, invocando a los mártires y a tantos siervos y siervas de Dios que gozan del cielo por haber sido fuertemente afligidos en este mundo.

No hay peligro en desear remedio, antes conviene procurarlo cuidadosamente, porque Dios, que os dió la dolencia, es también el autor de los remedios. Hay que aplicarlos, pero con tal resignación que si a su Divina Majestad place que el mal venza, os conforméis, y si quiere que venza el remedio, le bendigáis.

No hay peligro en estar sentada al hacer los ejercicios espirituales. Eso de ningún modo, hija mía; ni aun por menos incomodidades de las que sentís.

¡Válgame Dios, hija mía, y cuán feliz sois si continuáis estando debajo de la mano de Dios, humilde, mansa, blandamente! ¡Oh! Espero que ese dolor de cabeza será de mucho provecho a vuestro corazón, a vuestro corazón, repito, amado por el mío particular amor. Ahora es, hija mía, más que nunca, cuando podéis testificar a velas desplegadas a nuestro dulce Salvador que decís y diréis con todo vuestro afecto: Viva

Jesús. Sí, viva Jesús, hija mía, y reine entre vuestros dolores, ya que no podemos reinar ni vivir sino por el de su muerte. Soy en El enteramente vuestro (1).

XVI. De la Cruz y de la paciencia

(Beato Vianney, cura de Ars)

¡Oh, Cruz santa! ¡Oh, Cruz preciosa! ¡Sin ti ya no más cielo, sin ti ya no más Dios, sin ti siempre llorar en los infiernos, sin ti nunca gozar de la felicidad de la otra vida!

Al pie de la Cruz aprendemos lo que es el pecado y el horror que debe infundirnos; el precio de nuestra alma y el amor de Dios para con los hombres. Al pie de la Cruz hallaremos dulcísimos consuelos en los trabajos, grandísimas fuerzas en las tentaciones y firmísima confianza en el trance de la muerte.

¡Oh bella y preciosa Cruz! ¡A cuántos haces felices, aun en este mundo, y a cuántos haces santos para el otro!

Hemos de pensar, a menudo, en la Pasión y muerte de Cristo, para ayudarnos a llevar con espíritu de penitencia las tribulaciones de la vida.

¿Olvidáis acaso que en el bautismo aceptasteis la Cruz que sólo al morir dejaréis y que os servirá de llave para abrir la puerta del cielo?

Vuestros placeres andan siempre mezclados con tristezas y amarguras, y además seguidos de arrepentimiento de haberlos gozado.

Los santos tenían miedo de pasar algunos instantes sin padecer, porque los consideraban tiempo perdido.

(1) *Carta 879.*

Estamos en la tierra para padecer, morir y reinar. El cristiano ha de querer ser despreciado y abofeteados. El justo es un crucificado. Hemos de tenernos por dichosos de padecer cuando así es la voluntad de Dios.

La Cruz, los padecimientos, son el camino del cielo.

No hay momento más feliz que cuando tenemos alguna Cruz que sobrellevar.

El día más venturoso para nosotros es aquel en que más padecemos.

Más vale una hora de sufrimiento que muchos días de ayuno.

¡Oh! ¡Qué gracia tan preciosa es una enfermedad larga! ¡Cuán ventajosa es para el cristiano que la sabe aprovechar! Porque le procura medios eficaces y poderosos para volver a Dios, entrar en sí y satisfacer a la divina justicia por sus pecados. Ella la desapega de la vida, haciéndole ver todas las cosas creadas, las riquezas, placeres y honras, como cosas viles y despreciables, indignas de ganar el corazón. ¡Oh tiempo precioso!

¡Ay! ¡Qué de almas que arden en el infierno, estarían en el cielo a haber tenido largas enfermedades! ¡Cuántas verán, en el día del Juicio, que las enfermedades les ahorrarán largos años de purgatorio!

Dios mío, haced que padezcamos siempre, a fin de que después de haberos imitado en la tierra vayamos a reinar con Vos en el cielo.

¡Bendito sea Dios! Animo, alma mía, el tiempo pasa, a eternidad se acerca: vivamos como hemos de morir (1).

(1) P. Dom Germán Maillet-Guy, *Nuevas flores del cura de Ars*, cap. XI (Extractos), Lyon, Delhomme y Brignuet, 1900.

EXTRACTOS DE LA «IMITACIÓN» Del camino real de la Santa Cruz ⁽¹⁾

CAPÍTULO PRIMERO

De la paciencia en las tribulaciones

1. JESUCRISTO.—Hijo, yo bajé del cielo por tu salvación; tomé tus miserias, no por necesidad, sino atraído por la caridad, para que tú aprendieses la paciencia y sufrieses sin enojo las miserias temporales.

Así como mi Padre me amó, así os amo yo (2). Dije a mis amados discípulos, a los cuales por cierto no envié a gozos temporales, sino a grandes peleas, no a honras sino a desprecios, no a ocio sino a trabajos, no al descanso sino a recoger abundantes frutos por medio de la paciencia (3). Acuérdate, hijo mío, de estas palabras.

2. No es verdadero paciente el que no quiere sufrir sino de quien le parece y lo que le acomoda.

El verdadero paciente no mira quien le ofende: si es superior, igual o inferior; ni si es hombre bueno y santo, o perverso o indigno.

(1) Traducción del P. Nieremberg, corregida por el P. Bernardo de la Cruz.

(2) Joan. XV, 9.

(3) Luc. IX, 15.

Sino que cualquiera adversidad que le venga, sea por causa de quien fuere, y en cualquier tiempo que le suceda la recibe de buena gana, como de la mano de Dios, y la estima por mucha ganancia.

Porque, nada de cuanto se padece por Dios, por poco que sea, puede pasar sin galardón ante su divino acatamiento.

3. No digas: no puedo sufrir de tal hombre, ni debo yo tolerar tales cosas, porque me dañó gravemente, y me imputa cosas en que nunca pensé; mas de otro lo sufriré de grado y según me pareciere que se debe sufrir.

Indiscreto es tal modo de pensar, que no considera la virtud de la paciencia, ni mira quién la ha de recompensar, sino que más atiende a las personas y a las injurias que se le han hecho.

CAPÍTULO II

La paciencia es necesaria

1. Dispón y ordena todas las cosas, según tu querer y padecer, y no hallarás sino que siempre has de padecer algo o de grado o por fuerza; y así siempre hallarás la Cruz.

Pues, o sentirás dolor en el cuerpo, o padecerás tribulación en el espíritu.

Unas veces te dejará Dios, y otras te perseguirá el prójimo, y lo que peor es, muchas veces tú mismo te serás gravoso; ni podrás librarte ni aliviarte con nin-

gún remedio ni consuelo; sino que conviene que sufras hasta que Dios quisierc.

2. Vuélvete arriba, vuélvete abajo, vuélvete afuera, vuélvete adentro, en todo hallarás Cruz; y es necesario que en todo lugar tengas paciencia si quieres gozar la paz interior y merecer perpetua corona.

No puedes escapar, huye donde quisieres; porque a cualquier parte que vayas, llevas contigo a ti mismo, y a ti mismo siempre hallarás.

3. Prepárate a sufrir muchas adversidades y diversas molestias en esta vida miserable; porque así estará contigo Cristo, dondequiera que fueres, y de verda- que le hallarás en cualquier parte que te escondieres.

Así conviene que sea, y no hay otro remedio para evadirse de la tribulación de los males y del dolor, sino sufrir.

Y aunque fueres hasta el tercer cielo, como San Pablo, no estarás por eso seguro de no sufrir alguna contrariedad. «Yo le mostraré, dice Jesús, cuántos trabajos le convendrá padecer por mi nombre» (1).

CAPÍTULO III

Del amor a los trabajos

1. JESUCRISTO.—Hijo, qué es lo que dices, cesa de quejarte, considera mi Pasión y la de los Santos. Aun no has resistido hasta derramar la sangre (2).

Piensa que, tal vez, te conviene así para probarte la

(1) Act. IX, 16.

(2) Hebr. XII, 4.

paciencia, sin la cual no son de mucha estimación nuestros merecimientos.

2. Poco es lo que tú padeces en comparación de lo mucho que padecieron otros tan fuertemente tentados, tan gravemente atribulados, probados y ejercitados de tan diversos modos.

Conviénete, pues, traer a tu memoria las cosas muy graves de otros para que fácilmente sufras tus pequeños trabajos.

Y si no te parecen pequeños mira no sea a causa de tu impaciencia.

Mas, ya sean grandes, ya sean pequeños, aprende a llevarlos todos con paciencia.

3. No procures mucho descanso, sino mucha paciencia.

Si buscas descansar en esta vida, ¿cómo hallarás después el descanso eterno?

Cuanto mejor te dispones para padecer, tanto más cuerdamente obras, y más mereces: y lo llevarás también más ligeramente teniendo el ánimo prevenido y acostumbrado para la mortificación.

4. Con razón debieras sufrir algo y de buena voluntad por Cristo, cuando hay tantos que padecen mucho más por el mundo.

Ojalá que fueses digno de padecer algo por el nombre de Jesús. ¡Cuán grande gloria te resultaría! ¡Cuánta alegría a todos los santos de Dios! ¡Cuánta edificación también sería para el prójimo! A la verdad, todos alaban la paciencia, aunque pocos quieren padecer.

CAPÍTULO IV

El alma ha de ejercitar la paciencia

1. EL SIERVO.—Señor, Dios, a lo que yo echo de ver, la paciencia me es muy necesaria; porque en esta vida acaecen muchas adversidades.

• Pues de cualquier suerte que yo ordenase mi paz, no puede estar mi vida sin combate ni dolor.

2. Por eso conviene tener mucha paciencia y sujetarme a ti en todos mis descos.

Porque tu vida ¡oh Jesús! es nuestro camino; y por la santa paciencia vamos a ti, que eres nuestra corona.

3. Tú sabes cuán poco puedo yo padecer, y cuán presto desfallezco a la más leve adversidad.

Séame, por tu nombre, amable y apetecible cualquier ejercicio de paciencia, porque el padecer y ser atribulado por ti, es muy saludable para mi alma.

CAPÍTULO V

Cuán útil sea la adversidad

1. En la ocasión de la adversidad es cuando mejor se descubre de cuánta virtud sea cada uno.

Más aprovecha, muchas veces esta prueba, que si tuvieses de continuo a tu voluntad todo lo que desearas.

Porque Dios quiere que aprendas a sufrir la tribulación sin consuelo, y que te sujetes del todo a El, y te hagas más humilde con la tribulación.

2. Nadie es bastante para comprender las cosas celestiales, si no se humilla a sufrir adversidades por Cristo.

No hay cosa a Dios más acepta ni para ti en este mundo más saludable, que padecer de buena voluntad por Cristo. Y si te diesen a escoger, más debieras desear adversidades por Cristo, que ser recreado con muchas consolaciones; porque así le serías más semejante y más conforme a todos los santos. Pues no está nuestro mérito, ni la perfección de nuestro estado, en las muchas suavidades y consuelos, sino más bien en sufrir grandes penalidades y tribulaciones.

3. EL SIERVO.—Y aunque me dejas en diversas tentaciones y adversidades, todo lo ordenas para mi provecho. Tú que sueles de mil modos probar a tus escogidos.

En cuya prueba debes ser tan amado y alabado, como si me colmases de consolaciones celestiales.

Todos buscan los propios intereses (1), mas Tú pretendes solamente mi salud y mi aprovechamiento, y todo me lo conviertes en bien.

CAPÍTULO VI

De la paciencia en la adversidad

1. JESUCRISTO.—El no sentir alguna turbación ni sufrir alguna fatiga de corazón o de cuerpo, no es de esta

(1) Philipp. II, 21.

vida, sino propio del estado de eterna bienaventuranza.

No juzgues, pues, haber hallado la verdadera paz, porque no sientes alguna pesadumbre; ni que ya todo será bueno, porque no tienes ningún adversario; ni que está la perfección en que todo te suceda según tú desees.

2. Desde la hora en que nací, hasta la muerte en la Cruz, no me faltaron dolores que sufrir.

Yo tuve mucha falta de las cosas temporales; oí con frecuencia muchas quejas contra Mí; sufrí benigne-mente confusiones y afrentas; por los beneficios recibí ingraticudes; por los milagros, blasfemias; y por la doctrina, inicuas reconvenciones.

¡Oh! ¡Cuántas y cuán graves tribulaciones padecieron los Apóstoles, Mártires, Confesores, Vírgenes y todos los demás que quisieron seguir las huellas de Jesucristo! *Pues aborrecieron su vida en este mundo, para poseer sus almas en la eterna.*

Hijo, más me agradan la humildad y paciencia en lo adverso, que el mucho consuelo y devoción en lo próspero.

¡Oh! ¡Si vieses las coronas eternas de los santos en el cielo! No codiciarías los días placenteros de esta vida, sino antes te gozarías de ser atribulado por Dios.

¡Oh! Si gustases estas verdades, y penetrasen profundamente en tu corazón, ¿cómo te atreverías a quejarte ni una sola vez?

¿No te parece que son de sufrir todas las cosas trabajosas por la vida eterna?

CAPÍTULO VII

Del menosprecio de los juicios y propósitos de los hombres

1. JESUCRISTO. —Hijo, pon tu corazón fijamente en Dios, y no temas los juicios humanos cuando la conciencia no te acusa.

Bueno es, y dicha también, padecer de esta suerte, y esto no es grave al corazón humilde y que confía más en Dios que en sí mismo.

2. No eres más santo porque te alaben, ni más vil porque te vituperen; lo que eres, eso eres; ni puedes decirte mayor de lo que Dios sabe que eres.

Si miras lo que eres dentro de ti, ningún cuidado te dará lo que hablen de ti los hombres.

El hombre sólo ve lo exterior; pero Dios ve el fondo del corazón (1). El hombre considera las obras, y Dios pesa las intenciones.

3. Y también satisfacer a todos no es posible.

Aunque Pablo trabajó en contentar a todos en el Señor, y se *hizo todo para todos* (2), sin embargo *en nada tuvo el ser juzgado por el mundo* (3).

Mucho hizo por la salud y edificación de los otros, trabajando cuanto pudo y en sí estaba; pero no pudo evitar que le juzgasen y despreciasen algunas veces.

(1) I Reg. XVII, 7.

(2) I Cor. IX, 22.

(3) Ib. IV, 3.

Por eso lo encomendó todo a Dios, que lo conoce todo; y con paciencia y humildad se defendió de las malas lenguas y de los que inventaban maldades y mentiras, y las propalaban como les dictaba la pasión.

Y también se justificó alguna vez, porque de su silencio no se escandalizasen los débiles.

CAPÍTULO VIII

De cómo se han de soportar las injurias y menosprecios

1. JESUCRISTO.—¿Quién eres tú para temer al hombre mortal (1), que hoy es y mañana no parece?

Teme a Dios y no te espantes de los hombres.

¿Qué puede contra ti el hombre con palabras e injurias?

A sí se daña, más que a ti; y cualquiera que sea, no podrá huir del juicio de Dios.

Ten presente a Dios, y no contiendas con palabras de queja.

2. Y si te parece que al presente sucumbes, y sufres una humillación que no mereciste, no te indignes por eso, ni por impaciencia amengües tu victoria.

Sino antes bien mframe a Mí en el cielo, que puedo librarte de toda confusión e injuria, y *dar a cada uno según sus obras* (2).

(1) Is. II, 12.

(2) Rom. II, 7.

3. **EL SIERVO.**—Mas porque yo pequé muchas veces gravemente contra Ti, con razón se arma contra mí toda criatura.

Y si no me dispusiere a sufrir de buena gana y aun desear el ser despreciado y abandonado de toda criatura y ser tenido enteramente en nada, no podré tener paz y constancia interior, ni recibir la luz espiritual, ni unirme a ti perfectamente.

4. Bueno es que experimentemos a veces contradicciones y que se piense mal o poco favorablemente de nosotros, aun cuando pensemos y obremos con rectitud. Con frecuencia contribuye esto a hacernos humildes y a defendernos de la vanagloria.

Porque nunca acudimos tan solícitos a Dios, que ve el interior de nuestro corazón, como cuando en lo exterior los hombres nos desprecian y no quieren darnos crédito.

CAPÍTULO IX

Que debemos gloriarnos y regocijarnos en los menosprecios y contradicciones

1. El que desee la verdadera y eterna gloria no hace caso de la temporal.

Breve es la gloria que se da y se recibe de los hombres.

La gloria del mundo siempre va acompañada de tristeza.

La gloria de los buenos está en sus conciencias y no en la boca de los hombres.

2. Otros serán grandes en la boca de los hombres; de ti no se hará mención.

Lo que agrada a otros saldrá bien; lo que a ti te contenta no se hará.

Lo que dicen otros será oído; lo que dices tú será reputado por nada.

Pedirán otros y recibirán; tú pedirás y no alcanzarás.

A otros se encargará este o aquel negocio; tú serás tenido por inútil.

Por esto se entristecerá algunas veces la naturaleza y no harás poco si lo sufrieres callando.

3. Si una sola vez penetrases perfectamente en lo interior de Jesús y gustases un poco de su ardiente amor, entonces no cuidarías de tu provecho o daño; antes bien te holgarías de las injurias que te hiciesen, porque el amor de Jesús hace al hombre despreciarse a sí mismo.

Gloriarse en la tribulación no es dificultoso al que ama, porque gloriarse de esta suerte es gloriarse en la Cruz del Señor.

Testigos son tus mismos apóstoles, a quienes constituiste *Príncipes sobre toda la tierra* (1).

Y ellos permanecieron en el mundo tan resignados, tan humildes y sencillos, tan sin malicia ni engaño, que *gosaban en sufrir afrentas en tu nombre* (2), y lo que el mundo aborrece abrazaban con grande afecto.

(1) Ps. XLIV, 17.

(2) Act. V, 41.

CAPÍTULO X

**Que hemos de buscar nuestra gloria en Dios
por el desprecio de toda honra temporal**

1. EL SIERVO.—Busquen los hombres *las alabanzas que reciben unos de otros* (1), yo buscaré la gloria que viene solamente de Dios.

Porque toda la gloria humana, toda honra temporal, toda dignidad mundana, comparada con tu eterna gloria, es vanidad y locura.

Porque no el que se alaba a sí mismo es aprobado, sino aquel a quien Dios alaba (2).

2. Porque los merecimientos no se han de calificar por tener muchas visiones o consolaciones, o porque sea uno entendido en las Escrituras, o por estar levantado en dignidad.

Sino que consiste en estar fundado en verdadera humildad, y lleno de caridad divina, en buscar siempre pura y enteramente la honra de Dios; en reputarse a sí mismo por nada, y verdaderamente despreciarse; y en desear más ser abatido y menospreciado, que honrado de otros.

3. Gloria verdadera y alegría santa es gloriarse en Ti y no en sí; gozarse en tu nombre y no en la propia virtud; ni deleitarse en criatura alguna, sino por Ti.

Sea alabado tu nombre y no el mío; engrandecidas sean tus obras y no las mías, ensalzado sea tu nombre

(1) Joan. V, 44.

(2) II Cor., X, 18.

y no me sea a mí atribuida ninguna alabanza de los hombres.

CAPÍTULO XI

Que en las tribulaciones y en los oprobios hemos de tener presente la pasión de Jesús

1. Si te acoges devotamente a las llagas y preciosas heridas de Jesús, gran consuelo sentirás en la tribulación; no harás mucho caso de los desprecios de los hombres, y fácilmente tolerarás las palabras de los maldicientes.

2. Cristo en el mundo fué también despreciado de los hombres y desamparado de amigos y conocidos en la mayor necesidad, en medio de los oprobios.

Cristo quiso padecer y ser despreciado; ¿y tú te atreves a quejarte de cosa alguna?

Cristo tuvo enemigos y detractores ¿y tú quieres tener a todos por amigos y bienhechores?

¿Cómo será coronada tu paciencia, si no tienes que sufrir adversidad alguna?

Si no quieres sufrir ninguna contrariedad, ¿cómo serás amigo de Cristo?

Padece con Cristo y por Cristo si quieres reinar con Cristo.

3. Bebe afectuosamente el cáliz del Señor, si deseas ser su amigo y tener parte con El.

Entrega a Dios las consolaciones; haga El mismo con ellas como más le pluguiere. Pero disponte a sufrir las tribulaciones y estimalas por grandísimos consuelos; *porque los sufrimientos o penas de la presente*

vida no son de comparar con la gloria venidera (1);
aun cuando tú solo pudieses sufrirlas todas.

CAPÍTULO XII

Que siendo necesaria la Cruz hay que aceptarla con amor

1. Toda la vida de Cristo fué Cruz y martirio, ¿y tú buscas para ti descanso y gozo?

Yerras, yerras, si otra cosa buscas que sufrir tribulaciones, porque toda esta vida mortal está llena de miserias y rodeada de cruces.

Así, pues, la Cruz está siempre aparejada y te espera en todas partes.

2. Si de buena voluntad llevas la Cruz, ella te llevará y conducirá al fin deseado, en donde será el fin de padecer, aunque aquí no lo sea.

Si contra tu voluntad la llevas, la haces mucho más pesada, y te abrumas más a ti mismo; y no obstante, es preciso que la sufras.

Si desechas una Cruz, sin duda hallarás otra, y tal vez más pesada.

3. ¿Cómo, pues, buscas tú otra senda, sino este camino real, que es el de la Santa Cruz?

¿Piensas tú escapar de lo que ninguno de los mortales pudo librarse?

¿Qué santo estuvo en el mundo sin Cruz ni tribulación?

Por cierto, ni Jesucristo, Señor nuestro, mientras

(1) Rom. VIII, 18.

vivió en este mundo, estuvo una sola hora sin dolor ni pasión.

Porque convenia, dice, que Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos al tercer día, y entrase así en su gloria (1).

¿Por qué, pues, temer llevar la Cruz, por la cual se va al Reino?

CAPÍTULO XIII

Del mérito de la Cruz

1. No es propio de la condición humana llevar la Cruz, amar la Cruz, castigar el cuerpo y sujetarlo a servidumbre, huir las honras, sufrir de grado las injurias, despreciarse a sí mismo y desear ser despreciado; tolerar todo lo adverso y dañoso, y no desear prosperidad alguna en este mundo.

Si confías en ti mismo, no podrás por ti cosa alguna de éstas; mas si confías en Dios, El te enviará fortaleza del cielo, y el mundo y la carne estarán sujetos a tu imperio, y no temerás a tu enemigo el diablo, si estuvieres armado con la fe, y señalado con la Cruz de Cristo.

2. Disponde, pues, como bueno y fiel siervo de Cristo, para llevar varonilmente la Cruz de tu Señor, crucificado por tu amor.

Luego, pues, te queda el padecer, si quieres amar a Jesús y servirle siempre.

Y cuanto más altamente alguno aprovechase en

(1) Luc. XXIV, 26-46.

espíritu, tanto más pesadas cruces hallará muchas veces, porque la pena de su destierro crece más con el amor.

3. Mas este tal, así afligido de tantos modos, no está sin alivio de consolación; porque siente acrecerle muy grande fruto con llevar su Cruz.

Porque cuando de voluntad se sujeta a ella, todo el peso de la tribulación se convierte en confianza del divino consuelo.

Y cuanto más se quebranta la carne por la aflicción, tanto más se fortalece el espíritu por la gracia interior.

4. Y algunas veces, en tanto es confortado del afecto de la tribulación y adversidad, por el amor de la conformidad con la Cruz de Cristo, que no quiere estar sin dolor y sin tribulación, porque se tiene por tanto más acepto a Dios cuanto mayores y más graves cosas pudiere sufrir por El.

Esto no es virtud humana, sino gracia de Cristo, que tanto puede y hace en la carne frágil, que lo que, naturalmente siempre aborrece y huye, lo emprenda y ame con fervor de espíritu.

CAPÍTULO XIV

De los frutos y provechos de la Cruz

1. En la Cruz está la salud; en la Cruz, la vida; en la Cruz, la defensa contra los enemigos; en la Cruz está la infusión de la suavidad soberana; en la Cruz, la fortaleza del corazón; en la Cruz, la alegría del espí-

ritu; en la Cruz está la suma virtud; en la Cruz, la perfección de la santidad.

No está la salud del alma, ni la esperanza de la vida eterna, sino en la Cruz.

2. Porque si alguna cosa fuera mejor y más útil para la salvación de los hombres que el padecer, Cristo lo hubiera declarado con su palabra y con su ejemplo.

Pues manifestamente exhorta a sus discípulos y a todos los que desean seguirle, que lleven la Cruz, diciendo: «Si alguno quisiese venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo y cargue con su Cruz y sígame» (1).

3. Así que, leídas y bien consideradas todas esas cosas, debemos concluir diciendo: *Que es preciso pasar por medio de muchas tribulaciones, para entrar en el Reino de Dios* (2).

Toma, pues, la Cruz y sigue a Jesús e irás a la vida eterna.

CAPÍTULO XV

Que el buen discípulo de Cristo ha de abrazarse con la Cruz

1. EL SIERVO.—Señor, Jesús, pues que tu camino es estrecho y despreciado en el mundo, concédeme que te imite en despreciar al mundo.

Porque *no es el siervo más que su Señor* (3), *ni el discípulo más que su Maestro* (4).

(1) Matth. XVI, 24.

(2) Act. XIV, 21.

(3) Joan. XIII, 16.

(4) Matth. X, 24.

Ejercítese tu siervo en tu vida, que en ella está mi salud, y la santidad verdadera.

Cuanto leo u oigo fuera de ella, no me recrea, ni satisface cumplidamente.

2. Recibí de tu mano la Cruz; yo la llevaré, sí, la llevaré hasta la muerte, del modo que me la pusiste.

Ea, hermanos, andemos juntos; Jesús estará con nosotros.

Por Jesús hemos tomado esta Cruz; por Jesús perseveremos en la Cruz.

El será nuestro ayudador, ya que es nuestro Capitán y Guía (1).

DEO GRATIAS

(1) Cf. *Summa Theologiae mysticae ex q. libris de Imit. Christi*. a. G. Hesser. S. J., apud Desclée, Insulis.

ÍNDICE DE PERSONAS

- Agustín (San), 22, 88, 160, 161, 177, 204, 209, 224, 335.
 Alano de la Roche (Beato), 229.
 Alfonso M.^a de Ligorio (San), 140, 168, 177, 204, 213, 223.
 Alvarez de Paz (Padre), 134.
 Anastasio (Abad), 203.
 Angela de Foligno (Santa), 157.
 Antonio (San), 224.
 Antonino (San), 202, 204.
 Aristóteles, 250.
 Axenfeld, 30.
 Babinski, 57.
 Bailly, 58.
 Basilio (San), 24, 127, 163.
 Baumgarten, 53.
 Beard, 31, 288.
 Belley (Obispo de), 201.
 Benito (San), 217.
 Bernardino de Sena (San), 214.
 Bernardita, 154, 229.
 Bernardo (San), 86, 127, 132, 159, 164, 173, 190, 206, 217, 227, 228, 239, 287, 306.
 Bernheim, 30.
 Berthe (Padre), 104, 218.
 Berthier (Abad), 136.
 Billuart, 183, 184.
 Blanc de Saint Bonnet, 20, 26.
 Bonnaymé (Doctor), 256, 260.
 Bossuet, 22, 50, 101, 147, 196, 214, 224, 250, 255, 304, 305, 311.
 Bouchut, 31.
 Boudon, 110, 168, 193, 198, 242, 301.
 Bourdaloue, 213.
 Bouveret (Doctor), 288.
 Briquet, 54, 56, 65.
 Brodie, 55, 58.
 Buenaventura (San), 177.
 Burlureaux, 90, 91, 264, 269, 273.
 Byron, 213.
 Cajone (Padre), 107.
 Camus (Monseñor), 260.
 Capelle (E.), 89.
 Caprioli (P.), 107.
 Carlos Borromeo (San), 347.
 Casiano, 114.
 Catalina de Génova (Santa), 307.
 Catalina de Sena (Santa), 172, 226, 308.
 Cazalès, 81.
 Cerise, 31.
 César, 233.
 Cicerón, 26.
 Coconnier, O. P. (Padre), 57.
 Coleta (Santa), 309.
 Collet, 119.
 Coppée (Francisco), 23, 146.
 Corrado (Padre), 108.
 Criscuoli (Padre), 218.
 Crisóstomo (San Juan), 160, 170, 174, 177.
 Cullen, 29.
 Chantal (Santa Francisca Fremiot de), 109, 196.
 Charcot, 36, 45, 55, 57.
 Dante, 88.
 Dechambre, 293.
 Déjerine, 56.

Deschamps (Doctor), 30, 33, 34,
55, 296.

Diana de Andalo, Bta., 360.

Dieulafoy, 63.

Diódoco (San), 26.

Douillet (Pbro.), 113.

Dubois, S. J. (Padre), 98.

Dubois (Doctor), 29, 30, 39, 47,
58, 64, 90, 257, 293.

Esquilo, 26.

Faber (Padre), 286, 292.

Favre (Pbro.), 51.

Favrichon (J.), 271.

Fenelón, 85, 241.

Ferreres, S. J. (Padre), 287.

Feuchtersleben, 171.

Fiessinger (Doctor Ch.), 33, 50,
55, 78, 267.

Fonsagrives, 269.

Francisco de Asís (San), 197.

Francisco de Sales (San), 12,
42, 87, 94, 95, 102, 103, 104,
109, 114, 118, 120, 121, 130, 133,
134, 135, 136, 148, 154, 155, 156,
162, 165, 187, 193, 194, 197, 200,
205, 207, 208, 209, 210, 226, 227,
229, 231, 235, 237, 241, 243, 247,
260, 275, 276, 277, 289, 292, 307,
310, 328, 347, 371, 374.

Franco, S. J., 57.

Frank, 31.

Galeno, 19.

Gelasio (San), 209.

Gerbet, 208.

Gersón, 85, 99, 189, 221.

Gertrudis (Santa), 134, 194.

Gilles de la Tourette, 57, 74.

Goossens (Cardenal), 24.

Gousset (Cardenal), 141.

Granada (Luis de), 23, 167, 170,
172, 174, 176, 178, 179, 347.

Grasset (J.), 31, 32, 56, 62, 77.

Gregorio (San), 177, 190, 233,
237.

Grignon de Monfort (Beato),
361.

Grou, S. J. (Padre), 152, 238, 246.

Gudden, 47.

Guibert (J. Pbro.), 299.

Guilloré (Padre), 188.

Guinon, 79.

Gury, 185.

Hamon, 187.

Huchard, 30, 63.

Ignacio de Loyola (San), 223.

Imitación de Cristo (La), 115,
205, 303.

Isabel de Francia, 186.

Janet (P.), 30, 31, 45, 46, 51, 55,
61.

Jerónimo (San), 125, 190, 214,
308.

Jordán de Sajonia (Beato), 360.

Juan (Abad de Fontfroide), 88,
166, 203.

Juan Abad (San), 307.

Juan de la Cruz (San), 94, 136,
192, 309.

Juvenal, 67, 171.

Kirshaber, 31.

Kneipp, 270.

Krafft-Ebing, 30.

Lacordaire (P.), 21, 93, 114,
153, 159, 214, 225, 233, 291, 317.

Lafontaine, 303.

Landriot (Monseñor), 292.

Lapponi, 57.

La Rochefoucault, 304.

Legrand du Saulle, 55, 57, 65,
67, 74.

Lehen, S. J. (P. de), 25, 117.

Lemann (A.), 27.

León (San), 232.

Lepois, 54.

Lourdes (Nuestra Señora de),
229.

Margarita María (Beata), 364.

Masson (Dom Le), 188.

Massoulié, 276.

Matilde (Santa), 135.

Mazzini (Padre), 220.

Michel, S. J. (R. P.), 152.

Montaigne, 43, 115.

Napoleón, 228.

Neri (San Felipe), 114, 127.

Nicolay, 33.

Nigra (Padre), 107.

Orígenes, 177.
Ovidio, 223.

Pacomio (San), 223, 232.
Pascal, 43.
Pedro (San), 308.
Pedro Celestino (San), 218.
Pedro de Alcántara, 362.
Perreye Enrique (Abate), 363.
Petronila (Santa), 308.
Pie, Cardenal, 366.
Pío X, 50.
Pitres, 70.
Plinio, 19.
Potmain (Nuestra Señora de), 229.
Prüner, 82.

Quadrupani (Padre), 81.

Rauzier (G.), 60, 62.
Raymond (Doctor), 31, 45, 46, 51, 296, 298.
Reginald, 120, 136.
Remigio (San), 214.
Rémond (Doctor), 53.
Ribot (Th.), 83.
Richard Ebbart, 83.
Ridolfi (Padre), 132.
Rivière, S. J. (Padre de la), 208.
Romito (Fray), 107.

Saint-Jure (Padre), 232, 234.
Saleta (Nuestra Señora de la), 229.
Salomón, 213.
Sandoz (Doctor F.), 298.
Sandras, 29.
Schule, 30.
Scipion, 233.
Scupoli (P. D. Lorenzo), 321, 328.
Séгур (Monseñor de), 362, 368.
Sénault, 232.
Séneca, 26, 102.
Séñeri, 214.

Seytre (Pbro.), 23.
Simón Estilita (San), 224.
Sonis (General), 369.
Sontino (Beata), 161.
Stilling (Doctor), 53.
Surbled (Doctor), 80.
Susón (Beato Enrique), 113, 317, 331.
Swetchine (Madame), 306.
Sydenham, 54.

Tannoia (Padre), 221.
Tardieu, 65.
Taulero, 131, 194, 316, 342.
Teresa de Jesús (Madre), 217.
Teresa (Santa), 88, 116, 155, 171, 187, 190, 206, 231, 244, 245, 275, 279, 308, 309, 318, 347.
Tertuliano, 101.
Thompson (Francis), 83.
Tomás (Santo), 29, 114, 126, 158, 159, 169, 173, 176, 183, 184, 185, 186, 200, 204, 209, 223, 224, 230.
Tito Livio, 26.
Touroude (Pbro.), 77.
Tourville (Abate), 118.
Trélat, 69.
Trento (Concilio de), 177.
Turinaz (Monseñor), 162.

Valleix (Doctor), 53.
Viannev, cura de Ars (Beato), 145, 179, 309, 376.
Vicente de Paul (San), 277.
Vicente Ferrer (San), 238.
Villani (Padre), 108, 218.
Villecour (Cardenal), 221.
Virgilio, 358.

Weir Mitchell, 291.
Weiss (Padre) A. M., 27, 157, 240.
Wendel Holwes, 60, 241.

Zhinden (Doctor H.), 43, 44.
Zigliara (P.), 212.

ÍNDICE

	Págs.
PRÓLOGO	1
Carta del Doctor Bonnaymé.	6
" Dubois	11
Aviso al lector.	12

PRIMERA PARTE

El mal y sus remedios

CAPÍTULO PRIMERO.—De los padecimientos	19
CAP. II.—De la neurosis	29
CAP. III.—Del histerismo.	54
CAP. IV.—De los escrúpulos	80
I.—Naturaleza y origen de los escrúpulos	80
II.—Resultas de esta influencia	86
III.—Materias varias de escrúpulos	97
IV.—Conclusión.	112
CAP. V.—De la confesión de los escrupulosos	119
I.—Lo que debe ser	119
II.—Abuso de la confesión	122
III.—De los remedios necesarios	127
IV.—De la franqueza que se requiere.	139
CAP. VIII. ⁽¹⁾ —De los peligros del desaliento.	144
CAP. IX.—De la sumisión a la voluntad divina	153
CAP. X.—De la oración	167
CAP. XI.—De las distracciones y sequedades en la oración	182
CAP. XII.—De la tentación y del pecado	200
CAP. XIII.—De las tentaciones de impureza.	212
CAP. XIV.—De la elección de confesor	237

(1) Advertimos al lector que los capítulos VI y VII aquí saltados, por indicación del autor han pasado hacia el final de la obra con los números XV y XVI.

	Págs.
CAP. XV.—Tratamiento de la neurosis en general y en particular del histerismo	249
I.—Psicoterapia	249
II.—Tratamiento físico de la neurastenia	260
III.—Tratamiento físico del histerismo.	262
IV.—Higiene alimenticia.	267
V.—Sueño	272
VI.—Ejercicios de devoción.	274
CAP. XVI.—De la indulgencia, respeto y caridad para con los enfermos	285
CAP. XVII.	303
I.—Del camino luminoso de la Santa Cruz.	303
II.—De la ciencia de la muerte.	310
Conclusión	315

SEGUNDA PARTE

Extractos de autores sobre la perfección cristiana y los medios de alcanzarla por los padecimientos

I.—De la perfección cristiana	321
II.—Del engaño de algunos que piensan estar en el camino de la perfección.	328
III.—Necesidad y ventajas de los padecimientos.	331
IV.—Resignación en los padecimientos.	342
V.—Reflexiones y consejos sobre el valor de los padecimientos.	347
VI.—Carta sobre los padecimientos.	360
VII.—Otra carta acerca del padecimiento	361
VIII.—Otra carta sobre los padecimientos	362
IX.—Otra carta sobre los padecimientos.	363
X.—Cómo hay que padecer	364
XI.—Tribulaciones de la Beata Juana de Arco	366
XII.—Conformidad con la voluntad divina.	368
XIII.—Agradecimiento y sumisión a Dios.	369
XIV.—Extractos de cartas sobre el padecimiento.	371
XV.—Carta sobre el modo de portarse en los dolores intensos.	374
XVI.—De la Cruz y de la paciencia	376

EXTRACTOS DE LA «IMITACIÓN»

Del camino real de la Santa Cruz

	Págs.
CAPÍTULO PRIMERO.—De la paciencia en las tribulaciones .	379
CAP. II.—La paciencia es necesaria	380
CAP. III.—Del amor a los trabajos	381
CAP. IV.—El alma de ejercitar la paciencia	383
CAP. V.—Cuán útil sea la adversidad	383
CAP. VI.—De la paciencia en la adversidad	384
CAP. VII.—Del menosprecio de los juicios y propósitos de los hombres	386
CAP. VIII.—De cómo se han de soportar las injurias y menosprecios.	387
CAP. IX.—Que debemos gloriarnos y regocijarnos en los menosprecios y contradicciones.	388
CAP. X.—Que hemos de buscar nuestra gloria en Dios por el desprecio de toda honra temporal	390
CAP. XI.—Que en las tribulaciones y en los oprobios hemos de tener presente la pasión de Jesús.	391
CAP. XII.—Que siendo necesaria la Cruz hay que aceptarla con amor	392
CAP. XIII.—Del mérito de la Cruz	393
CAP. XIV.—De los frutos y provechos de la Cruz	394
CAP. XV.—Que el buen discípulo de Cristo ha de abra- zarse con la Cruz.	395

La Educación de la voluntad *Estudio psicológico y moral*,
por J. GUIBERT, Superior del
Seminario del Instituto Católico de París, versión de la octava edición francesa por JUAN DE DIOS S. HURTADO. Segunda edición. Un volumen de 110 páginas de 19 x 12 cms.

ÍNDICE: Cuánto importa tener voluntad.—Manifestaciones inequívocas de la voluntad: decisión, ejecución, perseverancia.—Dualidad del ser moral.—Dependencias orgánicas.—Clasificación de nuestros actos: reflejos inconscientes, reflejos conscientes, voluntarios.—Primera condición para el ejercicio de la voluntad: La vitalidad funcional garantida por la higiene.—Segunda condición para el ejercicio de la voluntad: La creación de hábitos por el esfuerzo.—Tercera condición para el ejercicio de la voluntad: El vigor de los impulsos iniciales. Debilidad de la idea pura; poder moral del sentimiento.—La vida interior: primer medio de excitar el sentimiento.—Influencias exteriores: segundo medio de excitar el sentimiento.—La acción comenzada; tercer medio de excitar el sentimiento.—Resumen y conclusión.

Los padres, los educadores, los directores de almas, todos aquellos que se preocupen de la perfección moral de las personas confiadas a su cargo, hallarán en este libro utilísimas indicaciones para conseguir aquel precioso resultado, y para dirigir hacia el bien la vitalidad funcional del organismo, por medio de una sabia higiene, de un esfuerzo continuado y de una acción perseverante en la vigorización de los buenos impulsos. Y a la juventud, en particular, podrá servir de guía y de estímulo para completar la obra principalísima de la educación de sí mismo, señalándole los medios de *querer y obrar* y de dirigir con firmeza al bien todos los actos.

Las Pasiones, *Tratado práctico*, por el Rdo. P. LEJEUNE,
Redentorista, con una carta del ENMO. SR. CARDENAL MERCIER, traducción por EMILIO ANGEL ROIG. Un volumen de 180 págs. de 19 x 12 cms.

«La limpidez de estilo, la feliz elección de ejemplos, entresacados de la literatura y de las vidas de los santos, y las abundantes aplicaciones prácticas que le ha dictado a V. su larga experiencia en la cura de almas, hacen de su libro una obra singularmente agradable, instructiva y útil a todos... Renuncio a las citas extensas porque un análisis concienzudo no se improvisa, ni se resume fácilmente en pocas palabras. Lo que hago es invitar a los moralistas, a los directores espirituales y a los educadores de la infancia y de la juventud, a que lean y mediten el libro de V.; sólo así apreciarán debidamente su mérito...»—D. MERCIER.

EXTRACTO DEL INDICE.—Preliminares.—Pasiones y sentimientos.—El pecado original y las pasiones.—Gobierno de las pasiones.—Funestos efectos de las pasiones desencadenadas.—Mortificación de los sentidos.—La imaginación.—El temperamento.—El amor.—El deseo.—El placer.—El odio.—La tristeza.—La esperanza.—La desesperación.—La audacia.—El temor.—La cólera.—Consejos de un moralista.—Corolario. Moralidad de las pasiones.

La educación práctica, *Obra dirigida especialmente a padres y maestros,* traducida por

UN PADRE DE LA COMPAÑIA DE JESÚS. Un vol. de 268 páginas de 19 X 12 cms.

Libro utilísimo y lleno de preciosas enseñanzas, escrito de un modo especial para orientar a los padres, maestros, tutores y a cuantos se consagran al difícil arte de educar cristianamente a los niños. Es todo él fruto de una larga experiencia, de una aguda observación a la que no se escapa ninguno de los defectos que se inician y desarrollan en los niños, ya en el seno de las familias, ya cuando están en contacto de amigos y compañeros. Todos sus capítulos son tan sugestivos, tan prácticos y de lectura tan agradable, que no podemos menos de enumerarlos brevemente.

La primera educación.—La instrucción.—El ejemplo.—De la guarda y mantenimiento de la disciplina.—La vida interna y la externa.—Desinterés y abnegación.—Decisión y resolución.—El temperamento, la crítica y la simpatía.—La timidez, la desconfianza y los recelos.—De la verdadera regla de conducta.—Las virtudes morales.—De la obligación de ser veraces y morales.—De la humildad e ingenuidad.

La pureza, por J. GUIBERT, Superior del Seminario del Instituto Católico de París. Traducida por el P. JAIME PONS, S. J. Un volumen de 260 pags. de 19 X 12 centímetros.

Es el presente libro una obra maestra de tacto y discreción, cualidades difícilísimas de alcanzar tratándose de materia tan delicada. Tan notable es, en su género, que no tememos colocarlo a la cabeza de todas las demás obras del autor y aun, tal vez, por encima de las que más alto han descollado en la resolución de este problema de la pureza, el más grave de la juventud y aun de toda la vida. El fondo del libro es a la vez eminentemente humano y religioso.

Como punto verdaderamente notabilísimo de la obra merece citarse el capítulo que trata sobre el *cuándo* y el *cómo* deben ser iniciados los niños en los secretos de la generación antes de que se enteren de ello por algún compañero pervertido, como siempre sucede. Quiere el autor solventar la dificultad de muchos padres que no se atreven a tratar acerca de tales materias con sus hijos, y a este objeto escribir por extenso toda la conversación para que los padres y educadores se ajusten a ella,

o al menos le den a leer *tal cual está* a sus hijos o educandos. Es un verdadero refinamiento de prudencia y de delicadeza.

Sacerdotes, padres, directores de colegios, maestros y educadores en general hallarán en este libro todo cuanto pueda desearse sobre tan importante materia; y nadie como ellos sabe la gran necesidad en que están desaherla tratar con el debido tino y miramiento.

El gobierno de sí mismo *Ensayo de psicología práctica*,
por el R. P. ANTONINO EYMIEU de
la Compañía de Jesús. Versión española, hecha sobre la décima edición francesa, por D. S. P. VICENS Y MARCÓ. Un volumen de 354 páginas de 19 X 12 cms.

Libro notabilísimo, y que está muy por encima de cuanto en su género se ha escrito. Es obra de auto-educación. Se trata de resolver el problema de si puede el hombre no sólo modificarse exteriormente sino, como dice el autor, *REHACERSE*, y la solución no puede ser más satisfactoria. El caso está en conocer las fuerzas con que contamos. Y esto es precisamente lo que constituye la médula y aun la parte excepcional de este libro.

Ante todo, por medio de datos preciosos y anécdotas curiosísimas analiza y disea, por decirlo así, cada una de estas fuerzas, tomando los modelos más acomodados al caso. Así por ejemplo, para estudiar el influjo de la voluntad sobre los actos, hace desfilar delante de nosotros a los hipnóticos, a los catalépticos, al hombre en estado de sueño, hasta que entra, al fin, enriquecido ya con las conclusiones aportadas por estos estados, a la vida normal y equilibrada donde reina con sereno dominio la libertad. Las fuerzas aparecen perfectamente conocidas, la autoridad de los sabios y la experiencia más vulgar todo está aquí catalogado perfectamente. ¿Qué falta pues?

Sistematizar todas esas energías fisiológicas y psíquicas y llegar a obtener como resultante el *HOMBRE IDEAL*. Influencia de la idea sobre los actos (1.^a parte), influencia de los actos sobre las ideas (2.^a parte), e influencia del sentimiento sobre los actos y las ideas (3.^a parte); he aquí el triple secreto del *gobierno de sí mismo*. Gobierno no utópico, sino real, concreto, encarnado en la vida, como que en ella se apoya y de ella aguarda la plenitud de su desarrollo.

Este libro bien meditado puede regenerar una sociedad. Como dijo Horacio: «A todo es capaz de atreverse el linaje humano». Aunque envilecido por los vicios puede todavía reconquistar el cetro de su razón y de su libertad y volverse a hacer hombre. ¡Quien tiene en su mano tantas fuerzas es casi omnipotente!

**El Sacrificio en el Dogma católico y en la Vida
cristiana** por el Abate J. M. BUATHIER, Canónigo honorario de Belley, versión de la sexta edición francesa por JUAN MONEVA PUYOL, Catedrático de Cánones en la

Universidad de Zaragoza. Un volumen de 444 páginas de 19 x 12 centímetros.

ÍNDICE.—PRIMERA PARTE. *El sacrificio en el dogma católico.*—Cap. I. Idea general del sacrificio.—II. El sacrificio antes del pecado.—III. El sacrificio después del pecado.—IV. El sacrificio de la Cruz.—V. El Calvario y la Cruz.—VI. El sacrificio eucarístico, *memorial* del sacrificio de la Cruz.—VII. El sacrificio eucarístico, *renovación* del sacrificio de la Cruz y sacrificio real.—VIII. El sacrificio eucarístico, *aplicación* del sacrificio de la Cruz.—IX. El sacrificio en el cielo.—X. El sacrificio y el Sagrado Corazón.—XI. El sacrificio y la Virgen Santísima.

SEGUNDA PARTE. *El sacrificio en la vida cristiana.*—Cap. XII. El sacrificio y la vida cristiana.—XIII. El sacrificio y la fe.—XIV. El sacrificio y la esperanza.—XV. El sacrificio y el amor.—XVI. El sacrificio y la voluntad.—XVII. El sacrificio y los sentidos.—XVIII. El sacrificio y la muerte.—XIX. El sacrificio y la familia.—XX. El sacrificio y la sociedad.—XXI. El sacrificio y la felicidad.

APÉNDICE. El sacrificio y lo bello.—Hermosura de Dios.—Jesucristo.—Hermosura de la Virgen María.

Este libro es un poema, un canto, en el cual la voz de la Teología, del sentimiento y de la misma imaginación forman un acorde perfecto. La lectura de vuestro libro hará mucho bien a las almas.» (MGR. LUÇON, *Obispo de Belley*.)

«Habéis tratado esta materia fundamental del Cristianismo con buena ciencia teológica, penetrando el corazón humano, bien enterado de nuestro tiempo y sus necesidades. Vuestra obra, muy erudita, feliz en la resolución de problemas abstractos, tiene además poderoso atractivo literario.» (MGR. MERMILLOD, *Obispo de Ginebra*.)

«He recomendado mucho su lectura... Habéis estudiado esta materia en las Sagradas Escrituras, en los Teólogos, en los escritores ascéticos, en los predicadores y en la experiencia de la vida cristiana.. Cualidades superiores tiene vuestro estilo: precisión y elegancia, firmeza y vehemencia.» (MGR. TURINAZ, *Obispo de Nancy*.)

«Útil es vuestra labor a los sacerdotes y también a los demás fieles. Muestra cuánta es la fecundidad del sacrificio, el cual es origen de todas las empresas nobles y grandes.» (MGR. PERRAUD, *Obispo de Autun*.)

«Vuestro libro es muy bueno: instruye y edifica, convence y persuade. Ha sido idea feliz reunir en él dogma y moral.» (MGR. GAY, *Obispo de Authédon*.)

«Seguro estoy de que vuestro libro, comentario admirable del Crucifijo y de la Hostia Santa, hará mucho bien a las almas que tengan la dicha de leerlo.» (MGR. BOURRET, *Obispo de Rodez*.)

El arte de sufrir por el R. F. DOM DU BOURG, O. S. B., con Prólogo de *Francisco Coppée*, versión por JUAN DE DIOS S. HURTADO. Un volumen de 128 páginas de 19 x 12 centímetros.

«Estas páginas, saturadas de tan ardiente fe y escritas en estilo tan elocuente y varonil, tienen mucho más alcance de lo que a primera vista parece. En ellas se repite enérgicamente una vez más la gran verdad de que sólo el Cristianismo puede dar fuerzas para sufrir los dolores humanos y aun convertirlos en provecho nuestro, puesto que al aceptarlos «por amor de Dios», como dice la gente sencilla, conquistamos en recompensa la eterna bienaventuranza. Por infeliz que sea un cristiano, le basta, para cobrar ánimos, evocar la imagen del Hombre-Dios, que sufrió voluntariamente por él y más que él. Bástale orar con el corazón lleno de gratitud y de amor hacia el Crucificado en el Calvario, y esforzarse, hasta donde lo permita nuestra decaída naturaleza, en tomar por modelo aquel sacrificio inenarrable. El arte de sufrir,—si no he comprendido mal su pensamiento,—consiste en la imitación de Jesucristo. Pero nuestros esfuerzos, débiles e impotentes para aproximarnos al Modelo divino, resultarían todavía más infructuosos, sin la ayuda de los buenos sacerdotes como usted. Así, pues, no dudo que su excelente libro procurará a muchas almas angustiadas, no sólo la resignación y el valor, sino cierta alegría interior y un consuelo profundo...» FRANCISCO COPPÉE.

Avisos espirituales para las almas que aspiran a la santificación, versión del francés por JUAN

DE DIOS S. HURTADO. Tomo I. Un volumen de 452 páginas de 17 × 11 centímetros.

Avisos espirituales para las mujeres cristianas que viven en el mundo, versión del francés por

JUAN DE DIOS S. HURTADO. Tomo II. Un volumen de 400 páginas de 17 × 11 centímetros.

Avisos espirituales para las almas que aspiran a la perfección, versión del francés por JUAN

DE DIOS S. HURTADO. Tomo III. Un volumen de 428 páginas de 17 × 11 centímetros.

«Tiene páginas hermosísimas y de carácter práctico como pocas... Los tres volúmenes son tratados verdaderamente deliciosos.»—F. S. y S. *Revista Popular*.

«Su lectura produce honda impresión en el espíritu, delicada complacencia en la inteligencia y suma tranquilidad y paz en el corazón; cada una de las páginas de estos volúmenes sabe a dulce bálsamo que hace agradables las contrariedades de la vida... Resulta toda la obra un modelo de examen psicológico, a la luz de la razón natural y de la revelación; todo es oro puro y de ley; todo es admirablemente atinado, preciso y concluyente. Para luz y norma de la conciencia cristiana no creo

exista obra más segura, más exacta, más eminentemente directiva.»—*El Universo*.

«Es obra maestra y completísima en materias ascéticas y dirección de espíritus.»—*El Monte Carmelo*.

«Muy de veras recomendamos tan excelente y fructuosa obra.»—*El Santísimo Rosario*.

«Estos volúmenes sirven muy bien para ir formando el carácter y adquiriendo la virtud práctica cristiana: quitan muchos engaños e ilusiones; hacen concebir clara idea de dónde se halla la perfección verdadera; orientan claramente el entendimiento para dirigirse a ella.»—*El Mensajero del Corazón de Jesús*.

«Con razón puede llamarse magistral a esta obra de revelante mérito y poderosa ayuda para la vida del espíritu.»—*España y América*.

«En la obra se tropieza a cada paso con toques de mano maestra y experimentada, con intuiciones breves y luminosas; admírase en ella una extraordinaria destreza. Es obra singularmente amena, provechosa e instructiva que recomendamos con encarecimiento.»—*Revista de Estudios Franciscanos*.

El Libro de los afligidos (*Consuelos para el dolor*) versión del francés por JUAN DE DIOS S. HURTADO. 3.^a edición. Un volumen de 572 páginas de 17 X 11 centímetros.

«Aparte de la gran utilidad que encierra esta preciosa obrita, recomiéndase también por el aroma de consuelo que en todas sus páginas rebosa, pero no ese consuelo de indefinido altruismo que más bien acalla por el momento las punzadas del dolor con fórmulas vacías de sentido; por el contrario, *El Libro de los Afligidos* contiene profundo conocimiento del corazón humano tal como es en sí, y merced a este conocimiento y a la aplicación magistral que de los incommovibles principios de la moral cristiana hace el autor, ha resultado esta obrita un excelente tratado místico cuya lectura esperamos que enjugará muchas lágrimas, porque, ¿quién es tan feliz que no haya experimentado los embates del infortunio? El presente libro es el más apto para aprender prácticamente la ciencia difícil del sufrimiento, ciencia que todos deben saber, porque el dolor es patrimonio de la humanidad.»—*El Buen Consejo*.

Compendio de Neurología y Psiquiatría, por el DOCTOR HERMANN MAYER, traducido de la 2.^a edición alemana por el Dr. GABRIEL FERRET y OBRADOR. Un volumen de 250 págs. de 20 X 13 centímetros.

Pocas enfermedades son de diagnóstico y de diferenciación tan difícil como las enfermedades nerviosas y mentales. En la mayor parte de

los casos, el médico poco experto puede atribuir algunas de dichas afecciones a causas que radiquen en puntos totalmente distintos de los que están dañados en realidad, y emprender así procedimientos curativos erróneos. Por esta causa un manual que dé en forma categórica el medio de reconocer la multitud de enfermedades nerviosas, que señale el centro donde residen y las alteraciones orgánicas funcionales que producen, e indique lo más esencial del pronóstico y la terapéutica en cada caso, no puede menos de prestar valiosos servicios a los facultativos.

De la manera cómo ha desarrollado el Dr. Mayer su *Compendio*, basta decir que este libro es el compañero inseparable de todos los neurólogos y mentalistas alemanes, que hallan en él el medio de trazar un rápido y seguro diagnóstico aun en los casos más difíciles de investigar.

Arte de cuidar a los enfermos, *Manual teórico-práctico para uso de las familias en general y de las enfermeras religiosas en particular,* por L. GRENET, Superior de la Casa de Misericordia de Sééz, traducción española hecha sobre la quinta edición francesa, por JUAN DE DIOS S. HURTADO. Segunda edición. Un volumen de 432 páginas de 19 x 12 cms., ilustrado con 84 grabados.

«No se ha limitado usted a dar algunos consejos teóricos, sino que ha hecho una obra esencialmente práctica, un verdadero *vademecum* de la enfermera. Ha resuelto usted un problema muy delicado al reunir con gran acierto los conocimientos indispensables a las enfermeras; su libro será igualmente de gran utilidad a las madres de familia, que podrán aprender cuanto para cuidar a los suyos necesiten, sin recurrir a una de esas obras de medicina vulgar, cuya lectura es siempre, no vacilo en decirlo, más dañina que beneficiosa. En los resúmenes de *Anatomía* y de *Fisiología* que forman parte de su Manual, da usted detalles que bastan para enseñar la estructura y funcionamiento de nuestro organismo, y que ponen por consiguiente a la enfermera en condiciones de cuidar inteligentemente a los que asiste. Le da usted numerosas instrucciones prácticas; le enseña a aplicar las sanguijuelas, las ventosas; a tomar la temperatura del enfermo, etc., etc. El diccionario de las principales sustancias empleadas en Medicina, con las dosis, puede ser de extrema utilidad, sobre todo en el campo, cuando el enfermo, muchas veces lejos del médico, no puede recurrir a él para que le recuerde un dato olvidado o le enseñe un *modus faciendi* desconocido.» Dr. Mordret.

«Este Manual será de grande utilidad para las enfermeras y para los enfermos.» Dr. Le Bêle.

«Ha hecho usted una obra útil que prestará grandes servicios a las caritativas mujeres que pasan su vida aliviando los padecimientos de sus semejantes.» Dr. Marqués.

